
HASTA QUE BAJE
LA MAREA
Emily Delevigne
Phoebe


HASTA QUE BAJE
LA MAREA
Emily Delevigne
Phoebe

Emily Delevigne

HASTA QUE BAJE LA MAREA



Phoebe

Primera edición: noviembre de 2025

Copyright © 2025 Irene Manzano Pinto

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-14-1
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Freepik
Imagen interior huella: Imagen de juicy_fish en Freepik
Imagen interior barco: Imagen de Freepik

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. Epílogo
25. Agradecimientos

Hitos

1. Dedicatoria
2. Página de título

3. Página de copyright
4. Capítulo
5. Epílogo
6. Agradecimientos

A Melón y a Gazpacho, mis dos «perrhijos».
Os adoro. Gracias por tanto.



1

Un lugar entre los árboles

IRIS

—Ya nos queda poco, Rita —digo en voz alta a mi perra, que duerme enroscada en el asiento trasero, mientras contemplo cómo la carretera se estrecha y serpentea suavemente por un valle. Tengo los nudillos blancos sobre el volante y los hombros tensos por el viaje. Sigo las instrucciones del GPS al pie de la letra: deseo llegar cuanto antes a la casa que he alquilado para ducharme y descansar. Cojo aire y lo suelto con lentitud para desprenderme de los nervios.

Estoy rodeada de altos pinos y abedules. Estos últimos dejan caer sus hojas doradas al suelo, señal de que el otoño está a la vuelta de la esquina. Por la rendija de mi ventana entra una suave corriente fresca que acaricia mis mejillas.

Mi perra ladra.

Se ha despertado y sé que está impaciente por llegar a nuestro nuevo hogar. Yo también lo estoy. No ha sido fácil cerrar el capítulo de mi vida en el que he estado sumergida estos últimos meses. Ha sido duro. Muy duro. He tenido que dejar atrás a mi familia y mis sueños con la esperanza de encontrar la paz que no hallaba en Hoboken, Nueva Jersey.

Southwest Harbor, Maine, es muy diferente de Hoboken. Las últimas semanas las he pasado informándome sobre este lugar antes de decidirme a dar el gran paso. Busqué información en internet y consulté libros que fui pidiendo prestados en la biblioteca. Hice una lista con los pros y los contras de mudarme a un sitio tan remoto y pequeño como Southwest Harbor, y, aunque encontré bastantes

aspectos negativos, los positivos pesaron más a la hora de decidirme. He cambiado Nueva Jersey por Maine con la esperanza de que aquí, en este nuevo estado, pueda rehacer mi vida o, al menos, hacer una pequeña parada y armarme de valor antes de regresar a Hoboken.

Llevo unas ocho horas conduciendo, parando en gasolineras y en pequeños establecimientos para descansar junto a Rita. La miro por el retrovisor y sonrío. Sus inteligentes ojos castaños me observan con expectación y curiosidad.

Tomo una última curva con mi furgoneta y aparece un pequeño cartel de madera envejecida en el que puedo leer *«Bienvenidos a Southwest Harbor»* con letras desgastadas en color blanco.

—¡Hemos llegado, Rita! —exclamo con alegría.

Mi perra se levanta de su asiento, al que está enganchada con su cinturón de seguridad, y mueve la cola con energía.

Al pasar junto al cartel, noto un cambio en el aire. La brisa trae un olor a salitre y a madera quemada. Si estuviera en Hoboken, lo que me hubiera recibido habría sido un intenso olor a gasolina y neumáticos abrasados.

He entrado desde la carretera principal, la Ruta 102, y las casas aparecen dispersas, con jardines naturales que mezclan flores silvestres con arbustos. Algunas también tienen faroles o decoraciones náuticas, como redes o boyas.

A mano derecha se ve el pequeño puerto, con barcos pesqueros y veleros atracados, redes extendidas para secarse y gaviotas rondando. A la izquierda, un banco de piedra junto a un parque con bancos de madera y un monumento en honor a los pescadores del pueblo.

Más adelante, la carretera cruza el centro, donde se encuentran las pocas tiendas del pueblo: la panadería, la librería, el café Common Good y el pequeño ayuntamiento de madera. La gente, a diferencia de Hoboken, camina despacio y se saluda con familiaridad. Hay bicicletas apoyadas en las fachadas y perros acompañando a sus dueños. Algo dentro de mí me dice que Rita va a ser muy feliz aquí.

Al fondo, hacia el norte, se elevan colinas cubiertas de bosque, y hacia el este se vislumbra el mar. Rita ha sacado el hocico por la ventana y mueve la nariz con premura. Debe de estar hechizada por el olor a mar y a bosque.

Giro a la izquierda en la calle principal del pueblo, Main Street, y a mi derecha veo una galería de arte local, una panadería y un cartel de madera tallada que dice *«Common Good Cafe»*. Algunos vecinos se giran con curiosidad hacia mi vieja y destartalada furgoneta. Está llena de polvo, y lamento no haberme detenido en la última gasolinera para lavarla. Lo último que quiero es llamar la atención.

A unos metros, tomo una calle estrecha que desciende suavemente hacia el mar: Clark Point Road. Mi corazón late con rapidez ante la idea de llegar, por fin, a la casa que he alquilado.

La calle está flanqueada por casas de madera, algunas reformadas, otras con pintura descascarillada. Las vallas blancas que las rodean están salpicadas de musgo, y hay flores silvestres creciendo sin permiso. A un lado, entre los árboles, se intuye el astillero de Hinckley Yachts, con olor a barniz y sal. Las gaviotas pasan volando bajo, quizá con la esperanza de coger pescado o cualquier resto comestible.

Giro hacia una pequeña entrada entre los árboles, apenas marcada con un buzón oxidado y una dirección pintada a mano: *«15 Clark Point Rd.».*

El camino de entrada es de grava, con raíces que sobresalen del suelo. La cabaña aparece poco a poco: de madera gris, con porche cubierto, rodeada de helechos y con un olmo torcido creciendo al lado de la puerta. El mar se insinúa entre los troncos, como una promesa al fondo.

Suspiro y apago el motor al aparcar.

El silencio es casi absoluto, roto exclusivamente por el sonido de las hojas al ser pisadas y algún que otro barco en la distancia. Me quito el cinturón de seguridad y me bajo del coche para estirar la espalda. Rita ladra, y sé que está impaciente por bajarse.

Con una sonrisa, voy hacia su puerta y la abro. Sus ojos castaños brillan de alegría y curiosidad, y eso hace que los nervios que me

aprietan el pecho se aligeren suavemente. Le quito el cinturón de seguridad y ella sale de un salto.

—¿Iris Lark?

Me giro con rapidez para encontrarme con un par de ojos azules que me observan con curiosidad. Debe de ser Agatha, mi casera. O seguramente su nieta, ya que la joven que se acerca hacia mí no tiene ochenta años. Más bien la mitad, o incluso un poco menos. Aparenta ser una mujer entre los treinta y cuarenta años.

Estiro una mano para estrechársela.

—Sí, soy yo.

—Bienvenida a Southwest Harbor. Soy la nieta de Agatha, Margot. Has sido muy puntual —me dice con una pequeña sonrisa. Su melena pelirroja está suelta en suaves ondas que enmarcan un rostro bonito y femenino—. Vengo a traerte las llaves.

Abre su bolso negro de piel y saca tres llaves con un llavero a juego. Es un faro. Estiro la mano para alcanzarlas.

—Gracias —digo en cuanto las tengo en mi poder.

—De nada. Te iré pasando las facturas de luz y agua a medida que vayan llegando. Puedes pagarlas del mismo modo que has pagado la fianza y el mes.

—De acuerdo. Así lo haré —afirmo, recordando que lo había hecho a través de transferencia bancaria. También había pagado una pequeña tasa de limpieza para que, cuando me fuera, un equipo de limpieza dejaran la casa tal y como yo iba a recibirla: limpia y ordenada.

—¿Necesitas ayuda con las cajas? —pregunta, haciendo un gesto hacia mi vieja furgoneta verde.

Niego con la cabeza. ¿Cómo voy a pedirle que me eche una mano cuando va vestida impoluta y sin una sola arruga? Las cajas deben de tener polvo y alguna que otra arañilla que se haya colado desde Hoboken.

—No es necesario —respondo—. Gracias.

—Bien. Entonces, tengo que marcharme. Espero que te encuentres a gusto y cómoda en la casa. Puedes llamarme para cualquier cosa que necesites. —Margot alza la barbilla y suspira—.

Te pido encarecidamente que, si necesitas algo, me lo digas a mí. Mi abuela Agatha no está en su mejor momento.

Asiento un par de veces y echo un vistazo a Rita. Mi perra está oliendo el césped del jardín y parece muy entretenida. Creo que he encontrado el lugar perfecto para ella. Desconozco si lo es para mí, pero al menos, desde que he entrado en Southwest Harbor, no he sentido la imperiosa necesidad de marcharme, como si la sombra que me había alcanzado en Hoboken se hubiese quedado allí.

—Por supuesto —susurro.

Margot asiente y vuelve hacia su coche. Me pregunto cuándo habrá llegado y, en caso de haberlo hecho después de mí, cómo es posible que no me haya enterado del sonido del motor. Se va en un Toyota Corolla negro impoluto.

No es hasta que gira el coche y la pierdo de vista que miro la casa y cojo aire.

Rita es la primera en cruzar el porche, como si oliera mi indecisión y ella sí estuviese preparada para empezar una nueva vida allí. Se detiene ante la puerta, meneando la cola, olfateando la madera vieja como si reconociera algo. Yo respiro hondo, meto la llave en la cerradura y empujo.

La puerta cede con un crujido grave, como si la casa se desperezara después de un largo sueño.

El interior está envuelto en penumbra y polvo en suspensión. Una mezcla de humedad, madera vieja y algo más. No es desagradable, solo antiguo, como si el aire llevara tiempo esperando a ser respirado.

A mi izquierda veo una estufa de leña negra con la pintura desconchada. A la derecha, una butaca tapada con una manta a cuadros. El suelo de madera cruje bajo mis botas marrones de cordones. La casa no es grande, pero tiene justo lo que necesito: una sala con dos ventanales que dan al porche, una cocina abierta con estanterías algo viejas y una alacena donde alguien ha dejado un frasco vacío de miel.

Hay cuadros colgados en las paredes, de paisajes costeros y aves marinas, quizás pintados por la antigua propietaria. Algunos están

torcidos, como si el viento de tantas tormentas hubiera dejado su firma.

Subo las escaleras angostas que llevaban al altillo. El dormitorio es abuhardillado, con una cama de matrimonio de hierro bajo una ventana enmarcada por cortinas descoloridas. Sobre la cómoda, alguien ha dejado una taza sin terminar y una postal clavada con una chincheta oxidada. *«Volveré pronto»*, decía. No firmaba nadie. Prefiero dejarla ahí, quizá dentro de unos días Margot me llame para llevársela.

Bajo de nuevo y me dirijo al porche, donde Rita me espera sentada, mirando el mar entre los árboles.

Esto es precioso.

—No está tan mal —murmuro.

He alquilado la casa con idea de pasar unos meses para alejarme de la sombra que me persigue en Hoboken. Lo justo para sanar, esconderme o quizá ambas cosas. Pero mientras me dirijo a mi furgoneta y saco la primera caja, mi mochila cae al suelo con un golpe sordo. Siento, por primera vez en mucho tiempo, que algo nuevo puede empezar. Algo bueno, lejos de murmullos y acusaciones, donde incluso yo misma dudé de mi propia inocencia en algún momento.

—Este será nuestro nuevo hogar, Rita —susurro—. Al menos durante una larga temporada.

Salgo de la casa con una mezcla de nervios y emoción revoloteando en el pecho. Llevo un rato descargando cajas y me empiezan a doler las manos y la espalda. La brisa fresca me acaricia el rostro mientras camino hacia mi furgoneta verde, estacionada justo al borde del camino. Las pocas cajas que me quedan esperan apiladas y listas para convertirse en parte de este nuevo capítulo que apenas comienza.

Abro la puerta del conductor y me apoyo un instante, inspirando hondo. Sé que no solo estoy transportando pertenencias, sino también recuerdos y esperanzas. Esta casa, con su jardín modesto y ese aroma a madera vieja, promete ser el lugar donde puedo

reconstruirme, paso a paso, antes de regresar a Hoboken con fuerzas para enfrentarme a mis demonios.

Después de un par de vueltas, vuelvo a salir para coger la última caja. Al agarrarla siento el peso de lo desconocido, pero también una chispa de valentía que me empuja a seguir adelante. Miro de nuevo hacia la casa, que parece observarme en silencio, como esperando a que le dé vida con mis viejas pertenencias.

Con una sonrisa casi imperceptible, cierro la puerta de la furgoneta y voy hacia el porche, decidida a empezar.

Apenas vacío un par de cajas antes de dirigirme a la cocina y enchufar el frigorífico. Está completamente vacío, aunque limpio, por lo que voy a por mi móvil para ver qué hora es y mirar en internet si los supermercados están abiertos.

El que más cerca me pilla se encuentra en el número 344 de Main Street, el Sawyer's Market. Por lo que veo en las imágenes, vende desde productos frescos hasta alimentos preparados, lo que me viene muy bien para este momento. Me encuentro cansada y con pocas ganas de ponerme a cocinar.

Decido ir al supermercado y me prometo que al día siguiente me encargaré de vaciar las cajas. Tampoco es que traiga muchas cosas. Quería empezar desde cero y solo me he traído lo indispensable: algo de ropa, mi ordenador, medicinas de mi antiguo centro veterinario, comida para Rita, su cama y algunos libros.

Me he dejado la cartera en la furgoneta, así que silbo para que Rita me siga y salimos. Cierro la puerta, echo el cerrojo y le abro la puerta de la furgoneta a mi perra. Ella entra de un salto y la sujeto con el cinturón de seguridad. Luego rodeo la furgoneta, me siento ante el volante y enciendo el GPS.

Podría ir andando, pero lo que menos me apetece en este momento es convertirme en el centro de atención de los habitantes de Southwest Harbor. Quiero comprar algo de comida y regresar a mi nuevo hogar.

Miro la casa por la ventanilla y contengo la respiración unos segundos.

Todavía me cuesta creer que exista un lugar así. Es bonita sin ser ostentosa, con ese porche de madera que cruje bajo los pies y las

ventanas amplias por las que se cuela la luz tamizada del bosque. Transmite calma. Acogida. Como si me estuviera diciendo, en silencio, que puedo quedarme todo el tiempo que necesite.

Quiero volver cuanto antes, descalzarme, preparar una taza de té y dejar que el silencio me arrope.

Rita debe de sentir lo mismo, porque gime con suavidad.

—Ahora volvemos, cariño. Vamos a comprar algo de comer.

Y sin esperar ni un segundo más, pongo rumbo al supermercado.



2

Lo que se ve desde el puerto

IRIS

Aparco frente al supermercado, en un pequeño descampado de grava que hace las veces de aparcamiento. No hay líneas pintadas ni carteles, solo una fila desordenada de coches estacionados con tranquilidad. Bajo del coche y, por un instante, me detengo a observar cómo una mujer mayor carga el maletero de su *pick-up* con una bolsa de manzanas. Tienen buena pinta, y mi estómago gruñe.

Voy hasta Rita. Le quito el cinturón de seguridad del arnés y baja de un salto. Cierro la puerta y echo el seguro. No hace falta que le diga que me siga: ella ya lo hace. Nunca he tenido que enseñarle nada. Siempre ha sido una perra muy lista.

Es una Golden Retriever que fue abandonada junto a sus hermanos en una estrecha calle de Hoboken, rodeada de cubos de basura y un nauseabundo olor a huevos podridos. Una vecina los encontró. Yo decidí quedarme con ella de inmediato, hará unos cinco años, aunque tuve que batallar un poco con mis padres. En aquel entonces vivía con ellos, y acababa de dejar mi trabajo en una clínica veterinaria para abrir la mía propia. El resto de los hermanos fueron adoptados por otros vecinos de la calle.

Desde ese momento, Rita y yo nos hemos vuelto inseparables.

No me imagino mi día a día sin ella.

Avanzo hacia la entrada del supermercado. Rita camina a mi lado, con las orejas erguidas y la nariz en movimiento constante, como si cada olor fuera nuevo para ella, acostumbrada al de la ciudad.

El aire huele a salitre, a pan recién horneado y a hojas secas. La brisa arrastra consigo el murmullo lejano del puerto y el canto metálico de una gaviota. A lo lejos se oye el chirrido de una bicicleta y el tintineo de una campanita al abrirse la puerta de alguna tienda.

Frente al supermercado, un pequeño expositor de madera sostiene cestas con calabazas, manzanas y tarros de miel local. Un cartel pintado a mano anuncia: *«Pan de arce y canela, recién hecho»*.

Me detengo un segundo a observarlo todo. A absorberlo. Es otro ritmo, otra vida. Me cuesta creer que, hasta hace apenas un día, mi mundo era el ruido constante de los coches, los edificios grises y las aceras atestadas. Aquí, en cambio, todo parece moverse a cámara lenta.

Rita se sienta a mi lado, paciente, como si también estuviera admirando la escena. Me agacho para acariciarle la cabeza.

—Vamos, cariño. No tardaremos.

Empujo la puerta de cristal, que se abre con un leve tintineo, y entramos. Varias cabezas se giran hacia nosotras y luego clavan sus miradas en Rita. En ese momento pienso que, quizá, está prohibida la entrada de mascotas. Miro a mi perra, y, como si me entendiera, se queda sentada junto a la puerta. Este pequeño contratiempo no parece desanimarla, más bien todo lo contrario. Mueve la nariz mientras observa lo que hay a su alrededor.

Le acaricio la cabeza y cojo una pequeña cesta para llenarla de alimentos.

Camino por los pasillos con la cesta en el brazo, sintiendo bajo mis pies el suelo de madera gastada y el suave murmullo de voces lejanas llenas de curiosidad. Sé que están hablando de mí, pero decido ignorar a esas personas y no mirar en su dirección. Rita sigue en su sitio, paciente y tranquila.

Me detengo frente a una pila de manzanas brillantes y rojizas. Cojo una, la sopeso en la mano y me la acerco a la nariz. Tiene un aroma dulce y fresco que me recuerda a los veranos en casa de mis abuelos. La dejo caer en la cesta.

Unos metros más adelante alcanzo un bote pequeño de miel local. Su color dorado me hipnotiza bajo la luz tenue del supermercado.

Pienso que será perfecto para endulzar las infusiones y para dar un toque especial a los desayunos que planeo preparar aquí. Me gusta cocinar, y, ahora que no tengo trabajo, por ahora, tendré tiempo de usar mi creatividad e innovar.

Cojo una bolsa de zanahorias firmes y de color intenso, luego escojo un paquete de pasta con la intención de echarle tomate.

En la sección de productos lácteos me decanto por una botella de leche fresca y un trozo de queso cheddar. La cajera me sonríe amablemente cuando paso junto a ella, y en ese gesto simple siento que, con diferencia, la gente del pueblo es más cercana que la de ciudad.

Antes de dirigirme a la caja, cojo una pequeña bolsa de frutos secos y un paquetito de galletas artesanales. Son un pequeño premio para mí, un capricho que me he ganado después de un viaje largo y una nueva vida por empezar.

Con la cesta llena, miro a Rita, que me observa con ojos atentos y confiados. Juntas, estamos dando los primeros pasos hacia algo nuevo, hacia un hogar. La verdad es que no sé qué habría sido de mí si ella no hubiese estado en mi vida. Cuando ocurrió ese terrible suceso en mi centro veterinario… pensé que mi vida profesional había terminado. Y mi vida personal también.

Me estremezco al recordar lo mal que lo pasé en Hoboken y termino de hacer la compra.

Me dirijo hacia la cajera, que me observa con curiosidad y simpatía, y coloco la cesta en la cinta transportadora.

—¿Eres nueva? —pregunta—. Creo que no te he visto antes por Southwest Harbor.

Mi peor momento ha llegado.

El de socializar y hablar con desconocidos. Me había dicho que, si mantenía las distancias y no hablaba con nadie, ninguna persona acabaría enterándose de lo que hice en Hoboken. No quiero que la gente vuelva a mirarme con desconfianza y acritud. Quiero mantenerme al margen, que no busquen mi nombre en internet e investiguen lo que hice.

Tengo que mantener las distancias.

Por saludar no va a pasar nada, Iris.

—Sí —respondo con nerviosismo. Me humedezco los labios y me coloco un mechón de cabello detrás de la oreja—. Acabo de llegar.

—Bienvenida a Southwest Harbor —me dice con una enorme sonrisa.

La cajera es una mujer que debe de rondar los treinta y pocos, de cabello castaño claro recogido en una coleta baja y con algunas canas que empiezan a asomar. Tiene la piel ligeramente bronceada por el sol de la costa y unas arrugas muy suaves alrededor de los ojos. Lleva una camiseta de algodón azul y un delantal verde oliva, un uniforme sencillo e impoluto. Sus ojos verdes son cálidos y atentos, y cuando me mira, no hay juicio, solo curiosidad amable.

Veo que en su camiseta tiene una plaquita en la que se lee *«Soleil»*. Un nombre muy bonito.

—Gracias —respondo.

—Me llamo Soleil Brewster y esta es mi tienda. Bueno, en realidad es de mi padre, pero él se ha jubilado y ahora me encargo yo.

Se queda callada, quizá a la espera de que le diga mi nombre.

Estoy siendo demasiado rara. Sin contar que descortés también. ¡Di algo, Iris!

—Soy Iris —suelto de golpe y con cierta torpeza. No añado mi apellido, y agradezco que ella no insista.

—Es un placer, Iris. ¿Dónde te estás quedando? Oh, perdona. A veces hago demasiadas preguntas. Me temo que tendrás que acostumbrarte a eso. Aquí somos así: nos tomamos demasiadas confianzas.

Sacudo la cabeza, apenas sonriendo, mientras ella empieza a pasar los productos por el lector de código de barras. Luego los guarda con sumo cuidado en una bolsa de papel reciclable.

—Espero que Southwest Harbor te dé lo que estás buscando, Iris. Es un lugar maravilloso, lleno de mitos y leyendas —dice, y en su voz se adivina el cariño profundo que siente por su pueblo—. Si necesitas algo, no dudes en venir. Te ayudaré en lo que pueda.

Le doy las gracias con cierta timidez y cojo la bolsa con la comida. Camino hacia Rita, que me espera sentada en la puerta, moviendo la cola con impaciencia.

—¿Vamos?

Me sigue hasta la furgoneta. Abro el maletero y coloco la bolsa con cuidado. Luego me sacudo las manos contra los vaqueros cortos que llevo puestos y alzo la mirada. Aún quedan un par de horas de luz antes de que anochezca, y, la verdad, me apetece dar una vuelta. Quizá podría acercarme a la costa. Ver el mar.

Alzo una ceja en dirección a mi perra.

—¿Te apetece que nos acerquemos al puerto?

Rita ladra, y lo tomo como un sí.

Cierro la furgoneta y decido ir andando. Según pone en mi móvil, el puerto está a unos cuatrocientos metros, lo que será un relajante paseo por el pueblo. Sé que me expongo a que varias personas me vean y comiencen a circular preguntas sobre mí, la nueva habitante de Southwest Harbor, pero creo que va a merecer la pena.

Apenas unos minutos después, ya caminamos por una de las calles que desembocan en el puerto. El olor a salitre se intensifica con la brisa, y el sonido de las gaviotas reemplaza al de los coches. Rita tira un poco de la correa, como si también tuviera prisa por llegar. Frente a nosotras, los barcos se mecen suavemente en el agua, y el sol comienza a teñir el cielo de un naranja apagado.

Aguanto la respiración ante la belleza que contemplan mis ojos.

El puerto parece un cuadro en movimiento: barcos de pesca, veleros, redes secándose al sol. El aire huele a sal y a madera húmeda, y por primera vez desde que llegué, siento que quizá podría quedarme más tiempo del que había planeado. Es un lugar precioso, de esos que solo se ven en las películas. Me pregunto por qué no habré venido antes, aunque hubiese sido de vacaciones.

Las embarcaciones se alinean a lo largo del muelle y una gaviota pasa muy cerca de Rita. Ella ladra y da un salto, como si quisiera unirse al vuelo del ave. Subo con cuidado al muelle. Rita me sigue, con la nariz pegada al suelo. A nuestra derecha, un hombre mayor desenreda una red de pesca mientras tararea algo en voz baja.

Nos detenemos junto a una barandilla de madera, donde las gaviotas se pelean por restos de pescado. Rita se sienta mi lado, jadeando feliz. Y por un momento me permito pensar que no ha pasado nada en Hoboken, que solo soy una veterinaria que se ha tomado unas largas vacaciones para romper con su rutina.

Ese pensamiento me hace inmensamente feliz.

Sin problemas.

Sin miradas acusadoras.

Cierro los ojos y entreabro los labios, y se me eriza el vello de los brazos.

El muelle está tranquilo, bañado por la luz dorada del atardecer. Algunas embarcaciones se mecen suavemente, y el sonido del agua contra la madera es casi hipnótico.

Me agarro a la barandilla, dejando que el viento me despeine un poco. Rita decide tumbarse a mis pies y mira el vaivén de las gaviotas con las orejas en alto.

—¿Es tu primera vez aquí? —pregunta una voz rasposa a mi izquierda.

Me giro con rapidez. El marinero de antes, un hombre mayor, de piel curtida por el sol y manos fuertes, está ahora sentado en una banqueta baja junto a una caja de herramientas. Lleva una gorra descolorida y huele a salitre y a tabaco. Tiene los ojos claros, de ese azul casi gris que parece haber visto demasiadas tormentas.

Asiento, un poco sorprendida.

—Se nota —dice con una sonrisa torcida—. A los de fuera siempre se les nota en los ojos. Llegan buscando algo. Aunque no siempre saben el qué.

No sé qué responder, y decido permanecer callada. Él se encoge de hombros y señala hacia el mar.

—¿Ves ese barco que se aleja? —señala—. Cuentan que una vez uno igual zarpó sin saber que llevaba a bordo el alma de un hombre maldito… ¿Quieres que te cuente una historia?

Algo dentro de mí se remueve. Los recuerdos golpean mi cabeza y siento que los ojos se me humedecen.

Mi padre también me contaba historias cuando era pequeña. Al principio compraba libros para leérmelos. Luego decidió que su imaginación era lo suficientemente poderosa como para armar una historia. Recuerdo que me tumbaba en la cama, con la colcha hasta el pecho, y él se sentaba a un lado. Encendía la luz de mi mesita de noche y empezaba a narrar con esa voz profunda y masculina.

Lo echo muchísimo de menos.

Mi corazón da un vuelco y la tristeza se apodera de mí. Él había sido mi puerto seguro, el refugio al que recurrir cuando las cosas no salían bien.

Suspiro y sacudo la cabeza para centrarme en el viejo marinero, que debe de rondar los setenta años. La edad que tendría mi padre si estuviera vivo. Algo en él me recuerda a mi padre. Quizá sea esa sabiduría que distingo en sus ojos, o quizá el timbre de su voz.

Sea lo que sea, lo miro con curiosidad. Hay algo en su tono, en su forma pausada de hablar, que me atrapa.

—Claro —respondo.

Y entonces comienza.

—Hace muchos años —empieza, sin mirarme—, cuando Southwest Harbor aún no tenía nombre y las mareas marcaban la vida de los que vivían aquí, hubo un marinero que se enamoró del mar más que de cualquier mujer. —Hace una pausa, como si aún pudiera ver al hombre del que habla—. Era joven, fuerte y valiente. Pero también arrogante. Decía que ninguna tormenta podría con él, que conocía cada corriente, cada arrecife, cada truco de las aguas. Y así fue como, una noche de luna nueva, desafió a los cielos y se hizo a la mar, aunque todos le advirtieron que una tormenta se avecinaba.

Rita deja escapar un leve gruñido, como si también notara que algo se avecina en la historia. Me agacho a acariciarla.

—No volvió. Ni él ni su barco. Dicen que el mar se lo tragó por orgullo. Pero otros aseguran que no murió… del todo. Que el mar, celoso de su amor por la libertad, lo condenó a vagar eternamente entre las olas, con el rostro cubierto de algas, conchas y corales. Que en noches de tormenta se le ve al timón de un barco espectral, buscando la costa, pero sin poder alcanzarla nunca. Nunca volverá a ser libre.

Un escalofrío me recorre la espalda, cargado de anticipación e interés. No sé si por el aire, que se ha vuelto más fresco, o por la voz del viejo marinero, densa de misterio.

—Dicen que, si lo ves —añade en un susurro—, no debes mirarlo a los ojos. Porque si lo haces…, te llama. Y entonces serás incapaz de no caminar hasta el mar y ahogarte cuando no hagas pie.

Lo miro, sin saber si sonreír o tragar saliva. Él se encoge de hombros y suelta una risa ronca.

—Ahí no termina la leyenda.

—¿Cómo continúa? —pregunto, con la curiosidad floreciéndome en el pecho.

El hombre suelta una carcajada, y por un instante, sus rasgos parecen más jóvenes. Estoy segura de que en su juventud fue un hombre muy atractivo.

—Creo que por hoy es suficiente. Te contaré qué le pasó al joven y su maldición la próxima vez que nos veamos —dice, aclarándose la garganta—. Aquí contamos historias, señorita. Algunas son verdad. Otras…, bueno, otras cambian con el paso de los años. Sin embargo, el mar lo sabe todo. Es un buen guardián de secretos.

Sin entender qué ha querido decir, veo cómo el marinero se levanta despacio, coge su caja y se aleja por el muelle sin decir adiós.

Me quedo allí, mirando el horizonte, preguntándome si esa historia ha sido solo eso o si de verdad existió un día ese hombre. Sea lo que sea, tengo ganas de ir tras él y suplicarle que continúe. Quiero saber más. Necesito saber más.

Mi padre solía hacer lo mismo cuando era niña. Me leía un capítulo antes de dormir y luego se marchaba, tras apagar la luz con una sonrisa cómplice. No importaba cuántas veces le suplicara que leyera un poco más. Nunca cedía.

Suspiro y miro a Rita.

—¿Volvemos a casa? Se está haciendo tarde.

Ella ladra, como si también supiera que el día ya ha terminado.

Caminamos juntas de vuelta a la furgoneta. Pero mientras abro la puerta y me acomodo en el asiento, ya lo tengo decidido.

Mañana volveré al muelle.

Pasearé con Rita entre los barcos dormidos, husmearé entre las sombras saladas y buscaré al viejo marinero.

Porque necesito saber qué fue lo que le pasó al hombre de la historia. Y porque siento que esa historia… me está buscando a mí.



3

Lo que queda de nosotros

CALEB

Si me preguntaran a qué huele mi lugar de trabajo, diría que el astillero desprende un aroma inconfundible: madera húmeda, salitre y barniz recién aplicado.

Estoy encorvado sobre la quilla de un viejo barco de pesca, con una lija en la mano y el ceño fruncido de quien lleva horas concentrado en lo mismo. La camiseta se me pega al cuerpo por el calor y el polvo fino, y llevo las mangas remangadas hasta los codos.

Debería haberme ido hace un par de horas, pero, al igual que mi padre, encuentro en este trabajo algo más que una obligación. Es casi como un *hobby*.

Cada movimiento sobre la madera es preciso, paciente. Mi padre solía decir que no solo restauramos barcos o los construimos desde cero. Lo que hacemos es devolverles su forma natural, como si el tiempo, las olas y las tormentas no hubieran pasado nunca por ellos.

Una radio vieja suena a lo lejos, pero apenas presto atención. Tengo la frente perlada de sudor, una astilla clavada en el pulgar y los pensamientos en otra parte.

A mi alrededor, el astillero parece dormirse despacio bajo la luz dorada del crepúsculo. Solo el sonido constante de la lija contra la madera y el canto ocasional de una gaviota rompen el silencio.

No hablo mucho mientras trabajo, y nadie espera lo contrario. Ni siquiera mi padre, que con los años se ha vuelto más conversador. Mi pasión es esta: crear o devolverle el alma a un barco. Si una embarcación tiene una segunda oportunidad, es porque ha pasado por las manos de los Crowley.

Las dos puertas de madera están abiertas, y desde donde estoy veo a mi padre acercarse por el muelle. Lleva una caja de herramientas en una mano y acaba de despedirse de una mujer. No sé quién era; desde esta distancia no he podido distinguir su rostro, pero supongo que será alguna vecina de Southwest Harbor.

Sus pasos resuenan sobre las tablas viejas del muelle.

—Continúa mañana, Caleb —dice en cuanto entra—. Vete a casa con tu hijo y descansa.

Dejo la lija a un lado y me paso el antebrazo por la frente.

—¿Con quién hablabas? —pregunto.

—No lo sé —responde con una sonrisa enigmática.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No era una vecina del pueblo?

—Supongo que lo es. Lo que sí puedo decirte es que no es de aquí —dice mientras guarda la caja de herramientas—. ¿Tienes cena para hoy?

—Sí —respondo, incorporándome y sacudiéndome las manos en los pantalones vaqueros—. Voy a marcharme a casa.

—Descansa —dice mi padre—. No tengas prisa por volver mañana a primera hora.

Asiento con un gesto breve. No soy de los que se quedan hablando más de lo necesario, y él lo sabe.

Recojo mis cosas en silencio con cuidado y siguiendo siempre el mismo ritual: limpio las herramientas y las dejo donde estaban. Salgo del astillero y cierro una de las puertas con un chirrido familiar. La brisa del atardecer me roza la piel sudada del cuello, y agradezco el alivio mientras camino hacia mi camioneta. El mar está tranquilo, reflejando el último resplandor dorado del día. Me detengo un segundo, con la mano en el tirador de la puerta, y miro el horizonte. Algo en esa calma me reconforta.

Desde pequeño, cuando mi padre y mi abuelo trabajaban en el astillero familiar, yo me quedaba muchas tardes allí, mirando el atardecer. Encontraba un extraño placer en ver cómo el sol se deslizaba poco a poco hacia el horizonte, con la promesa de regresar al día siguiente.

A veces se me venían a la cabeza las leyendas y las historias que mi padre me contaba. Muchas eran solo cuentos para entretenerme cuando era niño, o al menos eso creía entonces. Pero otras eran más realidad que fantasía. Mi padre solo se encargaba de darles un toque de su propia cosecha: fantasmas, monstruos y barcos errantes. Por ejemplo, historias de barcos que desaparecían en la niebla, de marineros que oían voces bajo las olas cuando salían a pescar, de tesoros malditos y desapariciones… y de amores imposibles que terminaban en tragedia.

A veces, cuando mi padre terminaba pronto en el astillero, se sentaba conmigo en silencio sobre las tablas de madera. Ninguno de los dos decía nada. Podíamos estar horas así, hipnotizados por el movimiento del agua, hasta que llegaba mi madre para avisarnos de que la cena estaba lista.

Suspiro, subo a la camioneta y arranco. El motor ruge con familiaridad. En la radio suena una canción *country* vieja, de esas que acompañan sin molestar y te dejan también sumirte en tus pensamientos. Conduzco por la carretera estrecha, flanqueada de pinos, viendo cómo las sombras se alargan en los bordes del camino.

Mi hijo estará en casa, probablemente viendo dibujos o desordenando los cojines del sofá bajo la atenta mirada de la niñera.

Mi mundo es pequeño. Todo lo que necesito en la vida está aquí, en Southwest Harbor: el mar, mi familia y el bosque.

Nada más.

Y, sin embargo, mientras el cielo se tiñe de un azul profundo y los faros de la camioneta cortan la penumbra del camino, no puedo evitar pensar en la familia que fuimos antes del fallecimiento de mi esposa.

La echo de menos. Siempre lo haré. Pero hay una parte de mí que ha aceptado que no volverá. Que ya no somos tres.

Solo dos: mi hijo y yo.

Y aunque a veces el silencio en casa pese más que cualquier otra cosa, también sé que gracias a él puedo tirar hacia delante.

Giro por el camino de tierra que me lleva hasta mi casa y las ruedas de la camioneta crujen sobre la grava suelta. A un lado, los pinos altos se alzan como centinelas, y al otro, el terreno se abre

hacia un claro donde crece la hierba salvaje junto a algunas flores silvestres que mi hijo insiste en recoger cada vez que salimos a pasear.

El porche de madera aparece entre los árboles, con su barandilla un poco desgastada y la luz del exterior encendida, lanzando un cálido resplandor sobre los escalones.

Dejo la furgoneta junto al cobertizo, en el mismo sitio de siempre, justo frente a una vieja rueda de carro que cuelga de un árbol y que nunca he quitado porque a mi esposa le gustaba cómo quedaba ahí.

Antes de que pueda apagar el motor, la puerta principal se abre de golpe y una figura menuda sale corriendo, sin calzar y con una camiseta de dinosaurios.

—¡Papá! —grita, agitando los brazos.

Me bajo justo a tiempo para atraparlo cuando salta hacia mí. Me rodea el cuello con fuerza, con ese abrazo sincero que solo tienen los niños.

—¿Te has portado bien hoy? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Henry es un niño demasiado maduro para su corta edad de seis años. Lejos de estar enganchado a una pantalla, prefiere los largos paseos por el muelle o el bosque, ya sea conmigo o con mi padre.

—He ayudado a Úrsula a poner la mesa. Bueno…, un poco —dice, con esa media sonrisa suya—. También he dibujado un barco. ¿Quieres verlo?

—Claro que sí —respondo, cogiéndolo en brazos mientras nos dirigimos a la casa—. Pero primero, cena.

Se apoya en mi hombro mientras entramos, y por un momento, todo lo demás se desvanece. El cansancio, el olor a barniz que aún traigo conmigo, incluso el hueco que dejó su madre. Todo queda en silencio cuando él sonríe.

Úrsula, su niñera, está en la cocina. Es una mujer joven, de unos veinticinco años, con ojos azules y nariz respingona. Ha cuidado de Henry desde que mi mujer falleció. Trabaja a media jornada en una escuela infantil, y su carácter dulce y cariñoso ha sido un apoyo fundamental en todo este tiempo. Conoce a Henry desde que nació,

y eso se nota en la complicidad que comparten. Lleva su melena rubia suelta, con ondas que le caen sobre los hombros.

—Buenas tardes, Úrsula.

—Buenas tardes, Caleb. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien —respondo, estrechando a Henry contra mi pecho—. Te dejé el dinero en el mueble del recibidor.

—Perfecto, gracias —dice con una sonrisa—. Tenéis la cena hecha. ¿Mañana a la misma hora?

Asiento casi de forma imperceptible.

—Eso es —musito.

Úrsula se acerca para darle un beso a Henry en la mejilla. Su olor a fresas me envuelve durante un segundo, y noto su mirada sobre mí. Sé que ha intentado más de una vez acercarse… de otra forma. Pero yo lo he evitado con suavidad. Hay muchas razones que me mantienen alejado de ella. La primera, su edad. Me parece demasiado joven para mí. Luego está el hecho de que no siento esa chispa, esa conexión que ella sí parece percibir. Y, por último…, dudo que pueda volver a enamorarme. Nunca habrá ninguna mujer a la que pueda querer tanto como a Laurie.

Cuando se va, me fijo en que ya está puesta la mesa. Solo queda servir la comida.

—¿Nos lavamos las manos? —pregunto, y miro a mi hijo.

Henry asiente un par de veces, y pasamos junto al mueble del salón, donde descansa una fotografía de Laurie, él y yo. Los tres sonriendo, congelados en un momento que ya no volverá.

Laurie fue una mujer increíble. Llena de fuerza y determinación. Para ella, lo más importante siempre fuimos nosotros. No le importaba sacrificarse con tal de asegurarse de que éramos felices.

Fue mi novia de toda la vida. Después de tontear con algunas chicas a los dieciocho, reuní el valor suficiente para lanzarme a por ella. Siempre la había observado desde lejos, con deseo y admiración, como algo que nunca podría alcanzar.

Había nacido en Missoula, pero se mudó a Southwest Harbor para cuidar de su tía, que falleció un par de años después. Le había dejado la casa, aunque Laurie terminó por venderla. Sus padres vienen de vez en cuando a visitar a Henry. Y llaman a menudo.

Quieren saber cómo está, si necesita algo. A veces me preguntan por mí también, con esa delicadeza incómoda de quien no sabe si cruzar la línea del duelo ajeno.

Agradezco su preocupación, por supuesto que lo hago. Pero la mayoría de las veces no sé qué decirles.

Estoy bien. Estamos bien.

Y con eso basta. O, al menos, eso me digo todos los días cuando me despierto. Henry sale del baño con las manos chorreando y la camiseta salpicada, y me llama para que le seque con una sonrisa desdentada.

Respiro hondo.

La vida ya no es lo que era, pero sigue aquí. Con menos ruido. Con menos luz. Pero sigue.



4

Donde empieza el mar

IRIS

Hay algo en el aire de Southwest Harbor que lo hace diferente a otros lugares en los que he estado. Es salado, sí, como en cualquier pueblo costero, pero tiene un deje a madera vieja, a redes secas y a flores silvestres que te hace levantarte de otra forma por las mañanas.

Camino despacio por la acera que bordea el puerto, con las manos en los bolsillos de mi chaqueta verde caqui y la mirada fija en el agua. Rita trota a mi lado, olisqueando y mirando todo como si quisiera conocer la historia entera del lugar en un solo paseo.

No conozco a nadie aquí. No tengo planes. No tengo un trabajo. Solo tengo esta decisión un poco precipitada y un montón de recuerdos que todavía me pesan más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Pero hay algo en este sitio que me llama.

Como si alguien me hubiera susurrado que aquí podría volver a empezar.

Admito que he regresado temprano al mismo lugar de ayer con la esperanza de encontrarme con ese marinero. Quiero que termine de contarme la historia. He pasado la noche entera dándole vueltas, imaginando posibles desenlaces para ese hombre que terminó llevando a cuestas una maldición capaz de acompañarlo toda la vida.

Sin embargo, por más que miro de un lado a otro, no lo veo. El banco donde se sentó está vacío. El muelle, tranquilo. Solo alguna

gaviota vuela bajo, y el agua golpea suavemente los pilares de madera.

Una desilusión sorda me aprieta el pecho. Más fuerte de lo que debería. No es solo la historia lo que me falta. Es algo más, pero no sé el qué. Siento incertidumbre, inseguridad y miedo.

Cierro los ojos unos segundos y respiro hondo. Mi pecho se infla y retengo el aire, como si pudiera contener también los pensamientos que no quiero escuchar. Cuando lo suelto, me repito que todo está bien. Que he empezado de cero. Que nadie me conoce aquí.

No tengo que fingir que soy dura, ni pretender que nada me afecta, como si pudiera avanzar sin que me doliera todo lo que quedó atrás.

El móvil vibra en el bolsillo de mis vaqueros. Lo saco.

Mi madre.

No tengo ganas de hablar con ella. Nunca apoyó mi decisión de venirme a Southwest Harbor. Ella quería que me quedara allí, en Hoboken, tragándome los reproches, mientras mi cara seguía saliendo en revistas y periódicos locales. Incluso en el *Jersey Journal*.

Vuelvo a guardar el móvil sin responder y silbo.

Rita levanta la cabeza y me mira, con las orejas tiesas.

—¿Por qué no cambiamos de aire y vamos a otro lado?

Tomamos un camino que bordea las casas hasta llegar a Main Street. Rita camina a mi lado sin correa, con la lengua fuera y la cola en alto. Es pronto, pero ya hay movimiento: una mujer riega las flores de su porche, alguien barre la acera con empeño y un grupo de niños pasea en bicicleta.

A mitad de la calle, una cafetería llama mi atención. La fachada, de madera pintada de azul claro, está algo desconchada por la sal y el viento, pero las letras blancas del cartel aún se leen: *«Harbor & Bean».* Me acerco sin pensarlo mucho. No necesito café, pero tampoco sé qué más hacer. Veo que no tienen ningún cartel que prohíba la entrada de animales, así que decido que es un buen lugar para hacer una pequeña parada.

Una campanita suena cuando empujo la puerta.

Dentro huele a café recién hecho, a canela y a pan tostado. Las mesas son desiguales, las sillas desparejadas, y la mayoría de los adornos parecen reciclados de alguna tienda de antigüedades. Todo tiene un encanto casero y costeño.

—Buenos días, ¿qué quieres que te ponga? —me pregunta una mujer desde detrás del mostrador. Tiene el pelo gris recogido en un moño suelto y un delantal con manchas de harina. Su sonrisa es tan profunda como su acento.

—Ponme un chocolate, por favor —respondo.

Mientras me prepara el chocolate, me giro para observar el lugar. Una pareja joven charla en una esquina, y en la otra, un hombre mayor lee el periódico en silencio. Rita se tumba a mis pies con un suspiro largo.

Y entonces entra él.

Es un hombre alto, con las botas manchadas de serrín y las manos curtidas por el trabajo. Lleva una camiseta gris oscura que se ajusta a su ancha espalda, y tiene los brazos, descubiertos, salpicados de polvo claro. Su pelo es castaño oscuro, algo revuelto, como si el viento del puerto se lo hubiera despeinado. Lleva una barba corta, descuidada pero bien definida, que le da un aire más maduro y serio. Y aunque apenas levanta la cabeza, alcanzo a ver el destello azul de sus ojos.

Azul como el mar en calma.

Azul como las aguas del Caribe.

No me mira. Va directo al mostrador, como si conociera cada rincón del local con los ojos cerrados.

No puedo evitar observarlo.

Hay algo en su presencia que me llama la atención. No es solo su aspecto, aunque no voy a negar que sea atractivo, muy atractivo. Es esa energía tranquila, sólida, como si nada pudiera sacudirlo.

—¿Lo de siempre, Caleb? —pregunta la mujer del mostrador con una sonrisa.

Caleb.

Ese es su nombre. Y le pega mucho.

Él asiente sin decir una palabra y espera de pie, mirando por la ventana. No cruza los ojos conmigo. Pero, por alguna razón, siento

que ya se ha percatado de mi presencia. O tal vez sean solo imaginaciones mías.

Ignoro el hecho de que la mujer lo ha atendido antes que a mí y me pregunto quién será para que lo mire con tanto cariño y respeto.

Pago mi chocolate, le doy las gracias y me siento en una mesa junto a la ventana. El tal Caleb se marcha unos minutos después con su vaso en la mano y el ceño ligeramente fruncido.

No sé por qué me quedo mirando su espalda mientras se aleja. Solo sé que, por un instante, el murmullo del local desaparece. Y no lo entiendo.

Cuando parpadeo, ya ha cruzado la puerta. El sonido del vapor de la cafetera, el tintineo de cucharillas y la conversación de fondo regresan a mí de golpe. Sacudo la cabeza, incómoda. ¿Por qué me ha afectado tanto un desconocido? Decido dejar de pensar en el tal Caleb y me tomo el chocolate con tranquilidad.

El calor de la taza me ancla al presente mientras mis ojos se posan en la ventana. ¿Qué puedo hacer hoy? Barajo algunas opciones: podría perderme en algún rincón del bosque, o quizás dar un paseo por el muelle y, así, sentir la brisa salada en la piel y dejar que el mar limpie mis pulmones de toda la contaminación que he estado aspirando en Hoboken durante años.

Sin embargo, explorar un lugar nuevo como sería el bosque me llama la atención. Siempre me ha gustado salir a dar paseos con Rita. Quizá incluso pueda llevar algo de comer y un libro. Con esa idea en la mente, le hago una señal a Rita y ponemos rumbo de vuelta a casa.

Saco el móvil del bolsillo del pantalón y cruzo la calle con calma. Respiro hondo. El aire de la mañana huele a sal, a madera húmeda y a algas secas. Estoy relativamente cerca del muelle y siento que el olor es más pegajoso y denso que ayer.

Voy por Main Street sin prisa, disfrutando del raro privilegio de no tener que correr a ningún sitio y con destino a mi casa. Estos minutos antes de que empiece el caos del día son míos, solo míos. El pueblo está medio dormido, las casas aún bostezan detrás de sus postigos y el puerto murmura al fondo, como si aún no se decidiera a despertar del todo.

Entonces lo oigo.

—¡No te acerques! —grita una mujer—. ¡Está viva, pero parece herida!

Me detengo en seco. El estómago se me contrae sin que me dé tiempo a pensarlo. Giro la cabeza hacia el embarcadero y echo a andar, primero rápido, luego corriendo. ¿Alguien necesita ayuda?

Las voces vienen del extremo del muelle. Hay un pequeño grupo de gente arremolinada, mirando hacia las rocas y haciendo aspavientos.

Cuando llego, con el corazón un poco acelerado y la boca seca, la veo.

Una foca.

Joven.

Está tendida de lado sobre la piedra húmeda, temblando. Su pelaje está cubierto de arena, y una mancha roja le recorre la aleta trasera. Respira con dificultad. Tiene los ojos muy abiertos, brillantes de miedo. Juraría que está asustada por toda la gente que tiene alrededor.

Hago un *sprint* y me acerco con Rita trotando detrás de mí.

—¿Alguien la ha tocado? —pregunto con voz agitada mientras me arrodillo.

Un niño alza tímidamente la mano, pero no le presto atención. Ya estoy abriendo la mochila, donde siempre llevo material por si a Rita le hace falta en algunos de nuestros paseos. Guantes, linterna, gasa, una botella de agua… Todo está donde debe.

El murmullo del grupo se apaga poco a poco. No necesito mirar para saber que están esperando que haga algo. Y eso es lo hago.

—Voy a necesitar una camilla y una caja de transporte —digo con voz pausada—. Si alguien puede llamar al centro, que avisen. Pedid que preparen solución salina.

Las palabras salen solas. Las manos también. La cabeza se vacía de todo lo demás. No hay pueblo, ni voces ni chocolate caliente. Solo ella.

Solo la foca.

Su cuerpo tiembla cuando me acerco. Alzo una mano con lentitud, sin invadir su espacio aún, solo dejándola verme. Pero en cuanto

intento examinar la aleta herida, suelta un gruñido áspero. Un sonido gutural, grave, que no encaja con su tamaño. Abre la boca y muestra los dientes. Me lanza una advertencia clara: no quiere que me acerque.

Suspiro.

No va a ser una paciente fácil.

—Está bien —murmuro—. Nadie va a hacerte daño.

Mantengo la voz baja, firme, como si pudiera convencerla con palabras. Me muevo despacio, sin gestos bruscos. No es la primera vez que una foca intenta morderme. No sería la última.

El problema no es solo el dolor —seguramente tiene la aleta dislocada, o una fractura—, sino el miedo. Está sola, herida, rodeada de humanos. Su instinto la tiene atrapada entre la huida y la lucha.

—Necesito una toalla o algo para cubrirle los ojos —digo sin apartar la vista—. Con cuidado.

Una mujer me tiende una manta de emergencia plateada.

Asiento. Sirve. Es suficiente. La coloco suavemente sobre la cabeza del animal, bloqueándole la visión. Es lo primero que hacemos en estos casos: si no ve, no lucha tanto.

Siento cómo su cuerpo se relaja apenas un poco. Solo un poco. Lo justo.

Sigo respirando hondo. Mis manos saben qué hacer. Mi cabeza también.

Y, sin embargo, el corazón me golpea como si fuera la primera vez.

Me agacho un poco más, lo justo para acercar el oído a su pecho suave sin asustarla. Escucho el latido acelerado, el ritmo errático de quien no sabe qué está pasando. He oído ese sonido muchas veces cuando trabajaba en Hoboken, pero nunca deja de dolerme.

—Tranquila —susurro, aunque sé que no me entiende—. Ya casi está.

La herida no parece profunda, pero sangra más de lo que me gustaría. Tiene un corte feo, probablemente de un anzuelo o de alguna basura marina. Las aletas están rígidas, como si hubiese estado intentando arrastrarse durante horas. Está agotada.

Echo una mirada rápida hacia la calle. Nada. Ni sirenas, ni el sonido del todoterreno del centro. Aprieto los labios.

—¿Alguien tiene agua? —pregunto con cierto nerviosismo.

Un chico joven me tiende una botella medio llena. Agradezco con un gesto y mojo un poco una gasa. Limpio la sangre con cuidado, lo justo para ver mejor el corte. Ella se estremece, pero no protesta. Al menos no con fuerza.

—Vas a necesitar antibióticos —murmuro para mí misma—. Y quizá puntos. Pero estás a salvo. ¿Me oyes? Estás a salvo.

Alguien a mi lado tose. Me había olvidado de que no estoy sola. La gente me observa.

Siento sus ojos encima, la mezcla de admiración y miedo, como si yo fuera otra especie de animal salvaje. No saben quién soy. Llegué ayer a su pueblo y ya me he puesto en el punto de mira, que es justo lo que he querido evitar.

Pero yo solo veo a la foca. Y su mirada, oculta tras la manta, me pesa más que todas las otras.

Levanto la cabeza y vuelvo a mirar hacia la carretera.

¿Dónde demonios están?

Entonces oigo el motor.

Un ruido grave, familiar. El todoterreno del centro aparece entre las casas, gira bruscamente en la curva del muelle y se detiene a pocos metros. Respiro aliviada.

—¡Ya era hora! —murmuro, más para mí que para ellos.

La puerta del copiloto se abre y sale una mujer joven de mi edad, con el pelo recogido en un moño caótico y los guantes ya puestos. Tras ella, viene un hombre arrastrando la camilla plegable y una caja de transporte azul celeste que me resulta muy familiar.

—¿Qué tenemos? —pregunta la mujer mientras se agacha junto a mí.

—Foca común. Joven. Herida en la aleta trasera, probablemente sea un corte con objeto marino. Sangra más de lo que debería, pero no parece profunda. Está estable. De momento.

Él hombre me lanza una mirada rápida llena de curiosidad, pero rápidamente se mete en su papel. Juntos desplegamos la camilla junto a la foca y, con sumo cuidado, nos preparamos para moverla.

La mujer le sujeta la cabeza con delicadeza mientras yo me coloco en el lado de la aleta herida.

—Uno, dos…, tres.

La foca se agita un poco, pero no gruñe esta vez. Tal vez porque ha dejado de resistirse. O porque empieza a entender que no vamos a hacerle daño. Una vez dentro de la caja de transporte, la cubrimos con otra manta limpia y la mujer cierra los pestillos.

—¿La llevamos directamente al centro? —pregunta el hombre que la acompaña.

—Sí. Deberíais llevarla a la sala de cuarentena. Preparad una vía y aseguraos de que tenga calor en la zona de recuperación —respondo, casi sin pensar—. Yo voy también por si necesitáis ayuda.

Los curiosos comienzan a dispersarse. Algunos murmuran un *«Gracias»* al pasar. Otros, ni siquiera eso. Pero no me importa. Me estoy acercando al coche para subir con ellos cuando la mujer me lanza una mirada de reojo.

—¿Has venido sola? —pregunta.

Asiento, y dejo que Rita se suba conmigo. Luego cierro la puerta tras ella y me acomodo en el asiento trasero, con las piernas aún mojadas por el agua del muelle.

—Estaba dando una vuelta, y me he acercado al muelle al ver que había barullo —explico.

La mujer asiente sin decir nada más, pero algo en su expresión me dice que ha notado mi nerviosismo. No lo suficiente como para preguntar, pero sí para archivarlo en algún rincón de su cabeza.

Durante el trayecto, la foca permanece en silencio. Escucho su respiración pausada, el golpeteo sordo de las ruedas sobre el camino húmedo y el tictac invisible del reloj de mi ansiedad. Rita viaja a mi lado sin decir una palabra, enroscada como si quisiera hacerse invisible.

—No eres de aquí —dice de pronto la mujer. Tiene un *piercing* en la nariz y el pelo teñido de lila. Sus grandes ojos marrones me estudian fugazmente por el retrovisor—. Conozco a casi todas las caras de Southwest Harbor. Y la tuya no me suena de nada.

—Quizá porque este es mi segundo día aquí —le explico con voz calmada. Luego suspiro y estiro el brazo hacia el asiento delantero

—. Iris Lark.

Ella sonríe y me estrecha la mano con calidez, sin apartar del todo la vista de la carretera.

—Es un placer, Iris. Mi nombre es Lavender Wood. Me alegra que hayas acabado aquí.

—¿Aquí? —pregunto, arqueando una ceja.

—En este sitio, en este momento —responde Lavender, sin dejar de mirar al frente—. Esta foca podría haberse echado al mar con sus heridas. Y no lo habría contado si no hubieras estado tú.

El hombre que conduce me dedica una sonrisa breve a través del retrovisor.

—En eso tiene toda la razón —interviene con voz tranquila—. Mi nombre es Thomas Burton. Es un placer, Iris.

—Igualmente —respondo, algo sorprendida por tanta calidez. No estoy acostumbrada a que los desconocidos sean tan… abiertos.

Porque en Hoboken no son así. De repente, veo por la ventanilla que está chispeando.

Rita se acomoda a mi lado, rozándome con la pata sin querer. La foca respira con suavidad, como si ya supiera que está a salvo. De todas formas, creo que nuestras voces, pausadas y tranquilas, la relajan.

El resto del trayecto transcurre en silencio. A través de la ventanilla veo cómo el paisaje se vuelve más boscoso y húmedo. Las ramas de los pinos se inclinan sobre el camino como si quisieran protegernos del mundo exterior.

Finalmente, el coche se detiene frente a un edificio de madera pintado de blanco, con un cartel sencillo en la entrada: *«Centro de Rescate Costero de Southwest Harbor».* Tiene algo que le hace verse acogedor, como una clínica de montaña, pero también desprende esa seriedad que solo tienen los lugares donde la vida depende de cada minuto.

Thomas apaga el motor y se gira un poco.

—Ya hemos llegado.

Lavender sale primero, abriendo la puerta trasera para que podamos bajar. La lluvia, que empezó a caer desde que salimos del muelle, ha cesado, pero el suelo sigue mojado y resbaladizo.

Ayudo a Rita a bajar del coche. Ella salta con cuidado, sin perder de vista la caja de transporte que Thomas ya ha cargado entre sus brazos con la ayuda de Lavender.

—Vamos a llevarla directamente a cuarentena —dice Lavender, ya más en modo profesional—. Yo iré avisando a Lily para que prepare la vía.

—¿Lily? —pregunto antes de poder evitarlo.

—Mi hermana. También es la veterinaria del centro —responde, mientras abre la puerta principal con el pie, empujando con firmeza —. Es maravillosa. Tu foca va a estar en buenas manos.

Asiento, aunque un nudo inesperado de nervios se forma en mi estómago. No por desconfianza, sino por la repentina conciencia de lo que estoy haciendo: involucrándome. Permitiéndome que me importe. Y eso siempre da miedo.

Lavender se detiene de pronto. Planta los pies en seco y gira ligeramente el cuerpo hacia Thomas.

—¿Puedes tú solo con ella? —pregunta.

—Por supuesto —responde él, con tono seguro.

—Ahora mismo voy —añade Lavender.

Thomas entra en el edificio cargando la caja de transporte, dejando tras de sí una estela de humedad sobre el suelo de linóleo. Lavender, Rita y yo nos quedamos a solas. Siento cómo el silencio se vuelve espeso. Y no sé si me estoy preparando para una advertencia, una pregunta… o algo que no quiero escuchar.

Lavender me observa durante unos segundos, con una expresión difícil de leer.

—Iris —dice al fin—. ¿Quieres que te avise cuando la soltemos? Puedes darme tu número de teléfono.

Tardo un instante en responder. No porque no quiera, sino porque esa simple frase, *«¿Quieres que te avise?»,* lleva consigo más peso del que debería. No es solo una foca. No es solo un número. Es una paciente. Una conexión. Una responsabilidad.

—Claro —digo al fin, sacando el móvil del bolsillo—. ¿Te lo dicto?

Ella asiente y saca el suyo también, con una pequeña sonrisa que me resulta amable. No forzada, ni inquisitiva. Solo genuina.

Le doy mi número y ella lo teclea con rapidez.

—Listo. Te escribiré cuando llegue el momento. A veces tardamos semanas. Depende de cómo evolucione, de las heridas, del estado de salud…

—Lo entiendo.

—Pero si quieres venir a verla antes, estás invitada —añade con un leve encogimiento de hombros, como quien no quiere parecer insistente—. A veces les hace bien tener una cara conocida cerca.

No sé qué responder a eso. Solo asiento, y me obligo a sostener su mirada sin apartarla.

Por primera vez desde que llegué a Southwest Harbor, siento que el hielo empieza a resquebrajarse.

—¿Sabes? Estamos a un paseo hasta Main Street. Yo podría acercarte más tarde. ¿Quieres entrar y echar un vistazo a los animales que tenemos?

Siento que su pregunta es una nueva oportunidad que no puedo rechazar.

Asiento con una sonrisa tímida, dejando que el calor de la calma me envuelva un poco.

—Me encantaría —respondo, sintiendo que, por primera vez en días, algo dentro de mí se afloja, como si pudiera permitirme confiar un poco más.

Lavender me conduce por un pasillo de paredes blancas y ventanas grandes que dejan entrar la luz del sol, que se cuela entre las nubes. El aroma a desinfectante se mezcla con un leve olor a mar y a madera húmeda.

A lo largo del recorrido, veo jaulas con otros animales, carteles con normas y fotografías de rescates anteriores. La seriedad del lugar contrasta con el cuidado y la dedicación que se respira en el ambiente.

Siento que, quizás, este es el lugar donde puedo empezar a sanar.



5

La forastera

CALEB

Levanto la cubierta de uno de los cascos que estamos restaurando y compruebo que la humedad no ha penetrado. Todavía no. El cielo está gris, cargado de nubes. Otro día sin sol. Otro día con la humedad del mar calándome los huesos. Sin embargo, la encuentro familiar y refrescante. El otoño casi ha llegado a Southwest Harbor y ya se puede notar en los árboles. Mientras que algunos han perdido sus hojas o presentan tonos amarillos y ocres, otros siguen intactos, verdes, dándoles un aspecto más húmedo y frondoso a los paisajes.

—¿Te has enterado de lo de ayer? —pregunta mi padre a mi espalda, con ese tono de quien no puede evitar contar historias aunque no se las pidan.

No levanto la vista.

—Buenos días, papá.

Se acerca despacio. Puedo oír el sonido de sus pasos sobre las tablas húmedas del muelle. Lleva puesta su chaqueta de siempre, esa azul marino con olor a tabaco frío y mar viejo. Se planta a mi lado, las manos en los bolsillos, la mirada en el horizonte como si esperara que algo interesante saliera del agua.

—Una mujer forastera salvó a una foca en el muelle. La estabilizó mientras esperaba a que llegaran los del centro. Parecía que sabía lo que tenía que hacer.

Trago saliva.

Creo que sé quién es. En Southwest Harbor nos conocemos casi todos, y pocas caras no son familiares.

Algunos retales de imágenes invaden mi cabeza: el café. La mesa junto a la ventana. Una mujer menuda que me observa junto a una

perra de mirada cálida.

—¿Una mujer? —pregunto, fingiendo indiferencia.

—Veterinaria, por lo visto. Nadie sabía su nombre. Pero dejó a medio pueblo con la boca abierta. No nos vendría mal tener a alguien así de forma indefinida aquí.

Asiento, como si no me importara. Como si no la hubiera visto. Como si no recordara el modo en que su mirada me atravesó durante ese segundo antes de que bajara la vista.

—No me suena —digo.

Mi padre no responde enseguida. Solo me lanza una de esas miradas suyas, entre sabias y burlonas, y luego me da una palmada en el brazo.

—Pues abre los ojos, hijo. Aquí nos conocemos todos y tú eres muy observador. Me extraña que no te la hayas cruzado ya.

Y se aleja silbando, como si hubiera dicho cualquier cosa.

Yo me quedo solo, con las manos apoyadas en la borda del bote y la mandíbula tensa.

—¿Te ha soltado una de sus muchas historias o solo ha venido a tocarte las narices?

La voz de Nate, el único empleado que trabaja de forma indefinida en el astillero, me llega por detrás, cargada de sorna y con esa risa áspera que siempre lo acompaña. Me giro sin responder. Está en la entrada del cobertizo, con un termo en la mano y manchas de grasa hasta en las cejas.

Lo conozco desde que éramos niños. Los dos siempre habíamos estado obsesionados con trabajar con los barcos. Pasábamos horas en el muelle pescando, restaurando cascos abandonados que luego vendíamos por unos pocos dólares o desmontando motores oxidados para entender cómo funcionaban. Lo que sabemos es gracias a mi padre, que nos dejaba meter mano en todo lo que no costara demasiado reparar si lo estropeábamos. Pero con los años Nate se había inclinado más por los motores, por lo mecánico, lo preciso. Yo, en cambio, siempre preferí trabajar la madera, reconstruir lo que parecía perdido.

—Lo de siempre —respondo, encogiéndome de hombros—. Dice que hay una mujer nueva por el pueblo. Al parecer ha salvado a una

foca.

—Ah, ¿ya te han contado eso? —Nate da un sorbo a su café—. Se ha corrido la voz. Dicen que fue en la playa del faro y que la mujer no dudó ni un segundo. En plan película, ¿sabes?

—No, no sé —gruño mientras vuelvo a girarme hacia el bote. El barniz viejo se está levantando por la proa. Lo raspo con más fuerza de la necesaria.

—Igual deberías ir a verla —añade Nate, sin venir mucho a cuento —. Tú que eres tan amigo de los bichos varados. De hecho, creo que el año pasado fuiste tú quien salvó una foca, ¿no?

Antes de que pueda soltarle una bordería, vibra mi móvil en el bolsillo trasero. Lo saco y veo el nombre en la pantalla: *«Centro de Rescate Costero de Southwest».*

—Un momento —le digo a Nate, mientras me aparto para responder—. ¿Sí?

—¿Caleb? Hola, soy Lily. Hemos recibido un aviso de una pequeña embarcación con daños en el motor que pertenece al centro. Uno de los voluntarios lo dejó ayer en tu embarcadero para que le eches un vistazo.

—¿Es la zodiac? —pregunto, ya sabiendo la respuesta.

—Esa misma. Está amarrada ahí desde anoche, pero no hemos podido pasar antes. ¿Tienes un momento para verla?

—Claro. La miro ahora y os llamo en cuanto sepa algo.

—Gracias, Caleb. Y…, oye, por cierto: mi hermana, Lavender, se pasará más tarde para abonarte lo que queda del pago del otro barco.

—Entendido —respondo—. Luego te digo algo.

Cuelgo sin añadir nada más. Levanto la vista hacia el embarcadero y allí está: la zodiac, moviéndose suavemente con la marea. No es la primera vez que pisa mi astillero, bueno, de mi padre y mío, pero nunca ha dado problemas de motor. La compraron de segunda mano porque tenía un buen precio. Sin embargo, a la semana comenzó a dar problemas. Acudieron a mí y decidí hacerles un buen presupuesto, haciéndoles saber que ese barco daría más problemas que alegrías.

Y aquí está de nuevo.

Suspiro.

—¿Otra vez ese barco? —pregunta Nate.

—Otra vez —respondo—. Acércate y échale un vistazo. Necesito terminar este.

Nate asiente.

—Ahora mismo.

Nate se quita la gorra, se limpia las manos en el pantalón y se dirige a la zodiac con esa mezcla de resignación y curiosidad que siempre le entra cuando se trata de motores problemáticos. Yo me quedo junto al casco del bote que estoy restaurando, repasando la junta con la espátula. El sol ya calienta lo suficiente como para hacerme sudar entre los omóplatos.

Desde aquí puedo oír a Nate soltando maldiciones entre dientes.

—¡¿Ves?! —le grito sin mirarlo—. ¡Te dije que esa barca era un agujero negro para los ahorros!

Nate sigue agachado junto al motor, hurgando con una linterna mientras suelta algún que otro suspiro exagerado. Yo intento concentrarme en la reparación del casco.

Y entonces lo oigo.

Un chillido agudo, como un silbido, seguido de un ruido seco de madera partiéndose. Levanto la cabeza de golpe.

—¿Lo has oído?

Nate se incorpora, con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Ambos nos giramos al mismo tiempo hacia la zona del cobertizo donde guardamos los materiales. El viejo techo de chapa vibra con cada ráfaga de viento, pero eso no ha sido el viento.

Camino a paso rápido hasta allí, con Nate pisándome los talones. Al girar la esquina, lo veo: uno de los tablones más altos del andamio se ha soltado y ha caído justo encima del montón de maderas cortadas, para esparcirlo todo por el suelo.

—Mierda —murmuro—. Esto estaba asegurado.

—Lo estaba —confirma Nate, revisando con rapidez los anclajes—. Pero uno de los tensores se ha podrido. Mira eso.

Me acerco y veo el óxido marcando la superficie del gancho como una quemadura vieja. Aprieto los dientes.

—Si llega a caer con alguien debajo…

—Menos mal que no ha pasado. Pero esto hay que revisarlo todo, Caleb. El cobertizo, el almacén, incluso las poleas. Si este tensor está así, puede que los demás estén igual de jodidos.

Asiento en silencio. No puedo permitirme un accidente aquí. Ni uno solo.

—Vale. Hoy lo paramos todo después de terminar con los dos barcos. Mañana inspeccionamos estructura, andamios, lo que haga falta. Tráeme el kit de seguridad y sacamos fotos para el seguro.

—¿Y si no lo cubre?

—Entonces lo pago yo —respondo sin dudar—. Pero aquí nadie va a salir herido por culpa de una dejadez mía.

Nate me mira un segundo y luego asiente.

—Bien. Me pongo con ello.

Lo dejo trabajando y vuelvo al bote. Pero ya no soy el mismo que hace media hora. La tensión en el cuello, el ruido de la madera al caer…, todo me recuerda que este lugar, por muy familiar que sea, puede venirse abajo en cualquier momento si no se revisa con regularidad. El mar, la lluvia, el viento y el sol desgastan los materiales con rapidez.

Con ese último pensamiento me concentro en la cubierta que estoy reparando.

Justo después de la hora del almuerzo, Lavender se presenta por el astillero. Y no viene sola.

La veo aparecer desde el cobertizo, con su paso ligero y seguro, el pelo de color lila recogido en una trenza despeinada por el viento. A su lado camina una mujer más baja, vestida con unos vaqueros desteñidos, una camiseta blanca y una camisa de cuadros encima. Aunque va con la cabeza ligeramente agachada, sé que no la conozco. O mejor dicho, sé que no es del pueblo. Es la mujer que vi el otro día en la cafetería.

—¡Hola, Caleb! —saluda Lavender con efusividad—. Vengo a saldar nuestra deuda.

Me quito los guantes de trabajo y los dejo sobre el banco de herramientas mientras ellas se acercan. Me obligo a relajar los

hombros.

—No hacía falta que vinieras en persona —le digo a Lavender con una pequeña sonrisa—. Podíais haber hecho una transferencia.

—Ya, pero así aprovecho y veo cómo va el barco. Y de paso… —gira la cabeza hacia la forastera— os presento oficialmente. Ella es Iris Lark. Tenemos una nueva trabajadora en el centro. O, al menos, le hemos ofrecido trabajo como veterinaria. Estamos esperando a que acepte.

La aludida se sonroja casi de forma imperceptible.

Iris levanta la vista y me sostiene la mirada por primera vez.

Trago saliva y asiento.

Joder, es preciosa.

Hay algo en ella que te desarma por completo. Sus rasgos son serenos, casi hipnóticos: una boca carnosa que captaría la atención de cualquiera, una nariz recta que le da carácter sin robarle dulzura y unos ojos grandes, entre azules y verdosos, que parecen cambiar de tono con cada destello de luz que se cuela entre las nubes. Tiene esa clase de belleza que no grita, pero que se queda grabada como una imagen que no quieres, ni puedes, borrar de tu cabeza.

No sonríe, pero tampoco parece incómoda; más bien tiene la expresión de alguien acostumbrado a medir a los demás antes de decidir si vale la pena abrirse.

—Es un placer, Iris. Bienvenida a Southwest. —Me aclaro la garganta, intentando que mi voz suene más firme de lo que me siento—. Soy Caleb Crowley.

Ella se humedece los labios, y me descubro conteniendo el impulso de seguir con la mirada ese simple gesto.

—Lo mismo digo —responde, con un tono sereno que no logro descifrar del todo.

—¿Cómo va nuestro barco? —pregunta Lavender—. Lo necesitamos lo antes posible.

—Nate está revisándolo ahora mismo —respondo, inclinando la cabeza hacia el muelle.

Lavender sigue mi gesto y levanta la mano para saludarlo, pero Iris apenas se mueve. Tiene la vista fija en la popa de la zodiac, como si intentara averiguar qué le sucede.

—¿Sabes qué le pasa? —pregunta ella.

—Todavía no, pero si me dejo guiar por su historial…, diría que no es nada bueno —respondo. La verdad es que ese barco es un dolor de cabeza constante. Se estropea cada poco tiempo.

Los ojos de Iris se clavan en mí durante un segundo antes de volver a la zodiac. Luego veo que frunce el ceño y mira en dirección a donde se encuentra mi padre. Está junto a Nate y parecen hablar de algo.

—Pues espero que no sea grave —añade Lavender—. Hoy no tenemos margen para quedarnos en tierra.

—¿Quién es ese señor? —pregunta Iris. Creo notar en su voz algo de ansiedad.

Frunzo el ceño.

Lavender sonríe.

—Oh, ese es el padre de Caleb. Se llama Silas Crowley. —Lavender me guiña un ojo, y sé que está a punto de contar la leyenda que persigue a mi padre…, leyenda que él también ha contribuido a que se extienda. Pongo los ojos en blanco y me alejo para ir hacia mi viejo despacho, donde tengo la factura de Lavender. Aun así, escucho sus palabras mientras me alejo—. Algunos dicen que lleva aquí desde que se fundó Southwest Harbor. Nadie sabe cuántos años tiene ni dónde vive exactamente. Solo aparece cuando la marea está baja… o cuando alguien necesita escuchar algo para lo que aún no está preparado para entender.

Joder, ¿en serio?

¿Mi padre un puto fantasma? Suspiro con pesadez.

Los habitantes de Southwest Harbor están obsesionados con las leyendas. Sí, a mí también me gustan, y me he criado con ellas. Pero hay una gran diferencia de ahí a que mi padre sea una. Y aún menos, que sea un fantasma.

Cuando regreso, veo que Iris está hablando con mi padre.

Me coloco al lado de Lavender, quien sonríe.

—¿Se ha creído lo que le has contado? —pregunto con voz resignada.

—No —dice de buen humor—. Pero le gustan las historias. Y creo que conoce a tu padre de antes.

—¿De antes? —repito, frunciendo el ceño.

Lavender se encoge de hombros.

—Eso me ha parecido.

Miro hacia donde están, a unos metros de nosotros. Mi padre gesticula con las manos, como siempre hace cuando está contando alguna historia, e Iris lo observa con esa atención propia de un niño que escucha un cuento.

—¿Y de qué demonios hablan? —pregunto a pesar de imaginarme la respuesta.

—De barcos hundidos y faros malditos, creo —responde Lavender con una sonrisilla.

—Genial —murmuro—. Justo lo que me faltaba: que la recién llegada empiece a creer que vivimos en un capítulo de *Cazafantasmas*.

En ese momento, Iris levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. Tiene una media sonrisa que no deja adivinar si se burla de ti o si simplemente está disfrutando de la conversación.

No puedo evitar preguntarme qué hace aquí, en un pueblo tan pequeño como Southwest Harbor. Si hubiese sido por las vacaciones, habría venido en temporada alta. Sin embargo, aquí está: escuchando las historias de mi padre. Parece una mujer de ciudad, y hay algo en su mirada que me hace pensar que huye de algo.

—¿Vamos con Nate a ver mi barco?

La pregunta de Lavender me saca de mis pensamientos.

Asiento.

—Por supuesto. Vamos.



6

El pañuelo rojo

IRIS

—Aquí estás otra vez. ¿Por qué tengo la sensación de que me has estado buscando?

Me sonrojo ante sus palabras, aunque recobro la calma con rapidez. Centro mi atención en el mar y en cómo las olas se mueven con suavidad, meciendo los barcos.

—La verdad es que he estado paseando por el muelle desde que nos vimos por primera vez —respondo—. No terminaste de contarme cómo acaba la leyenda del hombre maldito.

Silas suelta una carcajada ronca, grave y áspera, como si el sonido viniera arrastrando sal y humo de tabaco desde lo más hondo de sus pulmones. Sus ojos, surcados de arrugas por el sol y el viento, se entrecierran con una chispa de diversión mientras se apoya con parsimonia en la barandilla del muelle, como si saboreara el momento antes de hablar.

—Debo admitir que me siento halagado. Hace mucho que nadie me pide que le cuente una leyenda. —Guarda silencio unos segundos, y su voz tiene algo hipnótico que hace que, por un instante, me olvide incluso de dónde estoy—. De hecho, me apuesto mi barco favorito a que mi hijo nos está observando ahora mismo, debatiéndose entre venir a rescatarte de mis interminables historias o dejarte atrapada un rato más.

Miro por encima del hombro.

Sí, su hijo nos está mirando.

Contengo un suspiro.

Dios mío… Caleb Crowley es, sin duda, el hombre más guapo que he visto en mi vida. Y he visto unos cuantos. Tiene ese tipo de atractivo que no se olvida: arrebatadoramente misterioso, con unos ojos azules capaces de dejarte sin palabras y una boca sensual que me esfuerzo por no mirar. Es callado, reservado, como si eligiera cuidadosamente a quién dejar entrar en su mundo. Pero por la forma en que Lavender se mueve a su alrededor, sé que, tras esa fachada distante, debe de haber un buen hombre.

—Sí. Tu hijo nos mira.

Silas aprieta los labios en una sonrisa.

—Bien. No esperaba menos —susurra—. Entonces, ¿quieres saber cómo continúa la leyenda?

Asiento, y el viejo marinero entrecierra los ojos, como si buscara las palabras en algún lugar más allá del horizonte.

—Dicen que, tras la tormenta, el marinero maldito no volvió jamás a pisar tierra firme. Pero la historia no termina con él. En el pueblo vivía una joven que lo amaba con todo su corazón. Cada tarde subía al acantilado con un pañuelo rojo en la mano, esperando ver las velas blancas de su barco. Esperó durante días, semanas…, incluso cuando todos aseguraban que se lo había tragado el mar.

Hace una pausa, y el viento parece arremolinarse entre nosotros, trayendo olor a sal y algas.

—La última noche que se la vio con vida, el mar rugía bajo un cielo sin luna. Aun así, ella bajó hasta la orilla. Algunos dicen que caminó mar adentro sin vacilar. Otros, que fue él quien la llamó, desde algún punto entre las olas.

Su voz baja hasta convertirse en un susurro.

—Desde entonces, cuentan que en noches de tormenta puede verse una figura femenina sobre el agua, buscándolo. Y si la sigues…, ya no regresas. El mar no suelta a quienes toma.

Silas me mira con una chispa extraña en los ojos, como si la historia fuera algo más que un simple cuento.

Algo dentro de mi pecho se ablanda, como si una grieta invisible se llenara de calor. Por un instante, siento que vuelvo a estar con mi padre, escuchando sus historias, envuelta en esa burbuja donde nada malo puede alcanzarme. Pero desde que me hice adulta, la

vida no ha hecho más que arrebatarme cosas, dejándome siempre con ese sabor amargo que ni el tiempo consigue borrar.

Asiento.

—Gracias —susurro.

Él me guiña un ojo.

—Cuando quieras que te cuente otra de las muchas leyendas que circulan por Southwest Harbor, solo tienes que buscarme. Casi siempre me encontrarás en el muelle.

—¿El astillero es suyo?

—Sí, y de mi hijo, Caleb. Ahora él es quien se encarga de reparar los barcos. Yo estoy jubilado… más o menos. —Niega varias veces con la cabeza—. Un hombre del mar nunca se jubila del todo. ¿Qué sería de mí sin mi astillero? Es lo único que me mantiene cuerdo. Y mis historias —añade con una sonrisa cálida.

Justo cuando Silas termina su frase, escucho unos pasos acercándose por el muelle. Lavender aparece a nuestro lado. Lleva en la mano un sobre cerrado, claramente un pago.

—Ya está —dice con una sonrisa al llegar—. Caleb me ha asegurado que el barco estará listo para mañana, pero hasta entonces no podemos llevárnoslo.

Caleb aparece detrás de ella, con el ceño ligeramente fruncido pero satisfecho.

—Sí, todavía hay un par de detalles que pulir. Pero mañana a primera hora el barco zarpa.

Miro a Lavender, luego a Caleb y finalmente a Silas, que se recuesta contra la barandilla con una sonrisa cansada.

—Parece que tendrá que contarme una nueva leyenda otro día —añado.

Lavender me lanza una mirada cómplice.

—Paciencia, Iris. Las buenas historias también necesitan tiempo para contarse.

Silas le guiña un ojo, y algo me dice que no soy la única que se ha vuelto adicta a las leyendas del padre de Caleb.

—¿Nos vamos? —pregunta Lavender, rompiendo el silencio.

—Claro —respondo, alejándome de la barandilla del muelle.

Miro a Silas, que me devuelve una sonrisa cómplice y un leve asentimiento, como si nos hubiéramos entendido sin necesidad de palabras.

Luego giro la vista hacia Caleb. Sus ojos azules me atraviesan con una intensidad inesperada, como si quisiera descifrar cada pensamiento que oculto. Por un instante, el ruido del mar y el susurro de las olas desaparecen, y solo estamos él y yo en ese pequeño espacio suspendido en el tiempo.

Sin embargo, Caleb desvía la mirada con un gesto casi imperceptible y se vuelve hacia Silas.

Ahí es cuando me doy cuenta de que mirarlo un poco más habría sido demasiado descarado.

Nos despedimos rápido. Ellos regresan al astillero, mientras Lavender y yo nos dirigimos hacia la furgoneta del centro de rescate, dejando atrás el muelle.

Mientras caminamos, ella rompe el silencio:

—Hablando del puesto que te ofrecí…, ¿has tomado alguna decisión?

Contengo un suspiro.

—No, la verdad es que no.

Lavender sonríe con confianza.

—Te va a gustar. De verdad. ¿Por qué no pruebas una semana? Quizá te animes cuando veas todo lo que hacemos por la fauna marina. Incluso, a veces, el colegio organiza excursiones. Los niños vienen a ver a los animales que estamos tratando antes de liberarlos. Es una forma de educarlos y mostrarles la importancia de respetar los océanos.

Mientras caminamos hacia la furgoneta, mis pensamientos se vuelven un torbellino. La propuesta de Lavender resuena en mi mente, pero no puedo evitar que una sombra del pasado se asome con fuerza.

Recuerdo Hoboken, la incertidumbre, los comentarios cuando fallé estrepitosamente a la hora de salvar a aquel animal, las habladurías, mi cara en periódicos y revistas locales… Los días en los que el trabajo era solo una obligación y las noches, un mar de dudas y soledad.

¿Puede este puesto en Southwest Harbor ser la oportunidad que necesito para empezar de nuevo?

Respirar el aire salado y saber que mi trabajo contribuiría a proteger la vida que tanto amo… Eso me atrae más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Pero, aun así, la inseguridad me susurra al oído. ¿Seré capaz? ¿O terminaré igual que antes, sintiéndome perdida en otro puerto desconocido?

Suspirando, decido que, al menos, merezco intentarlo.

Lavender me observa en silencio mientras camino junto a ella, notando que mis pasos se han vuelto un poco más lentos, como si estuviera midiendo el peso de cada pensamiento.

—No tienes que decidir nada ahora —dice con suavidad—. Solo quiero que sepas que estamos aquí para apoyarte. Este pueblo puede ser pequeño, pero sabe cuidar de los suyos.

Sonrío, agradecida por la calidez en su voz.

Llegamos a la furgoneta y ella abre la puerta del copiloto, invitándome a subir.

—Mañana te llevaré a conocer al equipo. Ya verás que todos son encantadores, y más comprometidos de lo que imaginas.

Mientras me acomodo en el asiento, miro por la ventana el reflejo del muelle desapareciendo lentamente detrás de nosotras. El viento mueve la superficie del agua en pequeños pliegues plateados, y el olor a salitre parece quedarse pegado en el cristal. Desde que he llegado a Southwest Harbor, no he vuelto a experimentar ansiedad ni nerviosismo.

Veo el astillero, donde tres figuras se mueven con calma entre herramientas y madera húmeda. Sé que una de ellas es Caleb, aunque su figura parece ensombrecida por la distancia. Siento la garganta seca, como si un nudo me impidiera tragar, y un leve temblor recorre mis manos.

Por primera vez en mucho tiempo, una pequeña chispa de esperanza empieza a encenderse dentro de mí, tímida pero insistente.

Asiento con decisión y aprieto las manos contra mis muslos, aferrándome a esa sensación de posibilidad.

—De acuerdo. Probaré una semana.

Lavender me guiña un ojo con complicidad.

—No te arrepentirás.

Eso espero.

La luz dorada de la tarde entra por las ventanas, tiñendo el salón de tonos cálidos. El aroma a té de manzanilla se mezcla con el suave olor a madera envejecida que siempre impregna la casa. Rita está tumbada a mis pies en el sofá, con la cabeza apoyada sobre una de mis piernas, su respiración acompasada y tranquila. Paso la mano por su lomo, sintiendo cómo se relaja todavía más.

Desde aquí, la calle se ve tranquila; apenas pasa algún coche y rompe el silencio. En el aparador, las fotos que traje desde Hoboken parecen observarme, recordándome otra vida. Casi todas ellas son de mis padres, Rita o algún animal que traté cuando trabajaba en mi clínica veterinaria. La taza de té descansa en la mesita baja, pero apenas le he dado un sorbo. Se me ha olvidado echarle azúcar y la encuentro más insípida de lo normal. También estoy demasiado cansada para incorporarme y coger el azucarero.

Suspiro.

Pienso en lo que he aceptado esta mañana. Una semana de prueba.

Me recuesto, cerrando los ojos por un instante. La manta me cubre hasta la cintura, y Rita emite un leve suspiro. No sé si es resignación o pura paz. Quizá yo debería aprender de ella.

Mi móvil vibra en ese momento.

Me incorporo un poco y estiro la mano para cogerlo de la mesita y ver de quién se trata.

Es mi madre.

Lo miro durante unos segundos, con el pulso acelerando sin querer. Podría cogerlo. Podría escuchar lo que tiene que decir. Pero no quiero. Todavía no, después de cómo reaccionó cuando todo se vino abajo en Hoboken, cuando me dejó sola creyendo antes en lo que decía la gente que en su propia hija.

Espero a que la llamada pare y le escribo un mensaje rápido para decirle que estoy comprando y que no puedo hablar en ese

momento. Que la llamaré más tarde.

Me dejo caer contra el respaldo. Rita suspira, como si notara el peso que me oprime el pecho, y yo me concentro en acariciarle las orejas para no pensar demasiado en lo que acabo de hacer.

Inspiro hondo y, casi de forma automática, mi mente vuela hacia mi padre, hacia los últimos recuerdos que guardo de él. Habría sabido qué decir. Siempre encontraba la forma de calmarme, incluso cuando el mundo parecía derrumbarse. Recuerdo cómo, de niña, me acurrucaba a su lado en el sillón mientras me contaba cuentos inventados: lobos que en realidad eran guardianes enviados por los seres queridos, barcos que hallaban su rumbo en medio de la niebla, peces de colores que iluminaban a marineros perdidos. Su voz tenía esa calma que hacía que todo pareciera menos grave, más fácil de sobrellevar.

Ahora, el silencio de la casa pesa más sin él. Aunque aquí, en Southwest Harbor, no me siento tan triste como en Hoboken.

De repente, pienso en Silas y en la leyenda del pañuelo rojo. Al parecer, no soy la única que disfruta de sus historias. Estoy segura de que en su juventud fue un hombre muy guapo. De hecho, su hijo es idéntico a él, pero en versión joven. Es taciturno, serio y misterioso. Me pregunto si estará casado. Dudo que un hombre como él esté en el mercado.

Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos. ¿Qué más me da a mí si está soltero o casado? No pienso quedarme en Southwest Harbor mucho tiempo. No porque quiera regresar a Hoboken, sino… porque temo volver a fastidiarla.

Como hice en mi anterior vida.

Ya está bien. Necesito aire, movimiento…, silencio que no pese.

—Vamos, Rita —digo, y mi perra, que llevaba un buen rato tumbada a mis pies, levanta las orejas y mueve la cola como si hubiera estado esperando esta orden todo el día.

Subo a mi habitación, cojo la mochila —la misma que siempre llevo cuando no sé muy bien a dónde quiero ir— y meto una botella de agua, una libreta y un bolígrafo. Me pongo las botas, ajusto la cremallera de la chaqueta y salimos. Guardo las llaves en un bolsillo pequeño de la mochila.

La brisa huele a sal y a madera húmeda, mezcla típica de Southwest Harbor. El cielo está cubierto, pero la luz es suave, casi plateada. Caminamos por una calle tranquila, bordeada de casas con jardines llenos de hortensias y escalones de madera que crujen al pisarlos. Rita se adelanta, olfateando cada esquina, cada maceta, cada trozo de hierba, e incluso se acerca a algunos niños para que la saluden.

Al llegar al final de la calle, el asfalto da paso a un sendero de tierra, estrecho pero bien marcado, que se adentra entre abedules y pinos. Entre las ramas se filtran manchas de luz que parecen moverse con nosotras. El canto lejano de un pájaro y el golpeteo rítmico de las olas contra las rocas llegan como un eco, recordándome que el mar no está tan lejos.

A medida que avanzamos, el sendero se ensancha y el aroma a resina se intensifica. Rita corre hacia delante y luego regresa para asegurarse de que sigo ahí, con su lengua colgando, feliz. Sonrío. Parece una niña.

El bosque parece envolvernos, aislarnos del resto del mundo, pero sin esa sensación de soledad que tenía en Hoboken. Aquí incluso el silencio es diferente: se siente vivo.

Saco el móvil y decido hacerle un par de fotos a mi perra, luego al paisaje.

Lleno mis pulmones de aire y lo suelto lentamente.

Dios, si mi padre estuviera aquí, amaría este sitio.

Él no era de Hoboken. De hecho, se mudó allí al conocer a mi madre y enamorarse de ella. Él había sido de Ringwood, un pueblo tranquilo y pequeño rodeado de bosque. Sin embargo, no se lo había pensado dos veces antes de dejarlo e irse a Hoboken. A veces me pregunto si él había sido feliz allí. Yo creo que sí. En los años que estuve con él, nunca lo vi desdichado ni frustrado.

Hacemos una pequeña parada y le doy agua a Rita. Luego bebo yo y decido continuar un poco más. Sé que no debo alejarme demasiado. Es por la tarde y el sol no tardará en ponerse. Sin embargo, la belleza del bosque me resulta tan hipnótica que me repito una y otra vez que por cinco minutos más no pasará nada. Y

es así como, casi sin darme cuenta, las sombras se hacen más grandes.

La luz dorada de la tarde se va filtrando cada vez menos entre las ramas, hasta que los abedules y pinos se vuelven siluetas oscuras contra un cielo anaranjado, rojizo y con un toque violeta. No recuerdo haber tomado un desvío, pero el sendero bajo mis botas ya no es tan claro como antes. La tierra está cubierta de hojas húmedas y, cuando miro hacia atrás, todo parece idéntico.

Me detengo, intentando orientarme.

El aire es más frío de lo que pensaba; la piel se me eriza bajo la parka. El bosque no está en silencio absoluto: crujen ramas a lo lejos, un búho ulula y el sonido del mar ha desaparecido. Me pregunto si habrá osos o algún animal salvaje que sea peligroso.

Contengo un suspiro.

Camino en la dirección que creo correcta, pero el terreno empieza a descender y el suelo se vuelve blando. La penumbra se espesa. Un nudo de ansiedad me aprieta el estómago. Justo cuando estoy a punto de sacar el teléfono y llamar a emergencias, porque no tengo el teléfono de Lavender guardado, algo brilla entre los troncos: un destello cálido, anaranjado, como una chispa que parpadea.

Me detengo.

Rita sale corriendo, y apenas levanto la mano cuando sé que es demasiado tarde: su naturaleza curiosa la empuja a investigar.

Entre la maraña de ramas y troncos empiezo a distinguir una forma: tejado a dos aguas, una chimenea de la que se escapa un hilo de humo, un porche diminuto. No sé por qué, pero hay algo en esa imagen que me resulta familiar. Quizá sea que se parece mucho a mi casa y a las que hay en Southwest Harbor, pero escondida entre los árboles.

Avanzo con cuidado, apartando ramas que arañan mi parka, y entonces algo se mueve delante de la puerta. Una figura baja, peluda y oscura corre hacia mí por el senderillo cubierto de agujas de pino. Rita. Al parecer, su pequeño viaje de exploración ha acabado.

—No vuelvas a irte sin mí, ¿de acuerdo? —murmuro, y me agacho para acariciarla cuando llega hasta mí.

Ella me da un par de lametones antes de girar la cabeza hacia la casa, como si quisiera que la siguiera. Y es lo que hago, sintiendo que sus movimientos rompen un poco la tensión que llevaba en el pecho. El calor que escapa por las rendijas de la puerta parece empujarme a subir el pequeño escalón del porche.

Llamo. El golpe hueco resuena en el crepúsculo.

La puerta se abre con un chirrido y la figura que aparece me deja helada por un motivo distinto al clima. Caleb está ahí plantado, con el ceño ligeramente fruncido y la camisa remangada, como si hubiera dejado algo a medias.

—¿Iris? —Su voz es grave, y no parece del todo complacido de verme—. ¿Qué demonios haces aquí?

Trago saliva, sintiéndome más intrusa que perdida.

—Creo… que me he desorientado.

Me observa unos segundos, como si calculase si cerrar la puerta o dejarme entrar. Finalmente, suspira y se aparta.

Gracias a Dios.

—Entra antes de que te congeles.

Rita me mira, y juraría que está sonriendo…, si eso es posible.

Entro y cierro la puerta tras de mí, dejando fuera el frío y las dudas. Tengo la sensación de que Caleb no está contento con mi inesperada visita. Eso hace que coja aire y me mueva nerviosa.

Genial. Mi día no podía terminar de mejor forma.



7

La cena

CALEB

De todas las cosas que me pueden pasar hoy, que Iris esté en mi casa es una posibilidad que no había contemplado.

¿Cómo demonios se le ocurre irse a andar sola por el bosque? No me preocupa tanto que pueda encontrarse con animales, sino más bien que tenga un accidente, que acabe resbalando y cayendo por un acantilado o algo peor. Este lugar puede ser hipnótico, te atrapa con sus hermosos paisajes, pero también implacable si no se tiene cuidado: precipicios, marismas, árboles caídos…

La imagen de ella caminando entre los árboles, vulnerable y distraída, me tensa el estómago.

Maldita imprudente…

Miro a su perra, y es justo en ese momento cuando mi hijo, Henry, aparece en pijama.

—¡Un perro! ¡Un perro!

Iris abre los ojos de par en par y mira a todos lados.

Me imagino qué es lo que está pensando: busca a la madre de ese niño.

A mi esposa.

Henry se lanza al perro y lo abraza.

—¡Henry! —lo riño—. ¿Qué te he dicho de tocar animales que no conoces?

—¡Oh! No, no, no te preocupes —añade Iris con rapidez—. Rita es inofensiva. De hecho, lo más seguro es que aburra a tu hijo cuando coja confianza y le pida más caricias.

Henry mira a Iris con curiosidad.

—¿Y tú quién eres?

Iris se queda callada y se humedece los labios. Parece nerviosa, lo que la hace parecer incluso más guapa. No tiene nada que ver con lo impertérrita que se había mostrado en el astillero.

—¿Yo? Bueno… Pues… Yo… yo soy Iris Lark. Veterinaria. —Asiente tras decirlo, como si quisiera reforzar sus palabras y darse seguridad —. Trabajo con Lavender.

—¡Lavender! ¡La conozco! Viene muchas veces a visitarme y me habla de los animales que hay en el refugio. —Henry frunce el ceño —. Pero tú no eres de aquí.

—Efectivamente —dice ella—. Llevo solo unos días.

Henry se aparta de Rita para mirar a Iris con renovada curiosidad, como si tuviera una batería de preguntas para la nueva inquilina de Southwest Harbor.

—¿Te has perdido? —pregunta.

Iris deja escapar una risa breve, pero no me pasa desapercibido que baja la vista, como si no quisiera admitirlo.

—Algo así… Rita me ha traído hasta aquí.

—Entonces tienes suerte —dice Henry con la convicción de un niño que cree saberlo todo—. Puedes quedarte a cenar. Hoy he ayudado a Úrsula a hacer la cena.

Siento el peso de sus palabras, igual que veo cómo Iris tensa los hombros. La pobre parece no saber dónde se ha metido. Yo tampoco me había esperado que fuera a invitarla a cenar. Ninguna mujer ha cenado aquí desde que mi esposa falleció.

—No quiero molestar… —empieza Iris—. He cometido una insensatez al irme a andar por el bosque con la noche tan cerca. —Luego me mira a mí—. Si pudieses llevarme al pueblo…

—¡Cena con nosotros! —insiste Henry. Luego sus ojos se llenan de tristeza—. Casi siempre somos nosotros dos.

La mirada de Henry me atraviesa como una flecha.

—Henry… —empiezo, pero él ya está sujetando la mano de Iris como si temiera que escapara.

Ella sonríe con timidez, atrapada entre su cortesía y la necesidad evidente de regresar.

—De verdad, no quiero ser una carga —insiste.

—No lo serías —dice Henry, y su voz se quiebra apenas un poco—. Úrsula ha hecho pastel de manzana.

Iris me mira entonces, como buscando permiso. O quizá buscando una excusa para irse. Yo respiro hondo. No me gusta la idea…, pero tampoco la de que mi hijo cene con la decepción pintada en la cara.

—Cinco minutos para lavarte las manos —le digo a Henry.

Él sale disparado, dejando tras de sí un eco de pasos alegres por el pasillo. Iris se queda quieta en el umbral, como si todavía pudiera dar un paso atrás.

—¿Quieres quedarte a cenar o prefieres que te lleve a casa? —le pregunto a Iris—. No te preocupes por Henry. Es solo un niño.

Ella entreabre los labios. Parece no saber qué contestar. Su perra se ha sentado cerca del sofá y tiene la cabeza entre las patas. Me sorprendo cuando veo a Henry con un cubo de plástico lleno de agua. La perra mueve la cola con efusividad y bebe.

—Claro —dice Iris, atrapando mi atención—. Me quedaré a cenar.

Cuando entramos en el comedor, Iris se detiene. La mesa está puesta para dos: platos hondos, cubiertos alineados y un cesto con pan recién horneado que todavía desprende calor.

Henry se adelanta y arrastra una silla para su nueva invitada.

—Siéntate aquí, al lado de Rita —dice, señalando el hueco frente a él.

Iris sonríe, pero su mirada recorre la mesa como si fuera consciente de que se está metiendo en algo más íntimo de lo que esperaba.

Me dirijo a la alacena y saco un tercer plato. Luego cojo los cubiertos. Ella murmura algo en señal de agradecimiento y luego se sienta. Su mirada ha estado en todo momento paseándose por las fotos y la decoración. Si lleva tan poco tiempo en Southwest Harbor, me imagino que no habrá hecho amigos todavía.

La miro de reojo. Parece una mujer independiente que siempre va acompañada de su perra. Me pregunto qué hace en el pueblo y si tiene una familia esperándola en algún lado.

—Parece que está todo listo. Espero que no seas demasiado exigente con la cocina improvisada —digo en broma para aligerar el ambiente.

—Mientras no tenga que cocinar yo… —bromea ella también, y sus palabras caen en el aire con una ligereza que no sé si me gusta o me pone nervioso.

Rita se acomoda junto a su silla, y Henry empieza a servir sopa con la concentración de un maestro de ceremonias.

Por un instante, la escena parece… normal. Casi familiar. Y eso, de algún modo, me inquieta más que cualquier otra cosa.

—¿Te gusta el pastel de manzana? —pregunta Henry mientras coloca el cucharón con exagerado cuidado sobre la mesa.

—Me encanta —responde Iris, y sus ojos se iluminan de forma genuina.

—Bien, porque lo he hecho yo con Úrsula —añade él con orgullo.

Ella le dedica una sonrisa cálida, y algo en ese gesto me hace apartar la mirada. No recuerdo la última vez que vi a mi hijo así de entusiasmado con alguien que no fuera del pueblo.

—¿Y cómo es que has acabado en un sitio como Southwest Harbor? —pregunto finalmente, sin poder contener la curiosidad.

Ella deja la cuchara en el plato y me mira.

—Trabajo… y un poco de necesidad de cambiar de aires —contesta.

No suena como una respuesta ensayada, pero tampoco del todo honesta.

Henry la observa en silencio, como si también intuyera que hay algo más detrás. El calor de la sopa se mezcla con otro tipo de calor, uno que no quiero analizar demasiado: esa sensación incómoda de que la rutina de nuestra casa está cambiando en el mismo instante en que ella está sentada a nuestra mesa.

Siempre he sido reservado. Tras el fallecimiento de mi esposa, Laurie, no he traído a ninguna mujer aquí.

No he querido mancillar nuestro hogar. Incluso cuando alguna relación parecía volverse más seria y ellas me pedían entrar, decidía romper y poner distancia de por medio. Era más fácil así. Menos explicaciones. Menos huellas ajenas en los recuerdos que aún conservo.

Pero ahora Iris está aquí, sonriendo a mi hijo, con su perra durmiendo junto a la mesa como si este fuera su lugar desde

siempre. Y lo peor es que no me incomoda tanto como debería.

—¿Tienes hijos? —pregunta Henry de repente.

Iris parpadea, sorprendida. Luego niega con la cabeza.

—No —responde tras una breve pausa—. Pero… tengo a esta perrita que considero mi hija.

Henry sonríe satisfecho y vuelve a su sopa. Yo, en cambio, me quedo callado.

Mi hijo levanta la vista de nuevo, con esa mirada peligrosa que tantas veces he visto cuando piensa hacer una pregunta indiscreta… o una trastada.

—¿Y tienes marido?

Iris traga saliva y sonríe, aunque se nota que no esperaba la pregunta.

—No —responde con paciencia—. No tengo.

Henry asiente, como si acabara de resolver un misterio, y se concentra en partir el pan.

Yo, en cambio, noto que me recorre una corriente extraña. No es alivio. Tampoco es interés. Es… algo en lo que prefiero no profundizar demasiado.

—Henry, come —digo, quizá con más brusquedad de la necesaria.

Él obedece, pero su sonrisa sigue ahí, como si hubiera hecho un descubrimiento importante.

Iris baja la mirada hacia su plato, removiendo la sopa.

—Este pueblo es pequeño —dice ella en voz baja, casi para sí misma—. Supongo que aquí todos acaban sabiéndolo todo de todos.

—Sí —respondo—. Y a veces eso no es precisamente bueno.

Rita suspira junto a sus pies, y el silencio que sigue se siente distinto: no incómodo, sino denso, como si ambos fuéramos conscientes de que la conversación se puede volver todavía más incómoda.

—Mañana podemos enseñarte el lago —dice Henry de pronto, como si acabara de recordar que ese, precisamente, es nuestro plan para mañana—. Rita puede nadar allí.

Iris alza la vista, sorprendida.

—¿El lago?

—Está a un par de kilómetros. Papá me lleva casi todos los sábados. Hay patos —añade con entusiasmo.

Yo me aclaro la garganta.

—Iris está ocupada, Henry. No creo que… —empiezo a decir.

Iris me mira un instante antes de sonreír a Henry.

—Me encantaría ver ese lago —me interrumpe de pronto.

Espera, ¿qué?

Miro mi plato durante unos segundos, intentando aclarar mis pensamientos. ¿Acaba de decir que mañana viene con nosotros?

Cierro los ojos y cojo aire despacio.

Mentiría si dijera que me entusiasma que una desconocida venga con mi hijo al lago. El lago no es cualquier sitio: es donde llevo a Henry cuando quiero que el mundo se quede fuera, cuando necesitamos silencio, o cuando simplemente quiero recordarle que, aunque su madre ya no esté, con nosotros dos y mi padre es más que suficiente.

Ella apenas nos conoce. No sabe nada de Laurie ni de lo que ese lugar significa para nosotros. Y, sin embargo, ahí está, aceptando una invitación con la misma ligereza con la que acaricia a su perra.

No sé si me inquieta más la idea de verla aquí mañana… o de aguantar las miradas inquisitivas de mi padre.

¿Cómo demonios se ha convertido nuestro paseo familiar en una quedada abierta a más personas?

—Si a ti no te importa… —añade Iris.

Estoy entre la espada y la pared. ¿Cómo voy a negarme ahora?

Me veo sacudiendo la cabeza.

—Para nada. Partimos a las nueve de la mañana —me obligo a decir.

—¡Genial! —exclama Henry, levantando los brazos como si hubiera ganado una competición.

Iris le dedica una sonrisa, y él se inclina hacia Rita para contarle en voz baja algo que no alcanzo a oír.

Yo clavo la vista en mi plato, intentando ignorar el nudo que me aprieta el estómago.

Lo que para Henry es una simple excursión para mí es… otra cosa. Un refugio. Un pedazo intacto de nuestra vida antes de que todo

cambiara. Y ahora voy a compartirlo con una mujer que, hasta hace una hora, era poco más que una desconocida con una perra que se había pasado por mi astillero.

—¿Siempre hace tanto frío por las mañanas aquí? —pregunta Iris, rompiendo el silencio.

—En esta época sí —respondo.

Ella asiente, como si ya estuviera imaginando la caminata, y yo me sorprendo pensando en cómo se verá allí, entre la niebla y el agua tranquila del lago.

Sacudo la cabeza, incómodo con el rumbo que han tomado mis pensamientos.

El resto de la cena transcurre entre comentarios sueltos y las historias que Henry decide compartir, la mayoría relacionadas con sus compañeros del colegio, o con sus excursiones al bosque. Iris lo escucha con paciencia, riendo en los momentos exactos, y cada una de esas risas parece grabarse a fuego en mi cabeza.

Yo, en cambio, me limito a terminar mi plato y a rellenar el de Henry, con la vista fija en la mesa.

Cuando nos levantamos, Iris se ofrece a ayudar con los platos, pero niego con la cabeza.

—Es tarde. Te llevaremos hasta el pueblo.

Ella le hace un gesto a Rita, que da vueltas, emocionada, como si supiera que el paseo continúa.

Fuera, el aire frío de la noche corta la respiración. La luz de la casa queda atrás mientras caminamos hasta el coche. Henry se acomoda en el asiento trasero, con Rita hecha un ovillo sobre sus piernas, sus manos acariciando el lomo de la perra con una ternura capaz de desarmar a cualquiera.

Iris ocupa el asiento del copiloto, y yo me concentro en la carretera.

—Gracias por la cena —dice ella, rompiendo el silencio.

—No hay de qué —respondo, aunque mi voz suena más seca de lo que pretendía.

La dejo frente a la casa hasta la que ella me ha indicado, una construcción de madera con un pequeño porche y dos faroles encendidos que proyectan círculos de luz cálida sobre la grava.

Desde aquí se huele el salitre del puerto, aunque las olas no se ven. Las cortinas del salón están corridas, y esa falta de vida tras los cristales me recuerda que Iris está sola en el pueblo.

Ella se inclina para acariciar a Rita y luego me mira un instante, como si fuera a decir algo más, pero no lo hace.

—Hasta mañana —dice finalmente—. Vamos, Rita —añade mientras le abre la puerta trasera cuando se baja—. Hasta mañana, Henry.

—¡Hasta mañana, Iris! —exclama con efusividad mi hijo.

Espero a que entren. Su perra la sigue con tranquilidad; parece que está cansada.

Solo cuando la puerta se cierra detrás de ella, arranco el motor y me alejo, con la incómoda certeza de que el lago, mañana, ya no será solo nuestro.



8

La excursión

IRIS

El sol se cuela tímido entre las cortinas cuando abro los ojos. Me desperezo lentamente, como si necesitara recordarle a mi cuerpo que hoy es un día diferente. Me envuelve el silencio de la casa, solo roto por los pasos de Rita, que ya reclama su paseo. Suele dormir conmigo, por lo que desconozco si en algún momento de la noche ha pasado calor y ha dormido en el suelo. O si ha ido a beber agua.

Sea como sea, me la encuentro esperándome en la puerta, moviendo la cola de un lado a otro.

Me levanto y preparo un café y unos huevos revueltos, aunque apenas tengo hambre. La expectación por la excursión hace que sienta un nudo en el estómago.

Mientras la cafetera hace su ritual de tardar más tiempo de lo normal en arrancar, dejo que mi mente se pierda en lo que me espera: Caleb, su hijo y el bosque que me ha prometido mostrarme.

Después de desayunar, me visto con unos vaqueros cómodos, una camiseta clara y la chaqueta ligera que nunca me falla. Luego me pongo mis botas marrones y me las ato. Frente al espejo, me recojo el pelo en una coleta rápida y fuerzo una sonrisa: justo en ese momento me arrepiento de haber aceptado ir al bosque con ellos. Estoy nerviosa, el estómago me da vueltas y siento que no estoy siguiendo mi plan a pie de puntillas: no hacer amigos, no relacionarme con nadie.

Salgo de casa con Rita al lado, olfateando el aire con curiosidad. La calle está tranquila, y el sol calienta apenas lo suficiente para que

la chaqueta ligera sea cómoda.

Caleb nos espera al borde del sendero, sujetando la mano de su hijo, que me observa con una mezcla de expectación y curiosidad. El niño se aprieta a su lado, y yo no puedo evitar sonreírle con suavidad.

Caleb me hace un gesto de saludo, sencillo, casi casual.

—¿Listas? —pregunta Caleb, señalando el bosque que se abre frente a nosotros.

Asiento, y acaricio la cabeza de Rita antes de seguirlos. El sendero huele a tierra húmeda y hojas secas; el canto lejano de algún pájaro crea un ritmo que me relaja.

El niño se adelanta unos pasos y tropieza con una raíz; Caleb lo sujeta rápido y lo corrige con suavidad. La risa de Henry suena clara y contagiosa, y, sin darme cuenta, siento que mi propio nerviosismo se suaviza. Estoy aquí, caminando entre árboles y risas, y por primera vez en mucho tiempo no siento la necesidad de mantener distancia.

Henry se adelanta con Rita. Caleb, en cambio, aminora el paso para que lo alcance.

Intento iniciar conversación, soltando un comentario sobre los árboles o el aire fresco, pero él responde con monosílabos, cortos y medidos. No es descortés, simplemente reservado, y eso me obliga a pensármelo dos veces antes de seguir hablando.

Henry se detiene un momento, señalando algo brillante entre las hojas. Rita ladra suavemente y yo me agacho para mirar también. Caleb permanece detrás, evaluando la escena con calma, y por un instante me sorprende su serenidad, esa mezcla de control y distancia que lo hace difícil de leer.

Algo se va corriendo, y me pregunto si no habrá sido un conejo o una ardilla.

Sigo caminando, ajustando el ritmo al suyo sin atreverme a acercarme demasiado. Aunque el bosque es acogedor y lleno de vida, la sensación de nerviosismo no me abandona del todo; cada paso es un recordatorio de que, por ahora, sigo siendo una extraña.

La verdad es que, si no fuera por el paisaje, sería la situación más incómoda que he vivido nunca.

—Mira eso —dice de repente, señalando un pequeño hueco bajo un tronco caído—. Parece el refugio de un zorro.

Me inclino ligeramente, intentando no parecer demasiado entusiasta. El hueco, rodeado de raíces entrelazadas y hojas secas, es diminuto; puedo imaginar al zorro rojo acurrucado ahí durante las noches frías, observando el bosque con sus ojos brillantes.

—¿Cómo sabes que es de zorro? —pregunto.

Él se inclina un poco para mirar también, pero sin apartar demasiado la vista del sendero.

—Por las huellas y el tamaño del refugio —responde con voz pausada—. Y porque los zorros suelen buscar lugares así, pequeños y escondidos, donde nadie los moleste.

Asiento, fascinada por su conocimiento. Hay algo en la manera en que habla, calmada y segura, que me hace querer escucharlo durante horas. Tiene una voz grave, masculina y sexy. Muy sexy. De esas que escuchas en las películas románticas.

Henry, por su parte, se ha agachado cerca del hueco, intentando ver más de cerca, y Rita se sienta a su lado, olfateando el aire con curiosidad. Caleb se queda detrás de mí, observándonos, y por primera vez noto cómo su expresión se suaviza, como si le agradara compartir este momento simple con nosotros.

—¿Quieres acercarte? —pregunta.

Dudo un instante, pero la sonrisa tímida de Henry y la mirada expectante de Caleb me empujan a dar un paso adelante. Me inclino un poco más, y el olor a tierra húmeda y hojas me envuelve. Por un momento, me olvido de los nervios, de las reglas que me imponía para mantener la distancia. Solo estamos aquí, en el bosque, observando un pequeño escondite de un zorro.

Caleb se mantiene a mi lado, sin invadir mi espacio, pero su presencia, por algún motivo que desconozco, me complace.

Henry se agacha más cerca del hueco, pasando los dedos con cuidado sobre las hojas secas.

—Mira, Rita, parece que un zorro vive aquí —dice el niño, señalando unas pequeñas ramitas acomodadas como una cama diminuta.

Caleb se acerca un poco más. Su olor, fresco, mentolado y varonil, penetra por mis fosas nasales. La cabeza comienza a darme vueltas y los latidos del corazón se me aceleran.

—Sí, los zorros hacen estas camas improvisadas para protegerse —explica con suavidad su padre—. No siempre están aquí durante el día, pero cuando regresan, buscan algo cálido y seguro.

Henry me mira con ojos brillantes.

—¿Puedo tocarlo? —pregunta casi en una súplica.

—Solo con cuidado —responde Caleb, y por un instante su voz pierde esa distancia habitual—. No queremos romper nada ni asustar al zorro si vuelve.

Me inclino junto a ellos, siguiendo su ejemplo, y por primera vez siento que compartimos algo juntos: un pequeño descubrimiento.

Rita se sienta a mis pies, y su respiración tranquila me relaja a pesar de que el brazo de Caleb y el mío se rozan.

Caleb suspira suavemente, y por primera vez su sonrisa parece completamente genuina.

—A Henry le encanta explorar el bosque. A veces me pide el móvil y hace fotos —me explica.

No sé por qué, pero sus palabras me llegan muy dentro. Desconozco qué le ha pasado a la madre de Henry, que supongo que era la esposa de Caleb, pero noto cierta tristeza en su mirada azul. Si estuviese casado, ella estaría aquí, con nosotros, en este mismo momento.

Me doy cuenta de que Caleb carga con algo más que la rutina de un padre; hay un peso silencioso en su manera de andar, en la forma en que observa a Henry, como si cada gesto del niño le recordara algo que ya no está. Y, sin embargo, pese a esa sombra, hay una calma en él y una devoción en su mirada cada vez que mira a su hijo…

Me recuerda a la devoción que mi padre había tenido hacia mí.

—Vamos, Henry —dice finalmente Caleb, con un tono que mezcla firmeza y suavidad—. Tenemos que seguir caminando.

Continuamos la marcha, y el bosque se abre a nuestro alrededor en un espectáculo de colores y texturas. Los rayos de sol se filtran entre las hojas de los robles y abedules, lo que crea parches dorados

sobre el sendero. Rita olfatea cada rincón mientras Henry corre de un lado a otro, deteniéndose para examinar cada seta, cada hoja caída y cada pequeño insecto que se atreve a moverse a su paso.

A lo lejos, un arroyo susurra entre las piedras, y el agua refleja destellos del cielo azul. Todo es tranquilo y fresco, y por un momento olvido los nervios y la distancia y me dejo hechizar por la belleza del bosque.

Pasamos por un claro cubierto de helechos altos y musgo húmedo, donde la luz parece reflejarse sobre cada superficie. Henry se agacha para tocarlo, y Caleb se queda unos pasos detrás, observándolo con esa calma que me resulta sorprendentemente reconfortante. Cada detalle del bosque se queda grabado a fuego en mi cabeza, y me pregunto cómo he podido vivir tanto tiempo en la ciudad, perdiéndome esto.

Casi dos horas más tarde, alejados del corazón del bosque, un olor a comida inunda mis fosas nasales: pan recién horneado, café, tal vez algo de fruta. Caleb finalmente se detiene y me mira.

—Es casi la hora del almuerzo —dice—. ¿Qué te parece si salimos un poco del bosque? Hay un pequeño quiosco cerca, donde podemos comer algo y descansar un rato antes de seguir explorando.

Henry da un salto de emoción y Rita ladra.

Yo asiento, contenta por la pausa y la oportunidad de descansar un poco. No he querido decir nada, pero tengo calambres en los gemelos y siento los tobillos cargados. Se nota que llevo bastante tiempo sin hacer ejercicio.

—Me parece perfecto —respondo.

Caleb asiente y marca el camino hacia la salida del bosque.

Vamos por un sendero más ancho, y pronto aparece el pequeño quiosco entre árboles bajos y arbustos floridos muy bien cuidados, lejos de la belleza salvaje que hemos visto antes.

El letrero de madera está pintado a mano y un olor a pan caliente, queso y frutas inunda el ambiente. Henry corre hacia la puerta con entusiasmo, y Rita lo sigue. Mueve la cola como si supiera que algo bueno nos espera… Y no está mal encaminada.

Caleb me sigue a un paso tranquilo, todavía reservado, pero con esa leve sonrisa que empieza a aparecer más a menudo. Está guapísimo cuando sonríe. Su rostro se relaja y parece más joven. De hecho, me cuesta apartar la mirada de él. Resulta… casi hipnótico lo bonita que es su sonrisa.

Nos acomodamos en una mesa de madera fuera, bajo un pequeño toldo que nos protege de la luz del mediodía. La brisa trae consigo aromas del bosque mezclados con el olor del café y la bollería.

—¿Qué quieres comer? —pregunta Caleb, y abre el menú con calma.

—Algo sencillo, quizás un sándwich —respondo, aunque mis ojos no dejan de mirar a Henry, que ya está inspeccionando los pasteles y los zumos.

Henry señala un panecillo de arándanos y Caleb asiente. Cuando viene una mujer de unos sesenta años a atendernos, saluda con calidez y efusividad a Henry. Supongo que padre e hijo paran aquí cada vez que se van de caminata.

La mujer toma nuestro pedido y se marcha con rapidez.

—¿Siempre vienes por aquí con él? —pregunto, y señalo a Henry mientras ojea el menú con curiosidad. Creo que les está echando un vistazo a los dulces.

—Sí. Casi siempre paramos aquí cuando salimos a andar.

En ese momento, la camarera llega con nuestros platos: sándwiches, el panecillo de Henry, ensaladas y algo de fruta. El aroma de la comida hace que todos nos concentremos en lo que tenemos en el plato. Henry abre los ojos con entusiasmo y comienza a devorar su panecillo. Rita se acomoda a mi lado, olfateando el aire con interés. Decido darle la mitad de mi sándwich de pavo y ponerle algo de agua fresca en el recipiente que siempre llevo en la mochila.

—Está delicioso —dice Henry con la boca llena.

Yo sonrío, disfrutando de la sencillez del momento y de la forma en que, poco a poco, la distancia que sentí al principio se va desvaneciendo, como si Caleb no estuviese tan pendiente de levantar un muro entre él y yo. Y no es que yo quiera ser su amiga, ni mucho menos, pero ir de excursión con una persona que solo suelta monosílabos…

Para eso me habría quedado en casa.

Sin embargo, esa no es la situación.

Cuando Henry aparta por fin el plato y empieza a hablar emocionado de todo lo que ha visto en el bosque y de las ganas que tiene de contárselo a sus amigos el lunes, yo dejo que mi mirada se deslice hacia Caleb.

No puedo evitarlo. Hay algo en la forma en que lo escucha, con completa atención, como si nada más existiera a su alrededor. No asiente por asentir; responde de verdad, corrige con paciencia cuando Henry exagera y ríe de un modo que no había oído hasta ahora.

Como si no fuera tan distante y frío.

Y me sorprende descubrir que lo admiro. No sé qué ha pasado con la madre de Henry, ni me atrevo a preguntar, pero el vacío que deja su ausencia se nota entre ellos dos. Lo intuyo en pequeños detalles: en el modo en que Caleb siempre se asegura de que su hijo tenga lo que necesita, en la forma en que lo guía sin ser demasiado estricto, en la ternura escondida bajo esa apariencia tan contenida, como si temiera que algo saliera mal y su hijo pudiera sufrir…

Me digo que debe de ser agotador cargar con todo eso solo, pero a la vez me impresiona que lo haga con tanta naturalidad. Y por primera vez en mucho tiempo, siento un nudo en el pecho que no tiene nada que ver con mis propios problemas, sino con la vida de alguien más.

Caleb me sorprende mirándolo, y yo bajo los ojos enseguida hacia mi plato, como si necesitara concentrarme en las últimas migas de mi sándwich.

—¿Salías de excursión con tus padres cuando eras pequeña? —me pregunta de repente Henry.

Me humedezco los labios y siento una pequeña punzada de nostalgia al pensar en mi padre. Asiento con lentitud.

—Sí, a veces —respondo.

—¿Ellos viven en…?

—Hoboken —le respondo—. Bueno, mi madre. Mi padre falleció hace unos años.

Me animo a levantar la mirada y veo que algo ha cambiado en la de Caleb. No dice nada, pero tampoco es necesario. Percibo que entiende cómo me siento.

Henry, en cambio, luce una sonrisa triste.

—Mi madre también falleció —dice él. Sus ojos se humedecen y su padre entra en acción justo en ese momento.

—¿Quién quiere postre? —pregunta con un ánimo y una alegría que no le he visto mostrar antes.

El niño parece olvidarse de su repentina tristeza y alza las manos.

—¡Yo, yo! —exclama.

Observo la escena en silencio, con el corazón encogido. Henry se ilumina de nuevo con la promesa del postre, y Caleb lo sigue con una sonrisa que sé que no es solo para su hijo, sino también una manera de protegerlo del dolor.

Y entonces lo comprendo: no somos tan distintos. Él también ha perdido a alguien, igual que yo. Él también conoce el peso de un vacío que nunca se llena del todo. La diferencia es que ha encontrado la forma de seguir adelante, de sostener a alguien más con sus propias fuerzas.

Esa certeza me sacude. Porque, aunque intentemos ocultarlo, ambos compartimos esa herida invisible que nos hace más parecidos de lo que jamás habría imaginado.

El paseo de vuelta parece más corto de lo que esperaba. Quizá porque Henry va hablando sin parar de lo bueno que estaba el postre, o postres, porque se ha comido el suyo, parte del de su padre y parte del mío, o porque Rita no deja de corretear delante de nosotros, como si conociera el camino mejor que nadie. Caleb va a mi lado, en silencio, pero ya no me resulta incómodo. De hecho, comienzo a entender por qué siempre está en silencio. Es una forma de disfrutar del canto de los pájaros, de la voz de su hijo y del sonido de las hojas al pisarlas.

Cuando por fin llegamos a mi casa, el sol empieza a descender y tiñe el cielo de un naranja suave. Me detengo frente a la puerta y vuelvo la vista hacia ellos.

—Gracias por el día de hoy —digo con sinceridad.

Caleb asiente, con ese gesto breve y contenido tan suyo.

Henry se lanza a mis brazos.

—¿Quieres que te avisemos la próxima vez que vayamos?

Su padre suspira.

—Caleb… —le regaña con suavidad.

—¡Por supuesto! —respondo, y lo rodeo con mis brazos—. No me lo perdería por nada del mundo.

El gesto me ha sorprendido, y he notado una punzada en el pecho. No me había esperado que pudiera cogerle cariño tan rápido a un niño.

—Adiós, Iris —dice con entusiasmo.

—Adiós, Henry. Cuida de tu padre —le respondo en tono cómplice.

El niño se ríe y se coloca al lado de su padre. Caleb se queda un instante más. Parece como si quisiera añadir algo, pero al final solo me dedica una leve inclinación de cabeza antes de seguir a su hijo.

Me quedo en el umbral, observando cómo se alejan, con una sensación extraña, como si algo hubiese cambiado sin que me diera cuenta.

Rita ladra.

—¿Entramos en casa, chica?

Ella vuelve a ladrar.

Miro las dos figuras que se alejan de nosotras y aprieto los labios.

Rita mueve la cola con impaciencia, pero yo sigo quieta unos segundos más, con la vista fija en la silueta de Caleb y Henry alejándose por el camino. Algo en mi interior se resiste a dar la espalda. Es como si, al hacerlo, todo lo que he sentido hoy, esa inesperada complicidad, la calidez del almuerzo compartido, la dedicación de Caleb hacia su hijo, fuese a desvanecerse.

Acaricio la cabeza de Rita y finalmente giro la llave en la cerradura. El sonido de la puerta al abrirse rompe el hechizo. El interior de la casa me recibe con su calma habitual, pero noto que yo ya no soy exactamente la misma que salió por la mañana.

Rita entra corriendo hacia su rincón favorito, mientras yo me detengo en el umbral. Suspiro y me dejo caer en la silla más cercana, con la sensación de que esta experiencia ha abierto una

pequeña rendija en mi vida… y que, aunque todavía no lo entiendo del todo, no soy capaz de cerrarla.

Pienso en Silas Crowley y en sus fantásticas historias sobre marineros y fantasmas, pienso en Caleb y su determinación por proteger y cuidar de Henry; en Lavender y su vocación por salvar a los animales del mar… Y no puedo evitar reconocer que todos, de un modo u otro, cargan con algo y, aun así, siguen adelante.

Quizá yo vine aquí buscando silencio, un escondite donde nada ni nadie pudieran alcanzarme. Pero Southwest Harbor no es solo un pueblo tranquilo junto al mar: es un lugar lleno de personas con heridas, con recuerdos y con sueños. Este pueblo es mucho más de lo que jamás imaginé.

Me recuesto contra el respaldo de la silla, dejando que Rita se acurruque a mis pies, y me sorprendo al descubrir que, por primera vez en mucho tiempo, no pienso en mi siguiente destino, hacia dónde huir… Más bien pienso en lo bien que podría estar si me asentara en un sitio como este.



9

La candidata oficial

IRIS

El olor a salitre se mezcla con un leve aroma a desinfectante cuando la puerta de cristal del Centro de Rescate Costero de Southwest Harbor se abre. Al instante, me envuelve un murmullo de voces, teléfonos sonando y el inconfundible chapoteo de agua proveniente de los tanques que llenan la sala principal.

Un mural pintado en tonos azules y verdes representa ballenas, delfines y focas nadando en libertad. Bajo él, un mostrador de madera exhibe folletos sobre conservación marina y programas educativos para niños. Todo desprende una energía vibrante, como si el lugar no fuese solo un centro de trabajo, sino un refugio de esperanza.

Al otro lado del mostrador, Lavender, con su pelo lila y una camiseta con el logo del centro, me sonríe al verme entrar.

—¡Iris! Justo a tiempo. Necesito tu ayuda con alguien que ya conoces —dice Lavender.

La sigo hasta una zona más tranquila, donde los tanques son más pequeños y están separados por biombos de cristal. El olor a sal se intensifica y escucho el sonido húmedo de un cuerpo pesado moviéndose dentro del agua.

El corazón me da un vuelco al imaginarme quién puede ser.

Allí está ella: la joven foca gris que atendí aquel primer día. Parece más recuperada; su pelaje húmedo brilla bajo la luz y me observa con sus ojos oscuros y redondos, curiosos pero desconfiados.

—Hoy necesitamos sacarle sangre para analizar cómo va la recuperación —explica Lavender mientras prepara una bandeja con guantes, jeringas y tubos. Luego me lanza una mirada de esas que no admiten réplica—. Y quiero que seas tú quien lo haga.

Un nudo se me forma en el estómago. Hace tiempo que no realizo una extracción en un animal salvaje, y menos en uno tan impredecible como una foca. Acaricio con la vista las aletas del animal, los bigotes húmedos que se mueven con cada resoplido, y respiro hondo.

—¿Seguro que confías en mí para esto? —pregunto a sabiendas de que hay otra veterinaria.

—Segurísima —afirma Lavender con una sonrisa tranquila—. Ella ya te conoce. Contigo estará más calmada.

Me pongo los guantes con torpeza e intento que no se note lo rápido que me late el corazón. Lavender se coloca a un lado, observándome, pero sin intervenir. Sé que está lista para apoyarme en caso de que algo salga mal, aunque también intuyo que confía en que pueda hacerlo sola.

La foca se agita un poco cuando me acerco, como si me reconociera pero no estuviera segura de si debe fiarse.

Me detengo un instante, inclinándome un poco hacia ella.

—Tranquila, chica… —murmuro, con una voz suave, serena, como si no quisiera asustarla.

El animal resopla y salpica gotas saladas que me mojan la mejilla. Pero no huye hacia el otro extremo del tanque, solo se queda mirándome, expectante.

—Muy bien —susurra Lavender, casi en un murmullo, para no interrumpir.

Siento un calor extraño en el pecho: la mezcla de nervios y responsabilidad. Acerco la mano, despacio, acariciando el costado húmedo del animal hasta que percibo que sus músculos dejan de estar tan tensos. Luego busco la aleta donde debo hacer la punción.

Mi pulso tiembla cuando sostengo la jeringa. Cierro los ojos un segundo y me obligo a respirar hondo. No puedo fallar.

Pincho con cuidado. La foca apenas se mueve, solo un leve estremecimiento. Y, como un milagro, la sangre comienza a fluir con

normalidad dentro del tubo.

Siento un alivio inmediato que me hace soltar el aire que había estado conteniendo.

—Eso es… Lo estás haciendo perfecto —dice Lavender con calma.

Exhalo el aire de golpe, como si acabase de terminar una carrera de fondo y mi corazón comenzara a relajar sus latidos frenéticos.

La foca resopla otra vez, esta vez con un sonido más suave, casi cómplice. Me quedo un instante mirándola, con una sonrisa involuntaria.

—Lo conseguiste —añade Lavender, con orgullo sincero.

En ese momento aparecen Lily y Thomas. Veo que los dos le dan dinero a Lavender, que me guiña un ojo.

Frunzo el ceño, confundida.

—Hemos apostado si serías o no capaz de sacarle sangre a la foca. —Lavender alza el puño—. Yo no he dudado de ti ni un solo momento.

Lily se sonroja. Thomas se encoge de hombros.

Sacudo la cabeza, todavía sonriendo, y guardo con cuidado el tubo con la muestra. Después me agacho junto a la foca, que me observa con esos ojos grandes y húmedos llenos de curiosidad.

—Te lo has ganado —murmuro. Le ofrezco un trozo de pescado que Lavender me pasa y que devora en un segundo, con un chasquido húmedo que me arranca una risa.

Le acaricio el costado con suavidad antes de levantarme.

—Muy bien hecho —dice Lavender desde atrás, aunque esta vez sin bromas.

Dejo a la foca descansando y sigo hacia los tanques donde hay otras crías que necesitan revisión. Uno de los voluntarios me acerca una tabla con las indicaciones del día: comprobar la respiración de una tortuga marina rescatada, revisar la alimentación de dos gaviotas y observar el comportamiento de un joven alcatraz que todavía no ha recuperado del todo la movilidad en un ala.

Respiro hondo, me ajusto los guantes en un gesto nervioso y me dispongo a seguir con cada una de las tareas. Mientras camino entre tanques y pasillos, siento una energía distinta: como si, por primera vez en mucho tiempo, lo que estoy haciendo tuviera un sentido real.

Me dirijo primero hacia la tortuga marina y leo su historial. Cuando acabo, me acerco al tanque poco profundo en el que está. Me arrodillo junto al borde y, con ayuda de un voluntario, la saco con cuidado para examinarla más de cerca. Paso mis dedos por el caparazón, noto las pequeñas irregularidades, las zonas que han cicatrizado tras los golpes sufridos. Le reviso los ojos, la boca y los movimientos de las aletas. Apunto todo en la hoja de control: *«Estable. Responde bien al tratamiento».* Examino sus heces en el tanque y compruebo que están dentro de lo normal. Después le dejo un trozo de pescado como recompensa antes de devolverla al agua, donde nada despacio, tranquila.

El siguiente turno es para las gaviotas. Leo su historial: al parecer, tenían las alas rotas y algunas heridas después de que un barco las arrollara en el mar. Pienso en el indeseable que las habrá atropellado y me recorre una oleada de rabia e ira. Después de varios años trabajando con animales, la mayor parte de las veces sus heridas son causadas por el ser humano.

Una de ellas picotea con fuerza en el cubo de comida mientras la otra me observa con suspicacia. Me pongo los guantes más gruesos —no sería la primera vez que un pico demasiado rápido me deja una nueva cicatriz— y examino sus alas. Las plumas están creciendo uniformes y la piel no presenta heridas nuevas, aunque sigue teniendo zonas calvas. Todo indica que pronto podrán regresar al mar y volar.

Por último, me acerco al alcatraz. Hago lo mismo que con la tortuga y las gaviotas y leo en su historial qué medicinas toma y cuánto tiempo lleva ingresado. Está en un corral amplio, con perchas de madera. Me sorprende verle intentar desplegar las alas, aunque todavía con torpeza. Me quedo un rato observando el movimiento: hay fuerza, aunque también rigidez.

Con suavidad me acerco, lo rodeo con la toalla y reviso la articulación del ala herida. El animal se agita, pero consigo palpar lo suficiente para confirmar que la recuperación es lenta pero constante.

Anoto mis observaciones, y cuando lo suelto, me lanza una mirada entre altiva y resentida.

—Sí, ya lo sé —susurro—. A nadie le gusta que lo toque un desconocido. Mis disculpas.

Cuando termino el recorrido, me siento cansada pero muy satisfecha. Desde pequeña, siempre tuve claro que quería ser veterinaria. Mi pasión por animales iba más allá de jugar con ellos o dibujarlos cuando la maestra nos daba tiempo libre para dibujar en clase. Quería entenderlos, cuidarlos y ser un lugar seguro para ellos. Sin embargo, cuando ocurrió ese incidente en Hoboken… me replanteé dejarlo, abandonar mi sueño de cuidar animales. Sentí que le había perdido el gusto, que solo veía rechazo y fracaso por un error que había cometido. Pasó bastante tiempo hasta que, a día de hoy, me he perdonado por lo que pasó.

Y ahora he vuelto a disfrutar cuidando animales.

Al terminar las anotaciones y dejar todo en orden, me lavo las manos y decido tomarme un descanso. El recorrido visitando a los animales ha conseguido que me entre hambre. La sala de descanso es pequeña pero acogedora. Tiene una mesa de madera clara con varias sillas desparejadas alrededor, una cafetera que parece haber vivido demasiadas batallas y un ventanal por el que entra la luz del mar, tan brillante que casi obliga a entrecerrar los ojos. Rita estaría feliz aquí, pienso, tumbada al sol como si nada más importara.

Lavender está aquí, ya instalada en una de las sillas. Tiene una taza entre las manos y los codos apoyados sobre la mesa. En cuanto me ve, levanta la vista y sonríe con esa naturalidad suya que parece envolverlo todo de calma, incluso en situaciones que conseguirían tensar a cualquiera.

Envidio su calma.

—Has estado genial ahí fuera —dice antes de que pueda saludarla —. No todos se manejan tan bien con animales que todavía no confían en nosotros.

Me dejo caer en la silla frente a ella y suelto un suspiro que es mitad cansancio, mitad alivio.

—Gracias —respondo con cierta ironía—. Aunque creo que las gaviotas se replantean sacarme los ojos en la próxima revisión.

Lavender suelta una risa suave.

—Los animales te adoran. Es como si sintieran que no sufren peligro contigo.

Me quedo en silencio, aunque agradezco sus palabras. No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me elogió por mi trabajo.

—¿Cómo lo haces? —pregunto al fin—. Esa calma… —Sacudo la cabeza—. Consigues calmar a cualquiera que esté cerca de ti.

Lavender ladea la cabeza y aprieta la taza contra su pecho, pensativa.

—Puedo ver el lado bueno de las personas. Y tú tienes pinta de haber sufrido bastante, Iris —dice con voz pausada—. A veces los animales entienden más de lo que imaginamos. Solo hay que darles tiempo. Ellos también te ven a ti. Ven cómo eres. Por eso nunca se ponen agresivos cuando te acercas a ellos.

Decido no decir nada más. No estoy de acuerdo con ella al cien por cien, pero siento que ha sido sincera, contradecirla, solo nos haría entrar en una discusión tonta.

Sonrío y asiento.

—Ponte un poco de café —me dice—. Tengo cinco minutos antes de volver al trabajo.

Le hago caso y, tras servirme, me acomodo en la silla con el vaso caliente entre las manos y me quedo mirando mis manos.

Lavender se coloca detrás de la oreja un mechón del cabello.

—Este es el único sitio donde podemos fingir que el mundo se detiene un momento —dice con un deje divertido.

La observo, y me sorprende lo natural que se muestra en este entorno, como si hubiese nacido para estar aquí. Yo, en cambio, todavía siento que camino sobre terreno pantanoso, tratando de comprender qué quiero hacer y en dónde me quiero instalar… indefinidamente.

—No está mal para ser un trabajo temporal —respondo con cautela, y le doy un sorbo a mi café.

Ella me lanza una mirada rápida y ladea la cabeza, como si pudiese leerme mejor de lo que me gustaría.

—Pues, para ser un trabajo temporal —dice enfatizando las dos últimas palabras—, te has entendido muy bien con la gente de

aquí…, especialmente con Caleb Crowley.

Me atraganto con el café y carraspeo, obligándome a dejar la taza sobre la mesa.

Ella sonríe con aire triunfal.

—¿Cómo… cómo sabes eso?

Lavender se ríe, divertida.

—Por favor, Iris, esto es Southwest Harbor. Aquí alguien estornuda en el muelle y en menos de una hora lo sabe hasta la señora que vive en la colina.

Frunzo el ceño.

—¿Quieres decir que todo el pueblo sabe que…?

—Que salisteis de excursión con Henry, sí. —Se encoge de hombros con naturalidad—. No es un secreto precisamente.

Me froto la frente, intentando no sonar más alterada de lo que estoy. ¿Cómo es posible? No vimos a nadie… Bueno, sí. La mujer del quiosco. La que nos atendió cuando almorzamos. ¿Habría sido ella? Porque, por más que intento forzar mi memoria, no consigo recordar haber visto a otra persona. Me recuesto en la silla, sin saber si reír o llorar. Hay algo extraño en todo esto: en cualquier otro lugar del mundo habría pasado desapercibida, anónima, una más entre la multitud. Aquí, en cambio, cada paso que das parece estar bajo la mirada atenta del pueblo.

Definitivamente, no estoy acostumbrada a esto.

En Hoboken las cosas no funcionaban así.

—Pero no fue nada. Solo un paseo.

—Claro, claro. —Lavender sonríe con un aire que no admite réplica —. Un paseo con Caleb Crowley, su hijo y tu perra. Qué imagen tan idílica. ¿Sabes lo que significa eso aquí?

—Ilumíname.

—Que eres candidata oficial. —Levanta las manos en un gesto dramático—. Caleb nunca ha invitado a nadie a sus paseos con Henry.

—Él no me invitó, fue Henry… —Pienso en la pequeña ruta con Rita que nos llevó hasta la casa de los Crowley, y en cómo, de rebote, Henry nos arrastró a aquel paseo con un Caleb más bien

reticente. Si supiese realmente lo que pasó…—. ¡No significaba nada! —replico enseguida, quizá demasiado rápido.

Lavender suelta una carcajada, divertida con mi reacción.

—Tú sigue diciéndotelo, Iris. Pero te lo advierto: aquí, cuando los Crowley hacen sitio para alguien, no suele ser por casualidad.

Me remuevo en la silla, incómoda. No sé si reírme, contestarle o simplemente levantarme e irme de aquí. Lo único que tengo claro es que no me hace ninguna gracia esa etiqueta de «candidata oficial».

—Candidata oficial… —repito en voz baja, con un deje amargo—. Suena ridículo.

Lavender se encoge de hombros, como si lo que acaba de soltar fuese lo más natural del mundo.

—Ridículo o no, así funcionan las cosas aquí. Y, te guste o no, ya formas parte del espectáculo.

Sus palabras se clavan como un peso en mi estómago. Aparto la mirada y fijo los ojos en la taza de café, demasiado consciente de que en este pueblo estoy vigilada.

No quiero esto. No quiero que mi vida personal, o la falta de ella, sea material de chismes ni apuestas de sobremesa. Yo solo he venido a buscar un nuevo lugar donde empezar, a trabajar, a hacer lo que sé hacer, a cuidar animales.

Lavender se pone en pie y me ofrece una última sonrisa que no sé si es de complicidad o de advertencia.

—Ya lo verás, Iris. Aquí nada pasa desapercibido.

Y se marcha para dejarme sola en la sala, con la sensación de que de algún modo he entrado en un juego para el que no me he inscrito.



10

Lo que se queda en silencio

CALEB

El olor a salitre y aceite de motor me recibe mientras doy los últimos pasos entre los barcos. Henry va a pasar la noche con mi padre después de que este le prometiese que lo iba a ayudar para hacer un pequeño proyecto para Ciencias Naturales; probablemente estén en la gran mesa del salón, hablando de redes y aparejos mientras yo termino de recoger las herramientas y cerrar los compartimentos.

El día ha sido largo. He estado revisando velas, cambiando cabos desgastados, asegurando los motores de un par de embarcaciones y ajustando poleas que llevaban semanas chirriando. La compañía del seguro se ha comprometido a arreglar los desperfectos, reponer el dinero de las maderas deterioradas y arreglar el andamio.

Sin embargo, a pesar del trabajo, del papeleo y de mi esfuerzo, la rutina de hoy no ha logrado alejar de mi mente el paseo que dimos Henry y yo con Rita e… Iris.

No puedo sacármela de la cabeza. Su serenidad, cómo los tonos verduzcos del bosque parecían sacarles destellos dorados a sus ojos claros o su risa cada vez que Henry decía alguna tontería.

Joder, es preciosa.

Me sorprende y me incomoda al mismo tiempo. No debería importarme; solo fue un paseo, nada más. Pero hay algo en cómo se involucró con Henry que no había visto antes en nadie.

Recuerdo cómo Henry corría delante, riendo y señalando raíces y troncos, y cómo ella lo seguía con cuidado, ajustando su paso para que no tropezaran. No es natural para cualquiera dejarse arrastrar así por un niño; se necesita paciencia, atención y, sobre todo, cariño. Y aunque no quiero admitirlo, eso me afecta más de lo que debería.

Suspiro y me detengo junto a la puerta principal del astillero. La jornada ha terminado, y el silencio que queda después de que todos se hayan marchado tiene algo que me relaja.

Cierro con cuidado durante unos segundos. Escucho las olas y el viento en el exterior.

En ese momento mi móvil vibra. Lo saco del bolsillo de mi pantalón vaquero y veo que es Nate. Me invita a un par de cervezas en el bar que hay a apenas trescientos metros del astillero.

Cierro el astillero después de revisar una vez más las máquinas y me ajusto la chaqueta. Comienzo a caminar hacia el bar del puerto.

El camino hasta el bar es corto, pero me permite liberarme de la tensión del día. Cada paso resuena sobre las tablas del muelle, y el olor a mar me recuerda que, a pesar de todo, hay algo reconfortante en la rutina de Southwest Harbor.

Al acercarme, veo que el local está medio vacío; solo un par de habituales yendo y viniendo. Me siento en la barra junto a Nate, que ya tiene su cerveza en la mano y una sonrisa fácil.

—¡Al fin llegas! —dice, y golpea suavemente el borde del vaso contra la barra para llamar mi atención—. Pensaba que te habías quedado atrapado entre velas y cabos otra vez.

—He cerrado hace un rato —respondo. Dejo escapar un suspiro mientras apoyo los codos sobre la barra—. Y el seguro no ha dado problemas para arreglar el andamio y las maderas.

Nate asiente y le da un buen trago a su cerveza.

—Menos mal entonces. ¡Eh, Tom! Ponle una cerveza a Caleb. Hoy pago yo.

El viejo Tom frunce el ceño mientras coge una gran jarra y la llena del barril.

—Eso dijiste la última vez, Nate. Y no pagaste: lo hizo Caleb —señala. Termina de llenar la jarra y me la pone delante.

Suelto una suave carcajada mientras Nate se sonroja. Sé que protesta, pero mis pensamientos y mi atención han vuelto a tomar un nuevo rumbo: vagan hacia el paseo de ayer con Iris y Henry. No puedo evitar recordar su paciencia, la forma en que se movía entre los árboles, cómo escuchaba cada pregunta del niño sin perder la calma…

—¿Por qué estás tan pensativo? —pregunta Nate, rompiendo el silencio.

—Nada. Cosas de trabajo —respondo tras encogerme de hombros, e intento que mi voz suene más despreocupada de lo que en verdad me siento.

Nate levanta una ceja, con esa sonrisa traviesa que siempre lo acompaña.

—Bueno, si tú lo dices… —dice, y baja un poco la voz, como si compartiera un secreto—. He oído que te fuiste de paseo con la nueva…, la que trabaja en el centro de rescate. ¿Es cierto?

Me tenso un poco. Dejo que la jarra de cerveza se quede apoyada entre mis manos mientras trato de medir mis palabras.

No es que no me hubiese esperado que el pueblo hablara de ese paseo, pero sí me asombra la rapidez con la que se ha sabido. Uno de los defectos de Southwest Harbor es que hay ojos y oídos en todas partes. Supongo que habrá sido Mary, la mujer del quiosco. Es bien conocida por hablar de las vidas ajenas y extender chismes.

—Sí, fuimos a dar una vuelta —respondo con neutralidad. Intento que mi voz no delate más de lo necesario—. Nada del otro mundo. Solo un paseo con Henry.

Nate ríe suavemente, moviendo la cabeza.

—Eso mismo había pensado yo. De hecho, cuando me lo han contado esta mañana antes de ir al trabajo, lo primero que he pensado es: «¿Cómo? ¿Caleb Crowley teniendo una cita con una forastera?». —Se rasca su barba incipiente—. Luego he pensado lo estúpido que suena y me he apresurado a decir que eso es imposible. Al menos de la forma en la que me lo estaban contando.

Inspiro hondo, dejando que sus palabras se filtren sin alterarme demasiado.

—No tengo nada con ella —me apresuro a decir, a pesar de no tener por qué hacerlo.

—Lo sé —dice de buen humor—. Tú nunca tendrías nada con ninguna mujer, y aún menos con una forastera.

Me quedo callado. Sus palabras no me sorprenden, pero golpean una parte de mí que prefiero mantener bajo llave. Desde que perdí a mi mujer, nunca he buscado una relación seria. No porque no quiera

compañía, sino porque la idea de abrir mi mundo y el de Henry a otra persona… me resulta una traición a la memoria de mi difunta mujer. Mantener cierta distancia se ha convertido en una especie de mecanismo de supervivencia, un modo de proteger a Henry, y, en cierta forma, de protegerme a mí.

No necesito a nadie más que nos complique la vida, nadie que pueda ocupar un espacio que ya está lleno de recuerdos, responsabilidades y cuidado constante. Y, aun así, no puedo evitar pensar en Iris, en lo cómodo que me sentí con ella durante el paseo. No había sido como otras mujeres con las que había salido. Mientras ellas habían intentado desde el primer momento enumerarme su larga lista de habilidades y razones por las que debería dejarlas entrar en mi vida, Iris simplemente se había limitado a disfrutar del bosque, de la experiencia y de la compañía.

Es extraño, incómodo incluso, admitirlo.

La cerveza en mi mano empieza a calentarse mientras mis pensamientos giran en torno a ella. No es solo que sea amable o competente; es que tiene algo que me recuerda que la vida puede ser más sencilla de lo que a veces parece, que hay momentos en los que se puede bajar la guardia, aunque sea un poco. Y eso me incomoda, porque no estoy acostumbrado a sentir que alguien pueda acercarse tanto, aunque sea por un paseo en el bosque.

—Sin embargo, no puedo evitar pensar que eres raro, Crowley —dice Nate, dándole un trago a su cerveza—. La mayoría de los hombres de este pueblo ya habrían intentado invitarla a cenar. Es una mujer muy guapa.

Lo miro de reojo sin responder. Nate no tiene mala intención, lo sé, pero me cuesta tragar su comentario.

—No es tan sencillo —respondo al fin, bajando la voz.

Él arquea una ceja.

—¿Por qué no?

Tardo un segundo en contestar. Podría darle cualquier excusa: el trabajo, Henry, la rutina del astillero. Pero ninguna de ellas sería la verdad.

—Porque no quiero —digo, casi en un susurro.

Y al escucharlo en voz alta, noto que me cuesta decirlo. Como si no hablara de Iris en particular, sino de todo el mundo. No quiero conocer a nadie. No quiero volverme a permitir que nadie entre en mi vida.

Nate suspira y apoya los codos en la barra.

—Sigues atado al pasado, ¿verdad?

No respondo. No necesito hacerlo. Él me conoce demasiado bien. Desde que Laurie se fue, nadie ha ocupado ese espacio en mi vida. No porque no haya tenido oportunidades, sino porque jamás he querido abrir la puerta. Y no estoy seguro de que pueda.

Nate juega con la jarra medio vacía entre las manos sobre la madera de la barra.

—No digo que la olvides —añade con voz más suave—. Solo que tal vez… deberías darte permiso para respirar un poco.

Aprieto la mandíbula. Esa clase de consejos siempre me incomoda, aunque sé que me los da porque me aprecia.

Respondo tras encogerme de hombros.

—No necesito nada de eso. Estoy bien.

—Claro —murmura, como si no me creyera del todo. Luego da un trago largo y decide no insistir más.

Le agradezco en silencio que cierre el tema. Laurie sigue estando demasiado presente en cada rincón de mi vida. No hay un día en el que no me sorprenda buscándola en los gestos de Henry, en la manera en la que sonríe o incluso en el tono de su voz cuando pregunta algo. Y, aun así, lo único que hago es asegurarme de que mi hijo nunca olvide quién fue su madre.

Todo lo demás… lo he enterrado bajo una rutina tan férrea como necesaria.

Me aclaro la garganta y cambio de tema con rapidez:

—¿Y tú con Lavender? —pregunto con tono de broma—. ¿Has intentado algo o estás muy ocupado metiéndote en la vida de los demás?

Nate parpadea, sorprendido por el giro, pero acepta mi cambio de conversación y sonríe.

—Ah, así que ahora el interrogatorio me lo haces tú… —responde, y me da un suave empujón con el hombro—. Pues, para que lo

sepas, no. No he intentado nada.

—¿Seguro? —insisto, y arqueo una ceja con fingida sospecha.

—Seguro —repite—. Lavender es… distinta. No sé, tiene algo que me desconcierta, y no me malinterpretes, me cae bien, pero… no es tan sencillo como la gente cree.

Lo escucho en silencio, con media sonrisa en los labios. Nate siempre finge que nada le importa demasiado, pero cuando baja la guardia deja entrever más de lo que cree.

—Además —añade después de un trago de cerveza—, no creo que le interese alguien como yo.

—Puede ser. Eres muy raro —añado con ganas de molestarlo un poco.

Él se ríe y niega con la cabeza.

—Bueno, al menos no soy tan ermitaño como tú. Algo es algo.

Sacudo la cabeza con resignación y vuelvo la vista hacia la barra, dejando que la charla se disuelva en un silencio cómodo. El rumor del mar que llega desde el muelle se cuela por la puerta cada vez que alguien entra o sale, y durante un instante me sorprendo pensando que, quizá, la vida aquí es más complicada de lo que parece desde fuera.

Nate termina su cerveza y deja la jarra sobre la barra con un golpe suave.

—Anda, vámonos antes de que acabemos hablando de sentimientos —dice con media sonrisa, a sabiendas de que es un tema que no nos hace sentir a gusto a ninguno de los dos.

Yo también apuro mi cerveza y asiento. Salimos juntos al aire frío del puerto, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Mientras caminamos, pienso que, aunque no lo reconozca en voz alta, el pequeño respiro de salir al bosque con Henry e Iris en medio de la rutina me ha hecho bien.

Quizá más de lo que estoy dispuesto a admitir.



11

Puedes contar conmigo

IRIS

Salgo de la tienda de ultramarinos con una bolsa de provisiones en la mano: pan recién horneado, algo de fruta y un par de latas de atún para la cena. Me gusta recorrer estos pequeños comercios del pueblo, aunque hoy apenas consigo concentrarme en elegir los productos. Mi mente está en otra parte, dando vueltas a todo lo que ha pasado estos últimos días.

El cielo está nublado, con nubes bajas que presagian lluvia en cualquier momento. El aire huele a hojas mojadas y a sal marina, y el frío ligero recuerda que Halloween está a la vuelta de la esquina. Las calles del pueblo lucen vacías y silenciosas, y todo parece envolverse en una calma extraña, como si el mundo contuviera la respiración antes de la tormenta. Cada paso sobre los adoquines húmedos hace que mis pensamientos se mezclen con los recuerdos del paseo por el bosque.

Suspiro y noto que el corazón se me acelera.

Todavía me sorprende lo fácil que fue perderme en aquella mañana con Caleb y su hijo. Lo bien que nos sentimos al estar los tres juntos, como si no hubiese sido la primera vez; la forma de Caleb de escuchar cada pregunta sin perder la calma con Henry, cómo guiaba a su hijo sin que pareciera una instrucción, sino un juego… Y yo allí, intentando mantener cierta distancia, pero sin poder evitar escuchar y prestar atención, hechizada por la relación tan cercana que tienen.

No es que quiera acercarme demasiado a Caleb, Dios sabe que intento poner distancia de por medio, pero, sin embargo, hay algo en su manera de ser que me atrae como una polilla a una luz. Y sí, eso sin contar con que está buenísimo, mide más de uno ochenta y tiene un cuerpo y unas manos dignos de un modelo de revista.

Sacudo la cabeza para alejarlo de mis pensamientos y continúo con mi camino de vuelta a casa, donde Rita me espera.

El trabajo en el centro de rescate también ha ayudado a ocupar mi mente. La foca que atendí ha mejorado mucho desde que comenzó la rehabilitación; hoy la he visto nadar con más fuerza, girando y zambulléndose con seguridad. Sus movimientos ya no son torpes ni inseguros, y he sentido un pequeño orgullo por haber podido contribuir a su recuperación. Esa sensación de logro, aunque breve, me reconforta y me recuerda por qué decidí aceptar este puesto temporal en Southwest Harbor: aunque sea solo por unas semanas, me siento útil, necesaria incluso, y eso calma en parte el sentimiento de inseguridad que tengo desde que pasó… todo aquello en Hoboken.

Mientras camino hacia casa, el viento frío me golpea en la cara y me recuerda que la calma siempre es temporal. La sensación de seguridad que he sentido junto a Caleb y Henry, el control que tengo sobre mi trabajo con los animales…, todo podría desmoronarse en cualquier momento. Y, sin embargo, quiero creer que no. Quiero creer que estos días en Southwest Harbor, con su aire salado y sus calles silenciosas, me están enseñando a disfrutar del presente sin mirar constantemente al siguiente destino.

El móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta. No es un número guardado, pero lo reconozco de inmediato: he pasado demasiado tiempo evitando esas llamadas como para no reconocer la secuencia de números.

El corazón me da un vuelco, y, por un instante, pienso en dejarlo sonar. Fingir que no lo he visto. Fingir que esa parte de mi vida no existe. Pero algo en mí me empuja a responder, a enfrentarme a lo que he estado evitando durante meses.

Inspiro hondo y saco el teléfono del bolsillo. Mi mano tiembla ligeramente mientras deslizo el dedo para contestar.

—¿Sí? —pregunto con un hilo de voz, intentando que no se note mi inquietud.

Del otro lado, una voz que creía haber dejado atrás me recuerda que, por mucho que huya, el pasado siempre encuentra la manera de alcanzarme.

—¿Iris Lark? —pregunta la voz al otro lado—. Habla con un periodista del *Daily Chronicle*. Espero no incomodarte con la llamada, pero necesito hacerte unas preguntas sobre lo que pasó con el humorista Jack Riordon.

Mi estómago se encoge. Las palabras se sienten pesadas, como si de repente todo lo que intenté dejar atrás estuviera volviendo a perseguirme.

—No creo que sea un buen momento —digo con cautela. Hago un gran esfuerzo para que mi voz no tiemble.

—Entiendo —responde, sin perder la paciencia—. Solo serán unas pocas preguntas. Nada comprometedor. Te doy mi palabra de no sacar nada que no quieras. Pero la gente está interesada en saber qué ha pasado con la veterinaria del famoso caso Riordon…, y me temo que no soy el único que sabe que te has mudado.

Trago saliva. La llamada me lleva de vuelta a aquellos días: el caos del accidente, la tristeza del propietario, el desconcierto de los vecinos… y, sobre todo, la sensación de que todo lo que había conseguido se desmoronaba a mi alrededor.

—No estoy segura de poder hablar de eso —murmuro, más para mí misma que para él.

—Solo quiero tu versión —insiste el periodista—. No necesito nombres, ni detalles exactos. Solo cómo te sentiste, cómo lo viviste. Algo humano. La historia ya ha circulado en las redes, pero nadie conoce tu perspectiva.

Cierro los ojos un momento. Mi mente lucha entre la necesidad de proteger mi vida privada y el impulso de contar lo que ocurrió, aunque sea poco a poco, con cuidado. Siento la tensión subir, como un nudo en la garganta.

—Está bien…, pero solo un par de cosas —consiento, con voz firme—. Nada más.

—Perfecto, gracias. Solo necesito que me cuentes cómo fue para ti y qué pasó según tú —responde, y su tono se suaviza ligeramente, consciente de mi reticencia.

Mientras comienzo a hablar, siento que el pasado se mezcla con el presente: Southwest Harbor, Caleb, el bosque, la foca…, todo se funde en un hilo de recuerdos que no esperaba afrontar hoy.

Siento que los latidos de mi corazón me retumban en los oídos y la boca se me seca.

—Bueno… Todo empezó cuando me llegó un animal exótico, un hurón, del comediante… —digo con cuidado, notando cómo se me encoge el estómago al recordarlo—. Estaba muy enfermo, apenas podía moverse; sus ojos brillaban débiles, y cada respiración le costaba un gran esfuerzo. Necesitaba atención urgente.

Hago una pausa, respiro hondo y noto cómo el aire fresco de la tarde me envuelve. Los edificios del puerto parecen más grises de lo habitual, como si reflejaran mi propio estado de ánimo.

Voy a volver a empezar de nuevo, pero la voz del periodista me empuja a continuar con más detalles, y siento que estoy a punto de cruzar un límite que no quiero.

—No sé si… No sé si debería…

El silencio se alarga un segundo demasiado largo. Y, de repente, siento que ya no puedo seguir conteniendo nada. Mis manos se crispan, apretando la bolsa de provisiones hasta arrugar el papel de pan que sobresale. Mi corazón late con fuerza, y una rabia fría recorre mis venas.

—Mira —corto de golpe, con la voz dura y fría—. No voy a seguir con esto. No es asunto tuyo. Dejad de llamarme. Merezco vivir en paz, ¡no he matado a nadie!

Antes de que el periodista pueda replicar, deslizo el dedo sobre la pantalla y cuelgo. El teléfono se queda en mis manos, vibrando levemente, como si protestara, pero no quiero mirar.

Me apoyo contra la pared de piedra del pequeño callejón frente a la tienda. El frío húmedo del ladrillo se filtra hasta mis dedos. Cierro los ojos y dejo que el viento me envuelva, mezclando el olor a lluvia inminente con el aroma salado del mar. La bolsa de provisiones cae a mis pies, y siento un nudo en el estómago que no desaparece.

Por un instante, Southwest Harbor, el bosque, la foca…, todo parece lejano, como si perteneciera a otra vida. Incluso el cielo, con sus nubes bajas y grises, me parece distinto, como si reflejara cada emoción contenida que ahora cae sobre mí con fuerza.

Respiro hondo varias veces, intentando calmar la sensación de vértigo emocional. La rabia, la impotencia y la tristeza se mezclan en un torbellino que me deja temblando. Y aun así sé que no puedo quedarme allí, atrapada en ese instante.

De repente, una voz familiar rompe el silencio del callejón.

—¿Iris? —pregunta Caleb, con ese tono grave y pausado que noto que siempre logra transmitir seguridad.

Me giro bruscamente y lo veo acercarse con paso firme, los hombros rectos bajo la chaqueta oscura y el cabello ligeramente despeinado por el viento. Lleva las manos en los bolsillos, y a pesar del frío que cala hasta los huesos, parece tranquilo, como si nada pudiera alterar su equilibrio… o como si estuviese acostumbrado a ese tiempo. Después de todo, él es de allí.

Cuando nuestros ojos se cruzan, me detengo un instante. Sus ojos azules, profundos y claros como el mar en calma, me avasallan de una manera que me sorprende y me desconcierta a la vez. No hay juicio en ellos, solo una especie de interés y preocupación, como si pudiera ver cada detalle de mi ánimo sin que yo dijera una palabra.

—No te esperaba aquí —consigo decir, aunque mi voz traiciona mi nerviosismo.

—Lo he notado desde que has salido de la tienda —responde, observándome con una mezcla de curiosidad y cuidado—. Pareces… preocupada.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda. No sé si quiero que él lo note, y, sin embargo, su presencia hace que parte del nudo en el estómago se afloje apenas un poco. La calma que irradia y la seguridad que transmite me obligan a bajar la guardia, aunque lo intento evitar.

—Solo… un momento complicado —murmuro. Contengo un suspiro y aprieto los labios para que no me tiemblen.

Caleb asiente con calma, sin presionar, pero sin apartar la mirada.

—Si quieres, podemos dar una vuelta. El aire fresco suele ayudar.

Por un instante, todo lo que había sentido segundos antes se atenúa: la ansiedad, la rabia, la sensación de vulnerabilidad… Camino un paso hacia él, todavía con el teléfono en la mano, pero más tranquila. La presencia de Caleb, firme y serena, y la calma de sus ojos azules parecen abrir una pequeña grieta en la tormenta que me consume en ese momento.

Caminamos despacio por el paseo del puerto, donde el suelo húmedo refleja el gris del cielo encapotado. El viento sopla con fuerza y levanta pequeñas olas en el agua, lo que hace que las velas de los barcos amarrados crujan y golpeen contra los mástiles. Huele a sal, madera mojada y aceite de barco, una mezcla que me devuelve a este lugar, a Southwest Harbor, y me recuerda que estoy aquí, no allí, en Hoboken, donde todo se desmoronó.

—Si quieres, podemos sentarnos un momento —dice Caleb, señalando un banco de madera junto al muelle—. No tienes que hablar si no quieres.

Me siento con cuidado, apoyando las manos sobre mis piernas, y observo cómo él se queda de pie a mi lado. Su silueta firme contra el cielo nublado y el agua que se agita lentamente transmiten una sensación extraña de calma y control. Por un instante, me sorprendo a mí misma contemplándolo, notando cómo sus ojos azules, claros y profundos, parecen reflejar el mar, atentos a cada gesto mío sin necesidad de palabras.

—No suelo hablar de esto —murmuro, con la voz quebrada por la emoción contenida—. De hecho, al venir aquí, a Southwest Harbor, me prometí que ni siquiera volvería a pensarlo. De esa forma, desaparecería. Acabaría por olvidarme de todo. Pero… no ha sido así. Es como una sombra que me sigue a todos lados.

Él asiente. Mantiene la mirada fija en mí, sin interrumpirme ni apresurarme. Solo escucha. Esa simple atención hace que mis defensas se relajen un poco.

—Como ya sabes, soy veterinaria de animales exóticos —digo, intentando sonar tranquila—. Con el tiempo, quise centrarme en los animales marinos, así que hice cursos específicos de fauna marina y trabajé en varios centros de rescate para ganar experiencia. La práctica me enseñó a manejar sedaciones, preparar dietas

especiales, trasladar animales enfermos y colaborar con biólogos y cuidadores en rescates complicados. La verdad es que llegué a hacerme bastante conocida en el ámbito, hasta que llegó él… —Cierro los ojos durante unos segundos y juro que puedo verlo: Jack Riordon cruzando las puertas de mi centro con dos guardaespaldas y su mascota en brazos. Maldito el día que accedí a atenderlo—. Me llegó un hurón… de Jack Riordon —digo finalmente—. Estaba muy enfermo, apenas podía moverse. Sus ojos brillaban débiles y cada respiración le costaba un esfuerzo que me hacía temblar. Intenté todo lo que estaba en mi mano… y no pude salvarlo.

El viento levanta mechones de mi cabello y los enreda mientras hablo, y siento que mis lágrimas quieren escapar, pero Caleb sigue allí, inmóvil, tranquilo, como si el tiempo se hubiera ralentizado para darme espacio.

—Supe, desde el primer momento que lo vi, que ese hurón no iba a sobrevivir. Sin embargo, era Jack Riordon, el mismísimo Jack Riordon —digo con sarcasmo—. ¿Cómo podía rechazarlo? Sería todo un subidón para mi reputación. Sin embargo, a pesar de que puedas pensar que soy una superficial…, también lo hice por el animal. Sufría, y yo sabía que no llegaría a otro centro veterinario con vida. —Me encojo de hombros—. Así que decidí atenderlo. No salió bien. Murió justo cuando le ponía una vía. Tenía una enfermedad respiratoria severa. Me pregunto cuánto tiempo estuvo el animal malo antes de llegar a ese extremo.

Suspiro y clavo la mirada en el mar, dejando que la brisa fría me envuelva. El cielo gris parece reflejar mi estado de ánimo, y el oleaje del puerto rompe con un ritmo que acompaña la sensación de impotencia que todavía me pesa en el pecho.

—Después de la muerte del hurón —continúo—, todo se desató. Primero fueron los comentarios en redes sociales, luego las reseñas en Google…, críticas duras, llenas de odio, de gente que no entendían lo que había pasado ni sabían de la fragilidad de un animal tan pequeño y delicado. Cada mensaje era como un puñal que se clavaba en mi reputación, aunque yo supiera que había hecho todo lo posible. Poco a poco, los encargos comenzaron a escasear. Centros de fauna exótica que antes me llamaban para

consultas, rescates o colaboraciones dejaron de hacerlo. Ni los trabajos con animales marinos se mantenían. La gente dudaba de mi capacidad, y las llamadas se esfumaron de un día para otro.

Me rodeo el cuerpo con los brazos y parpadeo. Revivo todo lo que le voy contando y vuelvo a sentirme sola, sin el apoyo de mi madre o de mis amigas, quienes decidieron alejarse de mí por miedo a que a ellas también les afectase. Mi madre solo evitó hablar del tema, como si así todo se fuera a solucionar. Nunca pude desahogarme con ella. Ni con mis amigas.

Después de todo, Jack Riordon tiene incluso un programa con un gran índice de audiencias. ¿Quién se la jugaría juntándose conmigo? Me había puesto en su punto de mira. En mi fuero interno sé que actuaron por miedo más que por otra razón. Sin embargo, yo me veía incapaz de perdonarlas. Ni siquiera a mi madre.

—Pasaron semanas, luego meses. Cada mañana abría mi centro con la esperanza de que algún cliente apareciera, pero el silencio era casi absoluto. Los tanques que antes bullían de actividad parecían estancados, y el olor a sal y algas mezclado con desinfectante me recordaba lo que había perdido: no solo al hurón, sino también la confianza y la vida que había construido a su alrededor. No importaba cuánto hubiese conseguido: una sola muerte fue capaz de destruir mi reputación.

Contengo la respiración unos segundos. Luego me rasco el cuello en un gesto nervioso.

—Al final —continúo—, las pérdidas económicas se hicieron insostenibles. Cada factura, cada pago atrasado, cada tanque vacío…, todo sumaba hasta que no quedó otra alternativa: cerrar el centro. El eco de mis pasos por las salas vacías se convirtió en un recordatorio de que, a veces, incluso con la mejor intención y el conocimiento más sólido, no basta para salvar algo.

Caleb no dice nada de inmediato. Se queda a mi lado, observando el mar, los hombros relajados pero firmes, como si el peso de mis palabras no lo afectara, pero estuviera dispuesto a sostenerlo conmigo.

—No puedo imaginar lo duro que tuvo que ser —dice finalmente, con voz grave y tranquila—. Que te culpen por algo que estaba fuera

de tu control… es injusto.

Busco de reojo sus ojos azules, profundos y claros, y siento que no hay juicio en ellos, solo comprensión. Eso me desconcierta, y, sin querer, mis hombros se relajan un poco más. Nadie había escuchado mi historia así antes. Nadie había permanecido callado el tiempo suficiente para que yo pudiera desahogarme de verdad.

—Hiciste todo lo que pudiste —continúa, y se inclina un poco hacia mí—. Y lo que pasó con ese hurón… no define tu capacidad, ni tu reputación. Lo que hiciste fue lo correcto, por él y por cualquier otro animal que hubiera pasado por tus manos.

Sus palabras caen sobre mí como el agua de lluvia fina que se filtra entre las nubes, calmando el calor del enojo y la frustración que había acumulado. Por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien comprende lo que ha pasado, que no me culpa por no haberle podido salvar la vida a ese hurón.

—Gracias —susurro, y mi voz tiembla un poco—. Gracias por escucharme. Nadie lo había hecho.

Él asiente, y permanece un momento callado, dándome espacio para que mis emociones fluyan, hasta que rompe el silencio, pero con suavidad:

—A veces solo hace falta alguien que escuche para que podamos seguir hacia delante —dice, y hay una convicción tranquila en su voz que me hace sentir menos sola.

Experimento un pequeño alivio, una calma que no esperaba percibir junto a alguien a quien apenas conozco. Me siento más ligera, libre después de haberme confesado y admitir lo que había pasado: sí, acepté ocuparme del hurón al ver de quién se trataba y del reconocimiento que podría haberme llevado, pero tampoco había tenido otra posibilidad: ese animal no habría llegado a otro centro vivo.

Me recuesto un poco, dejando que la brisa fría me acaricie el rostro, y por primera vez desde hace meses respiro sin notar que me falta aire. El dolor por el hurón sigue ahí, latente, pero no me aplasta. Y mientras observo a Caleb en silencio, siento que hay un respiro, un pequeño instante de paz, como si todo lo que había sido imposible hasta ahora pudiera empezar a ser soportable.

—Déjame que te invite a un café —dice Caleb—. Te sentirás mejor.

Asiento. Cuando me tiende su mano, grande y masculina, curtida por su trabajo en el astillero, no lo pienso dos veces y la estrecho con la mía. Me ayuda a incorporarme y me suelta de inmediato.

Sin embargo, lo he percibido.

Esa chispa de calor recorriéndome todo el cuerpo. La zona donde nuestras pieles se han encontrado me hormiguea. Me sorprende la reacción de mi cuerpo: acabo de abrirme en canal con un desconocido, le he hablado sobre un secreto que llevo a cuestas y que no he podido compartir con nadie, ¿y cómo actúo?: como una adolescente que toca por primera vez al chico por el que está colada.

Teniendo en cuenta, por supuesto, que no es así.

Solo somos… conocidos. Vecinos. Y las reacciones de mi cuerpo están bien lejos de mi control.

Caminamos juntos por el muelle, rodeados del olor a sal y madera húmeda. Las gaviotas graznan sobre nuestras cabezas y el mar se agita con suavidad, lanzando espuma contra los barcos anclados. El cielo gris amenaza lluvia, y cada ráfaga de viento me despeina un poco más, pero me resulta agradable.

—En el sitio al que nos dirigimos ponen el mejor café del pueblo —dice Caleb, con esa calma que me desarma—. Y es a donde yo acudo cuando también siento que el pasado me acorrala.

Asiento, intentando concentrarme en el sonido del agua rompiendo contra el muelle y no en la cercanía de su cuerpo, en lo fácil que es sentirme a gusto con él. Es imposible no notar la firmeza de sus hombros, ni la tranquilidad que transmite con cada palabra.

Llegamos a un pequeño café del puerto, con ventanas empañadas por la humedad y el aroma cálido del café recién hecho escapando a la calle. Caleb abre la puerta y me hace un gesto para que pase primero. Tomo asiento en una mesita cerca de un ventanal, aún con la sensación de calor recorriéndome el cuerpo, esa chispa que apareció al tocar sus manos.

Mientras Caleb pide nuestros cafés, me quedo mirando el puerto a través del cristal empañado, pensando en cómo algo tan sencillo como caminar juntos y compartir un momento puede hacer que todo

el peso del pasado se vuelva un poco más llevadero. Sin embargo, al mismo tiempo, una alarma resuena en el interior de mi cabeza; estoy haciendo lo que se supone que no iba a hacer: confiar en alguien nuevo.

Me estoy abriendo a un total desconocido.

Caleb me da mi café y se sienta frente a mí con su taza humeante entre las manos. El vapor sube en espirales y el aroma a café recién hecho llena el pequeño local. El murmullo de otros clientes y el golpeteo de la lluvia que comienza a caer suavemente contra los cristales crean una especie de burbuja donde solo existimos nosotros. Me siento más tranquila, aunque al mismo tiempo un poco nerviosa. Hablar de algo que me había hecho tan daño, llegando incluso casi a destruirme, me provoca muchas emociones.

Por un momento, ninguno de los dos dice nada. El silencio no resulta incómodo, sino todo lo contrario: me da tiempo para asimilar lo que acabo de soltar, lo que aún late en mi pecho.

Caleb juega con el borde de su taza, como si supiera que necesito ese espacio. Sus dedos largos, fuertes, dan golpecitos suaves contra la cerámica, un ritmo pausado que, de algún modo, me serena.

—Creo que has sido muy valiente, Iris. Más de lo que te piensas. Has tenido que enfrentarte a todo esto sola, sin nadie que te apoyara. —Frunce el ceño, y soy incapaz de no contemplar lo guapo que se le ve cuando está concentrado—. Lo único bueno es que sabes quién está realmente contigo… y quién no.

Trago saliva. Sus palabras me hacen abrir los ojos de par en par, como si su afirmación me hubiese asustado a pesar de tener razón.

—El problema es que no sé si quiero seguir estando tan sola —admito casi en un susurro, mirando hacia la ventana. Las gotas de lluvia resbalan en hilos temblorosos, como si también buscaran dónde apoyarse—. Pero creo que no tengo opción.

—Puedes contar conmigo, Iris. Y con Henry. Puedes acudir a nosotros siempre que quieras algo de compañía —afirma Caleb sin apartar sus ojos de mí.

Me remuevo en la silla, incómoda por lo mucho que me afectan esas palabras. ¿Cómo puede alguien que apenas me conoce hablar con tanta seguridad, como si supiera exactamente lo que necesito

escuchar? Sus palabras calan hondo en mí, y, aunque no sé si es consciente de lo que significan para mí, las tengo en cuenta para la próxima vez.

Bebo un sorbo de café para ocultar mi nerviosismo. El calor me recorre la garganta y me ayuda a recuperar un poco el control.

—Gracias. —Es mi corta respuesta. Estoy nerviosa y el corazón me late acelerado—. Gracias, de verdad.

Él apoya los codos en la mesa, ladea la cabeza y sonríe ligeramente, como si fuera capaz de leer mis pensamientos.

—Te recomiendo que confíes en Lavender también. Es una buena mujer, y creo que tenéis muchas cosas en común. Lo bueno del pueblo es que nos apoyamos unos a otros; nunca estás realmente solo. —Sacude la cabeza y esboza una pequeña sonrisa—. Quién me diría a mí que estaría aconsejando a alguien que se abra a los demás y haga vida social… —murmura casi para sí mismo.

Hay un deje de ironía en su voz, pero también una melancolía que no me pasa desapercibida. Comprendo enseguida a qué se refiere: él, que desde lo de su mujer se ha mantenido apartado, sumido en un silencio que lo aislaba del resto, ahora está aquí, animándome a hacer justo lo que él también debería hacer.

Quizás no soy la única que está intentando aprender a encajar de nuevo en algún sitio.



12

Nuevos amigos

IRIS

El sonido del despertador me arranca del sueño antes de que el sol haya terminado de despuntar por encima de los tejados de Southwest Harbor. Me cuesta abrir los ojos, como si el peso de la noche anterior aún me retuviera bajo las sábanas. Mi primer pensamiento del día no es que quiera dormir más horas, tampoco que no preparé ayer nada para almorzar y que, por lo tanto, me tocará improvisar cuando regrese a casa. No. Mis pensamientos giran en torno a Caleb. No puedo evitar preguntarme si he hecho bien en abrirme a él, en exponerme y contarle lo que me pasó. Hacía tanto tiempo que nadie se preocupaba por mí que no me lo había pensado bien antes de revelar mis secretos más oscuros.

Cierro los ojos durante unos segundos y suspiro.

Sea como sea, ya está hecho.

He confiado en Caleb…, y ahora le toca a él guardar mi secreto o extenderlo por todo Southwest Harbor.

Me quedo un instante mirando el techo, recordando la conversación con Caleb en la cafetería. Sus palabras me acompañan, tenues pero insistentes: *«Lo bueno del pueblo es que nos apoyamos unos a otros; nunca estás realmente solo».*

Inspiro hondo y me obligo a incorporarme. No puedo quedarme en la cama dándole vueltas a la cabeza. Me espera un día lleno de trabajo… y Rita está quejándose porque es la hora de su pis matutino.

Le abro la puerta del jardín a Rita para que salga a hacer sus necesidades y después tomo una ducha rápida. Unos minutos más tarde, con un café demasiado cargado aún quemándome la garganta, me pongo la chaqueta, me despido de mi perra y camino hacia el centro de rescate.

El aire de la mañana está frío y húmedo; la bruma del mar cubre las calles como un velo ligero, impregnándolo todo de ese olor salado y metálico que, poco a poco, empieza a resultarme familiar.

Cuando llego, el edificio del centro de rehabilitación ya muestra signos de vida. Desde fuera oigo el chillido ronco de las gaviotas que ocupan el recinto exterior y el chapoteo del agua donde la foca, impaciente, parece anunciar que es hora de desayunar.

Empujo la puerta y el olor a desinfectante mezclado con pescado me recibe como cada mañana. No es el aroma más agradable del mundo, pero poco a poco comienzo a acostumbrarme. Después de dos años alejada de los animales, me sorprende lo rápido que me estoy acostumbrando a mi nueva rutina.

—Buenos días, Iris —saluda una voz clara detrás de mí.

Me vuelvo y me encuentro con Lavender, impecable como siempre a pesar de la hora temprana. Lleva el pelo recogido en una coleta baja, y en las manos sostiene una bandeja con medicación y algunos registros.

—Buenos días —respondo, e intento sonar más despierta de lo que estoy.

—¿Preparada para otro día intenso? —Su sonrisa es cálida, genuina, y de algún modo recuerdo las palabras de Caleb en las que me decía que es una buena persona en la que confiar.

—Por supuesto —digo de inmediato, y me pongo los guantes que me tiende Lavender.

Empezamos por la piscina de la foca. El animal nos recibe con un salto torpe que levanta una salpicadura tremenda de agua. No puedo evitar reírme. Parece que cada día se alegra más de vernos. Sin embargo, intento no cogerle cariño ni ponerle ningún nombre: sus días en el centro de rescate están contados.

—Buenos días, chica —le digo mientras me inclino sobre la barandilla. Sus grandes ojos negros me miran como si entendiera

cada palabra.

Lavender consulta la ficha.

—Ha ganado algo de peso desde la semana pasada. Si todo sigue así, podrá volver al mar antes de lo previsto.

—Se la ve fuerte —respondo, y observo cómo nada en círculos con una agilidad que no tenía hace apenas unos días.

Me quedo un momento más, siguiéndola con la mirada. Me sorprende esa capacidad de recuperación, la forma en que los animales luchan por sobrevivir incluso cuando parecen al borde del colapso. Incluso vuelven a confiar en el humano a pesar de ser estos los que les infligen sus heridas. Quizás yo debería aprender algo de eso.

Después pasamos a las gaviotas. El alboroto es inmediato: graznidos, aleteos y esa especie de coreografía caótica que organizan cada vez que nos acercamos con la comida. Lavender se mueve con seguridad, acostumbrada a la energía de las aves, mientras yo reparto el pescado en los cubículos individuales.

—Siempre me sorprende lo listas que son —digo.

Veo cómo una de ellas espera a que deje la bandeja para abalanzarse de inmediato sobre su ración.

—Sí —asiente Lavender, y anota algo en la ficha de seguimiento—. Pero también son testarudas. A veces cuesta que cooperen en los ejercicios de rehabilitación.

Reímos juntas mientras esquivo por poco el aleteo de una gaviota especialmente impaciente. La complicidad me sorprende: es fácil hablar con Lavender, incluso en medio del bullicio de las aves.

Más tarde, pasamos revisión a la tortuga marina que tenía problemas para respirar. El animal permanece tranquilo bajo la lámpara de calor, y mientras Lavender evalúa la cicatrización, yo limpio con cuidado el área de su tanque. Algo que me ha sorprendido mucho de este centro de rescate es que, a pesar de que las veterinarias nos ocupamos de medicar y examinar a los animales, a veces también limpiamos las zonas. Nos ayudamos entre todos para asegurarnos de que los animales están en perfectas condiciones.

—Está sanando muy bien —comenta, satisfecha—. Con un poco de suerte, podrá volver al océano el próximo mes.

Asiento en silencio. Me resulta imposible no admirar la pasión con la que Lavender habla de cada uno de los animales. Hay ternura en sus gestos, pero también una firmeza que transmite confianza.

—¿Siempre quisiste trabajar en un centro de rescate? —me veo preguntándole a Lavender para mi propia sorpresa.

Ella asiente y sonríe.

—Este centro lo fundaron mi padre y mi padre —me cuenta con voz tranquila—. He estado aquí desde que tengo uso de razón, al igual que mi hermana, Lily. Mi hermana y yo tuvimos muy claro que queríamos seguir con la labor de nuestros padres, así que yo estudié Biología Marina y Lily, como bien sabes, es veterinaria, y además ha hecho cursos para trabajar con animales marinos. —Me guiña un ojo —. Nosotras, al igual que tú, amamos nuestro trabajo. Alguien tiene que mirar por los animales.

Cuando terminamos con las tareas más urgentes, charlando de vez en cuando, nos dirigimos a la pequeña sala de descanso. Lavender deja sus registros sobre la mesa y suspira, como si al fin se permitiera una pausa. Yo me siento frente a ella con un café que sabe a gloria después de la mañana de trabajo.

—¿Y bien —dice de repente, clavando en mí esos ojos curiosos—, cómo va todo?

Me encojo de hombros, incómoda al recordar mi última charla con Caleb. Aún sigo cuestionándome si lo he hecho bien.

—Supongo que voy encontrando mi lugar… poco a poco.

—¿Y lo ves como algo temporal o te planteas quedarte? —pregunta con naturalidad, aunque en su voz hay un matiz de interés genuino.

La pregunta me descoloca. No estoy segura de tener una respuesta. Miro a través de la ventana: el puerto, las casas de madera, las montañas difuminadas por la bruma. Todo me resulta aún extraño, y, sin embargo…, hay algo en este pueblo que empieza a anclarme. No me veo yéndome de aquí. Al menos, por ahora no.

—No lo sé —confieso al fin—. Vine pensando que sería algo pasajero, una especie de pausa, pero… las cosas cambian.

Lavender sonríe, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Me alegra oírlo. Southwest Harbor tiene esa forma de atraparte cuando menos lo imaginas.

El silencio que sigue es agradable. Bebemos nuestro café en calma, y siento que podría acostumbrarme a esa rutina: examinar animales y tomarme un descanso con Lavender.

—¿Sabes qué? —dice de pronto, rompiendo el silencio—. Esta noche vamos a salir unos cuantos a tomar algo al bar de Rick, en Main Street. Nada sofisticado, solo música en directo y un par de copas. ¿Te apetece venir?

La invitación me sorprende, pero también me provoca una chispa de ilusión. ¿Cuándo fue la última vez que mis amigas me avisaron de sus planes? Noto una losa en el pecho: antes del escándalo. Tras este, no respondieron a mis mensajes, y tampoco me saludaban cuando yo las veía por Hoboken. ¿Y todo por qué? Por miedo a que sus carreras se vieran afectadas. Después de todo, la mía se había ido a pique.

El miedo a volver a ser rechazada, a sentir que no soy parte de ningún sitio me hace recular.

—No creo que… —digo, titubeante.

—No acepto un no por respuesta —me interrumpe con una sonrisa cómplice—. Será divertido. Además, todos estarán encantados de conocerte mejor.

La idea de pasar la noche en un bar, rodeada de desconocidos, me produce un ligero vértigo, pero al mismo tiempo creo que es la oportunidad de la que hablaba Caleb. *Apoyarse en los demás. No estar sola*.

—Está bien —respondo al fin—. Iré.

Los ojos de Lavender brillan, y no puedo evitar contagiarme de su entusiasmo.

—Perfecto. Te recojo a las ocho.

Me río ante la seguridad de su tono, como si no hubiera espacio para que me echara atrás. Y quizá eso es justo lo que necesito: alguien que no me deje retroceder.

El resto de la jornada transcurre entre tareas rutinarias, revisiones médicas y la satisfacción de ver progresos en cada animal. Pero en

mi mente, la invitación de Lavender resuena con fuerza. Esta noche saldré. Esta noche intentaré, al menos, desconectar y disfrutar de la compañía de otros.

Cuando finalmente cierro la puerta del centro y camino de regreso a casa, el aire de la tarde huele distinto. Más ligero, más prometedor. Como si el pueblo entero, con su puerto, sus luces y su bruma, me estuviera ofreciendo una segunda oportunidad.

Al llegar a casa, Rita me recibe con alegría. La abrazo, entierro la nariz en su cuello y le digo lo mucho que la he echado de menos. Luego abro la nevera y le doy jamón. Le prometo que voy a sacarla a la calle en cuanto me quite la ropa.

Dejo la mochila sobre la encimera de la cocina y me dirijo directamente al baño. Ella me sigue en todo momento. Me desnudo y entro en la ducha. El agua caliente cae sobre mi espalda y se lleva consigo la tensión acumulada del día. Cada gota parece borrar el cansancio, dejando un calor que me hace cerrar los ojos y suspirar. Me ducho con calma, dejando que el vapor empañe el espejo y transforme el baño en un pequeño refugio solo para mí. De repente, me arrepiento de haber aceptado la invitación para salir. Nada me apetece más que quedarme en casa con Rita mientras veo una película. Me prometo que solo será un par de horas.

Cuando salgo, me envuelvo en una toalla y luego elijo ropa cómoda: un suéter suave y unos vaqueros negros que me sientan bien. Me miro un instante al espejo, apartando un mechón rebelde de mi cara, y siento que he vuelto a ganar un poco de peso después de meses y meses perdiendo. Mi rostro se ve un poco más lleno. Mi mirada transmite un poco más de luz.

Noto que algo está cambiando en mí.

Antes de encender la luz del salón y poner algo de música suave, me preparo para sacar a Rita. Con la correa en la mano, salimos a la calle y el aire fresco nos recibe. Algunos vecinos me saludan mientras caminamos; la mayoría asiente con una sonrisa, y yo devuelvo los saludos, disfrutando de la familiaridad de estas pequeñas rutinas. Algo impensable cuando llegué el primer día, en el que me prometí no hacer amistades ni integrarme con el propósito de que nadie supiera nada sobre mí.

Rita olfatea cada esquina con intensidad, saluda a otros perros y se acerca a algunos adolescentes para que le den caricias.

De vuelta en casa, preparo un cuenco con su comida y la dejo en la cocina, asegurándome de que tenga agua fresca y de que la luz principal esté encendida para cuando vuelva. Es un detalle sencillo, pero me hace sentir que todo está bajo control, que la casa está lista para recibirme… y para que ella no se quede a oscuras.

Miro el reloj: faltan apenas unos minutos para las ocho. La espera no es incómoda; al contrario, hay una sensación de expectativa, de saber que algo agradable está por suceder. Y entonces escucho el sonido familiar del motor frente a la puerta.

Luego escucho el claxon y sé que es Lavender. Me agacho a la altura de Rita para abrazarla.

—Vuelvo pronto. ¿Quieres que te deje la televisión encendida?

Sin esperar su respuesta, a sabiendas de que nunca llegará, enciendo la televisión y la dejo en volumen bajo. Luego veo que Rita se va a su cama, justo enfrente del televisor, y se hace una rosquilla alrededor de sus juguetes. Me mira con sus cálidos ojos castaños.

—Ahora vengo, cariño —digo antes de irme.

Sonrío, cojo el bolso y mi móvil y cierro la puerta tras de mí. Echo la llave al bolso junto al móvil y me dirijo hacia el coche.

Lavender me espera apoyada casualmente sobre la puerta del conductor; su cabello lila está suelto en suaves ondas que la hacen verse muy guapa y juvenil. Lleva un suéter azul claro y unos *jeans* gastados; la ropa le da un aire despreocupado, pero sus ojos brillan con alegría.

—¿Estás preparada para asistir a un concierto de música *indie*?

Esbozo una sonrisa y asiento.

—Estoy lista —respondo.

Subimos al coche y quita el freno de mano para meter la primera marcha. En el trayecto, las calles se van tiñendo de luces amarillas y naranjas que se reflejan en los adoquines húmedos por la llovizna de la mañana. No hablamos de inmediato; ambas disfrutamos del paisaje.

—Hoy no he pasado revisión al alcatraz —digo al recordar a aquella ave de ojos azules.

—Lo ha hecho mi hermana cuando ha estado de guardia. Pero hablemos de otra cosa que no sea trabajo. Esta noche somos Lavender e Iris. Mañana volveremos a ser la veterinaria y la bióloga marina.

Sus palabras me hacen sonreír. A veces se me olvida que no solo soy veterinaria; que mi mundo no es estrictamente de medicina y diagnósticos.

—Tienes razón —respondo—. ¿Cuándo me tocará a mí hacer la guardia? —Lavender se ríe, y me llevo una mano al rostro al darme cuenta de que he vuelto a hablar de trabajo—. Dios mío, no tengo remedio.

—Vamos a intentarlo de nuevo —me anima Lavender.

Me rio y me muerdo el labio inferior. Cojo aire.

—¿Hace mucho que falleció la mujer de Caleb? —pregunto del tirón.

Me arrepiento inmediatamente de mi pregunta. La veo fuera de lugar, y me siento vulgar, como si fuera una mujer soltera que solo desea saber si tiene el camino libre para acercarse al hombre viudo. Parece más una película porno barata que un simple interés por terminar de comprender a Caleb.

Sin embargo, Lavender no parece opinar lo mismo que yo, ya que responde con tranquilidad mientras conduce.

—Falleció a los treinta años, poco después de que naciera Henry —dice con pesar—. Era una mujer increíble. Se llamaba Laurie. Le encantaba su familia. Llevaba con Caleb desde que eran adolescentes, pero le detectaron cáncer de pecho. —Habla con tanta tristeza que soy incapaz de decir ni una sola palabra más. Pensar en lo duro que habrá tenido que ser para Caleb criar solo a un hijo me provoca una sensación amarga en la boca—. El pueblo no dejó a Caleb solo, por supuesto. Nos unimos todos para asegurarnos de ayudarlo: cunas, cambiadores, comidas, ropa… Y no es que económicamente le hiciera falta, pero era nuestra forma de hacerle saber que estábamos con él.

Esbozo una pequeña sonrisa y pienso en lo apoyado que se habrá sentido. Supongo que esa es una de las grandes diferencias de vivir en una ciudad o en un pueblo.

—Me alegra saber que no estuvo solo.

Ella asiente, comprensiva.

—Sí, pero por mucho que nos ofreciéramos a echarle una mano, él necesitaba pasar su duelo. Era algo que tenía que hacer solo. —Lavender se aclara la garganta—. Sin embargo, algo que nos preocupa a los habitantes de Southwest Harbor es que han pasado varios años y sigue estando soltero.

—¿No ha salido con nadie? —pregunto con curiosidad.

—No. Al menos que yo sepa. —Lavender gira hacia la derecha—. Estoy segura de que habrá tenido sus rollos, pero no creo que se haya atrevido a algo más. No debe de ser fácil dejar que una desconocida entre en la vida de tu hijo. Aún más cuando es tan pequeño.

Así que rollos… ¿Habrá tenido rollos Caleb? La pregunta se queda grabada a fuego en mi cabeza durante varios minutos. Me pregunto qué tipo de mujer le gusta. Pensar que pueden ser completamente diferentes a mí me provoca un agudo dolor en el pecho, como si me negara a pensar en ello. No obstante, me riño por pensar de esa forma. ¿Qué más me dan a mí Caleb y su vida privada?

Miro hacia delante, mientras el coche avanza por la carretera que bordea el puerto. Los barcos se mecen suavemente, las luces de los faros se reflejan en el agua y todo parece un cuadro vivo que desprende calma.

—¿Y la madre de Caleb? ¿La esposa de Silas Crowley?

—Se separaron cuando Caleb tenía dieciocho años. No hemos vuelto a saber nada de ella. Escuché que se casó por segunda vez en Trenton. Esa mujer se vino a Southwest Harbor porque se quedó embarazada. En cuanto pudo, puso distancia de por medio.

Asiento y permanezco callada. Ella me mira, y por primera vez percibo un brillo serio en sus ojos, mezclado con curiosidad y una pizca de expectación.

—¿Hay algo que quieras contarme? ¿Algo relacionado con Caleb Crowley?

Me sonrojo y me arden las mejillas. Me pregunto en qué momento me he atrevido a hacerle tantas preguntas sobre Caleb. Podría

haberle preguntado por cualquier otra cosa, por otros habitantes del pueblo, pero ninguno de ellos me interesa tanto como él.

Me siento fascinada por Caleb.

Aunque no pienso admitirlo en voz alta. No estoy preparada para ello.

—No. Nada —digo con rapidez.

Ella sonríe, esta vez de una manera más relajada, casi traviesa, y cambia de tema con naturalidad:

—Bueno, si alguna vez quieres contarme algo o pedirme consejo…, puedes contar conmigo. No lo olvides.

El corazón me da un pequeño vuelco. La idea de pasar tiempo con ella, la posibilidad de tener una amiga… me anima más de lo que habría esperado.

—Me encantaría —digo—. Será… agradable, sí.

Lavender aprieta suavemente mi mano, apenas un roce, y es suficiente para que un cosquilleo recorra mi brazo. No hace falta decir nada más. Quizá, y después de lo que he vivido, sí que puedo volver a confiar en alguien. Quizá no todo el mundo te abandona cuando más los necesitas.

Quizá existan esas personas a las que puedes llamar amigos de verdad.

Cuando llegamos, me sorprende el lugar. Es un bar pequeño, con paredes de ladrillo visto y lámparas bajas que iluminan con una luz cálida, casi dorada. No hay música estridente ni multitudes empujando, solo un murmullo constante de conversaciones y el sonido de una guitarra afinándose en el pequeño escenario del fondo.

Lavender empuja la puerta y me invita a pasar primero.

El aire huele a cerveza artesanal y a madera húmeda. Un chico joven prueba el micrófono mientras el resto de su banda ajusta los instrumentos. Sonríe nervioso cuando un par de personas aplauden desde las mesas más cercanas. No son profesionales, al menos eso pienso al verlos tan nerviosos y jóvenes, pero el ambiente está impregnado de esa ilusión auténtica de quienes tocan por amor a la música y desean comerse la vida.

Contengo la nostalgia que siento porque, hace unos años, yo había sido así.

En mi trabajo.

Lavender me señala una mesa junto a la pared, un poco apartada. Nos sentamos y ella levanta la mano para pedir dos copas de vino.

—Aquí suelen venir grupos locales —me explica—. Nada famosos, pero tienen talento. Y además, el sitio es tranquilo. No me gustan los lugares donde hay que gritar para que te escuchen.

Asiento, y me descubro sonriendo.

—A mí tampoco. Esto es… perfecto.

El camarero nos deja las copas, y durante unos segundos me pierdo en observar cómo Lavender coge la suya. Se la ve natural, como si llevara toda la vida viniendo a este rincón, lo que, seguramente, sea verdad. Yo, en cambio, me siento un poco impostora: la chica nueva en el pueblo que intenta encajar.

La música comienza, suave, casi un susurro de guitarra y voz rasgada. Y por un instante me sorprendo respirando a la par del ritmo, como si todo lo demás se difuminara.

Lavender se inclina hacia mí, lo bastante cerca como para que note el roce de su hombro contra el mío.

—¿Ves? Te dije que era agradable.

Y lo es. Mucho más de lo que había imaginado.

Me remuevo en la silla con la copa entre las manos, y trato de relajar los hombros. No recuerdo la última vez que fui a un concierto con mis amigas. Sé que hubo un par de ocasiones y sé que me lo pasé muy bien. Sin embargo, ha transcurrido tanto tiempo que no consigo recordarlo con claridad. A veces me sorprende lo rápido que se puede olvidar a alguien a pesar de haber tenido una relación de años de amistad.

—Tienes razón —respondo mientras paseo la mirada por el bar—. No esperaba encontrar algo así en un sitio tan pequeño.

Lavender se ríe con suavidad.

—Southwest Harbor tiene más sorpresas de las que aparenta. Solo hay que saber dónde mirar.

La observo un momento mientras da un sorbo a su copa. Sus labios se curvan en una mueca satisfecha. Parece que disfruta

mucho del vino, de la música y del ambiente. Me imagino que todo esto es familiar para ella. Quizá sea una rutina que sigue una vez a la semana: despejarse en un bar de música *indie*.

Me pregunto si tiene recuerdos atados a este lugar, momentos que guarda solo para ella.

—¿Vienes mucho? —me atrevo a preguntar.

—Cuando puedo. A veces con amigos, otras sola. Es un sitio donde me siento cómoda. Y… siempre hay buena música.

Asiento, mirando hacia el pequeño escenario donde un chico con barba acaricia su guitarra como si fuera una extensión de su propio cuerpo. La voz que lo acompaña es cálida, áspera. Su ropa consiste en una camisa abierta de cuadros y unos pantalones oscuros. Cierra los ojos, como si de esa forma conectara con lo que está cantando.

Lavender apoya los codos en la mesa y se inclina hacia mí.

—¿Tú solías ir a conciertos? —pregunta, curiosa.

—Sí… Bueno, cuando podía. En la ciudad había de todo, claro. Desde grandes salas hasta bares diminutos con grupos a los que apenas conocía nadie. Pero hacía mucho tiempo que no iba. —Me humedezco los labios, nerviosa, ya que, de una forma u otra, estoy a punto de hablarle de mis antiguas amigas—. Yo… no tengo muchas amigas. Ya no.

Ella no me presiona para que siga, y se lo agradezco. Creo que no estoy preparada para volver a abrirme en canal. Con Caleb fue doloroso. Recordar que no solo había perdido mi trabajo, sino también a mis amigas, era como añadir sal a una vieja herida.

—Eso no es un problema. —Lavender me guiña un ojo—. Me tienes a mí. Y acabarás conociendo a más personas.

Asiento y esbozo una pequeña sonrisa en señal de gratitud.

Nos quedamos calladas un instante, escuchando al cantante. La letra habla de viajes y de regresar a casa, de aprender a quedarse en el lugar al que uno pertenece. Trago saliva. Noto que la canción cala en mí más de lo que esperaba.

—Oye —dice Lavender de pronto, rompiendo la melancolía que amenaza con instalarse en mi pecho—, deberíamos pedir algo de comer. Estoy muerta de hambre.

—Buena idea. —Suelto con rapidez, agradeciendo el cambio de tema—. Porque, si no, me veo robándoles la comida a algunas de las mesas de al lado.

Lavender se ríe. Luego levanta la mano y llama al camarero. Cuando llega, ella pide sin siquiera mirar la carta.

—Dos hamburguesas caseras, con patatas. Y… ¿qué te parece compartir también un plato de nachos?

Asiento, sorprendida.

—Eso suena perfecto.

Cuando el camarero se va, me doy cuenta de que sigo sonriendo.

—Se nota que ya tienes práctica aquí.

—Claro. —Se encoge de hombros, divertida—. La comida de este sitio nunca falla. Y las hamburguesas son las más famosas de Southwest Harbor. Confía en mí: te va a encantar.

Me hace gracia su manera de hablar, como si el *pub* fuera otro de esos rincones imprescindibles del pueblo. Poco a poco siento que mi resistencia inicial se afloja. Quizá no estoy tan fuera de lugar como pensaba.

El primer tema termina, y un aplauso sincero llena la sala. El cantante sonríe con timidez antes de comenzar otra canción. El ambiente cambia, la melodía se vuelve más animada y algunas personas incluso se mueven al ritmo de la música. Lavender da golpecitos con los dedos sobre la mesa, marcando el compás.

—Tienes ritmo —comento, observándola.

—Lo justo para no hacer el ridículo en una boda —responde, y ambas nos echamos a reír.

La comida llega poco después, humeante y con un aroma con el que se me hace la boca agua. Las hamburguesas son enormes, con pan crujiente y queso derritiéndose por los bordes. Los nachos, bañados en salsa y jalapeños, ocupan el centro de la mesa.

—Menos mal que tenemos hambre —bromea Lavender.

Damos el primer mordisco casi a la vez, y la expresión satisfecha de Lavender me arranca otra risa.

—¿Qué te parece? —dice con la boca medio llena.

—Vale, lo admito. Es la mejor hamburguesa que he comido en mi vida. —Consigo decir entre bocado y bocado.

Mientras comemos, seguimos hablando de todo un poco. Ella me cuenta pequeñas anécdotas del pueblo: la vez que un marinero se presentó con un pez tan grande que no cabía en la barra del bar, o cómo en verano los turistas se pierden constantemente buscando el faro. Yo le hablo de mi vida antes de llegar aquí, aunque con cautela, escogiendo qué partes mostrar. No me siento lista para abrir todas las puertas, pero sí algunas.

Y Lavender escucha. Decido contarle un poco por encima qué fue lo que me llevó a mudarme a Southwest Harbor, aunque no decido decirle que el animal que falleció era de Jack Riordon.

—Todos cometemos errores —dice cuando termino—. Hiciste lo que pudiste. De hecho, me parece terrible que te dieran de lado e intentaran destruir tu carrera. ¿Quieres saber cuántos animales se han muerto en el centro? Muchos. No somos capaz de salvarlos a todos por mucho que lo intentemos. Y eso no quiere decir que nuestro equipo sea malo o no tenga las habilidades necesarias. —Lavender suspira y clava la mirada en su plato medio vacío—. Soy de las que piensa que el destino de cada animal que viene a nuestro centro está ya escrito. Si tiene que vivir, mejorará con nuestros cuidados. En caso contrario… —Aprieta los labios y su rostro se entristece. Estoy segura de que está recordando a algún animal al que no fue capaz de salvar—. Solo nos queda hacer que sufra lo menos posible y se vaya en paz.

Decidimos cambiar de tema y dejar a un lado la tristeza y la melancolía. Nos hemos abierto la una a la otra, con más o menos detalles, y sé que estamos construyendo poco a poco una buena relación. Le agradezco que haya compartido esa pequeña parte de su interior dándole un cálido apretón en el brazo.

La música sube de tono, y la sala se llena de un murmullo vibrante. Algunos clientes aplauden al ritmo, otros tararean. Yo me dejo arrastrar por la energía. Termino mi copa y siento el calor del vino expandiéndose en mi pecho.

—¿Sabes qué? —digo, inclinándome hacia ella para que me escuche por encima de la música—. Tenías razón en todo. Este sitio es perfecto.

—Me alegra que lo pienses. —Su sonrisa se suaviza, es casi tierna —. Quiero que empieces a sentir que este pueblo también puede ser tuyo. Puedes quedarte aquí, Iris. Puedes empezar a considerar Southwest Harbor como tu nuevo hogar.

La frase me sorprende, quizá porque es demasiado generosa, demasiado abierta. Pero en lugar de asustarme, me reconforta.

Nos quedamos en silencio unos segundos, masticando al ritmo de la canción, observando cómo el público se entrega al concierto. En cierto modo, somos parte de algo más grande: una comunidad pequeña que se reúne en torno a la música y la comida. Y por primera vez desde que llegué, me siento parte de ese círculo invisible.

Cuando la última canción termina, la sala estalla en aplausos. El cantante da las gracias con una reverencia torpe y sincera, y yo me descubro aplaudiendo con entusiasmo, con la sonrisa más auténtica que he tenido en semanas. Y creo que el vino tiene algo que ver.

Lavender también aplaude, y nuestras miradas se cruzan en medio del ruido.

No decimos nada, pero no hace falta. Algo se ha encendido, algo pequeño y frágil que late en el aire entre nosotras.

—Por cierto —me veo diciendo—, ¿no habías quedado con un grupo de personas?

Lavender esboza una sonrisa pícara.

—He pensado que era mejor que viniésemos solas. La próxima vez te presentaré a los demás. Están deseando conocerte.

Y ahora comprendo por qué lo ha hecho.

Quería que me abriera a ella. Quería reforzar nuestra relación. De otra forma, rodeada de desconocidos, habría estado interactuando con más personas, pero ninguna me habría hecho sentir tan escuchada.

Me doy cuenta de que, a veces, las verdaderas conexiones no se forjan en la multitud ni en los lugares ruidosos, sino en esos momentos pequeños, elegidos con mucho cuidado, donde uno puede permitirse ser completamente uno mismo. Y por primera vez desde que llegué a Southwest Harbor, siento que estoy empezando a encontrar mi sitio.



13

Bajo la lluvia

UNA SEMANA MÁS TARDE

IRIS

El viento hace temblar los cristales del centro de rehabilitación y se cuela por cada rendija. Estoy en la sala de tratamiento, remangada, suturando la aleta de una gaviota que se ha enredado en una cuerda abandonada en el puerto. La luz amarillenta de las lámparas resalta cada hilo de la tela y cada gota de sangre seca sobre mis guantes. Necesito concentración absoluta.

—¡Iris! —grita Lavender desde la otra sala—. ¡No te olvides de cambiar la venda de la foca después del descanso!

Asiento sin levantar la vista. Mi mente está puesta en la gaviota y en que el sedante no deje de hacer efecto demasiado pronto. Cada movimiento tiene que ser firme, cada nudo seguro. Cualquier error puede costarle semanas de recuperación.

Mientras mis manos se mueven con seguridad y precisión, pienso en la tormenta que golpea Southwest Harbor. La anunciaron hace un par de días. La verdad es que no había pensado que pudiera ser tan fuerte y violenta, y bella a la vez. Si hubiese sido un fin de semana o un día libre, habría estado en casa junto a Rita, mirando la tormenta por la ventana y tomando un chocolate caliente.

Sin embargo, me ha tocado trabajar hoy.

Hace bastante tiempo que no veo a Caleb ni a Henry. Bueno, los he visto al volver a casa o al ir a hacer la compra. Los saludo de lejos, igual que ellos a mí, pero no he vuelto a tener un momento de

intimidad con Caleb. Por algún motivo que desconozco, esto me produce una gran decepción.

Termino de coser el último hilo y me levanto con cuidado. La gaviota me mira con ojos enormes, desconfiados, mientras la coloco de nuevo sobre su manta. Luego la meto en la pequeña jaula donde va a descansar. Hasta que no pase un par de horas, no la llevaré junto a las otras.

—Tranquila, pequeña —susurro, y le acaricio la cabeza antes de cubrirla otra vez—. Todo va a salir bien.

Camino hacia el área de descanso, con la ropa algo húmeda por la lluvia que se cuela por la ventana mal cerrada. Justo cuando voy a tomar un sorbo de café, la emisora del centro parpadea y suena con un pitido urgente:

—Alerta de rescate: se ha avistado a un animal marino herido cerca del muelle sur. Condiciones peligrosas por tormenta. Se recomienda esperar a que lo peor de la tormenta pase antes de intervenir.

Bajo el vaso de golpe.

¿Cómo? ¿Qué es lo que acabo de oír? ¿Un animal herido? ¿Esperar a que pase la tormenta?

Miro por la ventana y aguanto la respiración. El mar está violento. Unas enormes olas amenazan con llevarse a cualquier barco que no esté bien amarrado en el puerto. Los relámpagos parecen estar a punto de romper el cielo en pedazos. No se ve a nadie por el muelle ni por el pueblo. Todo el mundo debe de estar encerrado en sus casas o en sus trabajos.

Mi corazón da un vuelco. No puedo ignorarlo. No puedo dejar a ese pobre animal herido con esta tormenta.

Cada minuto cuenta, y sé que necesita ayuda.

—¡Lavender! —llamo, salgo de la sala de descanso y voy hacia la ventanilla donde ella revisa registros—. Has escuchado la alerta, ¿verdad?

Ella me mira con el ceño fruncido.

—Sí, lo he escuchado. —Su voz es firme—. Pero no podemos salir ahora. La tormenta es demasiado fuerte. Tenemos que esperar a que…

—¡No podemos esperar! —interrumpo, con desesperación en la voz—. Puede ser grave. No puedo quedarme sentada mientras ese pobre animal es azotado por la tormenta.

Lavender toma mi brazo suavemente.

—Iris, esto es peligroso. Lo sabes. Debemos esperar a que pase la tormenta. Te prometo que iremos todos juntos, pero no podemos ir ahora. No voy a poner la vida del equipo en peligro.

Niego con la cabeza, apartando su mano.

—Deberíamos hacer algo —insisto.

Ella suspira y me lanza una última mirada de advertencia antes de volver a sus registros. El resto del equipo me observa preocupado, pero ninguno dice nada. Noto en sus miradas decepción: ninguno de ellos quiere dejar que un pobre animal se muera en medio de una tremenda tormenta, pero tampoco están dispuestos a perder la vida por ello.

Y yo los entiendo. De verdad que lo hago.

De hecho, yo había sido como ellos… hasta que aquel hurón apareció en mi vida y no pude hacer nada.

A veces me despierto todavía con el recuerdo de su cuerpo frágil en mis manos, temblando, apagándose mientras yo intentaba convencerme de que quizá, con un poco más de tiempo, habría podido salvarlo. Ese día aprendí que no estaba tan dispuesta a aceptar la pérdida de un animal bajo mi cuidado, que lucharía hasta el último momento.

No fue solo perder un caso, ni siquiera el trabajo en Hoboken. Fue perder la confianza en mí misma, en esa promesa silenciosa que todos los que trabajamos con animales nos hacemos: la de estar ahí cuando nadie más puede estarlo. Desde entonces, cada herida que atiendo, cada mirada asustada que me encuentro, se convierte en una oportunidad de redención. Una forma de decirme que no volveré a quedarme quieta mientras una vida se apaga.

En la sala de descanso, espero a que el viento baje un poco y a que la lluvia deje de ser tan fuerte. Los minutos pasan con lentitud y la emisora de radio apenas añade más información cuando, en un arranque de valentía, decido incorporarme y hacer algo.

La estática de la radio se mezcla con una voz entrecortada:

—Alerta de rescate; confirmamos que el animal marino es una foca común a unos cuarenta metros del muelle dirección este. Extremen las medidas de seguridad y no salgan hasta que la tormenta aminore. Repito: no salgan todavía; la visibilidad es mínima y el oleaje supera ya los tres metros. El rescate quedará pospuesto hasta nuevo aviso.

«Pospuesto».

Esa palabra me arde por dentro, como si fuese una condena. Posponer significa dejar que la pequeña foca aguante sola, con heridas, con frío, tal vez atrapada. Posponer es lo que hice con aquel hurón, aceptar su desenlace sin poder hacer nada, y ya sé cuál fue el resultado.

Me levanto de repente, como si mis piernas actuaran por instinto. Abro el armario metálico y agarro mi impermeable, mi linterna y el botiquín básico de rescate. El corazón me late a un ritmo frenético mientras me ajusto la capucha y salgo al exterior por la puerta trasera, en silencio para que nadie me oiga. La adrenalina fluye por mis venas en cuanto un trueno resuena en mis oídos. El aire helado me azota de inmediato, lleno de sal y furia.

Las luces del puerto parpadean como si también dudaran de su propia resistencia, pero yo no me permito dudar. Corro hacia uno de los barcos de guardia, uno pequeño, apenas una lancha de apoyo con motor, lo justo para maniobrar cerca de las boyas. Desato las amarras con dedos entumecidos y salto dentro. Enciendo la linterna y me aseguro de que el motor responde. El rugido del mar me ensordece, pero consigo poner rumbo hacia el extremo este, donde, según la radio, alguien había divisado la foca.

Las gotas de lluvia me golpean en el rostro como agujas. Las nubes cubren el cielo por completo, que presenta tonos negros y grises. Apenas veo más allá de unos metros de distancia, pero sigo, guiada por el haz tembloroso de mi linterna y la brújula que llevo en la muñeca. El oleaje levanta la lancha como si fuese un juguete, y temo que no sea lo bastante fuerte para continuar.

De repente, una ola mucho más grande que las anteriores se abalanza sobre mí. Apenas tengo tiempo de agacharme cuando estalla contra la proa con un estruendo brutal. La lancha entera se

sacude y escucho un crujido alarmante bajo mis pies. El casco de fibra ha sufrido el impacto: una grieta se abre en el costado y el agua comienza a filtrarse con rapidez.

Dios mío, no puede ser.

Aterrada y con el corazón en un puño, contemplo cómo al mismo tiempo el motor tose, ahogado por el oleaje que choca contra él desde la popa. Sostengo la palanca de control con todas mis fuerzas, inclinándome de un lado a otro para mantener la lancha estable. Cada oleada amenaza con volcarme o arrastrarme hacia las rocas, y sé que si no consigo avanzar con cuidado, quedaré a la deriva, sin posibilidad de regresar al puerto.

Y ahí estaré en un buen lío.

No solo la foca necesitará que la rescaten. También yo.

Y pondré a mis compañeros en peligro por haberme aventurado a salir en plena tormenta.

Tengo que solucionar esto yo sola, me digo con firmeza a pesar de estar muerta de miedo por las enormes olas que me rodean.

Sigo adelante, terca, hasta que un destello blanquecino llama mi atención. Giro la linterna y lo veo: un pequeño cuerpo grisáceo, apenas un bulto, que lucha por mantenerse a flote cerca de unas rocas. Una foca joven, exhausta, con una aleta ensangrentada.

—Tranquila, pequeña, tranquila… —susurro, aunque sé que mi voz se la lleva el viento.

Maniobro con la palanca de control, manteniendo la lancha lo más estable posible mientras las olas intentan empujarme hacia las rocas. Extiendo el bichero y clavo el gancho en una roca sumergida justo al lado de la foca para que la lancha no se desplace demasiado. El gancho se sujeta con fuerza, y, con cuidado, uso la cuerda del bichero para acercar la embarcación hasta donde puedo tocar a la foca sin arriesgarme a caer al agua.

Cuando estoy lo suficientemente cerca, me inclino y la sujeto por debajo de las aletas delanteras. Mis dedos se cubren de sangre fresca, y siento un nudo en el estómago. Su piel está húmeda y resbaladiza, y el animal amenaza con escaparse, pero no la suelto. La foca emite un gemido débil; está tan cansada que ni siquiera

tiene fuerzas para luchar. Se ha golpeado contra las rocas, ya que tiene heridas en la cabeza.

Me lleno de determinación mientras mi pelo empapado se pega a mi rostro.

—Voy a sacarte de aquí —le prometo.

Meterla a bordo es otra lucha. Cada ola sacude la lancha y yo me arqueo con cada embate, ajustando la cuerda del bichero para mantener la estabilidad. Finalmente, logro subirla. La coloco en el centro del suelo de la lancha, y la cubro rápidamente con la manta térmica del botiquín. La foca jadea, agotada, resignada a que esta extraña desconocida que la ha sacado del agua termine con su sufrimiento, ajena a que pienso luchar por su vida hasta el final.

El agua comienza a filtrarse por la grieta del casco y cojo el primer cubo que veo para sacar el agua. Sé que no podré volver sola; necesito ayuda, y la tormenta parece empeorar a cada minuto. Levanto la radio de mano y grito:

—¡Aquí Iris Lark, del centro de rescate! ¡Tengo a la foca a bordo! ¡El casco ha sufrido daños y entra agua! ¡Necesito asistencia inmediata en el sector este! ¡Estamos junto a las rocas!

La foca se queda quieta, observándome mientras yo me concentro en sacar agua de la embarcación. El frío me cala hasta los huesos y la lluvia me ciega a veces. El agua sigue entrando sin parar. A este paso, el barco se va a hundir y no solo la vida de la foca estará en peligro: también la mía.

La foca jadea débilmente, sus ojos grandes y oscuros fijos en mí, como buscando alguna señal de seguridad.

El motor tose de nuevo, y cada golpe de agua me hace temer que se apague por completo. El bote cruje, el casco vibra bajo mis pies, y siento cómo la corriente intenta arrastrarnos hacia las rocas. Cada segundo que pasa me recuerda lo rápido que podría terminar todo: un descuido y la lancha podría volcar, la foca podría caer al agua o chocar contra las rocas, y yo no podría hacer nada.

Levanto la mirada, buscando algún punto estable, cualquier boya o sombra que me indique dónde puedo maniobrar. La foca se acurruca un poco más contra la manta térmica que le he puesto, y

su pequeño cuerpo húmedo y frágil me aprieta el corazón. No puedo fallarle.

El viento ruge a mi alrededor y se lleva mi voz incluso cuando vuelvo a gritar por la radio:

—¡Repito, aquí Iris Lark! Necesito asistencia inmediata, casco dañado, agua entrando constantemente, ¡junto a las rocas, sector este!

La estática de la radio parece burlarse de mí. No hay respuesta inmediata. Mis manos tiemblan, los músculos me duelen por cargar cubos y cubos de agua fuera y sostener la lancha contra el oleaje. Una ola particularmente grande rompe sobre la proa hasta levantarme del suelo y empuja el bote hacia un lateral. Me aferro al borde con todas mis fuerzas, la foca se estremece y emite un chillido ahogado.

Ahora es cuando yo empiezo a tener miedo.

No puedo mirar atrás demasiado tiempo, pero cada crujido del casco me hace preguntarme si hoy será el día que todo termine mal. Siento cada fibra de la lancha vibrar, cada gota que entra como un recordatorio de lo frágil que es todo bajo la furia del mar.

Me tiembla todo el cuerpo mientras me incorporo e intento mantener el equilibrio.

La lancha no va a aguantar mucho más.

Si no viene nadie, la foca y yo estamos destinadas a acabar engullidas por el mar. Las olas parecen montañas líquidas que brillan bajo la tormenta, listas para devorarnos en cuanto la lancha deje de protegernos. Recuerdo las palabras de Lavender y me pregunto por qué habré tomado la imprudente decisión de salir en medio de la tormenta. No solo he puesto mi vida en juego, pienso mientras tiemblo, sino también la de la persona que venga a salvarme.

Sin embargo, al mirar a la pequeña foca, siento que tampoco podría haber hecho otra cosa.

Y entonces, como si la vida se hubiese apiadado de mí, un sonido diferente llega a mis oídos: un motor más potente, más firme, que corta la tormenta con precisión. Mi corazón se acelera.

No estoy sola. Esta vez no.



14

Una sirena varada

CALEB

El astillero está más silencioso de lo normal, aunque aquí nunca hay un silencio completo. Este lugar nunca calla del todo: las chapas vibran con cada embate de viento, las cuerdas repican contra los mástiles como campanas inquietas y el mar, ahí fuera, ruge con una voz grave que se cuela entre las rendijas. Aun así, se siente vacío. Falta el eco de las voces, el choque metálico de herramientas, los pasos de Nate subiendo y bajando por las pasarelas, mi padre andando de un lado para otro…

Nate y mi padre no han venido hoy. Yo mismo los llamé a los dos para decirles que no era seguro trabajar después de los avisos por tormenta y que se quedaran en casa y vinieran al día siguiente.

Sin embargo, a pesar de haberle prometido a mi padre que también yo me quedaría en casa, he acabado por venir al astillero. Siempre encuentro algo que hacer: un tornillo que ajustar, un motor que revisar, una cuerda que reforzar… Excusas, al fin y al cabo. La verdad es que he venido porque el silencio de mi casa me pesa más que el de este astillero. Porque, en días como este, con el cielo encapotado y la tormenta golpeando Southwest Harbor, me resulta insoportable escuchar mis propios pensamientos dentro de cuatro paredes.

Aquí, en cambio, tengo al mar.

Aquí tengo la mente distraída.

Respiro hondo y dejo que el olor a sal, a madera húmeda y a grasa de motor me llene los pulmones. Es un olor que lo impregna todo, que se te queda en la piel incluso después de la ducha. Un olor

que me recuerda quién soy y de dónde vengo. El astillero no es solo un trabajo.

Es herencia. Mi padre trabajó estas mismas maderas, y mi abuelo antes que él. Y yo, aunque a veces me pregunto si debería haber elegido otro camino, sigo aquí. Quizá porque este sitio es mi lugar seguro. Quizá porque también es lo que soy, un simple hombre que disfruta de los barcos, del mar y de la sal.

El viento azota las puertas y hace crujir la estructura del astillero. Me detengo y apoyo la llave inglesa sobre la mesa de trabajo. El trueno que estalla justo después hace vibrar el suelo bajo mis botas. Cierro los ojos y dejo que el estruendo me envuelva, como si el mar y el cielo estuvieran librando su propia batalla, retándose para ver quién de los dos se hace con el control del pueblo.

Pienso en los cuentos que me contaba mi padre cada vez que llegaba una tormenta con el objetivo de que olvidara el miedo que me producía escucharlas. Me decía que el cielo era un hombre, orgulloso y poderoso, que siempre había estado enamorado del mar, una mujer serena y profunda, que permanecía tranquila la mayor parte del tiempo, pero que si se la molestaba despertaba con furia y violencia. Cada tormenta, me explicaba, era el resultado de un roce, un desafío del cielo hacia el mar, un intento por conquistarla.

Pero ella siempre lo rechazaba.

A veces cierro los ojos y creo escuchar las voces de mi padre entre el rugido de las olas, contándome sus cuentos y leyendas. Me habla de los barcos que se enfrentan al viento, de los hombres que se pierden y nunca vuelven y de lo pequeños que somos cuando estamos en el mar. Cada trueno, cada relámpago son un recordatorio de que somos apenas espectadores, testigos de algo mucho más grande que nosotros, algo que nos invita a sentir miedo y admiración al mismo tiempo.

Y, como siempre ocurre en estos momentos, pienso en Laurie.

Laurie.

Todavía me duele pronunciar su nombre.

Ella adoraba las tormentas. Decía que el mar le resultaba más fascinante cuando estaba furioso, porque mostraba su verdadera naturaleza. Yo le repetía, medio en broma, medio en serio, que

había que respetarlo, que la belleza no compensa el peligro. Era mi forma de decirle que no se acercara al muelle ni a la playa cuando había tormenta.

Laurie se reía, y aunque solía hacer oídos sordos a mis peticiones, cuando nació Henry se volvió más recelosa.

Han pasado años desde que la perdí, y todavía espero, en noches como esta, escucharla al bajar las escaleras de la casa, con su pelo revuelto y esa calma que irradiaba incluso cuando le diagnosticaron su enfermedad. A veces cierro los ojos y me parece que sigue aquí, que si estiro la mano la encontraré sentada en el sofá, esperándome. Y entonces la punzada de dolor me atraviesa otra vez.

Me aferro a mi hijo. A Henry.

Es él quien me mantiene en pie. Seis años. Seis años y ya sabe lo que significa la ausencia de una madre. Eso es lo que más me duele: que su infancia haya empezado marcada por un vacío.

El trueno retumba de nuevo y sacudo la cabeza. No es momento para dejar que los fantasmas me ganen. Ahora no.

Y, para sorpresa mía, esta vez es Iris la que se me viene a la cabeza.

Recuerdo lo que Iris me contó aquella mañana fría. Recuerdo su rostro marcado por el dolor, la forma en la que sus manos temblaban y su gran esfuerzo por no llorar, con los ojos húmedos cargados de lágrimas. Me había sorprendido lo mucho que se había abierto a mí a pesar de no ser más que conocidos. Me habló de su clínica veterinaria, que tuvo que cerrar después de la muerte del hurón de Jack Riordon, el famoso comediante; de cómo sus amigas la dejaron de lado cuando más las necesitaba; de cómo ha tenido que empezar de cero en un lugar que no conoce. Cada palabra que decía había estado cargada de dolor, resignación y traición.

Y, aun así, ahí estaba, dando pasos firmes hacia delante, enfrentándose al mundo a su manera, con la misma determinación que yo había visto en los barcos que luchan contra el temporal.

No sé cuáles son sus planes. No sé si piensa quedarse o si un día recogerá sus cosas y se marchará tan silenciosa como llegó. Pero, cuando la observo, hay algo en su forma de mirar el mar con nostalgia o de agacharse junto a un animal herido que necesita

ayuda que me resulta familiar. Reconozco ese dolor que intenta ocultar. Los que hemos perdido algo sabemos identificarlo en otros.

Ella perdió a su padre. Henry perdió a su madre.

Yo perdí a mi mujer.

Me descubro pensando en ella más de la cuenta. Me descubro pensando en cómo sonríe cuando cree que nadie la mira, en cómo acaricia a esa perra suya como si fuera su refugio o cómo se coloca un mechón detrás de la oreja cuando está nerviosa. Y me pregunto qué busca realmente en este pueblo. Si lo que quiere es sanar o si lo que necesita es huir.

El viento sacude con fuerza y hace chocar un bote contra el muelle. El sonido me devuelve a la realidad. Camino hacia la ventana y miro hacia fuera. La lluvia empieza a caer con violencia, haciendo borrosas las luces del puerto. El mar está embravecido, con olas que se estrellan contra las rocas como si quisieran arrancarlas de cuajo. Un espectáculo terrible y hermoso a la vez.

Me quedo un rato observando el exterior. Siento el cosquilleo de la inquietud recorrerme el pecho.

Tengo la sensación de que algo va a suceder.

Fuera, el mundo entero parece desmoronarse. Sin embargo, no veo a nadie. El muelle está desierto y el mar…

Espera.

¿Qué cojones…?

¿Eso que veo es una lancha? ¿Qué demonios hace una lancha junto a las rocas del lado este?

Abro los ojos de par en par y limpio el cristal empañado por mi respiración. Allí, a poca distancia del astillero, lo bastante cerca para distinguir detalles pero lo suficiente lejos para que la idea de peligro me estremezca, una pequeña figura se mueve sobre la embarcación. Y sí, puedo ver el logo del centro de rescate.

¿Quién demonios está ahí?

El corazón se me acelera. El centro nunca hace rescates cuando hay tormenta para no poner en juego la vida de sus trabajadores. Pero la figura sobre la lancha no parece percatarse del peligro o quizá simplemente no tiene elección. La veo forcejear, sujetarse a lo que puede mientras las olas la empujan peligrosamente hacia las

rocas. Cada movimiento que hace, cada giro de la embarcación, la acerca más a un fatal desenlace.

Sea quien sea esa persona, si alguien no le echa una mano, puede acabar siendo engullida por el mar.

No pienso. Actúo.

Corro hacia el muelle y me detengo junto a uno de los barcos más grandes que tengo atracados, uno que supera ampliamente el tamaño de aquella lancha diminuta. El casco cruje, el viento me sacude y la lluvia me azota la cara con fuerza, pero no me importa. Abro la escotilla y salto al interior, maniobrando con rapidez entre cuerdas, cabos y redes. Mis manos, aunque húmedas y temblorosas por la urgencia, saben lo que tienen que hacer: arrancar el motor, revisar que todo esté asegurado y subir las defensas laterales para poder acercarme a la lancha sin embestirla.

Mientras ajusto el timón, cojo el teléfono y marco el número del centro de rescate. El viento hace imposible sostener el aparato de manera cómoda. ¿Quién será el insensato que ha pensado que hoy era un buen día para rescatar a un pobre animal?

—¿Lavender? ¡Soy Caleb! —grito con la voz rasgada por el viento mientras intento no perder el equilibrio—. Una de vuestras lanchas está a punto de estrellarse contra las rocas en el lado este.

—¿Qué? ¿Estás seguro? —pregunta Lavender, preocupada—. Se supone que todos nuestros trabajadores están aquí. ¿La lancha es del centro?

—¡Es una lancha con vuestro logo! —digo con impaciencia—. Estoy yendo hacia ella en uno de mis barcos. Comprueba rápidamente de quién se trata y llámame.

Cuelgo con rapidez y vuelvo a concentrarme en ir directo hacia la lancha.

El barco responde bajo mis manos con cierto esfuerzo a causa del viento y de la fuerza de las olas. Arranco el motor y un rugido potente se mezcla con el rugido del mar; cada movimiento que hago para salir del muelle me resulta una odisea. Tenso los músculos, me aseguro a los amarres que necesito soltar y finalmente empujo la embarcación hacia el canal abierto. El agua me salpica la cara y mi ropa está empapada.

El mar me golpea desde todos los lados mientras avanzo, y por un instante todo lo que aprendí desde niño parece cobrar sentido. Cada ola que choca contra el casco, cada bufido del viento, cada espuma que se levanta a mi alrededor me recuerdan las palabras de mi padre: el mar es traicionero y solo aquellos que lo respetan pueden volver a tierra.

Miro hacia la lancha otra vez. La figura parece tambalearse, luchando contra la fuerza de las olas. Un embate más y podría ser fatal. Ajusto la dirección, aprovechando un hueco entre las olas, y acelero un poco más. Mi respiración se mezcla con el rugido del motor y con el viento. Cada instante me acerca más, y a la vez cada instante parece alargarse eternamente.

—¡Tranquilo! —grito hacia la distancia—. ¡Voy a ayudarte!

No sé si me oye. No sé si puede oírme entre el rugido del mar y los truenos. Pero tengo que creer que sí. Que puede escucharme.

El barco se mueve con fuerza, responde con agilidad a mis órdenes, pero las olas son traicioneras. Cada choque me desestabiliza. Mis manos se aferran al timón, los brazos tensos, los músculos duros como el acero para que no se desvíe de la trayectoria que sigo. Las olas me empujan hacia un lado, luego hacia otro, y tengo que compensar sin dejar que el barco pierda estabilidad. Cada maniobra es un pequeño triunfo.

Finalmente, veo que la lancha ha quedado demasiado cerca de las rocas. Un golpe más y…

No puedo permitirlo.

Acelero. El casco corta la espuma, el motor ruge y siento cada vibración bajo mis pies. La figura sobre la embarcación parece desorientada, y mi corazón se encoge al pensar en lo que pasaría si no llego a tiempo.

—¡Ahí voy! —grito otra vez, aunque mi voz se ahoga en la tormenta.

Finalmente, cuando pensaba que nunca llegaría a causa de las olas, alcanzo la lancha. El casco de mi embarcación se coloca al lado, lo suficiente para que pueda extender la mano, pero la lancha se balancea de manera peligrosa. La figura se agarra a lo que puede, tambaleándose, y por un momento pienso que todo podría

irse al traste. Ajusto el motor, estabilizo mi posición y, con un esfuerzo medido, logro colocar el barco de forma que la distancia entre nosotros sea segura.

—¡Agárrate! —grito, inclinándome lo más posible sin perder el equilibrio—. ¡Voy a sacarte de aquí!

Veo cómo la figura intenta responder, cómo lucha contra la inestabilidad de la lancha y contra el miedo. Cada movimiento tiene que ser exacto, cada gesto medido. El agua salpica, el viento me corta la cara, la lluvia me empapa, pero no hay tiempo para pensar en cansancio o dolor.

La persona de la lancha se gira lentamente hacia mí, empapada, con el pelo pegado a la cara, y extiende la mano con un gesto que mezcla alivio, miedo y un poco de orgullo. Al mismo tiempo, lleva la otra mano al suelo para mostrarme una foca temblorosa, los ojos grandes y aterrorizados reflejando la tormenta.

—¡Iris! —grito, entre enfado y alivio—. ¡Maldita sea! ¡¿Qué demonios se te ha pasado por la cabeza para salir sola en estas condiciones?!

No puedo contener la furia; mi corazón late a mil, y cada fibra de mi cuerpo está tensa por la tensión de la tormenta. Aun así, mis manos se extienden hacia ella, firmes y decididas.

—¡Dame la mano, ahora! —insisto—. Y sujeta bien a la foca mientras subes. ¡Si se suelta, la corriente se la llevará al instante!

Ella asiente y sus labios azules me indican que está muerta de frío, aunque la tensión en su rostro demuestra que todavía le cuesta creer lo cerca que ha estado del desastre. La lluvia empapa cada centímetro de nuestra piel, y las olas rompen contra nosotros, empujando y haciendo que todo se balancee con fuerza. Aun así, sus dedos se entrelazan con los míos, y siento el contacto firme.

Tiro de ella.

—¡Más fuerte! —grito mientras apoyo todo mi peso para estabilizarla—. ¡Ahora!

Consigo arrastrarla a mi barco y, por su gemido de dolor, me imagino que se ha golpeado a la altura de las rodillas. Se queda tumbada en la cubierta, con la foca sobre ella, jadeando, con el pelo empapado pegado a la cara y los labios pálidos. Yo aún respiro de

forma entrecortada. Tengo el corazón desbocado por la tensión del momento, pero la adrenalina se transforma rápido en furia.

—¿Estás loca? —Mi voz suena dura, casi un gruñido mientras me inclino hacia ella—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Yo… —Ella intenta incorporarse, pero el temblor en su cuerpo la obliga a quedarse apoyada en los codos. No tiene fuerzas para ponerse en pie, y eso hace que me enfade aún más por lo que podría haber pasado.

—Podías haber muerto ahí fuera —la corto. La rabia, mezclada con el miedo, crispa mi tono—. ¿Crees que esto es un juego? ¡Este acto de insensatez podría haberte costado la vida! ¿Qué edad tienes? ¿Quince años? ¿Es que no te han dicho que los rescates se posponen hasta que acaben las tormentas?

Ella parpadea y sus ojos brillan con un destello que no sé si es de orgullo herido o de pura terquedad.

—No podía dejarla sola —murmura mirando a la foca. Su voz apenas es audible por encima del rugido de las olas contra el casco.

Mi mandíbula se tensa. Cierro los puños, luchando por no perder los nervios del todo.

—¿De verdad te parece sensato arriesgar tu vida por un animal salvaje en mitad de una tormenta?

Ella aprieta los labios y gira la cara, como si quisiera proteger esa chispa de convicción que aún le arde dentro. Yo me paso una mano por el pelo, empapado, intentando recobrar el control.

—Si no hubiera llegado a tiempo… —respiro hondo. La rabia se me quiebra y da paso al miedo—, ahora mismo estarías hundida ahí fuera.

Sus ojos vuelven hacia mí y noto cómo me atraviesan, como si quisiera defenderse pero a la vez supiera que tengo razón.

El silencio se impone entre nosotros mientras yo intento controlar mi enfado y me alejo de la lancha, que ya está casi hundida. Ella permanece en el banco de la pequeña cabina, encogida, con los brazos rodeando a la foca, como si así pudiera retener un poco de calor. El agua le gotea del cabello en mechones oscuros, formando pequeños charcos en el suelo de madera. Yo mantengo las manos firmes en el timón, concentrado en abrirme paso entre las olas.

El motor resuena con fuerza contra la furia del mar, y durante el trayecto ninguno de los dos pronunciamos una sola palabra. Apenas nos miramos. Fuera, el viento golpea los ventanales con ráfagas que hacen crujir la estructura. ¡Dios! ¿Cómo puede ser tan imprudente? ¿Cómo puede haberse jugado la vida por una pequeña foca? ¿Es que acaso no es consciente de lo que podría haber pasado? Las tormentas en Southwest Harbor no son una tontería. Si yo no hubiese mirado por la ventana…, ella… Iris…

Sacudo la cabeza y me concentro en volver al muelle, a la zona donde está el astillero.

Cuando por fin la silueta del puerto se perfila entre la lluvia, siento el aire salir de los pulmones. Maniobro con precisión, con las manos aún tensas, hasta encajar la embarcación en el muelle.

—Baja con cuidado —murmuro, seco, al ofrecerle la mano. Ella duda apenas un segundo antes de aceptarla. Sus dedos están helados, casi entumecidos. Parecen los de un cadáver.

Avanzamos por el muelle hacia el astillero. El viento arrecia, clavándonos la ropa mojada contra la piel. Apenas puedo oír sus pasos junto a los míos entre el repiqueteo de la lluvia, pero sé que está ahí, callada, asustada y sin apenas fuerzas para andar mucho más.

La gran puerta del astillero está entreabierta. Una luz cálida se derrama hacia el exterior, creando un contraste casi irreal con la tormenta que nos rodea. Al empujarla, el refugio nos envuelve: olor a madera húmeda, aceite y salitre. Y allí, esperándonos, está Lavender, moviéndose de un lado a otro con el móvil en la mano.

Con el pelo recogido de cualquier manera y la chaqueta aún chorreando, se ha trasladado desde el centro de rescate hasta aquí. Sus ojos, cargados de reproche y preocupación, van primero hacia mí y luego se clavan en la figura encogida a mi lado.

—Santo cielo… —susurra, avanzando hacia ella—. ¿Qué demonios ha pasado?

Yo me quedo callado a la espera de que Iris diga algo.

Sin embargo, cuando me digno a mirarla, haciendo a un lado mi enfado, voy inmediatamente hacia ella. Sus piernas apenas

aguantan su peso y está de rodillas, con la cara pálida y los labios azules.

No suelta a la foca, aunque cuando Lavender se arrodilla a su lado y la coge de sus brazos, ella suspira, aliviada, y deja caer su peso sobre mí.

—¡Dios mío! Hay que llevarla a urgencias —dice Lavender con la voz cargada de preocupación.

—No es…

—Yo me encargaré de ella —interrumpo las palabras de Iris, y la cojo en brazos. La cabeza de ella queda sobre mi pecho, y comienza a temblar. Miro a Lavender—. ¿Puedes regresar al centro de rescate?

—Sí —responde esta, aunque mira con preocupación a Iris—. Pero puedo hacer una llamada para que otro del centro venga y…

Niego con la cabeza.

—Ocúpate de la foca. Yo me aseguraré de que Iris esté bien —insisto—. Esa foca parece tener una herida muy fea —señalo al ver cómo sigue sangrando el animal. Deja pequeñas gotas rojas sobre el suelo del astillero.

Lavender asiente.

—De acuerdo. —Lo dice a regañadientes, como si cada palabra le pesara. Se queda un segundo más, con los ojos todavía fijos en Iris, hasta que finalmente gira sobre sus talones.

La veo marcharse hacia la puerta, luchando entre su deseo de quedarse con Iris y su obligación de atender a la pequeña foca. Fuera la espera un todoterreno con las luces encendidas que iluminan la cortina de lluvia. Lavender se sube, y el sonido del motor alejándose queda amortiguado por el rugido de la tormenta.

Dentro del astillero, el silencio regresa, roto solo por el goteo constante del agua de nuestras ropas y el lejano crujido de la estructura cuando el viento sopla fuerte.

Iris tiembla en mis brazos. Su cabeza descansa contra mi pecho, y noto lo frágil que se ha vuelto de repente, como si toda la fuerza con la que se aferraba al mar se hubiera disuelto en un instante. Su respiración es débil, irregular, y cada exhalación parece costarle un gran esfuerzo.

—Eh…, aguanta —susurro, ajustando mi abrazo para darle un poco más de calor—. No te quedes dormida. Voy a hacer que entres en calor.

Camino con ella por el amplio taller hasta un rincón donde guardo mantas y ropa seca. El eco de mis pasos resuena en la madera mientras la sostengo con cuidado, como si temiera que pudiera romperse entre mis manos.

La siento sobre un banco, pero sin apartarla de mí del todo. Mis manos trabajan con rapidez, torpes por la urgencia, el frío y la preocupación. Le quito la ropa empapada, cada prenda pesada y pegada a su piel como una segunda capa helada. Iris apenas se queja, demasiado exhausta para resistirse.

Procuro mantener la vista fija en lo que hago: desabrochar botones, liberar sus brazos de las mangas húmedas, dejar a un lado la tela que gotea agua sobre el suelo. Pero me cuesta. Me cuesta un mundo.

Porque cada vez que la toco, aunque sea con el gesto más genuino posible, siento el calor que aún late bajo su piel helada. Y aunque aparto la mirada, sé que ahí están sus labios húmedos, entreabiertos por el cansancio. No quiero fijarme en la línea de su cuello, el relieve de su clavícula, la curva delicada de sus pechos apenas cubiertos por la ropa interior y en cómo los pezones se le marcan.

Aprieto los dientes. No debo mirarla así. Ahora no. Después de lo que ha pasado.

Le echo una manta sobre los hombros con más brusquedad de la necesaria, como si el gesto firme pudiera ahogar la tentación que me corroe por dentro. Ella tiembla, se recoge un poco más bajo el calor repentino de la lana, y yo me obligo a soltar un largo suspiro para volver a recuperar el control.

—Tienes que entrar en calor —murmuro, con la voz ronca, más áspera de lo que pretendía.

No me atrevo a mirarla directamente. Me aferro a la manta y me aseguro de que no quede ningún resquicio por donde pueda escapar el calor. Pero el recuerdo de su piel húmeda bajo mis manos me sigue quemando, como una llama imposible de apagar.

Cierro los ojos durante unos segundos y cometo el error de hacer una respiración profunda.

Su olor es femenino, con un leve toque a lavanda y sal.

Iris se mueve un poco, un gesto mínimo bajo la manta, y su frente roza mi mandíbula.

Ese simple contacto me recorre entero, como un latigazo. Abro los ojos de golpe, buscando control, pero la encuentro mirándome, apenas un instante, sus ojos aún velados por el cansancio… y, sin embargo, despiertos.

Su respiración se entrecorta. La mía también. El silencio en el astillero se carga de algo distinto a la tormenta de fuera: es un aire espeso, eléctrico, que amenaza con arrastrarnos.

Me obligo a apartar la vista, a tensar la mandíbula.

—No deberías haber hecho lo que has hecho —digo al fin, en voz baja.

Pero ni siquiera a mis propios oídos suena como un reproche. Suena como un ruego, como la confesión de un miedo que todavía me atenaza el pecho. Lucho contra mi mente por no imaginarme lo que habría pasado si yo no hubiese salido a su rescate. Ni siquiera me había imaginado que podía ser Iris la que fuese en esa pequeña e inservible lancha.

Iris cierra los ojos, y ese leve gesto, esa rendición momentánea en mis brazos, hace que todo mi cuerpo quiera inclinarse hacia ella y pegarla aún más a mí.

Sus párpados permanecen cerrados un instante más, y luego, con un hilo de voz apenas audible, rompe el silencio.

—No podía… dejarla sola —susurra, y suena más a una declaración de principios que a una excusa—. La foca… estaba herida. Si no la ayudaba, podría haber muerto.

Sus palabras, tan pequeñas y frágiles, llegan directas a mi pecho. Siento la mezcla de exasperación y admiración que siempre me provoca su terquedad. No debería, pero la admiro. Mucho. Hay algo en la forma en que se aferra a sus decisiones que no me permite regañarla como quisiera.

—¿Y tu vida no cuenta nada? —le reprendo con un hilo de voz, más contenido esta vez, aunque la tensión todavía me aprieta—.

¿No has pensado en ello?

Ella abre los ojos lentamente, fijos en los míos, con ese brillo de determinación a pesar del agotamiento y el dolor:

—Mi vida —murmura, entrecortadamente—… también cuenta, pero no podía quedarme de brazos cruzados. Lo único que lamento de todo esto es haberte puesto a ti en peligro.

Sus palabras me golpean con fuerza y hacen que me quede en silencio. Su preocupación me halaga, pero todavía estoy mosqueado con ella. Sé que no tiene sentido discutir y hacerle ver la imprudencia que ha cometido. Cada músculo de su cuerpo aún está cansado, pero su voluntad sigue firme, encendida. La tensión que nos rodea no solo es del frío o de la tormenta; es el choque de dos fuerzas que no saben rendirse: yo, que quiero protegerla de sí misma; y ella, que, aun con miedo y fatiga, no cede ante lo que considera correcto.

Me quedo en silencio, con la manta todavía apretada alrededor de ella. Su cuerpo tiembla, pero poco a poco empiezo a notar cómo se va relajando en mis brazos. Su frente descansa contra mi pecho, y el calor de su piel húmeda empieza a filtrarse a través de la manta, mezclándose con el mío.

Dios, me siento un maldito bastardo por desearla. Cada centímetro de mi piel arde por ella, y siento la imperiosa necesidad de besarla, lo que es una idea descabellada. No quiero pasar los límites con Iris. En primer lugar, no se encuentra ahora mismo en su mejor momento y, en segundo y último lugar…, no sé si estoy preparado. Con otras mujeres sí que he salido, y me he acostado con ellas. Pero con Iris… siento que, si cruzo esa frontera, no habrá marcha atrás.

Sus ojos aún brillan con determinación, pero ya no hay desafío, solo agotamiento y necesidad.

—Eres imposible —murmuro al fin, con voz baja, entre la exasperación y la preocupación—. No sé cómo sigues viva si siempre has estado tan loca de remate.

Una débil risa escapa de sus labios, y siento que su mano se mueve un poco sobre mi brazo. ¿Me está acariciando? Apenas puedo contenerme de acercarme más, de sostenerla más firmemente.

—Esa una habilidad que tengo —bromea.

—No sé si es una habilidad o más bien una maldición —respondo, y trato de que mi voz siga siendo firme, aunque mis manos, sin darme cuenta, aprietan un poco más la manta a su alrededor. Me reprimo para no acariciarla—. Me has dado un susto de muerte, Iris. Creo que he perdido tres años de vida.

Sus ojos me buscan, entrecerrados, con un brillo que me desarma. Siempre he sido consciente, desde el primer minuto que la conocí, que era una mujer guapísima. Pero ahora, a esta distancia tan corta, con sus labios a centímetros de los míos, estoy seguro de que Iris será una de esas sirenas de las leyendas de mi padre. Si no, de otro modo, no soy capaz de explicar por qué pienso tanto en ella y por qué la deseo tanto.

Su mano se mueve hasta mi pecho, apenas rozando la tela mojada de mi camisa, y un escalofrío me recorre entero.

—Vaya, lo siento —murmura, apenas audible—. Supongo que tendré que recompensarte de alguna forma.

Sus palabras caen entre nosotros y siento que la sangre me arde.

El calor de su cuerpo, la proximidad de sus labios a mi pecho, el olor a lavanda y sal que todavía perdura en su piel…, todo eso me consume. Me obligo a respirar profundamente, a contener el impulso de inclinarme de golpe, de tomar lo que tanto deseo. Pero mis impulsos superan a mi reticencia y a esa voz de mi conciencia que me advierte de que estoy a punto de cometer un error.

Lentamente, apoyo un brazo más firme bajo su espalda, la acerco un poco más hacia mí. Ella no se aparta, solo suspira y deja que su cabeza repose mejor contra mi hombro. Su respiración marca un ritmo compartido con la mía, lento y tembloroso.

Me inclino un poco, con cuidado, solo lo suficiente para sentir su aliento mezclándose con el mío. Sus párpados se entornan, y por un segundo, sus labios rozan la tela de mi camiseta. El gesto es mínimo, casi involuntario, pero me enciende. Contengo un gemido ahogado, me obligo a mantener la calma, mientras mis dedos se deslizan por la manta, ajustándola sobre ella sin tocar más de lo necesario.

—Iris… —susurro, y tiemblo sin poder controlarlo—. No… no sé qué me está pasando, pero creo que voy a besarte. No puedo controlarme más.

—Hazlo —responde ella, y levanta la cabeza—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Sus palabras, firmes pese al cansancio, me hacen sonreír con ironía. Todo en ella es fuerza y terquedad, incluso cuando debería estar completamente rendida. Llevo mi rostro más cerca del de ella. Sus ojos se abren un poco y nos miramos. Ninguno de los dos dice nada; no hace falta. Los dos sentimos esa electricidad que nos recorre el cuerpo y nos obliga a cortar la distancia que hay entre nosotros.

Mis labios rozan los suyos primero en un toque leve, muy suave. Ella no se aparta, solo cierra los ojos y respira con dificultad. El beso se vuelve un poco más primitivo cuando ella acaricia mi labio inferior con la lengua, y hago acopio de todas mis fuerzas por no olvidar que está débil, que no puedo besarla con las ganas que me gustaría.

Nuestras bocas se separan apenas un par de centímetros, y noto una punzada de deseo recorrerme el cuerpo de arriba abajo.

Iris se acurruca un poco más contra mi pecho, como si quisiera fundirse con el calor de mi cuerpo. Yo respiro con dificultad cuando se agarra a mi hombro y se alza lo suficiente para besarme. Contengo un gemido al notarlos tan suaves y dulces. El vello de mi cuerpo se eriza, y empiezo a ponerme duro: mi cuerpo me exige más que unos simples besos.

Cuando su lengua perfila mis labios, sé que mi resistencia está a punto de ceder y que no hay marcha atrás: necesito más.

Clavo mis dedos en su piel y tomo su boca en un beso posesivo que no deja lugar a dudas de lo mucho que la deseo. Mi lengua se mete en su boca y la acaricia mientras me pierdo en su sabor femenino y las sensaciones que me produce. El deseo que me recorre es superior al que haya sentido antes por cualquiera de las otras mujeres con las que he salido.

Y en este momento lo tengo claro. Como una revelación que se abre ante mí.

Iris es ese veneno que me quema las venas, y, aun así, lo necesito para seguir vivo.

El tiempo parece detenerse. Fuera, la tormenta sigue rugiendo, pero aquí dentro, entre la manta y nuestros cuerpos pegados, solo existimos nosotros: su respiración entrelazada con la mía, sus labios suaves bajo los míos y el calor que desprenden nuestros cuerpos.

Poco a poco, el beso se alarga, con pausas entre respiraciones que nos permiten mirarnos, buscar el valor de avanzar un poco más a pesar de que ninguno de los dos sabrá hasta dónde llegará.

Sus dedos rozan mi brazo, su frente descansa en mi pecho, y siento cómo cada pequeño contacto nos ata más, haciendo que todo lo demás desaparezca: la tormenta, el miedo, el cansancio. Solo estamos nosotros, descubriendo, poco a poco, lo inevitable que era acercarnos así.

Dios, estoy perdido.

Iris Lark me ha hechizado.

Siento que acabo de ser engullido por una tormenta de la que no puedo escapar. Puedo repetirme mil veces que no debo acercarme a ella, que lo sensato es mantener las distancias…, pero sé perfectamente que seré incapaz de hacerlo. Cada vez que intento apartarme, algo en ella me arrastra de nuevo, como si una fuerza sobrenatural me uniera a Iris. Hay un peligro en esa atracción que me corroe por dentro, y, aun así, no encuentro la voluntad suficiente para querer librarme de ella.



15

Entre lluvia y fuego

IRIS

Dios mío…, ¿cómo ha pasado esto?

Mis labios arden, mis manos tiemblan, y todavía siento su aliento mezclándose con el mío. Apenas puedo creerlo: estoy aquí, entre sus brazos, con la lluvia golpeando el astillero y la manta mojada cubriéndonos, y… y él me está besando.

Me besa como si fuera lo que más había deseado hacer en mucho tiempo.

Mi corazón late a mil por hora, y no consigo pensar con claridad. Todo lo que había planeado, toda la cautela que creía tener, se ha desmoronado en un instante. Y, sin embargo…, no quiero que se detenga.

Siento sus manos apretando la manta alrededor de mí, y mi cuerpo responde antes de que pueda ordenar lo contrario. De hecho, una voz en mi cabeza me exige que le pida a Caleb que me arranque la manta y la ropa y que me folle allí mismo. Cada roce, cada contacto, es eléctrico y aterrador, y aun así me empuja a quedarme, a hundirme en el calor que emana de él.

Nunca antes había sentido esto, un deseo que me consume y me deja sin capacidad para razonar y tomar una decisión lógica.

—Tócame, Caleb… —susurro en un hilo de voz, más para mí misma que para él, aunque mi voz tiembla.

Su respuesta es un suave roce de labios que me hace tragar saliva y olvidar, por un instante, cualquier pensamiento sensato. Todo lo

que sé es que no puedo apartarme. No quiero apartarme. Ni siquiera podría si lo intentara.

Y mientras mis manos se apoyan temblorosas en su ancho pecho, empiezo a darme cuenta de algo que me asusta y me fascina al mismo tiempo: esto no es solo un beso, es el principio de algo que nos consumirá a ambos.

Me esfuerzo por pensar, por recordar quién soy, por poner un límite… y fallo miserablemente. No puedo resistirme a Caleb, y sé cómo va a acabar esto.

Su beso se hace un poco más profundo, su lengua juega con la mía, más insistente, y mi cuerpo responde antes de que mi mente siquiera pueda procesarlo. Es aterrador y excitante a la vez, y me deja sin aire, sin fuerza para apartarme.

Decido dar ese paso que hará que nuestra relación, distante y cordial, cambie para siempre. Pero lo hago porque lo necesito, porque siento que mi cuerpo va a explotar de un momento a otro, y aunque acabaré arrepintiéndome, no me imagino otra forma de salir de esta situación.

Hago acopio de las energías que me quedan para quitarme la manta e incorporarme del regazo de Caleb. Coloco la manta sobre su mesa del despacho y me siento en el borde. Estoy en ropa interior. Él me quitó el resto de la ropa para que entrara en calor. Mis pezones duros se transparentan por la suave tela del sujetador. Sus ojos me devoran, me miran de arriba abajo, y sé que está luchando por no venir hasta mí y tomarme.

—Tócame, Caleb —repito con más decisión.

Joder, Caleb es tan… guapo.

Con solo verlo mi cuerpo arde.

Sus ojos azules me devoran. Su pelo negro está mojado y pegado al rostro, pero sigue estando devastadoramente guapo. Es imposible mantenerme alejada de él ahora que ya he probado sus labios.

Necesito más.

Sin pensármelo ni un segundo más, mientras veo cómo se incorpora y se quita la chaqueta y la camiseta empapadas, deslizo por mis piernas mi ropa interior. Luego echo los brazos hacia atrás para desatarme el sujetador y dejarme expuesta. Hace frío fuera,

pero aquí dentro nosotros dos nos hemos encargado de hacer que suba la temperatura.

Cuando se acerca, el aire parece volverse más denso entre nosotros. Mis ojos se posan en su torso desnudo, y siento un estremecimiento que me recorre entera.

Su piel brilla, todavía húmeda, con gotas que resbalan lentamente por los surcos de sus músculos. Su cuerpo está exquisitamente marcado por el esfuerzo físico: cada línea habla de fuerza, de esfuerzo, de días enteros trabajando la madera. Sus hombros amplios y firmes parecen capaces de sostener el mundo, y el relieve de su pecho y abdomen es tan preciso que me da la impresión de estar frente a una escultura antigua, algo creado para perdurar. Solo unas expertas manos serían capaces de tallar tanta perfección.

Pero no es solo la perfección lo que me atrapa, sino lo que transmite: masculinidad, calor y armonía. Hay una belleza en él que no resulta suave, sino salvaje, como si la naturaleza lo hubiera esculpido a golpes de tormenta y viento.

Me descubro conteniendo la respiración, como si el mínimo movimiento pudiera romper este instante. Y aun así, mis manos tiemblan con el deseo de recorrer esa superficie que parece tan irreal bajo la luz intermitente de la tormenta.

Sus manos van a los pantalones vaqueros y, tras quitarse las botas, se baja la cremallera y se desprende de los pantalones y de la ropa interior.

Su mirada me avasalla.

Siento que no puedo aguantar ni un segundo más.

En apenas un segundo se coloca entre mis piernas, y siento el calor de su erección. La noto dura, gruesa e hinchada empujando contra la entrada de mi sexo.

Apenas nos aguantamos la mirada el uno al otro antes de que su boca tome la mía en un beso posesivo y yo estire la mano para colocar su pene justo en mi entrada. A pesar de que me encantaría alargar el momento, agacharme y saborearlo, necesito antes calmar el hambre que devora cada centímetro de mi ser.

Luego, me prometo, disfrutaré de él.

Caleb mueve las caderas y noto que su glande me va abriendo poco a poco. Su mirada azul me traspasa. Con una mano me agarra con suavidad por el cuello y la otra la coloca en mi cadera. Aguanto la respiración ante la intrusión mientras me abre y se graba a fuego en mi piel.

—Caleb… —susurro contra sus labios.

Lo obligo a besarme de nuevo, entrelazando mis dedos en los cortos mechones de su cabello, y comienzo a moverme. Él también mueve las caderas. Entra y sale de mí sin parar y aumenta la velocidad a medida que los gemidos escapan de mis labios. Su miembro acaricia cada centímetro de mi interior y me vuelve loca. Envuelvo las piernas alrededor de su cadera para sentirlo más dentro.

No tengo suficiente.

Quiero más.

Cuando su mano comienza a apretar un poco más mi cuello y sus caderas golpean con fuerza contra mi sexo, noto el primer espasmo de placer. Aprieto los dientes, me arqueo y acepto la intrusión de su lengua, que me obliga a tomarlo todo de él mientras alcanzo el clímax.

—Eso es, Iris —susurra en mi oído sin dejar de entrar y salir de mí —. Córrete. Apriétame para que sienta tu coño.

¡Oh, Dios!

¿Caleb habla sucio? ¡Ni en mis sueños más prohibidos lo habría imaginado!

Me quedo como una marioneta entre sus brazos. Caleb me penetra un par de veces más antes de correrse y enterrar su rostro en mi cuello. Estoy rodeada por su olor, es más, estoy segura de que se ha mezclado con el mío y me ha marcado para el resto de mi vida.

Porque, después de un par de relaciones y algunos rollos fallidos, nunca antes me he corrido con la misma intensidad que esta vez. Es como si Caleb supiese dónde tocarme y cómo moverse para volverme loca y hacer que pierda el sentido.

Nos quedamos varios segundos así, abrazados, con nuestros cuerpos aún entumecidos por el deseo y las respiraciones agitadas

mientras la tormenta sigue golpeando fuera. Yo comienzo a tomar conciencia de lo que ha pasado. No quiero que se aleje de mí, y le clavo las uñas en su amplia espalda.

No sé en qué momento he cruzado esta línea invisible. No sé cómo he pasado de luchar contra la tormenta a dejarme arrastrar por otra aún más peligrosa: él.

Su beso sigue ardiendo en mis labios, como si me hubiera marcado, como si hubiera dejado una huella que no podré borrar. Y lo peor, o lo mejor, es que no quiero borrarla. Me tiembla el cuerpo, no por el frío ni por el cansancio, sino por la certeza de que algo se ha desatado entre nosotros. Algo que no puedo controlar. ¿Cómo demonios voy a mantener las distancias después de haber visto desnudo a Caleb, después de haberlo probado?

Quizá mañana me arrepienta, quizá me aterre mirarlo a los ojos y recordar lo que acaba de ocurrir, pero ahora mismo solo sé que ya no soy la misma.

Y que, aunque me pese admitirlo, no hay marcha atrás.

El rugido de la tormenta se ha ido apagando poco a poco, como si el cielo también estuviera agotado tras tanta lluvia y viento. Todavía caen algunas gotas aisladas y sopla el viento en ráfagas cortas, pero ya no es ese monstruo que parecía dispuesto a tragarse el mundo. Las ruedas del todoterreno de Caleb chapotean sobre el asfalto húmedo, y si no fuese porque acabo de acostarme con Caleb…

Sí, en serio. Pellizcadme.

Todavía me tiembla el cuerpo y hago un gran esfuerzo por contener una sonrisa.

Si no fuera por eso…, estaría nerviosa porque Lavender, seguramente, quiera despedirme y echarme una buena bronca.

Y no podría culparla por ninguna de las dos cosas.

Voy en silencio, recostada contra el asiento, y llevo un mono de trabajo seco de él y una chaqueta vieja que me queda enorme. Mi ropa empapada se ha quedado allí, metida en una bolsa. Me dijo que me la acercaría mañana, que no me la volviera a poner si no quería coger un buen resfriado.

Hasta preocupado por mí me enterneció.

No sé si tengo frío o calor. En realidad, no sé qué siento exactamente. Mi cuerpo está cansado hasta los huesos, pero mi mente va tan deprisa que apenas puedo seguirla. Todo lo que ha pasado se arremolina dentro de mí, los labios de Caleb, su sabor, sus manos…

La tormenta en la que no solo he puesto en peligro mi vida, sino también la de él.

Me atrevo a mirar de reojo a Caleb, que conduce con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Sus manos fuertes y grandes sujetan el volante con una firmeza que parece capaz de controlar incluso lo indomable. No dice nada. Yo tampoco. Entre nosotros hay un silencio extraño, demasiado denso para romperlo con palabras triviales.

En mi pecho todavía late la huella de lo ocurrido en el astillero. Su cercanía, su calor, el modo en que me sostuvo como si yo fuera lo único importante en el mundo. El beso que empezó como un accidente y acabó prendiéndome fuego. Un fuego en el que me he consumido por completo y en el que quiero volver a arder.

Me muerdo el labio, intentando contener un estremecimiento que no tiene nada que ver con el frío.

Cuando por fin llegamos al centro de rescate, la familiar silueta del edificio se recorta contra la bruma húmeda. Hay luces encendidas en el interior: alguien nos espera. Mi estómago se encoge al pensar en quién puede ser.

—Ya estamos aquí —dice Caleb al quitar la marcha y poner el freno de mano.

Su voz suena grave, controlada, demasiado controlada, como si se obligara a poner distancia después de lo que ha pasado.

Asiento, aunque no me muevo de inmediato. Respiro hondo, me obligo a sacar fuerzas de donde no las tengo y abro la puerta. El aire húmedo me golpea en la cara. Todavía huele a tormenta, a mar embravecido, a sal y a bosque.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Caleb antes de que pueda cerrar la puerta del copiloto.

A pesar de sentirme agradecida por su gesto, sacudo la cabeza. No puedo esconderme tras él. Esto es mío. Mis decisiones, mis

errores, mi responsabilidad.

—No. Tengo que hacerlo sola —respondo.

Él asiente, aunque no se va. Creo que quiere esperarse a verme entrar. Lo contemplo una última vez, apenas unos segundos, y me doy la vuelta.

Camino despacio hacia la entrada, pisando hojas secas, con las piernas algo torpes, y entonces la veo: Lavender está en el umbral, con los brazos cruzados y el gesto endurecido. Su silueta, enmarcada por la luz del interior, me recuerda a una estatua antigua, firme y juzgadora.

Miro a Caleb por encima del hombro para dedicarle una sonrisa de ánimo, como si así pudiera tranquilizarlo.

Él duda por un segundo, como si quisiera insistir, pero finalmente se queda en el coche, observándome. Siento su mirada clavada en mí incluso cuando me obligo a dar el paso hacia delante y cerrar a mi espalda.

Lavender no se mueve, no dice nada al principio. Me atraviesa con sus ojos oscuros, que parecen ver más de lo que yo misma entiendo.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —Su voz, cuando llega, es baja pero cortante, como un cuchillo que no necesita acercarse para herir.

Trago saliva.

—Tenía que hacerlo. La foca… —empiezo, pero ella me interrumpe con un gesto brusco de la mano.

—La foca podía esperar. *Tenía* que esperar —enfatiza—. Pero tú no. Tú estabas en medio de una tormenta que podía haberte matado. —Su tono se eleva, lleno de una furia contenida—. ¿Es que no te has parado a pensar en lo que podía haber sucedido si Caleb no aparece?

Siento el calor subiéndome a las mejillas, una mezcla de vergüenza y rabia.

—Si no hubiera ido, esa cría habría muerto sola, sangrando entre las olas —respondo. Mi voz tiembla al principio, pero gana firmeza después—. No podía quedarme aquí, esperando.

Lavender da un paso hacia mí. Ahora puedo verla bien: el pelo pegado a la cara por la humedad, las arrugas de preocupación

marcándole la frente, los labios apretados en una línea tensa.

—¿Y si hubieras muerto tú? —dispara—. ¿Qué les digo yo entonces a tu familia, a tu gente, a los animales que dependen de ti? ¿Que Iris Lark se creyó invencible y decidió jugarse la vida por una sola foca?

El golpe de sus palabras me hace retroceder medio paso. El eco en la sala vacía amplifica cada sílaba como si fueran martillazos.

—No soy invencible —digo con voz apagada, aunque los ojos me arden por las lágrimas contenidas—. Y sé que he cometido una estupidez. Sé que he puesto varias vidas…

—¡No solo la tuya! —me interrumpe, enfadada—. También pusiste en peligro la vida de Caleb. ¿Y si una ola hubiera volcado su barco? ¿Y si él hubiera muerto por ayudarte? ¿Quién se ocuparía entonces de su hijo, Henry? ¿Te has parado a pensar en las consecuencias de una acción tan egoísta?

El silencio se instala entre nosotras. Solo escucho el goteo constante del agua que resbala de mi ropa, cayendo sobre el suelo y formando un pequeño charco.

Lavender suspira entonces, larga, profundamente, y su rabia parece quebrarse un poco. Baja los brazos y los deja colgar a los lados, y en su mirada aparece algo más que furia: miedo.

—Iris… —murmura, y su tono cambia, más blando, más humano —. Yo… entiendo lo que sientes. Entiendo que quieras salvarlos a todos, siempre, aunque eso signifique dejarte la piel en el intento. Pero tienes que aprender a poner límites. ¿De qué te sirve jugártela si no vas a estar para cuidarlos?

Mis labios se aprietan. Las lágrimas me arden en los ojos, aunque me niego a derramarlas.

—Lo sé —respondo en un hilo de voz.

Y lo sé de verdad. Pero al mismo tiempo algo en mí se resiste. Porque ¿cómo se le explica a alguien esa urgencia que me devora cuando un animal está en peligro? A mi cabeza viene ese hurón al que no pude salvar y la culpa me devora por dentro. Sin embargo, esta vez ha sido diferente. He puesto la vida de otra persona en peligro.

La de Caleb.

Y Caleb tiene un hijo que depende de él.

Me apoyo contra la pared, agotada, y me paso una mano por la frente húmeda.

—Lo siento mucho, Lavender —susurro—. Lamento haber cometido una temeridad. Lamento haber puesto en peligro la vida de Caleb y haberos robado una lancha que, por cierto, ha quedado destrozada. —Aprieto los labios. A medida que voy enumerando las consecuencias de mis actos, me doy cuenta de mi estupidez.

Ella cierra los ojos un instante, como si esa confesión la golpeara en lo más hondo. Cuando los abre, hay resignación en ellos, pero también una chispa de orgullo.

—Espero que sea la última vez, Iris —dice despacio—. Estás suspendida de empleo y sueldo durante dos semanas.

Sus palabras me dejan sin aire, pero sé que tiene razón.

Cuando se va a girar, doy un paso hacia ella.

—¿Y la foca? ¿Se encuentra bien? —pregunto con cierta ansiedad.

Lavender me mira por encima del hombro y esboza una pequeña sonrisa.

—Sí. Mi hermana se ha encargado de ella.

Me aferro a esa última frase como si fuera un salvavidas. *La foca está bien*. Al menos todo este torbellino ha servido para algo.

Cuando Lavender se marcha, el silencio de la sala se hace insoportable. El reloj de la pared marca un tictac demasiado lento, demasiado cruel que me hace saber que sobro allí. Siento que el suelo tiembla bajo mis pies. Dos semanas. Suspendida. En un trabajo que apenas estaba empezando a darme una nueva oportunidad.

Me paso la mano por la frente, como si pudiera borrar con un gesto la presión que me oprime las sienes. No funciona. Solo consigo que el olor a salitre y humedad, impregnado en mis dedos, me recuerde lo que ha pasado hoy en el muelle.

Salgo del centro despacio, casi arrastrando los pies.

Una vez fuera, la bruma me acaricia la piel del rostro. Y entonces lo veo. Caleb sigue aquí, apoyado en su todoterreno, con los brazos cruzados. Dios, está tan guapo que solo me apetece tirarme a sus brazos y besarlo. Me arrebata el sentido.

La luz tenue que se cuela entre las espesas nubes acaricia sus facciones: la mandíbula marcada, el arco firme de su nariz y el cabello rebelde que le cae sobre la frente. Sus hombros, anchos y sólidos, parecen capaces de cargar con todo el peso del mundo. Y sus labios… Dios, sus labios. Me observa en silencio, y en su expresión no hay sorpresa, sino algo parecido a preocupación.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Ha sido muy dura contigo? —pregunta cuando llego hasta él.

La voz grave y calmada me desarma. Intento bromear, restarle importancia, pero las palabras se me atascan. Lo único que consigo decir en un murmullo es:

—Dos semanas. Suspendida.

Sus ojos se suavizan, como si comprendiera mejor que nadie lo que significa que te arranquen de golpe la rutina a la que poco a poco te has ido adaptando.

Abre la puerta del copiloto sin decir nada más. Un gesto simple, pero cargado de ternura que me calma.

—Vamos —dice—. No deberías volver a casa andando hoy.

Obedezco. El asiento huele a cuero y a mar, a esa mezcla que parece inseparable de él. Cierro la puerta y dejo que el sonido del motor me arrulle, aunque no sé si me reconforta o me revuelve más por dentro.

Durante un rato conducimos en silencio. Fuera, el puerto se despliega en tonos grises y azules, barcos que se balancean y gaviotas que planean con cierto recelo ante la posibilidad de que la tormenta vuelva.

Finalmente, Caleb rompe el silencio:

—Lo que hiciste… fue una locura. —Sus palabras son cautas—. Pero también fue valiente.

Giro el rostro hacia él y siento la imperiosa necesidad de tocarlo. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue que me sienta bien conmigo misma, como si no estuviera sola y tuviera a alguien en quien apoyarme.

Me muerdo el labio e intento no dejarme invadir por la oleada de emociones que llevo dentro.

Mi intención ahora es clara: necesito que Lavender vuelva a confiar en mí. No puedo quedarme con la imagen de sus ojos llenos de decepción, ni con sus palabras retumbando en mi cabeza como un martillo. He cometido un error, sí, pero no quiero que me vea como alguien irresponsable, como alguien que no merece estar en ese centro. Mi pasión son los animales.

Tengo que demostrarle que puedo hacer las cosas bien, que puedo dejar a un lado mis sentimientos, que no soy un riesgo para mis compañeros de trabajo.

El problema es que no sé cómo lograrlo. No sé qué pasos dar, ni por dónde empezar. Y mientras le doy vueltas a esa idea, otra me atrapa con la misma fuerza: Caleb.

Contengo un suspiro.

¿Qué hago con él? ¿Qué hago con la forma en que me mira, como si me atravesara? ¿Qué hago con la manera en que me tiembla el estómago cuando me sonríe? ¿Qué hago con este deseo ridículo de que se me acerque, de que me roce sin querer, de que pase tiempo conmigo?

Me siento idiota, porque no soy una adolescente, y, sin embargo, basta un gesto suyo para que mi mundo entero se tambalee.

El todoterreno se detiene frente a mi casa y me aferro al cinturón un segundo más de lo necesario. No quiero bajarme. Quiero pasar más tiempo con él. Quiero que vuelva a besarme, que me acaricie y que demos un paseo por el bosque… Aunque sea imposible. Ha llovido muchísimo y debe de estar todo enfangado.

Miro de reojo a Caleb. El silencio entre nosotros es denso, casi incómodo. No sé cómo despedirme de él, no sé qué palabras usar. Y al final, lo único que me sale es un susurro:

—Gracias por traerme.

Ni siquiera espero a que me responda. Abro la puerta con torpeza y salgo demasiado rápido, como si quedarme un segundo más a su lado fuera un peligro del que debo huir. Siento su mirada clavada en mi rostro mientras cierro la puerta del coche y la noto detrás de mi nuca cuando camino hasta la entrada, pero no me atrevo a girarme. Si lo hago, sé que seré incapaz de ocultar el torbellino de emociones que me invade desde que nos hemos acostado.

Porque sé que he traspasado los límites, y no hay marcha atrás.

Para bien y para mal.

Una vez en el lumbral de mi casa, cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella un momento, soltando un suspiro que me tiembla en el pecho. El silencio del hogar me envuelve, pero no es un silencio vacío: Rita corre hacia mí, moviendo la cola como si hubiera pasado un siglo desde la última vez que me vio.

—Hola, pequeña —le digo, y me agacho para recibirla.

Entierro la cara en su pelaje e inspiro hondo. Huele a perro, a hogar, a calma y a su champú de manzana. Ella me lame la mejilla como si quisiera arrancar de mí toda la tristeza, y me río un poco.

—Todo está bien, ¿verdad? —susurro, acariciándole las orejas. Y ella responde con un ladrido suave, como si me diera la razón.

Camino hasta el baño con premura. Abro el grifo de la ducha y dejo que el agua corra, golpeando la cerámica con un sonido que ya me reconforta. Me desnudo despacio, prenda a prenda, como si me desprendiera no solo de la ropa, sino también del peso del día.

Cuando entro bajo el chorro, cierro los ojos y dejo que el calor me acaricie la piel. El agua resbala por mi cuello, por mis hombros, por mi espalda, bajando hasta los pies con una fuerza que arrastra toda la sal. Mis músculos cansados se van rindiendo y se alejan de la tensión, el frío y el miedo que pasé cuando me vi sola en medio de la tormenta. Me quedo quieta, con las palmas de las manos abiertas, y dejo que el agua me alivie.

Respiro hondo, como si pudiera fundirme con ella y desaparecer.

Porque eso es lo que me gustaría hacer en este momento. Desaparecer.

Me froto los brazos y las piernas después de haberle echado jabón a la manopla. Me concentro en los detalles: el sonido de la lluvia golpeando el techo, el espejo empañado por el contraste de temperatura, el sonido monótono y relajante de la ducha, la sensación de que poco a poco me calmo, como si lo que ha pasado hoy fuera solo un mal sueño…

Cuando salgo, me envuelvo con una toalla suave. Tras secarme, me pongo un pijama limpio, amplio y cómodo y me recojo el pelo en

un moño improvisado. Camino descalza hasta la cocina, con Rita siguiéndome a cada paso.

Me preparo un chocolate caliente. Es un ritual. Pongo la leche en el cazo y la observo subir despacio, el calor impregnando el aire con un aroma familiar. Añado el cacao, remuevo hasta que se disuelve y aspiro el olor dulce y cálido, que tiene un toque avainillado. Es sencillo, pero me reconforta.

Me siento junto a la ventana con la taza entre las manos. Son más de las doce del mediodía, pero las espesas nubes hacen que parezca que está anocheciendo. Me pregunto qué estará haciendo Caleb. ¿Habrá regresado al astillero o habrá puesto rumbo a su casa para estar con Henry? Sé que tiene contratada a una niñera, Úrsula, por lo que no sé si este día de tormenta lo ha pasado con su abuelo o con ella.

Bebo un sorbo y el calor me invade desde dentro. Cierro los ojos y dejo que la dulzura me abrace. Y entonces mi mente vuelve a divagar.

Pienso en Lavender, en cómo recuperar su confianza, en cómo demostrar que valgo y que no volveré a cometer una locura. Y pienso en la foca, en ese pequeño mamífero al que he salvado… pero que ha supuesto poner en juego varias vidas.

Pero mis pensamientos terminan, inevitablemente, en Caleb. ¿Qué pensará él después de lo que ha pasado entre nosotros? Porque yo estoy hecha un lío. Por una parte me arrepiento. Siento que he roto la pequeña amistad que poco a poco se había formado entre nosotros. Sin embargo, por otra parte…, creo que era algo inevitable. Siempre ha habido tensión entre nosotros, desde el primer día que lo vi. Y estoy segura de que él sintió lo mismo. En su mirada no había visto rechazo ni arrepentimiento…, y sí deseo.

Y ese deseo me asusta tanto como me atrae.

Le doy otro sorbo a mi chocolate y respiro hondo. No tengo respuestas. Solo tengo esta mezcla de cansancio, miedo y deseo enredándose en mi interior.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sillón, con Rita respirando tranquila junto a mí. El chocolate se enfría poco a poco entre mis

manos, pero no me importa. Cierro los ojos y me dejo llevar por el calor y por el murmullo de la tormenta que aminora.

Sé que mañana tendré que decidir cómo actuar. Con Lavender. Con Caleb. Conmigo misma.

Pero, por hoy, solo quiero descansar.



16

Llamadas y reencuentros

IRIS

Me siento en el sofá con un libro abierto sobre las piernas, pero no leo nada. Las palabras se mezclan en mi cabeza con pensamientos intrusivos, pensamientos que pensaba que podría acallar con la lectura.

Han pasado tres días desde la tormenta, desde la foca, desde que Lavender me echó del centro por dos semanas…, desde que Caleb y yo nos acostamos.

No sé nada de Caleb. Ni una palabra. Ni un mensaje. Ni una llamada. Tampoco he sido capaz de escribirle.

Y con respecto a Lavender…, más de lo mismo.

Apenas salgo de casa. Solo lo justo: el supermercado, la farmacia y abrirle el patio a Rita para que salga. Siento que, de una forma u otra, he estropeado mi pequeña rutina en Southwest Harbor y que no hay forma de arreglarlo. Me había esforzado por dar una buena imagen de mí: trabajadora, comprometida y responsable. Sin embargo, he vuelto a cometer una imprudencia y temo que no puedan volver a mirarme con los mismos ojos. El miedo a que pase lo mismo que sucedió en Hoboken me aterra.

Me aterra tanto que prefiero estar encerrada en casa, sin tener contacto con nadie, a reunir el poco valor que tengo y enfrentarme a las consecuencias.

El timbre de mi teléfono móvil interrumpe el silencio. Lo miro y el nombre de mi madre aparece en la pantalla. Mi estómago se encoge y siento un nudo que me sube hasta la garganta. Sé que tarde o

temprano me iba a llamar, pero cada día que ha pasado sin tener una llamada perdida de ella ha sido como un pequeño alivio para mí.

Pero aquí está.

Llamándome. Y tengo que responder.

—Hola —contesto, intentando que mi voz suene neutra, aunque me tiemblen las manos.

—Iris… —Su tono es extraño, entre la cautela y la preocupación—. ¿Estás bien?

Me quedo en silencio un momento, dudando entre darle una excusa para colgar o enfrentarme a ella, como tantas veces he querido. Pero algo me detiene. Algo en su voz, en ese hilo de preocupación que no esperaba sentir, me hace sostener el teléfono con más firmeza.

—Sí…, estoy bien —respondo al fin, con la voz más firme de lo que me siento—. Solo… ocupada.

—He estado pensando en ti —continúa—. Quería saber cómo vas, cómo llevas tu nueva vida en Southwest Harbor.

Las palabras flotan en el aire, pero no traen consuelo, solo una mezcla de irritación y tristeza. No es que quiera que ella se preocupe por mí: decidió mirar para otro lado cuando más la necesitaba, cuando mis amigas y el escándalo de mi clínica veterinaria terminaron por hacerme sentir una desgraciada.

Y, aun así, sé que es mi madre y que nos une algo que no se puede romper.

Hay un silencio al otro lado que me hace sentir más pequeña de lo que quiero admitir. Me doy cuenta de que no sé qué decir, que no sé si quiero decir algo para no ofrecerle detalles sobre mi nueva vida. La soledad, la ausencia de rutina en mi vida desde que estoy suspendida de trabajo, la culpa y el miedo que llevo dentro estos tres días me pesan como una losa.

—Iris…, sé que he cometido errores —dice al fin, y su voz tiembla —. Y no espero que me perdones ahora, ni que hablemos de inmediato; solo quería saber que estás bien, que te va bien y que eres feliz.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo. La verdad es que sus palabras me sorprenden y me agradan. Quiero creerla. Quiero creer

que se arrepiente de no haber estado en uno de los peores momentos de vida, sin contar el fallecimiento de mi padre, pero no es la primera vez que pide disculpas y luego vuelve a cometer el mismo fallo. Mi madre es un ser egoísta por naturaleza, quizá incluso algo superficial, pero nunca me ha faltado nada para cubrir mis necesidades básicas.

Lo que ella no sabe es que también he tenido necesidades afectivas que mi padre se encargó de atender… hasta que falleció.

Mi madre lo pasó bastante mal con la muerte de mi padre. Se encerró en sí misma e intentaba que lleváramos la misma rutina de siempre, como si mi padre hubiese estado de viaje en vez de haber fallecido. Eso había hecho que el duelo se extendiera y fuera mucho más doloroso.

—Estoy bien —repito—. Tengo que dejarte. Gracias por llamar.

¿Gracias por llamar? ¿En serio? Suspiro y dejo caer los hombros.

Estoy segura de que mi madre asiente, porque al otro lado no se escucha nada. Y mientras cuelgo, siento un extraño peso liberarse y al mismo tiempo un vacío que nadie puede llenar.

Vuelvo a mirar el libro abierto en mi regazo, la excusa que he utilizado para dejar de pensar, de estar en mi interior y centrarme en el presente, en la lectura. Y aunque no haya funcionado, el hecho de tocar las páginas, de olerlas y sentirlas hace que me relaje un poco. Cierro el libro y lo coloco en la mesita de enfrente.

Miro por la ventana y veo la calle vacía, la luz del mediodía colándose entre las persianas. Pienso en las ganas que tengo de saber algo de la foca que salvé, de que pasen estas dos semanas con rapidez para regresar al trabajo y volver a tener una vida más allá de estar encerrada entre cuatro paredes.

Mi mirada recae en la estantería frente al sofá. Algunos libros están torcidos, otros cubiertos un poco de polvo. Pienso que debería decorar un poco más el salón. Le hace falta calidez, mi sello de identidad. Apenas he puesto alguna foto de mi padre, de mi madre y de Rita.

Me incorporo y camino hasta la cocina, donde lleno un vaso de agua y me lo bebo antes de regresar al sofá. Rita me sigue con

pasos suaves, sus ojos oscuros fijos en mí, ofreciendo compañía silenciosa y constante. Sonrío y la acaricio.

—¿Qué haría yo sin ti?

Me recuesto de nuevo, cojo el libro e intento concentrarme en la lectura, pero cada frase me parece ajena, como si mi mente fuera incapaz de seguir la historia. Mis pensamientos se pierden entre la culpa, la frustración y un deseo profundo de arreglar lo que he provocado.

Lavender, Caleb, la foca…, todo se mezcla en un nudo que no sé deshacer.

Rita se acurruca a mi lado, y su calor me recuerda que hay cosas que no se rompen, que hay pequeños refugios que permanecen firmes cuando todo lo demás falla. La acaricio despacio y noto cómo su respiración se relaja, cómo su presencia me permite, por un momento, respirar sin que el nudo en el pecho me ahogue.

Suspiro y cierro el libro una segunda vez. Quizás hoy no necesito leer, quizás hoy solo necesito estar aquí, con Rita, acostumbrarme al silencio y hacer algún plan que me permita despejarme. Mis dedos rozan la cubierta, y por primera vez en días, siento que no estoy completamente perdida.

El teléfono vibra de nuevo, pero se trata de un nuevo desconocido. Lo ignoro. Me concentro en el presente, en la casa que huele a limpio, a madera y a canela. Camino hacia la ventana y miro el puerto a lo lejos, imaginando que todo sigue su curso, que Caleb está trabajando en sus barcos y que Lavender se asegura de que los animales estén atendidos.

Y mientras me quedo allí, de pie, pienso en la posibilidad de hacer algo diferente, de tomarme estas dos semanas como unas pequeñas vacaciones en vez de como un castigo. No tengo por qué reprocharme una y otra vez el mismo error. He aprendido, sé que no volveré a poner en peligro a nadie, ni siquiera a mí misma.

Miro a Rita.

—¿Quieres que demos un paseo por el pueblo?

Mi perra se incorpora casi de un salto y da dos vueltas. Luego me mira con excitación.

—Venga, vamos. Quizá podamos comprar algo rico para cenar —pienso en voz alta mientras me quito las zapatillas de estar por casa y busco mis botas marrones—. ¿Qué te parece si decoramos la casa para Halloween? Quizá los niños vengan a pedir caramelos…, y solo quedan un par de días.

Rita me espera en la puerta, sentada y moviendo la cola.

Cojo mi parka y voy hasta ella.

—Muy bien. No se diga más.

Respiro hondo y, por un instante, dejo que mi mente se libere de todo lo que la ha estado asfixiando estos días. Basta de vueltas y de pensamientos que me arrastran hacia atrás. Ya está bien de darles demasiadas vueltas a Caleb, a Lavender, a los errores y a la culpa.

Hoy toca disfrutar.

Mi primer destino es una de esas tiendas de artesanía local de las que Southwest Harbor está lleno. Adoro perderme entre estantes de objetos hechos a mano: calabazas de madera, pequeñas guirnaldas de luces, velas con formas de fantasma o sombrero de bruja… Algo que dé a la casa un aire festivo. Mi padre siempre celebraba Halloween en casa. A veces hacía una pequeña fiesta con comida, música y disfraces. Mis amigos del colegio venían y pasábamos un buen rato. Él también se disfrazaba, aunque mi madre lo consideraba *«innecesario y cutre»,* según sus propias palabras.

Entro en una tienda pequeña y un aroma a madera recién barnizada y a cera perfumada me envuelve. Paso los dedos por varias figuras, decidiendo cuáles podrían quedar bien en la entrada y cuáles sobre la mesa del salón, hasta que me decido por unas guirnaldas de calabazas en miniatura y un par de velas con forma de fantasma. Son sencillas, pero me sacan una sonrisa.

Después de pagar, me dirijo a otra tienda donde puedo encontrar productos locales. Cojo una bolsa de manzanas redondeadas que parecen brillar bajo la luz, unas calabazas pequeñas para preparar un bizcocho, harina de trigo, panecillos recién horneados y un par de trozos de queso. Tampoco puedo resistirme a unos pastelitos de leche con arándanos. Además, veo que venden empanadas, y me animo a comprar una pequeña para cenar.

Antes de volver a casa, y con Rita siguiéndome, decido darme un capricho. Veo una cafetería cerca del puerto y no puedo resistirme. Pido un café bien caliente y un *croissant* de chocolate. Rita se acerca a unas macetas para olerlas cerca de la mesa en la que me siento fuera, y dejo que el aroma a café recién molido me inunde, mezclándose con el olor a la masa dulce del *croissant*.

Mientras doy el primer sorbo, la puerta de la cafetería se abre y sale un niño. Mi corazón da un pequeño vuelco: es Henry, el hijo de Caleb. Luce emocionado, con una mochila colgando de un hombro y una sonrisa traviesa. Lo sigue una mujer joven, guapa, de cabello rubio y suelto y una chaqueta verde que combina perfectamente con el otoño que se refleja en las hojas de los árboles perennes.

No la reconozco, aunque Henry parece completamente cómodo a su lado. Se sientan en una mesa cercana y la observo mientras ella le habla con paciencia y cariño. Es una chica más joven que yo, con unos grandes ojos azules maquillados de forma muy natural, y mientras Henry se toma un refresco, ella toma un café.

Henry se ríe de algo que ella dice, y ella le devuelve una sonrisa cálida.

De repente, Henry alza la cabeza y me ve. Sus ojos se iluminan al instante y una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro. Antes de que pueda reaccionar, se levanta de un salto y corre hacia mí.

—¡Iris! —exclama, y se lanza a abrazarme con toda la energía que tiene, como si verme fuera una de las mejores cosas que pudiera pasarle hoy.

Me envuelve con fuerza, y siento que su entusiasmo desbordante me contagia.

La mujer que lo acompaña, que debe de ser la niñera, frunce el ceño y cruza los brazos al vernos. Sus ojos azules me escrutan con una mezcla de desconfianza y recelo; cada gesto suyo es contenido, serio, como si quisiera marcar la distancia entre nosotras. No sonríe, no dice nada, solo observa con tensión y los dedos apretados alrededor de su vaso de café, dejando claro que no está nada cómoda con el hecho de que Henry se me haya acercado.

Henry parece no notar la rigidez de la mujer; sigue aferrado a mí un instante más y me suelta solo cuando se da cuenta de que ella

nos mira. Su sonrisa permanece, llena de travesura e inocencia, mientras la niñera mantiene su postura firme, vigilante, evaluando cada uno de mis movimientos.

Henry me mira con ojos brillantes. Son idénticos a los de su padre. Tienen la misma forma, y me hacen sentir que estoy delante de una versión joven de Caleb.

—¡Iris! ¿Dónde has estado? ¡Llevo mucho tiempo sin verte! —exclama Henry con entusiasmo—. ¿Cuándo vamos a volver a dar otro paseo por el bosque? Tú, yo… y papá.

La niñera frunce el ceño, pero no dice nada.

Le acaricio la mejilla a Henry y le envuelvo bien el cuello con la bufanda naranja que lleva.

—Sí…, ha pasado demasiado tiempo, Henry. Me encantaría volver a hacerlo pronto —respondo, y entrelazo sus dedos con los míos. No le digo que nada me gustaría más que dar un paseo con él… y con su padre, a quien no veo desde el incidente de la tormenta.

Henry da un pequeño saltito de emoción.

—¡Se lo diré a papá! —añade él, con ese tono solemne que solo los niños pueden usar para hacer un trato oficial—. Está trabajando en el astillero, por eso estoy con Úrsula. Ella me cuida desde que mi madre falleció.

La niñera, que se ha puesto en pie, junto a su mesa, cruza los brazos con firmeza y aprieta los labios. Sus largas piernas están enfundadas en unos pantalones vaqueros que le sientan de maravilla. Sus ojos azules me recorren de arriba abajo, evaluando cada uno de mis movimientos. No hay ni un atisbo de sonrisa; su postura es rígida, cada gesto contenido, como si quisiera mantenerme a raya, proteger a Henry y alejarlo de mí.

Contengo un suspiro y me centro en el niño, quien parece ignorarla por completo y me mira solo a mí, lleno de ilusión, con sus manos aún temblando ligeramente de emoción. La brisa de otoño mueve un mechón de su cabello castaño.

—¿Vienes a sentarte con nosotros? —pregunta, apuntando hacia la mesa—. Podemos planear nuestro paseo… y esta vez tú eliges el camino.

Me río suavemente; nada me apetece más que dejarme llevar por su entusiasmo. Sin embargo, después de lo que ha pasado entre su padre y yo, no estoy del todo segura de si Caleb reaccionaría bien si me uniera a uno de sus paseos.

—No, gracias; voy a volver a casa con Rita —le respondo—. Pero te prometo que la próxima me sentaré contigo y nos tomaremos algo, ¿de acuerdo?

El niño asiente varias veces, y cuando voy a despedirme de él, cambia de tema con rapidez.

—¿Te he dicho que vamos a hacer una fiesta de Halloween en casa de mi abuelo?

Abro los ojos de par en par y exagero mi reacción.

—¿En serio? ¿Y de qué te vas a disfrazar?

Henry se inclina hacia mí con complicidad y una sonrisa enorme.

—¡Es una sorpresa! —responde con entusiasmo—. ¡No se lo he dicho a nadie!

Ríe con tanta fuerza y hay tanta alegría en sus palabras que consigue que sienta nostalgia de cuando mi padre hacía las fiestas de Halloween. Una punzada de dolor y añoranza me oprime la garganta.

—¿Luego os vais a pasar por las casas para pedir caramelos? —pregunto, animada por su emoción.

Sus ojos se iluminan aún más.

—¡Claro! —exclama—. Todos los niños del barrio vamos a ir luego calle por calle a pedir caramelos con algunos padres. ¡La casa de mi abuelo va a estar decorada por todas partes! Con calabazas iluminadas, esqueletos colgantes y un montón de juegos. Algunos se disfrazan de brujas, otros de vampiros o esqueletos, y habrá música y carreras por el jardín. Papá dice que incluso habrá una pequeña búsqueda del tesoro con linternas.

Henry se pone de puntillas y extiende los brazos, como si quisiera explicar la magnitud de la fiesta.

—Tengo que invitarte oficialmente —dice, haciendo una reverencia exagerada, como si yo fuera la invitada más importante del mundo —. ¡Tienes que venir!

La niñera observa la escena con gesto contrariado, pero parece que no se atreve a interrumpir. Mantiene la postura rígida, cruzada de brazos, y su mirada azul me sigue con recelo, evaluando cada palabra que digo y cada gesto que hago. Henry, por supuesto, no parece notarlo.

—Te espero allí —añade él, y baja la voz para hablar como si compartiera un secreto—. Papá…

Úrsula lo interrumpe de inmediato.

—Henry, tenemos que irnos.

La sonrisa de Henry se desvanece un poco al escuchar la voz firme de Úrsula, pero antes de separarse me abraza de nuevo con fuerza, como si quisiera alargar el momento un instante más.

—Te espero en la fiesta —me susurra con entusiasmo, casi riendo —. ¡Y ve disfrazada!

Se suelta con cuidado y me dedica un último guiño, lleno de complicidad infantil. Luego toma la mano de Úrsula. Él mira hacia atrás un par de veces mientras la mujer lo conduce hacia la zona de parking. Observo cómo se alejan, él lleno de felicidad, entusiasmado por haberme vuelto a ver. Yo me quedo con la sensación de que Henry me está importando más de lo que debería.

Y Caleb.

Y Lavender.

¿Cómo ha pasado todo esto? ¿Cómo han llegado a importarme tanto esas tres personas?

Permanezco allí, inmóvil, mirando cómo desaparecen de mi vista mientras el aroma a café recién hecho y masa dulce se funde con el aire fresco del puerto. Siento una mezcla de ternura y nostalgia, de alegría y cierta tristeza que me aprieta el pecho. Recuerdo ese día que fuimos de senderismo. Parece como si hubiera pasado mucho tiempo.

Mientras camino de vuelta a casa junto a Rita, me acuerdo de Silas Crowley, el padre de Caleb. Me encantaron sus historias, y, la verdad, haría casi cualquier cosa por volver a oír una de ellas. Quizá, la fiesta de Halloween sea la oportunidad perfecta para disfrutar una vez más de su compañía. Sin embargo, Caleb va a estar allí. Y no estoy segura de que vaya a gustarle que me presente.

Además, no sé nada de él desde que nos acostamos.

Intento no darle muchas vueltas, pero creo que el hecho de que no me haya llamado me deja saber claramente qué piensa él de lo que pasó. Porque puede conseguir mi número, se lo puede pedir a Lavender. Una sensación de desasosiego me invade, aunque no permito que me dure mucho tiempo.

Miro a Rita y sonrío.

El aire frío del puerto todavía me acompaña cuando abro la puerta de casa y dejo que Rita entre corriendo hacia la cocina. Se sacude un poco, como si quisiera desprenderse de la energía del paseo, y se acomoda en su manta favorita. Yo me quito la parka despacio, todavía con la sensación de los brazos de Henry rodeándome.

Camino hasta la ventana y decido que voy a hacer un bizcocho. Al menos estaré ocupada durante la siguiente hora sin pensar una y otra vez en lo mismo. Aunque antes coloco las bolsas de la compra.

Saco las velas, con olor a canela, y coloco las guirnaldas de calabazas en la entrada. La luz cálida me reconforta más de lo que esperaba. Pongo música suave en el móvil y empiezo a preparar un bizcocho de calabaza con las compras de la mañana. El olor a especias llena la cocina, y por un instante me siento como si acabara de volver del trabajo y nada hubiera pasado.

Mientras bato la mezcla, el teléfono vibra sobre la encimera. Me detengo y me inclino para ver quién es.

Número desconocido.

Mi primer impulso es dejarlo sonar hasta que se detenga, pero siempre temo que sea una llamada importante y me arrepienta más tarde de no haber respondido. Respiro hondo y deslizo el dedo sobre la pantalla.

—¿Hola? —Mi voz suena un poco temblorosa.

Al otro lado, una voz conocida, grave y calmada, rompe el silencio:

—Hola, Iris.

El estómago se me encoge. La voz de Caleb es profunda y masculina, con un timbre que transmite seguridad y calma, pero ahora lleva un matiz contenido, casi vulnerable, como si no estuviese convencido del todo de que haya sido buena idea llamarme. Tiene un tono grave y pausado, como esas películas que te enganchan

más por la voz penetrante del protagonista que por el argumento en sí.

—Hola… —respondo. Me humedezco los labios—. Pensaba que no me llamarías.

—Yo… —Caleb se aclara la garganta—. La verdad es que hasta el último momento no me he armado de valor para hacerlo —admite.

Siento que se me nubla la vista y parpadeo un par de veces. No me esperaba su llamada; de hecho, pensaba que no me iba a llamar en ningún momento. No sé muy bien qué decir o qué me quiere decir él a mí.

—Estoy… ocupada. Preparando algo de comer. —Trato de sonar casual, aunque a cada palabra mi voz tiembla un poco.

—Mmm… Entiendo —dice él, con un suspiro—. No quiero molestarte, Iris. Solo… he pensado que quizás querrías hablar. Hace tres días que no sabemos nada el uno del otro.

Me quedo en silencio, con los ingredientes echados en un bol y la batidora aún guardada. Su voz, tan profunda y cálida, se cuela por el teléfono y me hace olvidar que estoy sola en la cocina. Es extraño cómo algo tan simple como un timbre de voz puede hacer que mi corazón se acelere.

—¿Quién te ha dado mi número? —pregunto.

—Lavender —admite después de estar en silencio unos segundos —. He tenido que inventarme una buena excusa para que no sospechara nada, aunque ella cree que te llamo para saber cómo estás después de tu… escapadita en plena tormenta.

«Para que no sospechara nada…». Estupendo.

Me encuentro dividida entre querer cuestionarle por qué no quiere que nadie se entere de que hay algo entre los dos y sentirme agradecida de que, para los demás, todo sigue igual, que nada ha pasado entre Caleb y yo.

—Oh, genial —susurro.

—Lavender te echa de menos, Iris.

—¿Te ha dicho algo? —me atrevo a preguntar.

—No, pero la conozco, y sé que tampoco ha sido fácil para ella.

—Lo sé —digo.

Y lo digo de verdad. Yo fui la que la lio, la que decidió que estaba bien poner mi vida en peligro para rescatar a una foca, la que no pensó en las consecuencias a la hora de coger una lancha del trabajo. Lancha que, por cierto, acabó destrozada por la tormenta.

Y todo esto sin contar con que puse también la vida de otra persona en peligro.

La de Caleb.

Sí, definitivamente fui yo la que se metió en este lío.

El peso de mis acciones me hace sentir un pellizco en el pecho. Cierro los ojos y apoyo el teléfono contra mi oído. La respiración de Caleb es un poco irregular, como si él también se sintiera un poco perdido. Sin embargo, cada palabra suya me atraviesa con fuerza, con un calor extraño que se instala en mi pecho. No necesito verlo para sentir que está aquí, pendiente de mí, atento a cualquier temblor de mi voz.

—Yo… te he echado de menos también, Iris —dice finalmente, y hay un deje de vulnerabilidad en su voz que no le he escuchado hasta ahora—. Solo quería que lo supieras.

Mi corazón da un vuelco. De todas las cosas que podía haberme dicho, esta es la que menos me esperaba. Me quedo en silencio y me pregunto si de verdad lo ha expresado en voz alta o si son imaginaciones mías.

—Yo… también… —empiezo, y la palabra tiembla un poco—. Yo también te he echado de menos.

Hay un silencio breve pero lleno de significado. Es como si, de repente, una conversación que iba a ser trivial se hubiera convertido en algo mucho más íntimo. Puedo imaginarlo sentado, cerca de alguna pieza de un barco, con el teléfono pegado a la oreja, y por alguna razón eso me hace sonreír. Su voz suena profunda y sin ruido. Eso quiere decir que está solo.

—No quiero presionarte —dice él—, ¿pero no crees que deberías ir a ver a Lavender?

No digo nada, pero sé que tiene razón. Sé que debería ir al centro y hablar con Lavender. No por buscar, ni mucho menos, que me levante la sanción: solo por arreglar las cosas entre nosotras. Estábamos construyendo una bonita amistad y siento que hemos

dado un par de pasos atrás por culpa de mi magnífica decisión de ir a salvar una foca en plena tormenta.

Decisión de la que, aunque no vaya a admitirlo en voz alta delante de nadie, no me arrepiento.

Solo me arrepiento de haber puesto en peligro la vida de Caleb. Y de haberme llevado una lancha sin permiso.

—Sí —admito—. Mañana iré a verla.

Él ríe suavemente, y la risa es baja, cálida, como un roce inesperado que deja un cosquilleo en mi piel.

—Puedes hacer lo que quieras, Iris. Es solo una sugerencia.

Mi respiración se hace un poco más rápida.

—No, ya, ya lo sé —me apresuro a decir—. Es solo que… no es fácil admitir una vez más que cometí una locura.

—Lavender no es rencorosa, así que no te lo va a echar en cara otra vez. Pero te aprecia, y sé que le haría ilusión verte por allí. Puedes tomarte un café con ella.

Me muerdo la lengua para no decir que, de camino, podríamos vernos nosotros también.

Pero no lo hago. No quiero presionarlo ni quiero dejar ver lo mucho que me apetece estar con él.

Cierro los ojos, y por un instante puedo sentir su cercanía. No es real, pero es suficiente para que mi corazón se acelere y un calor inesperado suba por mi pecho y se extienda por mi cuerpo. Puedo imaginar sus labios curvándose en una sonrisa suave, la manera en que su voz acaricia cada palabra, pausada, medida, sensual.

—Me acercaré —le prometo con un hilo de voz.

—Bien —responde, casi al instante, y su tono se suaviza todavía más—. ¿Vas a venir a la fiesta de Halloween? Henry me ha dicho que te ha invitado y que debo llamarte para asegurarme de que vas a venir.

Contengo una sonrisa y miro el suelo de la cocina.

—¿Tengo que ir disfrazada?

—Por supuesto que tienes que ir disfrazada. Eso ni se pregunta.

Ambos nos reímos, y me pregunto de qué irá él vestido. Porque supongo que, si yo me disfrazo, él también lo hará. Yo obligaba a

mis padres a disfrazarse cuando era la fiesta de Halloween. Mi padre siempre lo había hecho de buena gana. Mi madre, a regañadientes.

Me quedo en silencio y por un momento me olvido de la cocina, del bol de ingredientes, de la batidora… Solo existimos nosotros dos y esta extraña necesidad que me asfixia por no tenerlo cerca de mí y no poder tocarlo.

—¿Y tú de qué vas a ir? —me animo a preguntar.

—Todavía no lo he decidido —admite él—. Aunque Henry ya lo tiene claro. Lleva una semana entera planeando su disfraz, pero no puedo decirte nada. Quiere que sea una sorpresa.

—¿Y, si te prometo no decir nada, me lo dirás?

—No —responde rotundo—. No quiero que se te escape y aguantar los reproches de Henry durante dos semanas.

Me río y me imagino la escena en mi cabeza, como si estuviese allí con ellos. Luego un cómodo silencio nos rodea y sé que es la hora de colgar.

—Me alegro de que hayamos hablado un poco, Iris —dice entonces, más serio, bajando un poco el tono.

Me arde la garganta por el esfuerzo que hago por no decir nada, por no pedirle que se quede un par de minutos más al móvil, hablándome.

—A mí también —susurro.

Otra pausa. Y entonces lo escucho suspirar.

—Ojalá pudiera seguir, pero tengo que volver al trabajo —se justifica con un deje de fastidio—. Estoy en el despacho y ya debería estar liado con unos papeles.

—Entiendo —respondo rápido para intentar que no se me note la decepción.

—Piénsate lo de Lavender, ¿de acuerdo?

—Iré. Mañana mismo. Te lo prometo —le aseguro.

Él hace un sonido ronco y escucho que mueve unos papeles.

—Bien. Cuídate, Iris. Te espero en la fiesta de Halloween. Luego te enviaré un mensaje con la hora.

Asiento a pesar de que él no puede verme.

—Vale.

—Adiós, Iris.

Cuelga y me quedo mirando la pantalla en negro del móvil. La cocina parece demasiado silenciosa de pronto, pero escucho las patitas de Rita y sonrío. Algo dentro de mí ha cambiado. La llamada de Caleb me ha dado el empujón que necesitaba para armarme de valor y dejar de estar encerrada en mi casa, como si me diera miedo salir y enfrentarme a las consecuencias de mis acciones.

Apoyo los codos sobre la mesa y dejo que la calma me envuelva. Antes de llegar aquí, pensaba que mi marcha sería cuestión de tiempo, que mi vida estaba en otra parte, aunque no había sabido dónde exactamente. Todo lo que hacía era provisional: la casa, el trabajo, los paseos… Pero ahora…

Ahora no me parece tan sencillo.

No he vuelto a mirar otro destino en internet para seguir con mi ruta. Al contrario. Cada vez que la voz de Caleb aparece al otro lado del teléfono, siento que hay algo aquí que me retiene, algo que empieza a pesar más que cualquier plan anterior. Y aunque aún no sé qué nombre ponerle, lo cierto es que ya no me imagino marchándome tan fácilmente.



17

Voces conocidas

IRIS

El aire de la mañana está impregnado de ese olor salobre que solo tiene la costa en octubre, cuando el viento arrastra las mareas más frías hasta la orilla y las hojas empiezan a teñirse de tonos ocres y rojos. Cierro la puerta de casa después de despedirme de Rita y me guardo las llaves en el bolsillo de la chaqueta, todavía con la sensación de que salgo a trabajar como tantas otras veces, aunque sé muy bien que no es así.

El camino hasta el centro de rescate ya lo conozco de memoria. Apenas veinte minutos andando, bordeando el puerto y siguiendo la carretera que se estrecha al salir del pueblo. A cada paso, las botas se hunden un poco en la grava húmeda del arcén. El cielo está cubierto de nubes bajas que amenazan con soltar llovizna en cualquier momento, y, por un instante, siento que todo está igual que el día de la tormenta.

La tormenta.

Sacudo la cabeza para apartar el recuerdo. No quiero revivir la ráfaga de lluvia cortándome la piel, ni el frío calándome los huesos, ni el grito del viento mientras intentaba rescatar a la foca. Lo hice por instinto, porque no podía dejar a esa cría de foca sola en el rompeolas, pero sé que tampoco fue lo más correcto ni lo más sensato.

A lo lejos, la silueta del centro aparece: un conjunto de edificios bajos, revestidos de madera gris, con grandes ventanales que dan hacia las piscinas de rehabilitación. A su alrededor, el bosque

comienza a cerrarse, protegiéndolo del mar abierto. Verlo otra vez me aprieta el pecho. Es como regresar a una casa de la que me han echado. Trago saliva y cojo aire antes de seguir avanzando.

Al atravesar la verja de hierro, el sonido familiar me envuelve: el chillido agudo de las gaviotas, los ladridos roncos de los leones marinos y el chapoteo rítmico en las piscinas. El olor a pescado fresco y a yodo impregna el aire. Por un segundo me quedo quieta, solo escuchando, solo dejándome rodear por esta vida que tanto extraño.

Una voz a mis espaldas me saca del trance.

—¿Iris?

Me giro y veo a Lily, la hermana de Lavender y una de las veterinarias, con el pelo recogido en una coleta alta y un cubo de pescado en la mano. Sus ojos se abren de sorpresa, y después sonríe con calidez.

—¡Pensaba que no volvías hasta dentro de unos días!

—Se supone que todavía no debería estar por aquí —respondo, con una sonrisa torpe—. ¿Cómo va todo?

Lily esboza una pequeña sonrisa compasiva. Luego suspira.

—Ajetreados, como siempre. Tenemos tres crías nuevas y un pelícano que no se deja tocar ni de lejos. Pero… —baja la voz— se te echa de menos.

Aprieto la correa del bolso contra el hombro.

—Solo he venido a saludar. A ver cómo están los animales… y tu hermana.

—Creo que está en su despacho, pero no te lo puedo asegurar. Ya sabes que siempre está de un lado a otro. Siéntete como en tu casa y búscala. —Luego se acerca para susurrarme algo—. Pásate a ver a tu foca rescatada.

Asiento y, tras darle las gracias, Lily se aleja hacia las piscinas. Avanzo hasta el edificio principal, donde está el despacho de Lavender.

La puerta está entreabierta y, al empujarla, el olor a café recién hecho me envuelve. Allí está Lavender, de pie frente al escritorio lleno de carpetas. Tiene el cabello lila recogido en un moño alto y el ceño fruncido mientras lee algo.

—Buenos días —saludo, dudando en el umbral.

Ella levanta la vista y su gesto se suaviza, aunque no del todo.

—Iris. No esperaba verte.

Entro despacio y me siento frente a su escritorio cuando ella me hace un gesto con la mano.

—Solo quería… pasar a ver a los compañeros y a los animales.

Lavender deja los papeles a un lado y me sostiene la mirada. Sus ojos marrones siguen teniendo esa calidez con la que la conocí a pesar de estar aparentando seriedad y distancia. Me apetece darle un abrazo, pero sé que no es el momento.

—Sé que la suspensión es dura para ti —dice, sin rodeos—. Pero sé que entiendes por qué he tenido que hacerlo.

Asiento despacio.

—Sí. Lo entiendo. Y no vengo a hablar de mi suspensión. Solo… quería saludar a mis compañeros, ver los animales y… hablar contigo.

—Siempre serás bienvenida, Iris —suspira—. Puedes pasarte cuando quieras, pero no te voy a levantar la sanción. A pesar de que tu entrega es incuestionable, el rescate no consiste solo en lanzarse al mar. También es pensar en la seguridad del equipo, en los protocolos. Si algo te pasa, no es solo tu vida la que está en juego.

Guardo silencio, aceptando la reprimenda como tantas otras veces, aunque esta pesa un poco más.

—De todas formas —continúa, inclinándose un poco hacia mí—, nadie duda de tu pasión. Ni yo. El centro siempre es un lugar mejor contigo aquí.

Las palabras me hacen un nudo en la garganta, y siento que me cuesta respirar.

—Gracias. No sé qué sería de mí sin este sitio.

Se hace un silencio cargado, y después ella se permite una sonrisa breve.

—Ve a verlos. A los animales. Les viene bien tu visita. Y, por cierto…, te espero el treinta y uno de octubre aquí, por la mañana. Vamos a hacer una colecta de fondos y necesito que todos mis trabajadores estén aquí. Te mandaré un mensaje con la información entre hoy y mañana.

Salgo con el corazón un poco más ligero. y antes de cerrar la puerta ella me guiña un ojo. Ese pequeño gesto me llena de esperanzas de volver a recuperar la buena relación que teníamos.

Cruzo el pasillo hasta el área de rehabilitación y el calor húmedo del interior me envuelve. Allí están las piscinas cubiertas, donde varias crías de foca se zambullen torpemente. Una de ellas alza la cabeza, con los ojos grandes y redondos, y suelta un chillido breve. Miro sus heridas curadas y siento una punzada de esperanza en el pecho.

Es ella.

La foca a la que rescaté en la tormenta.

Me agacho junto a la piscina, apoyando la palma de la mano contra el cristal frío.

—Hola, pequeñita —murmuro—. Ya veo que estás estupenda.

La foca me observa unos segundos más, pero luego decide que no soy lo suficientemente interesante para prestarme más tiempo su atención, lo que me saca una sonrisa.

Paso un buen rato recorriendo el lugar: las jaulas de aves marinas heridas, tortugas casi recuperadas por heridas de barco y alcatraces, entre otros animales: cada uno tiene su historia, y puedo recitarla de memoria. Es como repasar la biografía de viejos amigos a los que les sigues la pista muy de cerca.

En una de las salas me encuentro con Thomas. Nunca hemos tenido una relación cercana, pero me parece un hombre bastante simpático. Siempre lleva el pelo castaño peinado hacia atrás, o al menos la mayoría de las veces, y gafas de vista que hace que sus ojos se vean muy pequeños a través de los cristales. Está haciendo inventario.

—Oh. Buenos días, Iris.

—Hola, Thomas.

Él aprieta la hoja de registro contra su pecho delgado.

—Me enteré de lo que hiciste, Iris.

Suspiro con pesadez y me encojo de hombros.

—Sí, fue una imprudencia. Lo sé —susurro.

—Oh, no, no. No te estoy regañando, ni mucho menos. No se me ocurriría —señala con rapidez—. Es solo que… te admiro —termina

por decir. Sus palabras me sorprenden por completo. No me las había esperado—. A mí me habría gustado hacer lo mismo si hubiese estado en tu lugar. Bueno, en verdad me ha pasado unas cuantas veces, pero me podía más el miedo a que me echaran del trabajo que salvar una vida. —Thomas se encoge de hombros—. Bueno, tengo que seguir. Espero verte pronto, Iris.

Y con esas palabras me da la espalda y continúa con su tarea. La verdad es que no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba unas palabras de apoyo, unas palabras que, hasta que Thomas no las había formulado en voz alta, me confirmaran que no había estado tan mal mi pequeña aventura. Sentí que, al menos para él, no era una insensata irresponsable, sino alguien que había tenido el valor de hacer lo correcto. Y esa sensación, tan simple y tan inesperada, me reconcilió un poco conmigo misma.

Me despido de mis compañeros y salgo al exterior. El cielo empieza a abrirse entre nubes y el sol calienta un poco mi rostro. El aire fresco me recibe con un golpe de humedad salada que me llena los pulmones y me hace sentir los labios secos. El olor a mar, siempre presente, se mezcla con ese aroma a tierra mojada tan propio de Maine.

Me detengo un segundo en los escalones del centro de rescate y alzo la vista: entre las nubes grises empiezan a asomar retazos de azul pálido, y por un instante me parece que vuelvo a ser la misma Iris, que salgo del trabajo para ir a casa con Rita, como si nada hubiese pasado.

Al llegar a casa, Rita me recibe con sus patitas repiqueteando contra el suelo. Se mueve con una energía contagiosa, agitando la cola agitada, y no puedo evitar sonreír al verla. Le acaricio la cabeza y dejo mi bolso sobre la mesa antes de dejarme caer en el sofá. El silencio de la sala, apenas roto por el golpeteo ocasional de las ramas en las ventanas, me envuelve. Cierro los ojos un momento, pero la invitación a la fiesta de Halloween aparece en mi mente como un recordatorio inevitable.

Abro los ojos de repente.

Claro, la fiesta.

Necesito un disfraz.

La idea me hace sonreír, aunque también trae consigo un pequeño problema: no tengo nada con qué disfrazarme. En la maleta con la que vine apenas traje ropa de trabajo, un par de jerséis y poco más. Me muerdo el labio, me levanto y cojo el móvil. Quizá haya alguna tienda en Southwest Harbor que tenga algo sencillo.

Tecleo con rapidez en el buscador *«Disfraces cerca de mí».* La pantalla me devuelve resultados escasos. Farmacias pequeñas, una tienda de regalos en el puerto…, nada demasiado útil. Sigo deslizando con el dedo y, al cabo de unos segundos, aparece un nombre repetido en varias entradas: *«Bar Harbor».*

Me quedo mirando la pantalla un instante. Leo comentarios en internet sobre ese pueblo. Todos lo describen como el lugar animado de la isla, lleno de turistas en verano y de vida en cualquier época del año. Tiendas, cafeterías, restaurantes…, un contraste absoluto con la calma de Southwest Harbor. Si de verdad quiero un disfraz, parece que no me queda otra opción.

Suspiro, me levanto y me dirijo a la cocina. Preparo un café rápido mientras pienso en mis posibles disfraces y en las pocas ganas que tengo de coger el coche en ese momento. Mi plan, al salir del centro, había sido quedarme en casa, tumbada, mientras veo una película o leo un libro.

El sonido de la cafetera cuando el agua hierve hace que salga de mis pensamientos. Cojo una taza, me sirvo café y me apoyo en la encimera. La calidez traspasa la porcelana y me reconforta. Rita me observa desde la puerta, con esa mirada brillante que mezcla curiosidad y expectación.

—Tengo que marcharme en cuanto me termine el café, pero te prometo que no tardaré —le digo, como si pudiera entenderme.

Unos diez minutos más tarde, le rasco detrás de las orejas, me pongo la chaqueta y cojo las llaves del coche. La idea de conducir hasta Bar Harbor comienza a provocarme un cosquilleo de nerviosismo y emoción, como si poco a poco comenzase a verlo más como un plan más atractivo que quedarme en casa.

Por lo que he visto en internet, no es un viaje largo, unos veinte minutos según indica el mapa, pero la sensación de salir de mi pequeña burbuja me acelera un poco el pulso.

Una vez me monto en el coche, arranco el motor y enciendo la radio, buscando compañía para el trayecto. Una emisora local suena con canciones antiguas, melodías de *folk* y *country* que parecen hechas para acompañar carreteras bordeadas de bosques. Bajo un poco la ventanilla y dejo que el aire fresco entre.

La carretera se estira frente a mí, serpenteando entre los árboles que aún conservan sus colores de otoño. Los arces enrojecidos parecen incendiar las colinas, mientras los abedules muestran un amarillo casi dorado. Las hojas secas vuelan en remolinos a cada ráfaga de viento y algunas se pegan al parabrisas antes de resbalar lentamente hacia abajo. Entre los claros del bosque alcanzo a ver destellos del mar: una superficie azul oscuro salpicada de espuma blanca. Si no estuviese conduciendo, me encantaría hacer una foto.

Conduzco despacio, disfrutando del paisaje. Paso por delante de casas de madera pintadas en tonos suaves, con porches decorados con calabazas y coronas de hojas secas. Algunas tienen banderas ondeando, otras venden sidra caliente y pasteles caseros en pequeños puestos improvisados junto a la carretera. El olor a leña quemada llega hasta mis fosas nasales; alguien, en algún lugar cercano, ya tiene la chimenea encendida.

El trayecto avanza casi sin darme cuenta. Unos quince minutos después, noto que la carretera se ensancha y el tráfico se vuelve más animado. Empiezan a aparecer señales que anuncian la cercanía de Bar Harbor, y enseguida el bullicio se hace evidente.

Al entrar en el pueblo, la diferencia con Southwest Harbor es inmediata. Aquí las calles están más concurridas, incluso siendo temporada baja. Veo parejas paseando con bolsas de tiendas, grupos de turistas con cámaras colgando del cuello y adolescentes que se habrán perdido un día de clase. Los escaparates brillan bajo la luz del mediodía, muchos de ellos adornados con guirnaldas de hojas secas y pequeños farolillos en forma de calabaza.

Encuentro un sitio para aparcar en una calle lateral, no demasiado lejos del centro. El asfalto está húmedo todavía, y las aceras están salpicadas de charcos que reflejan los escaparates iluminados. Apago el motor y me quedo un momento dentro del coche, observando el movimiento a través del parabrisas. Todo me resulta

vibrante, casi abrumador, después de la calma rutinaria de Southwest Harbor.

Al bajar del coche, estiro los brazos y de repente me envuelve una mezcla de aromas: café recién hecho que sale de una cafetería cercana, pan caliente de una panadería y, por supuesto, el inconfundible olor a mar.

Camino hacia Main Street. A cada paso me cruzo con escaparates distintos: una librería con un cartel pintado a mano que anuncia lecturas de otoño, una tienda de regalos llena de pequeños detalles, una pastelería que exhibe tartas de manzana bajo campanas de cristal… Pero lo que más me llama la atención son los locales que parecen tener de todo: ropa, artículos de temporada, decoración y, en uno de ellos, varios maniquíes disfrazados en el escaparate: una bruja con sombrero puntiagudo, un esqueleto fluorescente y una capa de vampiro ondeando en la puerta.

Sonrío, porque sé que he llegado al lugar que buscaba. El sitio donde, por fin, encontraré un disfraz para la fiesta de Henry.

Entro en la tienda y cojo un carrito de plástico donde echo unos cuantos disfraces. La chica que trabaja aquí me indica dónde están los probadores y voy directa a ellos.

El primer traje que saco de la percha es de bruja. El vestido es largo, de un negro satinado que brilla ligeramente bajo la luz del probador. Tiene mangas anchas que terminan en picos y un cinturón violeta con una hebilla dorada en forma de estrella. El sombrero puntiagudo completa el disfraz. Me miro, ladeo la cabeza y me sorprendo de lo bien que me queda. Hay algo divertido, incluso seductor, en esa figura que me devuelve el espejo. Sonrío con complicidad.

Dejo el traje cuidadosamente doblado en la silla del probador y me pongo el siguiente: vampira. Este es más atrevido. Una capa roja con cuello alto que casi me roza la barbilla, un vestido negro ajustado con detalles en encaje y un collar con una piedra roja que brilla demasiado para ser real. Frente al espejo, la imagen es más teatral. Sin dudarlo ni un momento, sé que esto no es lo que estoy buscando. No me sentiría cómoda con él. Con un suspiro, me quito la capa y el vestido y vuelvo a colgarlos en su percha.

Por último, saco el traje de esqueleto. Es un mono elástico, completamente negro, con los huesos impresos en blanco que recorren piernas, brazos y pecho. Me lo pongo y me observo. El efecto es gracioso, aunque no demasiado favorecedor.

Al final, vuelvo al primer disfraz. El de bruja me sienta bastante bien.

Doblo los otros trajes y los dejo en el carrito. Con el de bruja en brazos, salgo del probador y me acerco a la caja. La dependienta sonríe al verlo.

—Muy buena elección —dice mientras escanea la etiqueta—. El clásico nunca falla.

Esbozo una pequeña sonrisa y saco la tarjeta de mi bolso. Mientras pago, mi móvil suena justo en ese momento. Me acaban de escribir un mensaje.

Con la bolsa en la mano, me despido y salgo de la tienda. El aire fresco de Bar Harbor me golpea de nuevo. Saco el móvil del bolso y veo que se trata de Lavender. Noto una punzada de decepción al ver que no es Caleb, aunque rápidamente desecho ese pensamiento.

> *«El 31 de octubre vamos a hacer una jornada de puertas abiertas para recaudar fondos. Os espero a todos los trabajadores y voluntarios a las 9 de la mañana. Recogeremos un poco el centro y luego nos disfrazaremos. Vamos a cobrar unos cinco dólares la entrada, además de vender llaveros y camisetas. Tenéis en el PDF que os adjunto toda la información».*

Guardo el móvil en el bolso y me prometo leer el documento PDF en cuanto llegue a casa. Echo un vistazo rápido a mi alrededor y busco la calle donde he dejado el coche aparcado. El viento arrastra hojas secas que giran en pequeños remolinos antes de posarse en el suelo, recordándome lo feliz que me ponía de pequeña cuando veía las hojas caer, señal de que llegaba el otoño, señal de que era la hora del chocolate caliente, de los disfraces de Halloween… y de que pronto llegaría la navidad.

No doy más de cinco pasos cuando siento una mirada clavada en mí. No es la atención pasajera de un desconocido curioso que, al igual que yo mira en todas direcciones, sino algo más punzante, más consciente. El murmullo llega enseguida.

—Esa es ella… —escucho entre dientes, en un susurro que me eriza la piel.

Me vuelvo apenas, con un movimiento mínimo, lo justo para comprobar de dónde viene la voz. Dos mujeres están a unos metros, junto a la entrada de una cafetería. Una de ellas me mira fijamente, mientras la otra se lleva la mano a la boca en un gesto escandalizado.

—La veterinaria que mató al hurón de Jack Riordon… —añade la primera, sin molestarse en bajar demasiado el tono.

El golpe me llega como un mazazo. Un instante de incredulidad me deja clavada en el suelo, con la respiración contenida. Miro alrededor: la calle no está abarrotada, pero hay suficiente gente entrando y saliendo de tiendas como para que los murmullos se propaguen. No hacen falta gritos en un pueblo pequeño; las palabras corren solas, como el fuego entre la hierba seca en pleno verano.

Acelero el paso con el corazón bombeando con fuerza en mi pecho.

El sonido de mis botas contra la acera me parece más fuerte de lo normal, como si estuviera llamando la atención en lugar de pasar desapercibida. Incluso me replanteo quitarme las botas y hacer el trayecto descalza, con los calcetines, para hacer el menor ruido posible, como si de esa forma pudiera pasar inadvertida. No quiero girarme, no quiero comprobar cuántos ojos se han posado ya en mí con curiosidad y cuántos me han identificado como la asesina del hurón de Jack Riordon.

¿Cómo es posible?, me pregunto, apretando las llaves en el bolsillo del abrigo. *¿Cómo es posible que, después de todo, después de poner distancia, mi pasado me siga hasta aquí?*

No me detengo hasta doblar la esquina, y, entonces sí, con el corazón acelerado, me permito un respiro corto, apenas un segundo para recomponerme. Me paso el antebrazo por la frente y suspiro. Me apoyo en la pared y aprieto los dientes en un gesto por armarme de valor.

Pensaba que aquí era invisible, que aquí podía pasear entre desconocidos sin que nadie supiera mi nombre, que mi pasado no

podía haber llegado hasta este pueblo turístico. Y, sin embargo, bastaron dos mujeres y un susurro para recordarme lo contrario: el pasado siempre encuentra la manera de alcanzarte.

No es Southwest Harbor, me digo. Allí están mi casa, mi trabajo, mi vida nueva. Allí están Lavender, Caleb…, mi pequeño círculo de confianza. Ellos me han dado la oportunidad de empezar de cero. Allí está Rita, esperándome con esa fidelidad que nunca podrá ofrecerme una persona.

Southwest Harbor es mi refugio.

Pero si me han reconocido en Bar Harbor, ¿qué les impide a los rumores cruzar la isla, llegar hasta el pequeño pueblo pesquero donde vivo y envenenar lo poco que he construido? ¿Cuánto tardará en llegar la frase maldita, la que me persigue como una condena?

«La veterinaria que mató al hurón de Jack Riordon».

Siento que vuelvo a verla en los periódicos de Hoboken, en la emisora de radio, en la televisión…

Cierro los ojos y recuerdo aquel día como si lo estuviera viviendo de nuevo. El hurón llegó con problemas respiratorios y sin apenas fuerzas para respirar. Hice todo lo posible, lo intenté todo, pero ni mis conocimientos ni mi empeño fueron suficientes para que ese pobre animal pasara a mejor vida. Aun así, para Jack fue sencillo: si su hurón había muerto, era culpa mía. Lo repitió una y otra vez, hasta que lo creyó, hasta que convenció a otros y hasta que incluso yo empecé a dudar de mí misma.

Nunca he podido sacudirme esa sombra que se pega a mí allá a donde vaya. Y aunque el tiempo que llevo en Southwest Harbor me ha hecho vivir en una pequeña fantasía, mi pasado me ha vuelto a poner los pies en el suelo.

Inspiro hondo y levanto la cabeza. Veo mi furgoneta aparcada y voy hacia ella. Busco las llaves en el bolso con cierto temblor, y, al encontrarlas, casi entro de un salto. Echo el seguro y apoyo la cabeza en el respaldo. Al mirarme en el espejo retrovisor, este me devuelve una imagen que no me gusta: la piel pálida y los ojos abiertos de par en par. Me muerdo el labio y aparto la vista. No quiero ser esa versión de mí otra vez.

Ya no.

No viniste a Southwest Harbor para seguir huyendo, me recuerdo. *Sino para empezar de cero.*

Pero ¿cómo empezar de cero si mi pasado me sigue? ¿Cómo plantar raíces en un nuevo lugar si el suelo que piso se llena de grietas cuando apenas he comenzado a sentirme cómoda?

Pienso en Lavender, en lo mucho que me ha ayudado al ofrecerme un trabajo en el centro. Ella cree en mí, incluso después de haber metido la pasta hasta el fondo. Pienso en Thomas, en sus palabras, que me aliviaron y me hicieron ver que mi locura no era tan peligrosa… o, al menos, que había merecido la pena. En Lily, en su alegría de verme de nuevo por allí. Pienso en Caleb, en su apoyo, en cómo se preocupa por mí para que recupere la confianza de Lavender.

Y, sobre todo, pienso en Rita: su mirada llena de pureza y su alegría al verme entrar por la puerta. Para ella soy su hogar, soy su familia, soy la persona en la que confía sin condiciones.

Acaricio el volante en un gesto nervioso y trago saliva.

—No dejaré que me arrebaten esto.

Pongo la furgoneta en marcha. El motor ruge, firme, devolviéndome al presente. Salgo del aparcamiento sin mirar atrás, aunque siento todavía la quemazón de aquellas palabras en la nuca.

Mientras conduzco de regreso a Southwest Harbor, me obligo a repetir en silencio lo que necesito creer: el pasado no me va a detener. Puede seguirme, puede intentar alcanzarme, pero no pienso dejar que destruya lo que estoy construyendo aquí.

Voy a luchar.



18

La fiesta de Halloween

CALEB

Hoy es Halloween. Y no solo lo noto en el aire desde que salí de la cocina, con el olor a calabaza y canela flotando por las habitaciones: lo noto en la alegría que desprende mi hijo desde que se ha levantado para decorar la casa. Hemos estado toda la tarde limpiando y colocando la decoración con ayuda de mi padre. Úrsula ha llegado un par de horas antes de la apertura de la fiesta para echarnos una mano, vestida de Alicia en el País de las Maravillas en versión zombi.

Me fijo en que las luces naranjas parpadean suavemente, y los fantasmas de papel cuelgan de los techos como si flotaran de verdad. Hemos trabajado para que la casa tenga un aspecto acogedor pero festivo, y ahora, mientras el día se va oscureciendo, empiezan a llegar los niños. Sus risas y gritos pequeños se mezclan con el viento que entra por la puerta abierta, trayendo consigo hojas secas y el frío húmedo del otoño.

Henry corre delante de mí; se ha disfrazado de pequeño vampiro, con la capa negra que le llega hasta los tobillos, una máscara y un par de colmillos de plástico que le dan un aire peligroso pero adorable. Se mueve con la energía de siempre, saltando de un lado a otro, enseñando los adornos con entusiasmo a sus amigos y diciendo que todo está perfecto. En el salón hay una enorme mesa llena de comida en la que apenas cabe un vaso más. Los padres de los niños también han traído comida, lo que hace que el olor de platos dulces y salados se mezcle en el aire.

Mi padre también ha ayudado con la decoración, y, siendo una persona tan creativa y habilidosa, ha creado auténticas maravillas.

Calabazas con caras, telarañas que cuelgan de las esquinas y luces estratégicamente colocadas con ojos y murciélagos. El porche está iluminado con lámparas de calabaza de plástico y guirnaldas negras y naranjas de esqueleto, y en la entrada hay una gran calabaza con el nombre de Henry tallado en ella. Verlo correr de un lado a otro me arranca una sonrisa.

Sin embargo, no puedo quitar de mi mente el hecho de que no he visto a Iris desde hace una semana.

No hablamos desde que la llamé para decirle que intentara arreglar las cosas con Lavender. Sé que Iris lo ha pasado mal desde que fue apartada de su puesto de trabajo, pero el hecho de que no haya sido despedida por cometer tan imprudencia deja entrever lo mucho que la aprecia Lavender.

Pero desde entonces…, silencio. Ni una llamada ni un mensaje de su parte. Y aquí estoy, rodeado de ruidos y risas, con la sensación de que hay un espacio hueco donde debería estar Iris que se siente más grande cuanto más lo intento ignorar.

Detrás de mí, Úrsula se llena un vaso de refresco. Su implicación con Henry es absoluta, y sé que se preocupa de él de verdad. Me dedica una sonrisa y se ajusta el escote del disfraz con una pequeña sonrisa. Mis labios se curvan hacia arriba en señal de saludo y continúo moviéndome por la casa.

A lo lejos, mi padre se mueve entre los niños y los vecinos, aunque prefiere la compañía de los primeros. Lleva un disfraz que mezcla lo marino con lo festivo: un sombrero de capitán antiguo y un chaleco de marinero, pero con detalles de Halloween añadidos, como calabazas bordadas en el chaleco y una bufanda naranja y negra. A cada niño que se acerca le cuenta historias con su voz profunda: historias de barcos, de tormentas y de criaturas extrañas que supuestamente habitan en el agua. Henry se ha pegado a él un rato, riéndose a carcajadas de cada historia exagerada, mientras yo observo y siento una mezcla de orgullo y nostalgia.

Yo llevo un disfraz discreto, de hecho, casi podría considerarse mi uniforme de trabajo, si tuviera. Voy de pirata, aunque sin un parche en el ojo y sin un sombrero. No es llamativo, no necesito que lo sea. Solo quiero pasar desapercibido mientras observo, me aseguro de

que todo esté bajo control e intento que mi mirada no busque a alguien que no está. No busco a Iris, me digo, pero la idea se cuela en cada rincón de mi atención. No la veo, y eso hace que sienta un poco de decepción. Está invitada a la fiesta, pero supongo que tendrá una razón para no venir.

Úrsula pasa por mi lado, ajustando la capa de Henry por… ¿quinta vez? La veo apartarse, dejar que Henry salga corriendo otra vez en busca de sus amigos.

Mi padre se me acerca un instante, me da un codazo suave y me dice:

—¿Dónde está Iris?

—No lo sé, papá —respondo con un suspiro—. Está invitada.

—Quizá le haya surgido un contratiempo —añade.

—Puede ser —digo.

El porche se llena de más vecinos, algunos disfrazados, otros simplemente curiosos. Al cabo de unos minutos, veo que mi padre se ha sentado en una silla y está contando algún cuento a un grupo de niños, que lo escuchan absortos y sentados sobre la alfombra del suelo. Ahí están calientes mientras escuchan.

Salgo al exterior, dejando atrás el calor de la casa y las risas que todavía flotan dentro de la casa. El aire de la tarde me golpea, fresco y húmedo, cuando me apoyo en la barandilla del porche.

Todavía no he hablado con Iris sobre lo que pasó ese día.

Nos acostamos y nos despedimos sin hablar de ello, como si no hubiera pasado nada. Eso es precisamente lo que yo he hecho esos últimos años. Cuando veía que la otra persona buscaba algo más, dejaba las cosas claras y ponía distancia de por medio. Por ese motivo, la forma en la que actúa Iris me viene bien. Muy bien.

Pero no es lo que quiero ahora.

Lo que quiero ahora es volver a besarla, sentir su cuerpo contra el mío mientras sus manos se entierran en mi pelo. No estoy preparado para actuar como si fuéramos dos vecinos que no se habían devorado hacía una semana.

Y entonces la veo. Una furgoneta verde vieja se detiene frente a la casa. La pintura está desgastada, con arañazos que señalan que ha pasado por más de un golpe, pero es imposible confundirla. Cada

línea, cada detalle me resulta familiar, imposible de ignorar. El corazón me da un vuelco y siento cómo se me acelera de golpe, como si cada latido quisiera salirse del pecho.

La puerta lateral se abre y aparece Iris. La veo bajar con cuidado, con Rita siguiéndola de cerca. Mi respiración se detiene un instante; el mundo alrededor parece reducirse a esa figura que avanza hacia nosotros. Va vestida de bruja: un sombrero puntiagudo ligeramente ladeado, un vestido negro que le da un aire elegante y misterioso, y su cabello castaño cae sobre los hombros en ondas sueltas que se mueven suavemente con la brisa. Lleva lo que parece un bizcocho envuelto en papel de hornear, y lo sostiene con firmeza.

La luz del atardecer se refleja en su rostro y en sus ojos, y por un momento todo lo demás desaparece: los niños, las calabazas, los disfraces, incluso las voces de los vecinos. Solo existimos ella y yo.

No sé si son los nervios, la expectación o simplemente la mezcla de alivio y ansiedad al verla aquí, delante de mí, pero siento que todo mi cuerpo se tensa y, al mismo tiempo, se relaja para luego volver a tensarse. Aprieto las manos hasta convertirlas en puños en la barandilla al notar que me arden los dedos por querer tocarla.

Rita se mueve a su lado, contenta y confiada, y le da pequeños tirones juguetones a la capa que Iris lleva puesta. Ella se ríe e intenta apartarla, y ese gesto, tan simple y natural, hace que me derrita un poco por dentro. Observo cómo sus dedos delicados sostienen el bizcocho, cómo su sonrisa se ilumina cuando mira alrededor, saludando con un gesto discreto a los vecinos que la reconocen y la saludan con cortesía.

Siento que debería hablar, decir algo, pero las palabras se me atascan en la garganta. Camino unos pasos hacia ella, sin querer precipitarme, dejando que cada segundo se alargue. Es imposible no fijarse en cada detalle, en la forma de sus labios, en cómo sus pechos aprietan la tela del vestido o en el color negro de sus uñas.

Miro a Henry, que todavía está corriendo entre los niños con su capa de vampiro, ajeno a todo, y luego vuelvo a ella. Mi corazón sigue latiendo con fuerza, con un ritmo rápido mientras Iris da los últimos pasos hacia el porche. Rita se adelanta un poco y se va hacia los niños, que gritan de alegría al verla y van a abrazarla.

—Hola —dice con timidez—. Lamento llegar tarde. He estado toda la mañana y parte de la tarde en el centro de rescate.

—No te preocupes. ¿Quieres algo de beber?

—Sí —asiente, y su mirada recorre la casa mientras vamos al interior—. Madre mía, os lo habéis currado mucho.

—¡Iris!

Mi hijo deja de acariciar a Rita para lanzarse a las piernas de Iris. La abraza con fuerza y coloca la cabeza en su vientre plano.

—¡Pensaba que no vendrías! —dice Henry.

Ella, que tiene las manos ocupadas, sonríe.

—No pensaba faltar por nada del mundo.

La acompaño a la cocina, notando cada movimiento, cada pequeño gesto que la delata y que me hace saber que ella tampoco sabe cómo actuar. Quizá sea la forma en la que se muerde el labio inferior o el sonrojo de sus mejillas, o cómo mira a todos lados con nerviosismo, pero lo único en lo que puedo pensar es en besarla.

El bizcocho que sostiene se balancea ligeramente cuando lo coloca en la encimera para quitarle el papel de hornear. Siento un impulso absurdo de acercarme y tocarla. Sin embargo, mantengo la distancia, consciente de que no son el lugar ni la hora.

—¿Un cuchillo? —me pide—. Para cortarlo.

—Sí, claro —susurro, y abro el cajón de abajo, de donde saco un cuchillo.

Se lo tiendo y ella evita que nuestros dedos se toquen. La miro, pero ella no aparta la mirada del bizcocho.

Mientras lo corta en pedazos, yo me apoyo en el marco de la puerta, observando cada corte, cada movimiento de sus manos. La luz de la lámpara resalta el brillo en su cabello, las motas claras de sus ojos y la curva de sus labios.

Hay un instante, apenas un parpadeo, en el que nos quedamos paralizados. Yo con la boca ligeramente entreabierta, ella con el cuchillo suspendido sobre el bizcocho. La tensión entre nosotros se hace tangible, casi dolorosa. Después de días sin hablarnos, esta proximidad es un recordatorio de lo que hemos estado evitando.

—¿Todo bien? —pregunto al final con voz ronca. Mi voz suena más grave de lo que pretendía.

Ella asiente casi de forma imperceptible.

—Sí…, todo bien —responde, y su tono es suave, con un hilo de vulnerabilidad que me golpea de inmediato.

Los trozos de bizcocho caen sobre la bandeja del bizcocho, y yo la observo mientras los coloca.

—Bueno… —comienzo, dudando por un momento, buscando la forma de romper la barrera que se ha construido en esta semana—. ¿Qué tal te ha ido en el centro?

Ella me mira, con esos ojos que parecen medir cada palabra que voy a pronunciar. Inclina la cabeza, con una ligera tensión en el cuello, y exhala un suspiro que me hace querer acercarme un paso más.

—Bien. Hemos hecho una jornada de puertas abiertas para recaudar fondos. Lavender no me ha levantado el castigo. Digamos que hoy hemos ido todos como voluntarios. Ha estado… muy bien.

Antes de que pueda preguntarle más, la puerta de la cocina se abre y aparece Úrsula. Su presencia se deja notar de forma inmediata: fresca, joven, con esa energía tranquila y eficiente que siempre tiene. Sus ojos azules brillan bajo la luz cálida, y su sonrisa se vuelve más fría, casi glacial, mientras nos mira a uno y a otro.

—¿Caleb? —dice, su tono ligero pero atento—. Solo quería decirte que los niños quieren salir ya a pedir caramelos.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —pregunta Iris en voz baja—. Sí que he venido tarde… —Se aparta un poco de la mesa, ajustando el bizcocho sobre la bandeja, y yo me enderezo, un tanto rígido, sintiendo que la cercanía que había entre nuestros cuerpos era demasiado íntima. La tensión sexual sigue en el aire.

—Gracias, Úrsula —respondo. Luego miro a Iris—. Espérame aquí un momento. Ahora vuelvo.

—De acuerdo —dice ella.

Salgo de la cocina con la intención de buscar a mi padre. No tardo en encontrarlo; está en el salón, rodeado de un grupo de padres y madres, todos acompañando a sus hijos disfrazados y disfrutando de la música y de la comida. Todos parecen listos para salir en ese momento a pedir caramelos. Los niños tienen sus bolsas preparadas, al igual que Henry.

—Hola, papá —digo, inclinándome un poco para que me escuche sobre el murmullo—. ¿Podrías hacerme un favor?

Él me mira con esa mezcla de picardía y complicidad que siempre tiene, como si ya supiera lo que voy a pedir antes de que salga de mi boca.

—Claro, Caleb. ¿Qué pasa? —responde con una sonrisa ladeada.

—Necesito que vayas con Henry y los demás a pedir caramelos —digo en voz baja para que nadie me escuche—. En unos diez minutos os alcanzaré y estaré con vosotros.

Mi padre arquea una ceja, divertido, y asiente con suavidad.

—Entendido —dice—. ¿Dónde está Úrsula? Voy a buscar a esa jovencita.

Sé que lo ha entendido perfectamente, aunque no he tenido que explicarlo del todo. Él se ofrece a ir con todos, aunque antes les pide que esperen. Mi padre va a la cocina, conmigo siguiendo sus pasos, cuando frena de golpe.

—Iris… Qué maravillosa sorpresa —suelta.

Iris sonríe y asiente.

—Sí. Me alegro de verle.

Mi padre se centra en Úrsula, que no se ha movido de la cocina desde que entró para decirme que los padres se iban con sus hijos a por caramelos.

—Úrsula —dice con un tono ligero y casual—, ¿por qué no te vienes con nosotros a pedir caramelos? Tu ayuda me vendría muy bien.

Úrsula aprieta los labios en una línea recta. Parece reacia a marcharse.

—Creo que podría quedarme para recoger la casa mientras vosotros os vais —dice con reticencia.

—¡Oh, no te preocupes por eso! Ya has hecho bastante —insiste mi padre, que le hace una señal para que lo siga—. Mi hijo e Iris se pueden encargar de ello. Ven con nosotros.

Se queda un instante dudando, y puedo notar cómo su mirada me busca otra vez, rápida, casi imperceptible. No hay palabras, pero hay un instante cargado de algo que yo no entiendo: un interés silencioso que se mezcla con su reticencia. Sus manos se mueven

apenas, ajustando un mechón de cabello detrás de la oreja, y aprieta suavemente los labios se antes de abrirlos para hablar de nuevo.

—Bueno… —suspira, y puedo sentir la resistencia en su postura—. Está bien. Iré con vosotros.

—Gracias, Úrsula —digo.

Mi padre sonríe con satisfacción y le hace una señal para que lo siga. Ella avanza con pasos medidos, todavía rígida, todavía dudando, como si cada paso le costara un gran esfuerzo. Veo que me mira por encima del hombro una última vez antes de perderla de vista. La casa se queda en completo silencio. Sin voces, ruidos ni música.

Yo respiro hondo y miro a Iris, que ha dejado la bandeja con los trozos de bizcocho. Sus labios están entreabiertos y le brillan los ojos.

—Nos hemos quedado solos —susurra ella.

Asiento y me cruzo de brazos para evitar hacer una tontería, como tocarla o abrazarla.

Sin embargo, la tensión acaba explotando. Ella se humedece los labios. Yo aprieto los dientes.

—A la mierda —gruño.

No sé quién ha dado el primer paso. Quizá haya sido ella. Quizá yo. O a lo mejor los dos. Pero unos segundos más tarde mi boca aplasta la de Iris. Me rodea con sus brazos y gime cuando nuestras lenguas se acarician.

Su boca es dulce, suave y adictiva. Quiero besarla durante horas y horas, hasta que su sabor se mezcle con el mío y yo deje de pensar en ella cada maldito minuto del día. El roce de su cuerpo contra el mío me vuelve loco, y antes de que sea consciente de lo que hago, deslizo los labios por su cuello.

Su sabor me inunda, y cuando siento que mueve las caderas contra mí, contra mi erección, algo en mi interior se desata.

Paso la lengua por el arco de su cuello y luego le doy un suave mordisco. Iris se arquea y aprieta sus pechos contra mí. Alza las manos para quitarme la camiseta cuando la freno de golpe. Me mira con confusión.

—Luego. La otra vez no te pude saborear, Iris. Hoy no pienso dejar de hacerlo —susurro contra su piel.

La coloco sobre la mesa de la cocina y le subo el vestido hasta las caderas. Cuando llego a sus pechos, le bajo la cremallera que tiene en la espalda, hago que saque los brazos de las mangas y el vestido se le queda en la cintura. No lleva sujetador, y algo dentro de mí ruge.

Acaricio uno de sus pechos y paso el pulgar sobre el pezón antes de agachar la cabeza y metérmelo en la boca. Iris lleva las manos a mi pelo y me aprieta el rostro contra su piel. Luego me rodea la cintura con las piernas, y siento que se frota contra mi entrepierna. Si sigue así, voy a correrme sin poder evitarlo. Demasiadas noches pensando en ella, en sus labios, en tocarla…

Y me niego a que este segundo encuentro acabe así.

Mientras mi boca sigue con sus pechos, decido bajar mi otra mano hasta su sexo. Lo acaricio por encima de la tela antes de apartarla a un lado y hacer círculos alrededor de su clítoris.

Joder, está muy mojada. Y caliente.

Su respiración se agita cada vez más, y al notar la humedad manando de su interior, decido introducirle un dedo.

—Oh, Dios…

La beso para tragarme sus gemidos sin dejar de mover el dedo. Lo curvo y noto que las paredes de su sexo me apresan con fuerza. Le estimulo el clítoris e introduzco un segundo dedo para prepararla para mí. Me muero de ganas por estar en su interior y notar cómo esa caliente humedad me rodea.

—No aguanto más, Caleb —jadea—. Por favor…

Su voz me hace maldecir antes de retirar los dedos. Ella deja escapar un sonido sexy que va directo a mi miembro. Mi intención había sido alargar el momento, saborearla, empaparme de su excitación hasta que Iris no pudiera más y me implorara que la penetrase. Sin embargo, que me hable de esa forma me ha llevado al límite. Noto los testículos tensos y la anticipación adueñándose de mi cuerpo.

Iris me desabrocha los pantalones y me agarra el pene para colocarlo en la entrada de su sexo. Se aparta la ropa interior sin

dejar de mirarme y se lame el labio inferior con descaro. En cuanto nuestras pieles hacen contacto, suavidad contra dureza, los dos temblamos.

Muevo las caderas para que mi glande encaje en su entrada y doy una fuerte estocada. Cada músculo de mi cuerpo se tensa ante la calurosa y húmeda bienvenida. Joder, estar dentro de ella es la mejor sensación del mundo. La suavidad con la que me rodea me hace jadear. Comienzo a moverme, a salir y a entrar de su interior guiado por el placer que me produce tenerla entre mis brazos. Alzo la cabeza para mirar sus ojos, esos que más de una vez se me han aparecido en sueños.

—Caleb… —susurra.

Deslizo una de mis manos entre sus piernas y acaricio su clítoris. Encajamos tan bien que parece que hemos sido creados para estar juntos. Cada centímetro de ella me provoca una adicción imposible de explicar. Su olor me rodea como un abrazo, y quiero, en un gesto instintivo, marcarla, que tenga algo de mí.

Y quiero que ella lo haga también.

Le doy un mordisco suave en el cuello cuando me entierro con profundidad en su sexo. Siento que se corre, que me aprieta mientras su boca se abre formando una O y se arquea, ofreciéndome sus pechos desnudos.

Me grabo a fuego en la cabeza su rostro mientras alcanza el orgasmo, la forma en la que se retuerce entre mis brazos, como si fuera mía, como si me perteneciera.

Y ese pensamiento me encanta.

Beso sus pechos y los lamo hasta que llego al clímax y embisto una última vez. Me libero en su interior y dejo mi peso caer sobre ella durante unos segundos. Ella me abraza y su olor femenino me embriaga.

Joder, ¿qué me está pasando? ¿Por qué no dejo de pensar en Iris? De repente, como un jarro de agua fría, caigo en la cuenta de que no hemos usado protección y lo pongo en común con ella.

Ella me rasca la nuca con las uñas.

—Tranquilo. Tomo la pastilla —me susurra—. Pero esto no se puede repetir. La próxima vez usaremos preservativo.

«La próxima vez».

Ella también quiere, y sé que esta obsesión que me taladra la cabeza solo se puede calmar estando cerca de ella, besándola, tocándola.

Dios, Iris me tiene cogido.

Muy bien cogido.



19

Verdades dolorosas

IRIS

Todavía me estoy subiendo la cremallera del disfraz cuando apoyo la espalda contra la encimera y trato de recuperar el aliento. El reloj de pared marca las nueve y media, pero el silencio en la casa me hace pensar que es mucho más tarde. Los niños, Silas y Úrsula siguen fuera, recorriendo las calles disfrazados, y lo único que queda aquí es el rastro de la fiesta: serpentinas en el suelo, vasos de plástico olvidados y el olor persistente de la comida que espera en el salón.

Me paso una mano por el pelo, intentando recuperar un poco las apariencias. Caleb me indica dónde está el baño. Allí uso el retrete, me limpio un poco el maquillaje corrido y termino de peinarme. Aún me tiemblan las piernas, y sigo tan confundida como cuando llegué. Cojo aire y regreso a la cocina.

Caleb se coloca en ese momento la camisa con unos movimientos masculinos que me hechizan. Me apoyo en el marco de la puerta y lo observo, preguntándome cómo demonios he acabado tan pillada por él.

Él se ríe entre dientes, y su risa grave me desarma, mientras abro un cajón buscando una servilleta para limpiarle los restos de pintalabios que tiene por la mandíbula, todo gracias a mi maquillaje.

—Parezco un payaso, ¿no? —bromea, con esa voz que me acaricia más de lo que debería.

Levanto la vista, y lo veo tal cual es: masculino a rabiar y con esa expresión satisfecha que me quita la respiración de una forma dulce y peligrosa.

Es en este instante, aquí, apoyada contra el marco de la muerta, cuando lo reconozco. Reconozco mis sentimientos. No es solo deseo. No es un juego. Lo que siento por Caleb es real, profundo, y me asusta más que cualquier otra cosa en el mundo. Porque mi intención no había sido, ni mucho menos, tener sentimientos por alguien.

Y menos por él.

Lo que en un principio podría haber sido algo inmaduro y divertido se ha transformado en algo más cuando lo miro ahora y me tiembla el pecho, como si el corazón quisiera abrirse camino entre mis costillas, cuando me doy cuenta de que me gusta verlo así, desarmado, relajado, humano, con esa chispa traviesa en los ojos que solo aparece cuando está conmigo.

Aprieto los labios, intentando contener una sonrisa que se me escapa de todas formas.

—¿De qué te ríes? —pregunta él, y arquea una ceja mientras termina de ajustarse el cinturón.

—De nada —respondo demasiado rápido.

Pero en realidad me río de mí misma, de la facilidad con la que me estoy dejando arrastrar por algo que juré que no iba a permitirme. Yo vine a este pueblo buscando silencio, buscando recomponerme, y lo último que necesito es enredarme con alguien como Caleb. Y, aun así, aquí estoy.

Muy enredada.

Él se acerca despacio, como si pudiera leerme los pensamientos. Apoya una mano sobre la encimera, a mi lado, y baja la voz:

—Quédate a cenar.

Me sorprendo, aunque no debería.

—¿Cenar? —repito, todavía con el rubor en las mejillas.

—Sí —dice, con una sonrisa ladeada—. Ha sobrado un montón de comida de la fiesta. No tiene sentido que te vayas ahora.

Me coge de la mano y me lleva hasta el salón. Allí veo que está Rita, durmiendo sobre la alfombra, enroscada. Silas o alguien debe de haberle puesto un recipiente con agua. Apenas me dedica una rápida mirada antes de cerrar los ojos y continuar con su reparador sueño.

Desvío la mirada de mi perra y miro alrededor: sobre la mesa quedan platos con restos de pizza, una fuente de mazorcas a medio comer, nachos, patatas fritas y otros tentempiés, y un bol enorme lleno de galletas en forma de calabaza y de fantasma. El ambiente huele a especias y mantequilla. Cenar aquí, después de lo que acaba de pasar, suena demasiado íntimo, demasiado parecido a cruzar una línea invisible.

—Iba a cenar en mi casa —murmuro, sin mucha convicción.

Caleb me mira como si supiera que voy a ceder. Se sirve un vaso de refresco, da un trago y luego lo deja a un lado, con esa calma que contrasta con el torbellino que siento yo por dentro.

—O podrías cenar aquí, conmigo —insiste, y la forma en que pronuncia «conmigo» me hace temblar.

Bajo la mirada hacia mis manos, que juguetean con la servilleta arrugada. Estoy cansada de fingir que no siento nada, cansada de protegerme a toda costa. La verdad es que quiero quedarme. Quiero compartir esa mesa desordenada, hablar sobre lo que está pasando entre nosotros, probar esas galletas que parecen hechas por Henry, y sentir que, por una noche, la vida es más sencilla de lo que en realidad es.

Inspiro hondo y asiento despacio.

—Está bien —digo, apenas en un susurro.

El brillo en sus ojos es inmediato, como una chispa de satisfacción que se expande por la cocina. Me retira la servilleta de las manos y la deja sobre la encimera.

—Entonces siéntate —dice, con una calidez que me derrite más que cualquier abrazo.

Me acomodo en una de las sillas, mientras él empieza a calentar algo en el microondas. Lo observo de espaldas, con el disfraz aún medio puesto, y pienso que este es el verdadero peligro: no es el deseo, ni el riesgo de que alguien se entere: el verdadero peligro es que, poco a poco, me estoy enamorando de Caleb.

Y no sé si estoy preparada para admitirlo.

El salón está en penumbra, iluminado por las guirnaldas de calabazas que parpadean y las velas que alguien olvidó apagar.

Caleb coge un par de sillas y las pone frente a la mesa donde está la comida.

Agarro un trozo de pizza y lo muerdo sin pensarlo demasiado. El queso ya está duro, pero no me importa. Tengo muchísima hambre. Caleb hace lo mismo con una mazorca, con esa calma suya que siempre me desconcierta, pero, después de conocerlo bien, sé que está reflexionando.

—Nunca pensé que diría esto de una pizza fría y dura, pero está riquísima —comento, con una sonrisa ladeada—. Cena a la luz de las calabazas.

—La pizza nunca está mala —responde él, dando un bocado a su mazorca—. Y debo decir que esto está mejor de lo que había supuesto.

Cuando acaba con la mazorca, Caleb coge un trozo de pizza y va a la cocina a por un par de cervezas. Ya no nos apetecen los refrescos.

—Gracias —digo cuando me da una bien fría.

Él me guiña un ojo y vuelve a ocupar el sitio a mi lado. Su muslo roza el mío y siento calor. Compartir este pequeño momento de intimidad con él me agrada más de lo que debería…, y no quiero acostumbrarme, porque tengo la corazonada de que esto no va a salir bien, de que demasiadas cosas nos separan.

Durante un rato hablamos de tonterías. Yo digo que las mazorcas frías deberían estar prohibidas, él insiste en que son el verdadero espíritu de Halloween, por lo que me animo a probar una. Sin embargo, acabo dejándola a un lado al sentir que por poco se me rompen un par de dientes.

Pero poco a poco el ambiente se vuelve un poco más tenso. Los dos sentimos que tenemos que hablar de lo que ha pasado entre nosotros. No podemos continuar así, como si no pasara nada, como si no nos devoráramos cada vez que tenemos oportunidad mientras yo comienzo a notar que él está más presente en mi vida de lo que debería. Miro la mesa llena de sobras y pienso que es justo eso lo que me pasa: me siento como si estuviéramos viviendo de los restos, como si los dos tuviésemos miedo de más.

Me humedezco los labios.

—Oye… —empiezo, con un nudo en la garganta.

Caleb levanta la mirada. Ya no está sonriendo.

—¿Qué pasa?

Inspiro hondo e intento no arrepentirme por abrir este tema.

—¿Qué es esto, Caleb? —pregunto con un hilo de voz—. Lo que está pasando entre nosotros…

El silencio cae pesado ante los dos, como una barrera que ya augura un mal final. Él deja su trozo de pizza sobre un plato y se pasa una mano por el pelo, como si buscara las palabras y le costara encontrarlas.

—No lo sé —dice al fin. Su voz es baja, áspera—. No sé lo que es.

Me muerdo la mejilla por dentro.

—Porque para mí no es solo… —me obligo a decirlo— no es solo acostarnos.

Sus ojos se clavan en los míos, intensos, como si quisiera leer lo que no me atrevo a decir en voz alta.

—Tampoco lo es para mí —confiesa—. Pero tengo miedo, Iris. Cada vez que dejo entrar a alguien en mi vida… se complica todo. Y no puedo permitirme complicaciones. Y menos con Henry.

Mi pecho se encoge. Lo entiendo demasiado bien.

—Lo sé —digo con dolor, aunque me esfuerzo para que él no lo note. Trago saliva con esfuerzo—. Yo… tampoco sé qué voy a hacer. En un primer momento, Southwest Harbor solo era una parada más en mi trayecto. Ahora… ahora no sé si me quiero ir. Pero tampoco tengo claro que quiera quedarme.

Él se inclina hacia mí, con los codos sobre las rodillas. Parece atrapado entre la necesidad de acercarse y la de mantenerse lejos.

—Entonces estamos igual —murmura.

Asiento despacio, aunque lo que siento dista mucho de ser tranquilidad. Porque sí, estamos igual: con miedo, con dudas, con algo entre nosotros que ninguno de los dos se atreve a nombrar en voz alta.

El silencio se prolonga tanto que empiezo a escuchar con nitidez el zumbido tenue de las luces de calabaza y el crujido de las velas derritiéndose. Me atrevo a mirarlo de reojo: Caleb se ha quedado quieto, con la mirada clavada en el plato medio vacío delante de él, los hombros tensos, la mandíbula apretada.

Tengo el corazón en un puño, esperando. Cada segundo se me hace eterno.

Por fin, alza la vista. Sus ojos azules están cargados de una determinación que me hiela la sangre. Quizá porque sé lo que va a decir. Puedo verlo en su rostro.

—Lo mejor sería… —hace una pausa, como si le costara arrancar— poner distancia de por medio. Que no vuelva a pasar nada.

Siento un golpe seco en el pecho, como si me hubieran arrancado el aire de sopetón. Parpadeo varias veces, intentando asimilarlo. No debería sorprenderme después de tantas señales, de su recelo y de su miedo constante a dejarse llevar. Pero escucharlo en voz alta es otra cosa.

Es definitivo, como una puerta que se cierra de repente.

—Caleb… —empiezo, con la voz rota, pero no sé ni qué decir.

Él aparta la mirada y se lleva las manos al rostro para frotárselo con cansancio. Cuando vuelve a hablar, su voz es apenas un susurro.

—No sé cómo hacerlo, Iris. No creo que esté preparado para dejar que nadie entre en mi vida… ni en la de mi hijo. Desde que ella murió… —se detiene y traga saliva— no es una opción que contemple.

El dolor me atraviesa como un cuchillo, porque entiendo lo que está diciendo, pero eso no quiere decir que duela menos. Su mujer murió, y el vacío que dejó parece seguir ocupando cada rincón de su vida. Y yo, por mucho que quiera, no puedo competir con un fantasma.

Abro la boca para responder, aunque no tengo ni idea de qué palabras pueden ayudarme en este momento. Pero antes de que pueda articular nada, escucho voces al otro lado de la puerta: risas, pasos apresurados, el timbre alegre de Henry y la voz grave de Silas, que lo acompaña.

El mundo vuelve a entrar en la casa como un vendaval. Me incorporo de golpe, apartando el plato. Mi corazón late desbocado, pero me esfuerzo en recomponer el rostro, en fingir que todo está bien. Que lo que acaba de ocurrir no me ha roto un poco más por dentro.

Que Caleb no acaba de romperme el corazón.

Recojo una servilleta, la arrugo entre los dedos y sonrío, aunque siento que la sonrisa me quema en la cara.

—Será mejor que me vaya —digo, en un tono ligero que no engaña a nadie, ni siquiera a mí misma.

Caleb también se levanta, despacio, con los ojos fijos en mí. No dice nada. Parece atrapado en una impotencia que lo consume, como si quisiera detenerme, como si quisiera borrar lo que acaba de decir pero al mismo tiempo no supiera cómo hacerlo.

Sus manos se abren y se cierran a los costados, nerviosas. Lo conozco ya lo suficiente para entenderlo: su corazón está en guerra con su cabeza. Y la cabeza siempre gana.

Los pasos se acercan cada vez más, el murmullo de Henry lleno de entusiasmo, contando algo a toda prisa. Yo sigo de pie, con la espalda recta, como si esa postura pudiera impedir que se me notara lo rota que estoy por dentro.

Me duele. Me duele porque por un instante había sentido que esto era real, que podía ser algo más que un par de encuentros. Aunque yo misma hubiese previsto este final, algo en mi interior había guardado la esperanza de que las cosas hubiesen acabado de otra forma.

Trago saliva y me obligo a respirar. Si me quedo un segundo más bajo su mirada, voy a derrumbarme. Así que llamo en un susurro a mi perra, que se incorpora con cierta torpeza, y doy un paso hacia la entrada del pasillo justo en el momento en que la puerta se abre.

Henry entra corriendo, disfrazado todavía, con las manos llenas de caramelos y los ojos brillantes.

—¡Mirad todo lo que he conseguido! —grita, y levanta su bolsa como un trofeo.

Su alegría llena el salón, y detrás aparece Silas, cargando otra bolsa y negando con la cabeza, aunque en sus labios se dibuja una sonrisa orgullosa.

—Ese niño va a reventar de azúcar —dice, y clava en mí una mirada fugaz de saludo.

Yo le sonrío, automática, fingiendo normalidad. Nadie lo diría, pero por dentro siento que me estoy partiendo en dos.

Caleb, detrás de mí, permanece en silencio. Lo noto, lo siento, incluso sin mirarlo: la rigidez en su cuerpo y la impotencia de alguien que no sabe cómo salir airoso de una situación incómoda. Los dos hemos pagado un precio por habernos permitido dejarnos llevar.

Me agacho para acariciar el pelo de Henry y decirle lo mucho que me alegra verlo tan feliz. Mi voz suena firme, como si nada hubiera ocurrido. Como si mi corazón no estuviera sangrando todavía por lo que acaba de decir su padre.

Me enderezo y cojo el bolso del respaldo del sofá.

—Mejor me voy, así podéis descansar —digo con una sonrisa tranquila que me duele mantener—. Gracias por invitarme, Henry.

Henry protesta un poco, ya que quiere enseñarme cada dulce que ha conseguido. Silas nos observa a los dos con atención, como si notase que algo ha pasado. Y Caleb… Caleb se queda callado. Solo me sigue con la mirada, inmóvil, con los labios apretados. Como si quisiera detenerme pero no se atreviera a hacerlo.

Salgo al porche, con Rita siguiéndome y el aire frío de Maine cortándome las mejillas. Inspiro hondo. Solo cuando cierro la puerta detrás de mí me permito aflojar la sonrisa y dejar que el peso de la decepción de la tristeza me caiga encima.

¿Cómo ha podido salir todo tan mal?, me pregunto mientras me dirijo hacia mi furgoneta.

Dentro, sé que Caleb sigue allí, paralizado, sintiendo la misma impotencia que yo. Pero mientras él no sepa cómo abrir la puerta a su propio corazón, no importa cuánto desee quedarme: siempre seré la intrusa en una vida que aún pertenece al recuerdo de otra.



20

Confesiones

IRIS

No sé si el tiempo lo cura todo o simplemente lo anestesia. Han pasado ya dos semanas desde la fiesta de Halloween en casa de Caleb, y todavía me sorprendo repasando cada instante, como si pudiera estar presente otra vez en su casa mientras la determinación y la tristeza empañan su rostro. Por mucho que intente distraerme, siempre vuelvo a escuchar su voz grave diciéndome que no está preparado, que no puede dejar que nadie más entre en su vida. Que lo mejor es poner distancia.

Aquella frase se me ha clavado hondo.

Dolió más de lo que esperaba, quizá porque había empezado a ilusionarme, a pensar que…, bueno, que algo entre nosotros podría tener sentido. Pero no. Caleb fue claro, y yo tuve que sonreír como si no pasara nada justo cuando Henry y Silas entraron en el salón. Guardé mi dolor en un rincón, como quien dobla un papel arrugado y lo mete en un bolsillo demasiado pequeño. Y desde entonces ese papel sigue ahí, rozándome, recordándome que no había sido una buena idea acercarme a él.

Aun así, la vida no se detiene. De hecho, tengo la sensación de que va más rápida, más mecánica.

El centro de rescate volvió a abrirme sus puertas después de mi suspensión. No negaré que la primera vez que atravesé de nuevo el pasillo, con el olor a desinfectante y a sal húmeda impregnado en las paredes, sentí un alivio que me recorrió el cuerpo entero. Lo que

para otros podría ser un trabajo más para mí es el lugar donde mi corazón se sana y yo dejo de pensar en Caleb.

La primera en recibirme fue Lavender.

Nos quedamos quietas unos segundos frente a frente, mirándonos la una a la otra. Ella, con su melena lila recogida en un moño deshecho, me miraba con esa mezcla de curiosidad y cautela. Yo, mordiéndome los labios, sin saber si disculparme otra vez o fingir que nada había pasado.

—Me alegro de que hayas vuelto —había dicho al fin, y fue como una bocanada de aire fresco.

—Yo también —había sido mi respuesta, con una sonrisa que no tuve que fingir.

Desde entonces, nuestra relación ha cambiado. No es que ahora seamos las mejores amigas del mundo, pero ya no pesa tanto la desconfianza entre nosotras. Lavender me incluye en las conversaciones, me pide opinión, incluso bromea conmigo en los ratos libres, entre descanso y descanso. Hay días en los que noto que se queda mirándome con gesto pensativo, como si intentara descifrar qué se esconde detrás de mi superficial calma. No se lo reprocho. Yo tampoco sé muy bien qué versión de mí estoy mostrando: la fuerte, la que no necesita a nadie, o la herida, la que se desmorona cuando recuerda la sonrisa de Caleb y sus manos acariciándome en la penumbra de aquella fiesta.

Hoy, por ejemplo, hemos tenido que atender a una foca joven que había quedado atrapada en unas redes. Hemos trabajado juntas como un equipo: ella sujetaba mientras yo limpiaba la herida, y en medio del procedimiento nos he os sorprendido riéndonos porque el animal parecía mirarnos con cara de reproche, como si le molestara nuestra torpeza. Esa risa compartida me ha devuelto la esperanza de que no encontrarme tan sola como me siento a veces. Quizá no todo está roto.

Sin embargo, al volver a casa por las noches, las paredes parecen ensancharse de silencio. Suelo prepararme una cena sencilla, pongo música suave, a veces leo hasta que los párpados me pesan o decido ver una película para dejar de pensar.

Pero en cuanto mi mente comprueba que estoy desprevenida, regresa a él.

A Caleb, con su voz ronca y masculina y esos ojos azules que consiguen que arda con tan solo posarse en mí. Intento convencerme de que lo mejor es aceptar lo que dijo, que no está preparado para nada más. Y por ese motivo mi objetivo es enfocarme en mi trabajo, en reconstruirme y sacar de mi cabeza cada pequeño recuerdo que atesoro con él. Y aun así…, ¿cómo se olvida a alguien que consiguió atravesar tus defensas en tan poco tiempo?

A veces me pregunto si corre algún rumor en el pueblo. Yo no he escuchado nada, pero noto que mis compañeros de trabajo me miran demasiado, con curiosidad, como si deseasen preguntarme.

Lavender, en cambio, en este momento, me observa con atención mientras le da un sorbo a su café.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta en voz baja—. Te noto… distante.

La miro a los ojos y siento que no me vendría nada mal desahogarme con alguien.

—Estoy… bien. Creo. O, al menos, lo estaré del todo pronto —respondo.

—¿Quieres hablar de ello? Sabes que puedes contar conmigo.

La sala de descanso está vacía a excepción de nosotras dos. Solo se escucha el zumbido bajo de la nevera y el golpeteo de la lluvia contra la ventana. Lavender me mira desde el otro extremo de la mesa, con una taza de café humeante entre las manos. Yo tengo la mía delante, intacta, y juego con el asa como si en ese gesto pudiera liberar un poco la tensión que siento.

—No tienes por qué contarme nada si no quieres —dice con suavidad—. Pero… a veces ayuda.

Sus palabras calan en mí. Respiro hondo, miro hacia la ventana y luego regreso a sus ojos. No sé cómo empezar, cómo explicarle lo que ha pasado. Tampoco quiero decirle que es Caleb, por lo que decido contarle con pocos detalles lo que ha sucedido.

—Es complicado —murmuro—. Digamos que… conocí a alguien hace poco. Al principio no había nada entre nosotros, solo

cordialidad. Pero… últimamente nos habíamos acercado un poco.

Lavender asiente despacio, sin interrumpirme.

—¿Y qué pasó?

Trago saliva. El silencio de la sala parece empujarme a hablar.

—Yo ya llevaba un tiempo preguntándome qué iba a pasar entre nosotros. No me gustaba vivir con la incertidumbre de no saber qué éramos, así que decidí preguntarle—. Me humedezco los labios con nerviosismo—. Decidió que lo mejor era no seguir viéndonos. Que él… no está preparado para dejar que alguien entre en su vida —digo al fin, y mi voz se quiebra un poco.

Lavender inclina la cabeza, como si buscara mi mirada, y susurra:

—¿Y tú qué piensas?

Cierro los ojos un instante.

—Que me duele —respondo con honestidad—. Porque creo que… siento algo por él. Y no sé cómo gestionar eso. No era un plan, no era algo que buscara. Simplemente pasó. Y ahora solo me queda aceptar que no va a haber nada entre nosotros. Yo… no pensaba quedarme en Southwest Harbor; de hecho, para mí solo era una parada en el trayecto. —Sacudo la cabeza, sorprendida—. Pero he acabado por cogerle cariño a este sitio. Y una de las razones es…, era él.

Ella deja su taza a un lado y se recuesta en la silla.

—Es alguien del pueblo, ¿verdad?

—Sí —respondo con una sonrisa triste.

Ella espera que diga su nombre, pero no lo hago. Lavender lo nota, porque habla aún más despacio.

—Y lo echas de menos.

—Más de lo que esperaba. No solo a él…, sino también a… —Me quedo callada al darme cuenta de que, si digo el nombre de Henry, ella va a saber inmediatamente que estoy hablando de Caleb.

Hay algo en la mirada de Lavender que me hace sospechar que ya sabe de quién estamos hablando, pero decide no decirlo en voz alta.

Me froto las manos, nerviosa. Ella me observa en silencio, dándome espacio para desahogarme.

—A veces no sé qué hacer con mi vida —continúo—. Vuelvo al trabajo, lo que me ha hecho muy feliz, ya que me encanta trabajar

en el centro. —Ella sonríe ante mis palabras—. Pero, cuando vuelvo a casa, los recuerdos que he vivido con él me avasallan. No sé en qué momento empezó a gustarme tanto, pero ahora me está costando verlo por el pueblo, a distancia, y actuar como si no fuésemos más que conocidos. Es… duro.

Lavender apoya el codo en la mesa y la barbilla sobre la mano. Su expresión es tranquila, y me mira con cariño.

—¿Sabes? A veces confundimos estar *preparados* con estar *perfectos* —dice enfatizando las palabras—. No sé si me entiendes. Lo que quiero decir es que nadie va a estar preparado nunca al cien por cien para tomar una decisión arriesgada. Nada va a estar perfecto, las circunstancias no lo van a hacer, siempre habrá algo que falle. Quizá él te ha dicho que no está preparado así porque tiene miedo, porque cree que necesita cuadrar varios aspectos de su vida, que sean perfectos, antes de tomar la decisión de tener una relación. Quizá necesita tiempo para ver las cosas con mayor claridad.

Sus palabras me alivian, y pienso que debería haberme abierto antes a Lavender. Siempre tiene palabras para consolarme.

—Gracias por escucharme —susurro.

—No tienes que darme las gracias. —Me guiña un ojo—. Si estuviéramos en el hipotético caso de que me estuvieras hablando de Caleb… —me sonrojo, aunque ella no dice nada—, déjame decirte que ese paseo que diste con él en el bosque junto a su hijo me hizo saber que ya había algo, al menos interés por su parte. Nunca antes lo ha hecho. Yo creo que, si dejas que el tiempo calme las cosas, volverás a saber de él antes de lo que piensas.

Parpadeo, nerviosa. No me atrevo a decir nada.

—Yo… No, yo… No es…

—¡Oh, es solo una situación hipotética! No estoy diciendo ni mucho menos de que se trate de Caleb —dice con un tono de voz cargado de sarcasmo.

Esbozo una pequeña sonrisa y niego con la cabeza.

—Eres terrible.

Ella sonríe también, sincera, y choca su taza de café contra la mía como si fuera un brindis improvisado.

—Me lo tomaré como un cumplido. Eso sí, ¿me dejas que te dé un pequeño consejo?

Asiento con lentitud.

—Sí, claro.

—No se lo pongas fácil cuando vuelva —susurra—. Haz que sufra un poco.

Suelto una carcajada sincera que sale de lo más profundo de mi ser. Lavender me acompaña, se encoge de hombros y sonríe con un brillo cómplice en los ojos, como si disfrutara de haberme arrancado esa reacción. Luego cambia de conversación hacia temas más ligeros, con menos carga emocional. Yo me limito a llevarme la taza a los labios y dar un sorbo largo a mi café.

Lo que ella no sabe es que me ha ayudado más de lo que imagina. Su apoyo, su escucha, incluso su humor inesperado me alivian una carga que me ha seguido como una nube. Me doy cuenta de lo importante que está empezando a ser en mi vida: alguien que no me juzga, que me deja espacio para abrirme a mi ritmo, sin prisas, que sabe cuándo apretar y cuándo soltar.

Ni siquiera cuando planeé mi viaje a Southwest Harbor me imaginé que pudiera encontrar tantas cosas en un pueblo tan pequeño. Quizá ya es hora de ir llamándolo hogar, porque así es como me siento. No me imagino volviendo a Hoboken, a su aire cargado de olor a gasolina y su paisaje urbano.

Quiero quedarme aquí, rodeada del mar, del bosque y de los animales del centro.

Y es una decisión que sé que no la he tomado con rapidez. La he sopesado.

Mi destino ya está sellado.

El supermercado está medio vacío a estas horas. Los fluorescentes iluminan los pasillos con una luz fría, demasiado distinta a las farolas de la calle. El suelo brilla bastante y desprende un olor a lejía que me recuerda a la que usaba mi padre cuando limpiaba su pequeño taller.

Empujo el carro por los distintos pasillos y lo lleno de comida. Primero cojo un paquete de pasta y algo de pescado. Luego me

dirijo al pasillo de las verduras. Me detengo en los tomates y termino escogiendo los más maduros. Me encanta prepararme una buena ensalada, y los maduros son los mejores acompañantes, al menos para mí. Tienen un sabor intenso que, al mezclarse con el queso blanco, es irresistible.

Sigo con mi paseo entre los pasillos y pienso en lo mucho que me ha servido hablar con Lavender hoy. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba desahogarme con alguien hasta que ella me ha preguntado qué me pasaba. Me conoce poco, pero lo suficiente para ver los pequeños cambios que ha habido en mi humor. Ni siquiera mis antiguas amigas de Hoboken habían llegado a tanto. Ahora que lo pienso, nuestra relación había sido superficial. No habíamos estado en los malos momentos, solo en los buenos, y eso había provocado que nuestra amistad no hubiera sido del todo real.

En el pasillo de los congelados me detengo frente a las cajas de helado, dudando si llevarme una aunque sepa que acabaré comiéndomela sola en el sofá. Además, el frío tampoco es el mejor aliado si no quieres acabar con la voz ronca. Al final, la dejo en el estante. Nada de helados hasta el próximo verano.

Con el carro medio lleno, me dirijo a la caja. Hay pocas abiertas, y escojo la que tiene la fila más corta, con apenas una mujer delante de mí. Empiezo a colocar mis cosas en la cinta transportadora. La cajera apenas echa cuenta a los clientes. Está más atenta al programa que ve en la pantalla que tiene frente a ella. Se trata de un programa donde hacen entrevistas a personas famosas.

Y entonces lo veo.

Aparece un rostro que conozco demasiado bien: Jack Riordan. El comediante. El mismo que, tiempo atrás, se atrevió a señalarme, a destruir mi reputación al acusarme de haber cometido una negligencia con su hurón. Negligencia que acabó en saco roto cuando saqué las pruebas que señalaban que el animal tenía una enfermedad respiratoria.

Y, aun así, ya había destrozado mi carrera. Dio igual que yo demostrara que él mentía: a mí ya me habían señalado.

El corazón me da un vuelco. El zumbido de los fluorescentes se intensifica en mis oídos y me descubro apretando los puños contra el

carrito.

—Hoy contamos con Jack Riordan —anuncia el entrevistador en la pantalla—, que vuelve a los escenarios tras un descanso. Jack, ¿cómo te encuentras después de lo que sucedió con tu hurón?

Me quedo helada. A pesar de ser imposible, siento que todos en la fila pueden escuchar cómo me late el corazón. La voz del entrevistador retumba dentro de mí, como si lo dijera en la sala misma.

Jack sonríe, esa sonrisa suya que siempre me ha parecido vacía.

—Mucho mejor —responde—. La verdad, todavía pienso en aquello. Fue una tragedia. ¿En qué momento me pareció buena idea llevárselo a esa veterinaria? Ella lo dejó morir, ¿no? Tenía que salvarlo y no lo hizo. La gente nunca olvida esas cosas.

Mis manos tiemblan y los oídos me pitan.

Coloco las últimas cosas en la cinta deprisa, casi con torpeza, deseando que la cajera acelere el proceso. Ella me mira de reojo, quizá sorprendida por mi gesto brusco, pero no dice nada. El pitido de los productos escaneados suena demasiado fuerte, como un latido ajeno que me descompone.

Quiero salir de aquí. Quiero apagar esa pantalla, tapar mis oídos, desaparecer.

—¿Tarjeta o efectivo? —pregunta la cajera.

—Tarjeta —respondo rápido, sacándola del bolsillo con dedos torpes.

No me atrevo a mirar la pantalla otra vez, pero escucho la voz de Jack llenando el aire.

—Lo que pasó con mi pequeño y querido hurón me dio material para mis espectáculos. Transformé el dolor en comedia —continúa—. Tenía que sacarle algo positivo a la situación. No fue fácil despedirme de él después de un par de años juntos. Si volviera al pasado, haría las cosas completamente diferentes.

Pongo el pin en el datáfono y recojo las bolsas casi arrancándolas del mostrador. Me encamino hacia la salida con el corazón desbocado, donde me espera mi vieja furgoneta verde.

Las puertas automáticas del supermercado se abren y el aire fresco de la tarde me acaricia el rostro. Inspiro hondo, como si con

esa bocanada pudiera limpiar las palabras que acaban de ensuciarme por dentro.

Pero no es tan fácil.

Camino hacia la furgoneta con las bolsas apretadas contra el pecho. No puedo dejar de pensar que, aunque hayan pasado el tiempo, el eco de aquella pérdida sigue persiguiéndome. Y ahora, una vez más, vuelve a mí en el peor momento posible.

Me subo a mi vieja furgoneta verde y cierro la puerta. Echo el seguro y respiro profundamente varias veces. Intento recuperar el control de mi cuerpo y de mi mente. Cuando las manos ya no me tiemblan, arranco. El sonido del arranque es familiar, casi reconfortante, y me aferro a él mientras meto la primera marcha para llegar a casa lo antes posible.

No quiero cruzarme con nadie. Hoy no. La pantalla del supermercado sigue ardiendo en mi mente, con la voz de Jack Riordon culpándome por la muerte de su hurón. Aprieto los dientes durante unos segundos mientras intento contener la mezcla de ira y tristeza que me sube al pecho.

El tráfico es ligero, las calles están vacías. Conduzco rápido, pero con prudencia; no es que quiera tener un accidente, pero no estoy para encontrarme con nadie que conozco y fingir que no me pasa nada. De poco me ha servido desahogarme con Lavender esta tarde: la vida se ha encargado de recordarme que tengo varios frentes abiertos.

La vieja furgoneta cruje suavemente en cada bache, y ese sonido me devuelve un poco a la realidad, me ancla al presente y me aleja de mis pensamientos.

Paso cerca del paseo marítimo, y el aire húmedo que entra por la ventana entreabierta trae un aroma a sal y a madera mojada.

¿Llegará algún momento en el que Jack Riordon se quede en el pasado, que no vuelva a aparecer en mi presente? Es como si fuera una pesadilla de la que no puedo despertar. Hay días en los que temo que alguien se entere de lo que pasó con Jack Riordon y me pregunte sobre él. Pero ¿qué más da? ¿De verdad lo hice tan mal para avergonzarme de mis actos? ¿Por qué no soy capaz de aceptar lo que pasó?

Acelero un poco más al doblar la última esquina antes de llegar a casa. La furgoneta cruza la calle sin detenerse demasiado, y finalmente aparco en mi lugar habitual. Salgo de la furgoneta con las bolsas y voy hasta la puerta. La llave hace un pequeño clic al girarla, y el silencio que me recibe al entrar en casa es un alivio. Rita empieza a saltar de alegría. Dejo las bolsas en el suelo y la abrazo con fuerza.

—Cuánto me alegro de verte —susurro contra su pelaje.

Vuelvo a cargar las bolsas y las dejo en la encimera de la cocina.

Rita se acerca, moviendo la cola suavemente, y se acomoda a mis pies mientras sigo guardando las cosas. Su calor y su presencia silenciosa me reconfortan.

Mientras coloco un paquete de pasta en un armario de la cocina, me detengo un instante y pienso en Jack Riordon, en el día que se presentó en mi clínica, en su mirada asustada y en el pequeño hurón al que no pude salvar. Sé que no fui perfecta, pero lo hice lo mejor que pude. También sé que no siempre puedo salvar a todos los animales que llegan a mis manos. A veces, por mucho que lo intente, las cosas no dependen de mí. No es una cuestión de esfuerzo, ni de ganas, ni de corazón.

Es la vida.

Respiro hondo y dejo que esa idea se asiente. Rita ladea la cabeza y me mira, como si supiera leerme los pensamientos. Llevo mucho tiempo culpándome por lo del hurón, castigándome por no haber conseguido que ese pequeño animal sobreviviera. Y aunque duela, tengo que aprender a aceptar que no puedo controlarlo todo. No puedo cargar con todas las culpas del mundo, ni siquiera con las que siento por aquel pequeño hurón.

Es hora de cerrar este tema y centrarme en el presente, en los animales a los que sí puedo salvar.

Me inclino y acaricio a Rita, y por un instante todo parece un poco más ligero. Tal vez no soy perfecta, pero sé que hago las cosas de corazón, con la mejor de las intenciones. Y eso, al final, también es suficiente.



21

Días de lluvia

CALEB

Es sábado por la tarde y la lluvia de noviembre viene cargada de un frío cortante. Henry corretea por el salón con su coche de juguete, haciendo rugir las ruedas sobre la alfombra como si fuera un piloto de carreras profesional. Su risa se mezcla con los golpes suaves del juguete contra la pared y el suelo, y por un momento cierro los ojos para disfrutar del sonido y del olor a comida que he hecho hace apenas una hora para cenar. La cocina no es mi punto fuerte, pero sé hacer un par de platos que a Henry le encantan.

Mi padre está en el sillón de siempre, con el periódico a medio doblar en las manos, pero lo tiene más como adorno que como lectura. Observa todo con atención, como siempre, aunque hoy noto algo diferente en su mirada. No es desaprobación, no es curiosidad… Es algo más.

Lo conozco lo suficiente para saber que busca el momento perfecto para decir algo. Henry deja el coche en el suelo y suelta que va al baño, dando una carrera.

—Has estado raro últimamente —dice mi padre finalmente, sin levantar la vista del periódico, pero dejando que su tono se clave en mí, como una aguja silenciosa.

Lo sabía.

Intento no reaccionar, pero no puedo evitar que mi corazón dé un brinco. No es que haya hecho algo malo, simplemente… he estado distante. Menos dispuesto a salir, menos dispuesto a hablar.

—Te tenido mucho trabajo —respondo casi de forma impersonal, como si esa conversación no tuviera que ver nada conmigo.

Mi padre deja el periódico sobre la mesa de café y, ahora sí, me mira, directo, sin rodeos. Sus ojos azules grisáceos parecen atravesarme.

—No me mientas, Caleb. ¿Qué pasa con Iris?

La pregunta me deja helado por un instante. Mi primera reacción es negar que suceda algo con Iris, inventar alguna excusa, algo trivial que me saque de esta situación. Pero algo en la forma en que lo dice, con verdadera preocupación, me hace pensármelo dos veces.

—No es nada —murmuro, e intento sonar despreocupado.

—No te creo —responde, y ahí está, esa certeza en su voz que siempre me ha hecho sentir que no puedo esconder nada—. Antes la veías muy a menudo. Y ahora parece que… apenas sois dos desconocidos que solo se dan los buenos días.

Cierro los ojos un segundo y siento cómo un nudo se forma en mi garganta. Me divido entre mentirle y zanjar esta conversación o decir la verdad, algo que no me apetece en absoluto. Acabo por decantarme por la segunda opción.

—Papá… —empiezo, con duda, mientras Henry sigue en el baño —. No… no es que solo seamos dos desconocidos. Es que… yo…

Mi padre arquea una ceja, y yo inspiro hondo, consciente de que estoy a punto de abrirme, de exponer mis miedos y mis inseguridades. Cuando mi mujer falleció, mi padre fue un punto de apoyo. Se instaló con nosotros y él se ocupó de Henry mientras yo intentaba procesar que nunca más vería a Laurie.

Si no hubiese sido por él, Henry habría sufrido aún más la ausencia de su madre, a pesar de no recordarla. Mi padre me había sacado de la cama, había hecho la comida y me había obligado a salir a la calle y trabajar en el astillero. No sé qué habría sido de mí sin mi padre.

—Tengo sentimientos por Iris —digo finalmente, con voz baja, casi un susurro—. Pero no… no sé si estoy listo para volver a tener una relación. —Él me observa en silencio, y yo continúo, dejando que las palabras fluyan aunque duelan. —No es que no quiera…, es que cada vez que pienso en dar un paso, siento que… que estoy

traicionando de alguna manera a… a Laurie. —Mi voz se quiebra un poco. No por él, sino por la verdad que llevo cargando años.

Mi padre suspira y se echa un poco hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Caleb…, no puedes vivir con el pasado siempre encima. Nadie te culpa por sentir lo que sientes ahora. Ni siquiera por amar a alguien más después de lo que pasó. Laurie tampoco lo haría. Ella querría que fueras feliz.

—Lo sé —respondo. Laurie había sido un ser de luz, llena de gratitud y amor por los demás. El recuerdo de ella, de su risa, de cómo se apoyaba en mi hombro cuando tenía sueño y era incapaz de seguir viendo una película, todavía me viene a la cabeza.

La soledad, estar tantos años solo, ha sido duro, pero no tan duro como saber que he perdido a Iris. Es la única persona que realmente ha conseguido que quiera seguir viendo a alguien, que cada pequeño detalle de una persona me llame la atención. Su amor por los animales y su lealtad son dos de sus mejores cualidades. Es la única que se ha abierto a mí, que me ha contado sus mayores miedos.

Con Iris quiero intentarlo. De verdad que sí. Me arde la garganta cada vez que recuerdo que la he alejado y que, con total seguridad, no quiera volver a saber nada de mí.

—No quiero que pienses que te estoy juzgando —continúa mi padre, con voz más calmada—. Pero debes ser honesto contigo mismo, Caleb. Con tus sentimientos. Con lo que quieres. Con lo que necesitas. No puedes seguir permitiendo que el pasado guíe tus pasos. Eres joven. Te mereces rehacer tu vida. No estás traicionando a nadie. Cuando ella te necesitaba, estuviste allí. —Mi padre esboza una pequeña sonrisa—. Laurie se ha marchado, Caleb. Se marchó hace muchos años.

Sus palabras me dejan sin respiración durante unos segundos. Asiento, aunque me cuesta. Porque abrirme así, aunque sea a él, me hace sentir vulnerable. Pero también ligero, como si al decirlo en voz alta me librara de la carga que arrastro.

—Es… complicado —susurro—. Porque no quiero herir a nadie. No quiero que Henry sienta que está traicionando el recuerdo de su

madre. No quiero que… todo sea un desastre. No quiero que esto salga mal y me arrepienta de haberme abierto a otra persona.

Mi padre me sonríe de manera tierna, una sonrisa llena de comprensión y de paciencia que me hace sentir, por primera vez en semanas, que no estoy solo en esto.

—La vida es complicada, Caleb. Siempre lo ha sido. Pero esconder lo que sientes no la hace más sencilla. La hace más dolorosa. Y tu hijo merece ver que ser honesto con los sentimientos no es de débiles, sino de valientes. Si te equivocas y sale mal, aprenderás. Pero no puedes esconderte cada vez que estás comenzando a vivir. No puedes tener miedo a vivir.

Miro a Henry, que llega en ese momento para tirarse al suelo a jugar con su coche. Sigue sumido en su mundo. Se parece tanto a su madre… A veces siento que la tengo delante cuando lo miro.

—Tengo miedo —confieso finalmente, bajando la mirada—. Miedo de hacerle daño a Iris. Miedo de cometer un error y hacer que él sufra —digo, refiriéndome a mi hijo—. Quiero intentarlo. Quiero estar cerca de ella, de Iris. No sé cómo ni cuándo, pero quiero.

Mi padre asiente con lentitud. Tarda unos segundos en contestarme, como si estuviera midiendo sus palabras.

—No conozco a Iris tanto como tú —señala—, pero parece una buena mujer. Y creo que ella tampoco lo ha tenido fácil. Se marchó de su hogar, ¿verdad? Sería por algún motivo. Pero decidió confiar en ti y abrirse. Esa mujer merece la pena, hijo. Y tú te arrepentirás si no lo intentas.

Respiro hondo y siento un calor extraño en el pecho, una mezcla de alivio y miedo, de esperanza y de respeto por las posibilidades que se abren ante mí. Henry comienza a canturrear una canción del colegio mientras juega. A veces pienso que es un alivio que él no recuerde a su madre. Es una forma de ahorrarle el dolor que yo he sufrido. Sí, sabe que su madre ha fallecido, pero ni siquiera recuerda el color de sus ojos o qué canciones le cantaba para dormirlo. Eso me provoca sentimientos encontrados.

Necesito dejar el pasado a un lado. Durante demasiado tiempo me he aferrado a él como si fuera una brújula que me protegiera de

equivocarme, cuando en realidad solo me mantenía anclado en un dolor que me impedía avanzar.

El recuerdo de ella, de Laurie, siempre formará parte de mí. No quiero borrarlo, ni podría hacerlo aunque quisiera. Pero tampoco puedo seguir ahí, esperando a que regrese cuando sé que no lo hará. Ya no soy el mismo Caleb de antes. La persona que fui murió cuando ella falleció.

La verdad es que nunca me he permitido pensar en lo que yo necesitaba: siempre me he volcado en lo que Henry debía tener. Y quizá ha llegado el momento de reconocer que, si quiero darle lo mejor, también debo darme la oportunidad de ser feliz.

Iris…

Su nombre me atraviesa con una mezcla de miedo y calma. Me hace sentir vivo, aunque también me asusta lo mucho que podría perder si me equivoco. Pero, por primera vez en años, me pregunto qué pasaría si en lugar de huir… decido arriesgarme.

Mi padre parece esperar una respuesta.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Gracias, papá.

—De nada, hijo. Para eso estamos —susurra.

Miro a mi padre y siento una oleada de gratitud. No siempre lo digo en voz alta, pero sé que sin él habría sido imposible salir adelante. Ha sido mi punto de apoyo cuando todo se derrumbaba, el ejemplo silencioso de cómo seguir caminando incluso cuando cada pequeña parte de tu vida se desmorona. Mi padre también tuvo que pasar por un duelo, diferente el mío, pero también lo vivió. Mi madre se marchó y se casó para tener otra familia. Era un recuerdo doloroso, pero, en vez de quedarse agarrado a él, mi padre lo había aceptado y había continuado con su vida.

Y me doy cuenta de algo: lo que él ha sido para mí es lo que yo quiero ser para Henry. Una persona que permanece en las malas, que no huye, el que da calma en medio del ruido. Si consigo eso, nada me haría más feliz.

He tomado una decisión.

Y esa decisión me calienta el pecho.

Voy a por ti, Iris. Estoy más decidido que nunca. No voy a rendirme.

A la mañana siguiente, el sonido metálico de las herramientas contra la madera resuena en el astillero como un latido constante. El olor a sal, a barniz y a madera húmeda impregna el aire, mezclándose con la brisa fresca que entra desde el puerto. Mis manos están manchadas de serrín y de grasa, pero no me importa. Necesito esto: perderme en el trabajo, en cada clavo, en cada tablón que encaja en su sitio como si fuera un puzle perfecto. Cuando concentro toda mi atención en el barco, el resto del mundo desaparece.

He venido a primera hora de la mañana, solo, acompañado únicamente por el crujido de la madera y el golpeteo del mar contra los cascos. El astillero debería estar cerrado, pero me había levantado demasiado inquieto como para quedarme en casa. Mi padre se había pasado con algo para desayunar, y, cuando le había comentado mi intención de venir al astillero, él se había ofrecido voluntario a quedarse con Henry, que dormía todavía.

A veces creo que el astillero es mi refugio, un lugar donde puedo dejar de pensar para centrarme en el presente. Y hoy lo necesito más que nunca. Mi intención es ir mañana a ver a Iris, hablar con ella y esperar que mis explicaciones sean suficientes para que no haya decidido cerrarme la puerta de por vida. Desconozco cuál será su reacción, pero temo que no sea suficiente para ella. Pienso contarle la verdad. Mi verdad. Y aunque sé que lo va a comprender, no sé hasta qué punto está dispuesta a que lo retomemos donde lo dejamos.

Unos pasos interrumpen mis pensamientos. Al principio, creo que puede ser algún vecino curioso, pero cuando levanto la vista veo a Lavender. Camina con la naturalidad de una persona que ha estado muchas veces en el astillero, con su melena recogida en un moño deshecho y esa sonrisa tranquila que siempre transmite confianza. Nunca le he visto perder la compostura.

—Daba un paseo por el muelle cuando he visto el astillero abierto —dice, apoyándose en la puerta del astillero con las manos en los bolsillos—. ¿No descansas los domingos? —pregunta con ironía.

Dejo la herramienta sobre el banco de trabajo y me limpio las manos en un trapo. Luego esbozo una pequeña sonrisa.

—Sí, suelo cerrar los fines de semana…, pero hoy necesitaba despejarme un poco —respondo con ligereza.

Ella avanza unos pasos y observa la estructura del barco con atención, como si estuviera valorando el trabajo.

—Me gusta cómo va quedando. Siempre he dicho que tienes unas manos maravillosas.

—Gracias. Llevo semanas con él —admito.

Durante un instante, Lavender guarda silencio, paseando la vista por el lugar. Finalmente me mira con una pequeña sonrisa impregnada de tristeza, como si pudiera ver más allá de lo que muestro.

—¿Y cómo estás tú, Caleb? —pregunta con suavidad.

No me esperaba la pregunta, pero tampoco me sorprende del todo. Lavender siempre ha tenido ese don de saber cómo se sienten las personas con tan solo observarlas un rato.

—Bien. Ocupado —respondo, encogiéndome de hombros.

Ella sonríe, ladeando la cabeza.

—Ya sé que estás ocupado. Sabes que no me refiero a eso.

No digo nada. Sigo ajustando una pieza como si eso pudiera disimular el nudo que me aprieta el pecho. Lavender se acerca un poco más, sus pasos resonando sobre el suelo de madera.

—La he visto poco últimamente —comenta, como quien no quiere la cosa—. A Iris, digo. Pero cuando nos cruzamos he notado que no está del todo bien. Aunque, claro…, ella nunca se queja, ¿verdad? Es de esas personas que ayudan a los demás sin esperar nada a cambio.

Digo su nombre en mi mente y un cosquilleo extraño me recorre. Sé que Lavender está tanteando el terreno, que intenta darme un empujón sin hacerlo demasiado evidente. La conozco lo suficiente como para entender sus silencios.

—No lo sé… —respondo al fin, dejando escapar el aire lentamente —. Tú la ves más que yo.

Lavender alza una ceja, sin perder la sonrisa.

—¿De verdad quieres seguir actuando como si fuera estúpida, Caleb? Sé que habéis tenido algo. Ha sido más que evidente. Y tu incomodidad para hablar de ella lo confirma.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Bajo la mirada, sin saber qué contestar.

—No es tan sencillo. Henry…, mi hijo… —Me detengo, como si explicarlo pudiera resolverlo todo.

Ella se cruza de brazos, apoyándose contra la pared.

—Henry es un niño maravilloso. Y lo que más necesita es un padre que no viva anclado al pasado. Te he visto, Caleb. Te desvives por tu hijo, pero no te permites disfrutar. ¿No crees que Henry también querría que fueras feliz?

Silencio. Trago saliva, sintiendo cómo la madera bajo mis manos pesa más y más.

—No estoy diciendo que te cases con Iris, ni mucho menos— añade Lavender, suavizando el tono—. Solo que… Iris no es alguien que aparezca todos los días. Es especial. Y tú lo sabes. Los dos sois especiales.

La miro entonces, y por un instante tengo la sensación de que Lavender no es solo una amiga dándome consejo, sino una voz que viene de algún lugar más profundo, como si el propio mar hablara a través de ella.

Asiento, despacio.

—No tienes que darme la charla. Ya lo ha hecho mi padre. Mañana iré a verla —confieso, con la voz más firme de lo que esperaba.

Lavender sonríe, y en sus ojos hay un brillo que me da paz.

—Me alegra oírlo.

Se despide poco después y me deja a solas en el astillero. El eco de los pasos de Lavender se apaga y me quedo solo, rodeado del olor a madera húmeda y sal. Me incorporo y voy hacia un barco que Nate está arreglando. Paso la mano por la borda, siguiendo con los dedos las vetas ásperas, y siento un escalofrío al pensar que, no hace mucho tiempo, Iris estuvo aquí.

Fue la primera vez que nos acostamos.

Y desde ese momento no he podido dejar de pensar en ella.

Huir ya no es una opción.

Mañana dejaré de esconderme detrás del miedo, detrás del recuerdo de mi mujer fallecida y detrás de la excusa de mi hijo. Ya es hora de dar un paso hacia delante y actuar.

Cierro los ojos y respiro hondo. Puedo verla en mi mente, con esa forma tan suya de mirarme, como si fuera capaz de ver a través de mí. Y me duele recordar su mirada cuando le dije que lo mejor era que nos alejáramos, que pusiéramos distancia de por medio, como si no sintiera nada por ella y hubiese sido un rollo.

Me apoyo contra el costado del barco y, por primera vez en mucho tiempo, siento algo de paz. No sé qué me dirá, no sé si será demasiado tarde, pero debo hacerlo. No pienso esconderme para que unos años más tarde me arrepienta de mi cobardía y de las decisiones que he tomado.

Mañana, Iris. Mañana te diré todo lo que no me he atrevido a decirte hasta ahora.



22

El perdón

IRIS

Conduzco con las ventanillas entreabiertas, dejando que el aire fresco de la mañana me revuelva un poco el pelo. El motor de la furgoneta ruge con ese sonido irregular que ya le es propio, como si me recordara que le hace falta ya una visita al mecánico. Cosa que me apunto en la memoria para no demorarlo más.

Me dirijo a Hoboken, a ver a mi madre. Le pedí el lunes, el martes y el miércoles libre a Lavender, y como siempre, me lo concedió sin ningún problema, aunque sentí que le habría gustado que fuera otro día. Sin embargo, ella no añadió nada más y yo decidí dejarlo estar. Agradezco ese gesto; necesitaba salir, poner kilómetros de por medio y darme un respiro.

Mientras la carretera se abre frente a mí y Rita descansa detrás, pienso en lo extraño que es el amor. Cómo puede levantarte hasta lo más alto y, al mismo tiempo, en apenas unos segundos, arrastrarte al fondo con un solo recuerdo o con una sola palabra.

Duele, claro que duele. Pero si lo comparo con el vacío de no haber sentido nada…, entonces prefiero mil veces este dolor. Prefiero mirar atrás y recordar lo que he sentido y lo que he vivido con Caleb, a pesar de causarme dolor, a vivir una vida desprovista de emociones. Eliminarlo de mi mente no es una opción.

Southwest Harbor va quedando atrás a medida que pongo distancia, pero mi mente se queda atrás, en ese puerto, en ese bosque, en cada rincón donde he estado con Caleb. Suspiro y aprieto un poco más el volante. Sé que volveré a ser yo misma

cuando me adapte a la rutina de no estar con él, de no dar paseos por el bosque o de no ir a su astillero. Pero, hasta que eso suceda…, Caleb ocupa la mayor parte de mis pensamientos.

Sin embargo, hoy he decidido que voy a pensar muy poco en él.

Mi madre me llamó el domingo por la tarde para pedirme que fuera a visitarla. Algo raro en ella, pero lo que hice fue llamar a Lavender.

Si soy sincera conmigo misma, no me apetece ir a Hoboken. Cada vez que pongo rumbo allí, ya sea años atrás cuando regresaba de un congreso sobre fauna marina o ahora, desde Southwest Harbor, siento que no solo voy a ver a mi madre, sino también a enfrentarme con una parte de mí que nunca he querido asimilar o aceptar, un capítulo de mi vida que fue muy doloroso: el fallecimiento de mi padre. Los recuerdos de mi padre aparecen en cada esquina, en cada olor de aquella casa, en cada rincón donde sigue habiendo ropa de él. Mi madre se niega a deshacerse de ellos. Le consuela verlos. En cambio, yo, solo me siento más triste y pequeña cada vez que los tengo enfrente. Es un constante recordatorio de que nunca más volveré a verlo.

Murió hace años, pero todavía siento el hueco que dejó. Dudo que el tiempo cure mis heridas o haga que duela menos su recuerdo; simplemente aprenderé a convivir con ello. Pero conducir hacia Hoboken es echarle sal a una herida que no está curada por completo.

Aprieto el volante con los dedos, como si pudiera apaciguar la inquietud que me recorre. Sé que mi madre necesita verme, y yo necesito verla a ella, aunque me cueste. Tal vez el amor siempre sea eso: estar dispuesto a hacer pequeños sacrificios aunque te desgastes.

Rita se mueve un poco y suspira, tranquila, en paz, sin nada que la perturbe,

Las primeras horas transcurren tranquilas. El cielo aún es azul, aunque pálido, y la luz otoñal acaricia la carretera sin llegar a calentar. Después de un par de horas me detengo en un área de descanso. Dejo que Rita estire las patas entre hojas secas que crujen bajo su peso y yo me compro un café en un vaso aislante que

no me achicharra las manos. El aire huele a tierra húmeda y a bosque, ese olor tan propio del otoño. Me pregunto qué estará haciendo Caleb y cómo le irá a Henry en el colegio. Sin embargo, decido que no es el momento para pensar en ellos. Me he prometido que este viaje es para desconectar.

Retomo el viaje. El cielo empieza a cambiar; una capa de nubes bajas cubre la claridad, y la carretera adquiere un tono gris, melancólico. Siento cómo se me hace un nudo en la garganta al pensar en mi padre. Con él, los largos trayectos en coche eran distintos. Sabía exactamente cuándo y dónde parar para que disfrutara de un buen paisaje o de una buena comida, cómo distraerme y cómo hacerme reír con sus chistes malos. Para mí no fue solo un padre, fue mi verdadero sostén. Mi madre estaba, sí, pero él era la figura que aportó calidez y diversión a mi vida. Sin él, el mundo es más desolador y más frío.

A mitad de camino vuelvo a parar. Me obligo a comer algo, un bocadillo frío que apenas tiene sabor y que he comprado en una estación de servicio. Rita mastica tranquila su pienso, que le he traído en una bolsa. También tiene un recipiente con agua fresca.

Me quedo mirando el cielo: se ha teñido de naranja, aunque todavía es temprano. Noviembre siempre apaga sus tardes demasiado pronto.

La última parte del viaje se hace más pesada. El tráfico aumenta y la luz se desvanece rápido, dejando tras de sí un cielo violeta que pronto se vuelve negro. Hago una última parada breve para que Rita estire las patas y yo pueda atender mis necesidades. Una vez montada y con la radio sonando de fondo, me recuerdo de niña, paseando con mi padre en días así, cuando él me contaba alguna historia que se inventaba por el camino. Yo elegía los personajes y él decidía qué aventuras iban a vivir.

Qué poco sabía entonces de lo mucho que lo iba a necesitar cuando fuera adulta…

Él me habría apoyado cuando ocurrió lo del escándalo de Jack Riordon. Con él, todo habría sido diferente,

Cuando, al fin, me acerco a Hoboken, ya son casi las cinco de la tarde. Las farolas y los escaparates se reflejan en los charcos de una

llovizna reciente. Trago saliva al pasar por una calle que preferiría evitar. Allí sigue, firme e intacto, el edificio que fue mi clínica veterinaria. Vuelvo el rostro, pero el recuerdo me afecta igual. Vendí ese lugar después del escándalo, y aunque intento convencerme de que fue lo correcto, aún me duele como una herida abierta.

Acelero un poco. Rita se mueve en el asiento trasero, como si notara mi inquietud, y me reconforta su sola presencia.

Cuando aparco frente a la casa de mi madre, el cielo ya es oscuro. Apago el motor y me quedo quieta, con las manos aún en el volante. No quiero bajar; Hoboken está lleno de recuerdos que duelen demasiado. Pero respiro hondo. El amor a mi madre y a mi padre me empuja a hacerlo.

Rita ladra suavemente, como si me diera el último empujón. Sonrío, cansada. Quizá eso sea suficiente para abrir la puerta y salir. Deslizo la puerta y le quito el enganche de seguridad para que baje. Se acuerda perfectamente de cuál es la casa de mi madre, ya que va corriendo hacia ella.

La puerta se abre y Rita se lanza a ella con un entusiasmo que me arranca una sonrisa. Mueve la cola con fuerza mientras sus patas golpean el suelo. Mi madre aparece en el umbral. Su rostro mantiene esa frialdad que siempre ha mostrado con las personas, esa distancia que a veces me hizo contener un abrazo cuando me apetecía dárselo de pequeña. Pero con Rita es distinto: los ojos de mi madre se iluminan y su mano se acerca inmediatamente para acariciarla. La mira con ternura, y casi puedo ver cómo se le dibuja una sonrisa sincera, la de alguien que siempre ha tenido un corazón bueno aunque lo haya protegido tras una apariencia fría y distante.

Rita casi se arroja a sus brazos, y mi madre se ríe, mostrando esa belleza clásica capaz de competir con cualquier modelo. Mi madre ha sido una de las mujeres más guapas de Hoboken. Incluso en mi colegio había sido muy admirada por mis amigas, que me preguntaban cómo podían ser como ella.

La perra responde con pequeños saltos y lametazos, confiada y feliz. Y yo… yo me quedo al lado de la furgoneta, con el corazón latiendo demasiado rápido, incapaz de andar. Sin embargo, una mirada de ella me hace avanzar y acortar la distancia que hay entre

nosotras. Respiro hondo, intentando que la tensión que me aprieta la garganta no me haga retroceder.

Rita, como si notara mi vacilación, viene hacia mí y se frota contra mis piernas antes de correr nuevamente hacia mi madre. Siento un tirón en el pecho: estoy andando y siento que el corazón se me rompe al saber que mi padre no está ahí, que esa casa no volverá a tener la alegría y la calidez que tenía antaño.

La mirada de mi madre me sigue, atenta, firme y penetrante. Cada paso que doy me parece un reto, y el tiempo parece estirarse mientras el umbral se convierte en un punto que separa la distancia entre el pasado y el presente. Mi respiración se vuelve algo irregular. Necesito recordarme que ese también ha sido mi hogar.

Que sigue siéndolo si alguna vez lo necesito.

Cuando finalmente estoy lo bastante cerca, mi madre abre los brazos. Vacilo apenas un instante, pero entonces me dejo envolver por ella. Y en ese momento todo cambia: el peso del día, el cansancio del viaje y el recuerdo de Caleb. Todo se disuelve en el calor de su abrazo. No me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta ese momento.

El recuerdo de mi padre se cuela sin pedir permiso mientras me siento rodeada por el olor floral de mi madre. Imagino su sonrisa aprobadora, su manera de tranquilizarme, de hacerme sentir que no pasa nada por cometer errores. Y, por un instante, siento que los tres estamos juntos otra vez: él, mi madre y yo, un trío perfecto.

Una lágrima se escapa, caliente y silenciosa, aunque me la limpio con rapidez para que mi madre no se dé cuenta.

—Me alegro mucho de verte, Iris —me dice con su voz suave y femenina.

Nos separamos un poco y entramos en la casa. Ella cierra la puerta detrás de nosotras. Un olor a limpio y fresco inunda la casa. Mi madre siempre había sido una maniática de la limpieza. Cuando ella no tenía tiempo porque tenía que ir a trabajar, contrataba a alguien.

Mi madre me mira, con esa mezcla de firmeza y cariño que siempre ha tenido, y me pregunta:

—¿Quieres algo de beber, Iris?

Sacudo la cabeza y dejo que la sensación de alivio y nerviosismo se mezcle. El calor del hogar y el abrazo reciente me recuerda que no estoy tan solo como pensaba, que aunque a veces sea fría y distante, es mi madre y siempre va a estar ahí.

—Creo que… me daré un baño primero —respondo.

Necesito un momento para mí misma, para desprenderme del viaje, de la tensión, de todos los recuerdos que me siguen a todas partes.

—Tienes ropa limpia y toallas en tu habitación —me informa.

Asiento y miro una última vez hacia atrás. Rita se acomoda definitivamente en la alfombra del salón. Mi madre va hacia el sillón y se sienta. La escucho hablar con mi perra, aunque no entiendo sus palabras. Ya estoy subiendo las escaleras. Voy a la que era mi habitación y veo que mi madre ha cambiado la decoración.

Esa ya no es mi habitación. No hay nada en ella que me recuerde que alguna vez había sido mía.

Entierro ese sentimiento de añoranza en lo más profundo de mi cabeza y cojo una toalla que hay encima de la cama. Luego abro el armario y escojo unos vaqueros, una camiseta de manga larga y un jersey.

Camino hacia el baño con pasos lentos y, al llegar, cierro. Me desnudo con rapidez y abro el agua para que vaya saliendo caliente. Necesito esa ducha con urgencia, limpiarme del sudor y del cansancio del día. He conducido muchas horas y necesito relajarme. Con ese pensamiento, entro en la ducha y suspiro de placer cuando el agua cae sobre los doloridos músculos de mi espalda.

El vapor del baño se dispersa lentamente mientras me seco el pelo, y por un momento me quedo mirándome al espejo. El reflejo me devuelve la imagen de una mujer cansada pero firme, marcada por las largas horas de trayecto y unos cuantos varapalos a sus espaldas. Limpio el espejo con la mano para quitar el vapor y suspiro. Estoy deseando cenar e irme a dormir.

Me visto con la ropa que he cogido antes y me alegra ver que me queda bien, que no he cogido peso. No me gusta ir con ropa apretada, prefiero una prenda holgada y cómoda, y como no me

había llevado todo mi armario cuando me fui a Southwest Harbor, no quise traerme una maleta con unas cuantas prendas.

Cuando salgo del baño y bajo las escaleras, la casa está silenciosa, apenas rota por el tictac de un reloj antiguo en la pared y el susurro del viento que entra por la ventana. Camino despacio hacia el salón, viendo la exquisita decoración de la casa. Mi madre tiene un talento innato para ello. Cada jarrón, cada cuadro o cada flor están colocados con un gusto impecable.

Mi madre me observa desde el sillón. La luz cálida de la lámpara acaricia su rostro, lo que hace que sus rasgos serios se suavicen un poco. Me siento en la butaca frente a ella, todavía con cierta distancia, con la espalda recta y las manos apoyadas en mis piernas. El silencio se estira un instante, pesado y lleno de significado.

—Entonces, ¿ha ido bien el viaje? —pregunta finalmente, con la voz firme pero no exenta de interés.

Respiro hondo y asiento un par de veces.

—Sí. Largo… —digo con suavidad—. Pero bien. Llegué sin problemas y…, bueno, Rita se portó como siempre. De lujo.

Ella asiente, y durante un segundo nos miramos en silencio. Siento cómo la tensión acumulada en mi cuerpo tras horas de carretera y los recuerdos de mi padre comienzan a ser como un torbellino de emociones que me desestabiliza. Pienso en mi padre, en las últimas veces que lo vi en el salón antes de… fallecer.

Me había quedado sin padre demasiado joven, con tan solo trece años. Muy joven para perderlo pero demasiado mayor como para no recordarlo, contrario a como le había sucedido a Henry, el hijo de Caleb.

Decido hablar un poco más, compartiendo mi sensación de estar de vuelta, pero sin entrar en detalles. Mi madre me escucha, asintiendo a veces, manteniendo su mirada atenta, y siento que, aunque siempre ha sido fría conmigo, ahora hay un pequeño atisbo de cercanía que me permite respirar un poco más tranquila. Siento que no me está juzgando, solo me escucha.

Rita se acurruca entre mis piernas, y el simple contacto de su cuerpo tibio me ofrece un punto de apoyo para no desmoronarme cuando veo la foto de mi padre justo enfrente.

El corazón se me rompe un poquito.

—Iris, hay algo de lo que me gustaría hablar contigo —dice mi madre con voz tranquila, serena. Sea lo que sea no debe de ser fácil, ya que parece un poco nerviosa, algo que nunca antes he visto en ella—. Sé que… no estuve contigo cuando más me necesitaste. —Se detiene, y sus labios se tensan, como conteniéndose de añadir algo más. Yo abro los ojos, sorprendida por la dirección que toman sus palabras—. No fui… la madre que debí ser durante todo lo que pasó con tu clínica y con… Jack Riordon.

Siento un nudo en la garganta que me impide respirar con normalidad. Y por más que trague saliva, no se va.

El orgullo de mi madre siempre había sido una muralla inquebrantable; desde que tengo uso de razón, ella nunca se ha disculpado cuando ha cometido un error, tampoco se ha mostrado débil. Pero ahí está, intentando actuar de otra forma, aunque sea un poquito. Me quedo callada un instante, y luego asiento, con suavidad, como si pudiera darle ánimos sin palabras para que continuara.

Ella no lo hace; me contempla fijamente y sé que espera que diga algo, que la libere de continuar. Quiere que su pequeña disculpa sea suficiente.

Quizá, en otras circunstancias, no habría sido suficiente. Quizá yo habría necesitado que se disculpara de verdad, que admitiera todos sus errores. Sin embargo, ya no lo considero necesario. Con tan solo el hecho de que sea consciente de ello y haya dado un pequeño paso, es suficiente. La mujer de hielo se ha descongelado un poquito, pienso con ternura.

—No te preocupes, mamá —respondo—. Está olvidado. Gracias por decirlo.

El silencio vuelve a caer, pero esta vez es diferente: menos pesado, menos cargado de tensión. Acepto lo que puede darme y también lo que no. Por fin comprendo cómo es mi madre, con su dureza y su cariño a medias, y acepto que eso también forma parte de ella, de lo que siempre ha sido.

Hablamos un poco más, pero esta vez sobre temas mundanos. Le cuento fragmentos del viaje, de la carretera, del frío de noviembre,

de Rita y de cómo me he sentido desde que dejé la clínica. No necesitamos muchas palabras; los gestos, las miradas y la felicidad que transmito al hablar del centro de rescate en el que trabajo dicen más que todo lo que podría expresar.

Rita sigue acurrucada entre mis pies, y su calor me reconforta.

Le pregunto a mi madre cómo está, qué ha hecho los meses que he estado fuera, y ella admite que sale un poco más con su grupo de amigas, que ya no pasa tanto tiempo sola en casa viendo una y otra vez las fotos de mi padre. Es como si ella también estuviese decidida a cambiar, a empezar a vivir de nuevo. Sé que mis padres estuvieron muy enamorados el uno del otro, no tengo dudas de ello, pero, como cualquier pareja, tuvieron sus problemas. La muerte de mi padre, que ocurrió sin que ninguna de las dos nos lo esperásemos, fue un duro golpe.

Cuando finalmente la charla termina, me levanto despacio y camino hacia un mueble del salón donde hay varias fotos familiares. Mi madre me observa, siento su mirada en la espalda.

Mis dedos se detienen sobre una en particular: nosotros tres, mi madre, mi padre y yo, sonriendo en un día de verano que parece lejano y perfecto. Me inclino sobre la foto y la toco con suavidad. Una mezcla de tristeza y amor me invade; mi padre no está, pero su presencia se siente en cada rincón de la casa, en cada recuerdo que atesoro con cariño, en mi corazón y en mi madre.

Suspiro y me alejo un poco, dejando que la imagen quede en mi mirada mientras regreso a la butaca. Rita se mueve un poco, acomodándose mejor, y me doy cuenta de que, por primera vez desde que llegué, puedo respirar con cierta calma. Mi madre ha acortado la distancia que nos separaba y eso ha curado algunas de las heridas que llevaba años escondiendo.

—¿Quieres que cenemos ya? —me pregunta, rompiendo el silencio que se ha quedado flotando entre nosotras mientras yo miraba la foto. Su tono es sereno, casi tímido, como si temiera interrumpir el hilo de mis pensamientos.

Asiento con suavidad y me pongo de pie. Ella va a la cocina seguida por Rita, quien parece saber que es hora de comer.

Decido ocuparme de la mesa, como cuando era niña y quería ayudar aunque apenas alcanzara a poner los cubiertos en línea. Voy hasta el aparador y saco los platos blancos de filo dorado. Los coloco con cuidado sobre el mantel bordado, ese que mi madre guarda para comer y que tantas veces usamos con mi padre.

El salón, y en realidad toda la casa, respira el estilo de mi madre: cada rincón está decorado con gusto: un jarrón con flores frescas, un cuadro colgado en el ángulo exacto para dar un poco de luz a la oscura decoración y una manta doblada sobre el sofá que estoy segura que se pone cuando lee una revista o ve una película.

Mientras coloco las servilletas, mi mirada se detiene en la repisa junto a la ventana. Allí descansa el viejo reloj de bolsillo de mi padre, protegido dentro de una vitrina de cristal. Me acerco y lo observo. Recuerdo cómo lo sacaba siempre del bolsillo interior de su chaqueta, lo abría con un chasquido suave y fingía que miraba la hora con gravedad, como si fuésemos a llegar tarde a algún sitio, hasta que de repente sonreía con picardía y me decía que era una broma. La imagen me arranca una sonrisa espontánea.

Mi madre aparece entonces desde la pequeña cocina con una cazuela entre las manos, y me mira en silencio, siguiendo mi mirada hacia el reloj. Deja la comida en la mesa y suspira, con una ternura que me desarma.

—¿Sabes lo que siempre decía tu padre? —pregunta, con un brillo húmedo en los ojos.

—¿Qué? —respondo casi en un susurro.

—Decía que cada minuto contigo era demasiado breve, que tenía miedo de que crecieras tan rápido porque pasaría menos tiempo contigo —dice mi madre. Parpadea un par de veces—. Voy un momento al baño.

Trago saliva y noto cómo se me nubla la vista. Me quedo en el salón, paralizada un instante. Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza con fuerza. Siento que se me hace un nudo en la garganta, y por un segundo el mundo parece detenerse. Quiero llorar, pero intento contenerme, porque mi madre también está un poco afectada y no quiero empeorar la situación.

Cierro los ojos y dejo que los recuerdos de mi padre me inunden: su risa cuando me enseñaba a montar en bicicleta o cómo me esperaba al final del camino al volver del colegio. Me doy cuenta de que tengo recuerdos muy valiosos que me unen a él.

Las lágrimas se asoman, y aparto un par con la punta de los dedos. Mis ojos se posan en el reloj de bolsillo de mi padre, en la repisa.

Suspiro profundamente, intentando calmarme, y me levanto lentamente. Voy hacia la mesa, donde la cazuela ya está puesta, y me siento. Rita se acomoda a mi lado, y miro a mi madre, que viene por el pasillo, seria. Ya se ha recompuesto. Nos sentamos a cenar en silencio, pero es un silencio cálido y cómodo.

Después de la cena y con el estómago lleno, siento que todo el viaje ha merecido la pena. Hemos hablado de verdad, mi madre ha dado un pequeño paso y por primera vez en mucho tiempo parece que nos entendemos. Cuando los platos están recogidos y el salón vuelve a su calma habitual, antes de subir las escaleras para irme a dormir, mi madre me mira y me pregunta sin rodeos, como es ella:

—No vas a volver a Hoboken, ¿verdad?

Esbozo una pequeña sonrisa. ¿Volver a Hoboken? No. Mi vida está en Southwest Harbor, rodeada del mar y del bosque, con los animales. Estoy preparada para volver, olvidarme de Caleb y aceptar que, tarde o temprano, todos se enterarán del escándalo con Jack Riordon. Y no huiré. No. Me quedaré allí, dispuesta a ayudar a los animales y a demostrar que pueden confiar en mí, que no soy un peligro.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo.

Me siento libre.

—No, mamá —respondo, con la voz tranquila pero llena de convicción—. Ya he encontrado mi hogar. El sitio en el que quiero estar.

Ella asiente y me da las buenas noches. Yo subo las escaleras, y aunque espero a Rita, me doy cuenta de que se queda en el salón con mi madre.

Con una sonrisa, me voy a mi cuarto a descansar.



23

Nunca es tarde

IRIS

El miércoles por la mañana decido poner rumbo de vuelta a Southwest Harbor. El día está un poco nublado y las nubes parecen presagiar un poco de lluvia. La casa de mi madre está tranquila, y un olor a flores silvestre inunda las habitaciones. Rita se pasea entre mis pies, inquieta, como si ella también supiera que regresamos. Después de desayunar y vestirme, salimos al exterior. Rita me sigue, y mi madre viene también un par de pasos por detrás.

Al llegar, deslizo la puerta de la furgoneta para que Rita entre. Mi madre se despide de mi perra y veo la tristeza empañar su mirada de color marrón.

Le pongo el arnés a Rita y su enganche de seguridad. Luego cierro y me giro hacia mi madre. Me observa sin decir nada, pero algo ha cambiado: veo una chispa de cariño y una pequeña grieta en su armadura, como si me dejara ver cómo se siente después de años y años escondiéndolo. Nos abrazamos, larga y silenciosamente. Es un abrazo que me llena el corazón, y su olor me rodea. Mi madre deja escapar un suspiro y, finalmente, dice:

—La próxima vez iré yo a verte.

Asiento con suavidad, una sonrisa pequeña y tranquila se dibuja en mis labios. No hace falta decir nada más. Esa promesa es suficiente.

Subo al coche, cierro la puerta y siento cómo Rita se acomoda en el asiento trasero. La carretera nos espera, y, con ella, horas de viaje que me llevarán de vuelta a mi hogar. Le pito a mi madre y arranco

la furgoneta. Veo su figura alejándose y haciéndose cada vez más pequeña. Siento un pellizco en el pecho, pero decido poner la radio para no pensar en nada.

El trayecto es largo y conocido, pero esta vez siento alivio al recorrerlo porque vuelvo al sitio que considero mi hogar. Hago varias paradas: la primera para estirar las piernas y dejar que Rita olfatee un poco el aire fresco, otra para tomar un café caliente y repasar mentalmente la ruta y una más para repostar, comer y reorganizar las cosas en el maletero. Cada parada me da tiempo para respirar, para dejar que los recuerdos de estos días con mi madre se mezclen con la anticipación de volver a Southwest Harbor.

La carretera se curva entre colinas y bosques, y el aire se llena del olor a tierra húmeda y a hojas recién mojadas por el rocío. Escucho la respiración pesada de Rita, señal de que está sumida en un profundo sueño. En la radio suenan canciones *indies* que me hacen disfrutar del viaje y cantar en voz baja para no despertar a mi perra.

Pienso en mi madre mientras conduzco. En su silencio, en la forma en que se ha abierto a mí, en cómo estos días han marcado un antes y un después en nuestra relación. No ha sido solo la comida, que ha sido fabulosa, pues mi madre siempre ha sido una excelente cocinera; tampoco los paseos que dimos por el parque, sino esa sensación de entendimiento, de conexión silenciosa que me hace sentir que todo lo que nos ha separado se ha esfumado.

Los kilómetros pasan y el paisaje cambia, pero hay una constante con pequeñas variaciones: los árboles que bordean la carretera, los campos abiertos y el mar que se asoma tímidamente entre colinas. Cada vista me recuerda que estoy volviendo a mi lugar, a mi vida, a todo lo que he construido y que ahora me espera.

Al caer la tarde, el sol se pone más bajo y las sombras se alargan sobre la carretera. El viaje es largo y me deja un rastro de fatiga, pero también de satisfacción: vuelvo a casa después de unos días que me han dado más de lo que esperaba. La reconciliación con mi madre, aunque silenciosa, ha sido profunda y real. Y también he puesto mis pensamientos en orden, o al menos, un poco. He dejado a Caleb de lado para disfrutar de la compañía de mi madre. Y ahora que estoy lejos de Hoboken, parece que vuelve a estar presente.

Finalmente, tras hacer la última parada y atravesar los últimos kilómetros, veo que Southwest Harbor aparece en el horizonte. Mi corazón late un poco más rápido. La familiaridad de las calles, los edificios, la brisa que viene del mar…, todo me da la sensación de haber regresado a donde pertenezco.

Cuando llego, sobre las seis de la tarde, después de casi todo un día de carretera, noto algo que me hace detener el coche casi sin darme cuenta. Allí, en el porche de mi casa, está esperándome Caleb. El corazón me da un vuelco y se me cala la furgoneta a causa de los nervios.

Maldita sea…

Sus ojos azules se clavan en mí al escuchar el motor arrancar de nuevo, y aparco con dificultad justo enfrente de mi casa. ¿Qué hace en mi porche? ¿Me está esperando? ¿Le habrá pasado algo a Henry? Miles de preguntas inundan mi cabeza.

Recuerdo sus palabras el día de la fiesta de Halloween: lo mejor era que pusiéramos distancia de por medio, no quería ni siquiera intentarlo, y eso me había roto el corazón.

Siento un torbellino de emociones: sorpresa, confusión, pero también una chispa de esperanza que no puedo ignorar, aunque intento acallarla. No quiero hacerme ilusiones: las ilusiones distorsionan la realidad y solo provocan dolor.

Rita se mueve inquieta en el asiento de atrás y yo respiro hondo, intentando calmar los latidos acelerados de mi corazón. El viaje ha terminado, pero lo que me espera ahora es mucho más incierto que cualquier carretera que haya recorrido.

Apago el motor y, mientras bajo, siento cómo una brisa cargada de olor a sal me acaricia la cara. Le quito a Rita su arnés y dejo que salga. Va disparada a Caleb, quien la saluda con afecto. Luego se va al césped a oler flores y a revolcarse. Es su forma de quitarse la tensión después de tantas horas de viaje.

Cierro la furgoneta y me obligo a avanzar hacia mi casa, donde me espera Caleb. Cada paso hacia él es pesado y tembloroso a la vez. Él no dice nada, simplemente me observa, y eso es suficiente para que mi mente empiece a llenarse de preguntas y recuerdos.

Recuerdos de sus besos, sus caricias y cómo me escuchó cuando me desmoroné y le conté lo que me había pasado en mi antigua clínica.

Joder, ¿cómo voy a actuar como si nada hubiera pasado cuando me había abierto en canal?

Y, entonces, Caleb sonríe, una sonrisa pequeña pero sincera, y siento que, de alguna manera, la tensión de mi espalda se relaja.

—Por fin has llegado —dice finalmente, y su voz tiene un tono que no esperaba, lleno de calma y de algo más que no consigo identificar de inmediato.

Asiento, con una mezcla de nervios y confusión. El sol se va escondiendo detrás de los edificios del muelle, y siento que, aunque el día ha sido largo y lleno de emociones, algo está a punto de pasar.

Me acerco un poco más, y él da un paso hacia mí.

—¿Ha pasado algo? —pregunto con miedo—. ¿Henry está bien?

Caleb asiente y se pasa la mano por la mandíbula. Parece nervioso.

—Sí, no te preocupes. Henry está genial. —Coge aire y suspira. Lo veo inquieto—. Quería hablar contigo —dice finalmente. Me mira con la misma intensidad con la que me miraba cuando nos besamos por primera vez. Estoy acabada—. *Necesito* hablar contigo.

Asiento y contengo el impulso de abrazarlo allí mismo.

—Entra —le digo, y saco las llaves para abrir la puerta de mi casa. Rita, veloz como un cohete, entra la primera y va directa hasta su cama. No la veo, pero estoy segura, y mis sospechas se confirman cuando escucho su peluche, que emite pitidos.

Entramos en el salón y me siento en una butaca, mientras él se queda de pie unos segundos, mirándome, buscando las palabras correctas. Luego se acerca y se arrodilla entre mis piernas, con una mezcla de nerviosismo y determinación que no había visto antes.

—Iris —empieza, y hace una pausa—, estoy enamorado de ti. No he podido dejar de pensar en ti desde la última vez que hablamos. Los paseos por el bosque, el mar…, todo me recuerda a ti y a lo que hemos vivido juntos.

Espera, ¿de verdad acaba de decir que está enamorado de mí o me lo he imaginado? Siento el impulso de querer pellizcarme para

asegurarme de que estoy despierta y no sigo en Hoboken, durmiendo.

Me quedo en silencio, sin saber qué decir. Siento un intenso calor en el pecho y, al mismo tiempo, un miedo que me hiela la sangre.

—Cuando te dije que no quería nada serio, que lo mejor era poner distancia de por medio…, lo hice desde el miedo —continúa, con la voz cargada de sinceridad—. Tenía miedo de no estar haciéndolo bien con Henry, de no ser suficiente. Después del fallecimiento de mi mujer he evitado salir en serio con cualquier mujer. Pero tú no eres cualquiera. Te has metido en mis pensamientos y soy incapaz de sacarte de ellos. Te pido que me perdones. Quiero estar contigo, de verdad. Dame una segunda oportunidad.

El aire entre nosotros es denso, pesado y eléctrico al mismo tiempo. Mis manos se aprietan en mi regazo, y siento cómo mis emociones se agolpan unas sobre otras. Quiero decir algo, pero las palabras se niegan a salir. Quiero gritar que yo también estoy enamorada de él, pero mis nervios me traicionan.

Me apoyo un instante en el respaldo de la butaca y respiro hondo, intentando ordenar mis pensamientos. Pienso en todos los días que lo he echado de menos y en mi esfuerzo por no pensar en él para no recordar el dolor que me provocaba recordar que me había rechazado. Pienso en Henry y en lo importante que es que nuestra relación sea sólida, sin miedos; en lo que significa para mí la seguridad de su hijo, y en lo que significa este hombre que tengo delante.

Miro sus ojos azules, profundos y sinceros, y todo lo que he sentido estos meses se intensifica en este instante. Las palabras que no dije, los sentimientos que intenté reprimir, los momentos en los que me habría encantado tenerlo a mi lado…, todo me hace saber que lo que siento por él no es un simple enamoramiento adolescente. Ahora mismo podría llorar, pero también reír de alivio. Todo es demasiado intenso y a la vez… increíblemente perfecto. Si Lavender estuviera aquí, me mataría. No me estoy resistiendo ni un poquito.

—Caleb… —digo después de unos segundos en silencio, con la voz temblorosa, llena de todo lo que no he dicho antes—, yo… yo

también estoy enamorada de ti. Quiero estar contigo. No me veo con ninguna otra persona.

Su sonrisa es tan sincera que le llega a los ojos. Se acerca con lentitud y toma mis manos entre las suyas. Siento la calidez de su piel, las irregularidades de trabajar con las manos y un escalofrío recorre mi espalda. Sus labios acarician los míos en un beso que me provoca miles de mariposas danzando en mi estómago.

—No sabes cuánto he esperado escuchar eso —murmura en voz baja—. Vine el lunes para hablar contigo. Estuve esperando varias horas hasta que me fui. ¿Sabes qué se me había pasado por la cabeza? Que habías regresado a Hoboken, que no te vería más. Estaba dispuesto a ir, por supuesto. —Me besa las manos, y sonrío —. Pero llamé a Lavender y me dijo que te habías pedido algunos días libres.

Asiento al escucharlo. Mi cuerpo se relaja después de semanas lleno de tensión, aunque mi corazón sigue acelerado. Sus palabras me envuelven y me hacen recordar todos los momentos que hemos compartido: sus silencios al principio cuando nos conocimos, su apoyo cuando me derrumbé y acabé contándole lo que me había pasado con el hurón de Jack Riordon, su invitación a regañadientes para ir a dar un paseo junto con su hijo y cuando decidió jugarse la vida para salvarme de la locura que había cometido al coger una lancha y lanzarme al mar en plena tormenta para rescatar a la foca.

—Necesitaba ver a mi madre —le explico. Estiro una mano para acariciarle el rostro. Dios, es tan guapo…—. He estado dolida, sí, y confundida, pero no me iba a marchar de Southwest Harbor. Este también es mi hogar. Sabía que iba a ser duro… Ya sabes, verte y no poder tocarte —susurro—. Cada vez que pensaba en ti, incluso cuando intentaba convencerme de que acabaría olvidándote tarde o temprano, sabía que… sabía que eso no era lo que quería. Lo que quiero eres tú.

Caleb inclina la cabeza, y por un momento nos quedamos mirándonos, respirando juntos, dejando que el silencio y nuestras miradas nos conecten de una manera que las palabras nunca podrían. Luego se incorpora y me pega a él para abrazarme. Yo me

inclino y apoyo la cabeza en su pecho, sintiendo el latido constante, fuerte y tranquilo, que me hace sentir segura.

Rita, que había permanecido dormida, levanta la cabeza y nos observa con curiosidad. Se acerca y se acurruca a nuestros pies, y yo sonrío. Todo parece encajar, como si cada pieza de este rompecabezas emocional estuviera en su lugar.

Pienso en el miedo que ambos tuvimos, en la distancia que intentamos poner, en los errores y los malentendidos. Y ahora siento que todo eso se ha desvanecido, que estamos aquí, juntos, y que podemos empezar de nuevo. Que no necesitamos escondernos ni ocultar lo que sentimos. Los dos estamos preparados para continuar.

—Te prometo que nunca volveré a dejar que el miedo nos separe —dice Caleb con voz firme pero suave—. Quiero estar contigo.

Siento que mis ojos se humedecen, aunque hago un gran esfuerzo para no derramar ni una lágrima. Pienso con una sonrisa en la reacción de Lavender si me viese en ese momento. Ella, que me dijo que me mostrara dura, y al final he caído sin apenas resistencia.

—Entonces… estamos bien —digo, y sonrío, incapaz de ocultar mi felicidad—. Podemos empezar de nuevo.

Caleb aprieta mis manos con fuerza y yo me incorporo para abrazarlo. Apoyo la cabeza en su pecho y me dejo envolver por su olor fresco y masculino. Dios, cuánto lo había echado de menos… Siento el calor de su abrazo y la tranquilidad que transmite, y por primera vez en mucho tiempo, sé que todo está bien. Que el amor, después de tanto miedo y tanto tiempo, nos ha dado una segunda oportunidad.



Epílogo

IRIS

El aire huele a invierno, a bosque y a ese toque dulzón de galletas recién horneadas que llega desde alguna panadería cercana. Camino de la mano de Caleb por las calles de Southwest Harbor, y siento que el corazón me late con una calma feliz que aún me sorprende. Ha pasado un mes desde que decidimos dejar atrás los miedos, las dudas y el pasado. Un mes en el que cada día ha sido un pequeño descubrimiento. He ido poco a poco conociendo más y más a Caleb, esa faceta suya cariñosa y cálida que oculta y no deja ver a nadie.

No vivimos juntos todavía, pero cada noche que paso sin él es un recordatorio de cuánto lo quiero cerca. Queremos ir con tranquilidad, sin prisas, tanto por Henry como por nosotros, y eso es lo que estamos haciendo. No apresurarnos. Por mucho que me guste dormir con él pegada a su cuerpo cada vez que Henry se queda con su abuelo.

Hoy, sin embargo, no pienso en eso. Hoy estamos aquí, en el centro del pueblo, y todo brilla con intensidad.

Las luces navideñas cuelgan de los árboles desnudos, enredadas entre las ramas como si fueran estrellas atrapadas. Los escaparates están adornados con coronas de acebo, guirnaldas y lazos rojos y dorados. Los niños corretean con gorros de lana que casi les cubren los ojos, y los mayores se detienen en los puestos callejeros para comprar chocolate caliente o probar dulces típicos.

Me detengo un instante frente a la plaza principal, donde han colocado un enorme abeto decorado con bolas doradas y plateadas. En la cima brilla una estrella tan luminosa que casi me ciega. Caleb

me aprieta la mano y, cuando lo miro, sonríe de esa forma que me desarma: ladeando un poco la cabeza, con una chispa traviesa en los ojos.

—Sé lo que estás pensando —me dice.

—Oh, ¿sí? ¿El qué? —pregunto.

—Quieres comprarte un árbol para ponerlo en el salón.

Esbozo una sonrisa y me encojo de hombros. Me conoce demasiado bien.

—Aunque vaya a ir a Hoboken para cenar con mi madre, me gusta pensar que, al regresar, mi casa estará decorada.

—Vamos a comprar uno. Hay varias tiendas. Seguro que encontramos lo que buscas.

Él me rodea los hombros con el brazo y me atrae hacia su pecho, dejándome sentir el calor que emana de su abrigo. Hay algo profundamente reconfortante en apoyarme contra él mientras observo el bullicio de la plaza. Por primera vez en mucho tiempo, todo parece exactamente como debería ser.

Seguimos caminando entre los puestos. Una señora mayor nos ofrece probar un trozo de pan de jengibre. Caleb acepta sin dudar y, después de darle un mordisco, me acerca el resto para que lo pruebe. La textura es suave, especiada, y casi me río al ver cómo me mira, esperando mi veredicto como si yo fuera un juez implacable.

—Está delicioso —digo, y él asiente satisfecho, como si hubiera ganado algo.

—Me llevo uno —señala Caleb—. A Henry le encanta.

Después, compramos dos tazas de chocolate caliente en un pequeño carrito. El vapor se eleva en espirales que se mezclan con el vaho de nuestra respiración. Camino sorbiendo con cuidado, para no quemarme la lengua, y Caleb insiste en que probemos también unas galletas decoradas con glaseado blanco y azul. A este paso siento que me va a explotar la barriga. Prácticamente lo he probado todo.

Me paso la lengua por el labio para limpiarme un resto de azúcar, y lo sorprendo mirándome de esa manera intensa que siempre consigue ruborizarme.

—Deja de mirarme así —le susurro, divertida.

—¿Así cómo? —pregunta, fingiendo inocencia, aunque la sonrisa que se le escapa lo delata.

—Como si quisieras comerme —respondo.

Algo se oscurece en su mirada y me hace desear volver a casa.

—Me encantaría comerte, Iris. Entera. Esta noche lo haré.

Su voz me deja entumecida y tardo varios segundos en volver a andar. De hecho, él tiene que darme un pequeño empujón para que deje pasar una mujer con un carrito.

Entramos en una pequeña librería porque no puedo resistirme. El olor a papel me envuelve de inmediato, mezclado con el olor a algo más que no consigo identificar, pero es dulce. Hay un rincón especial, decorado con guirnaldas y un sillón rojo enorme, donde un cartel anuncia que mañana vendrá Papá Noel a leer cuentos a los niños. Paso los dedos por el lomo de un cuento y pienso en lo perfecto que sería regalárselo a Henry en Navidad. Sin que Caleb me vea, lo compro para Henry. Es infantil y creo que le va a encantar.

Al salir, noto que empieza a nevar. Al principio son copos tímidos, casi invisibles, pero pronto se vuelven más grandes y se acumulan en mi bufanda, en el cabello de Caleb y en los hombros de los transeúntes. El pueblo entero parece transformarse, todo adquiere un toque hogareño. Saco el móvil y hago un par de fotos.

—Es oficial —digo mientras extiendo la mano para atrapar un copo. Le hago una foto—. Ahora sí que parece que ya estamos en Navidad.

Él me mira con una ternura que me deja sin aliento. Después inclina la cabeza y me besa suavemente. Es un beso corto, apenas un roce, pero suficiente para que me olvide de lo que me rodea. Solo estamos nosotros dos.

Seguimos caminando hasta una tienda de artesanía donde venden adornos hechos a mano. Los estantes están llenos de figuras de madera, bolas pintadas y pequeñas casas en miniatura. Me enamoro de un adorno en forma de velero, pintado con colores vivos, que parece perfecto para mi futuro árbol. Caleb, sin decir nada, lo compra y me lo entrega envuelto en papel de seda.

—Para que recuerdes este día —me dice, y noto un nudo en la garganta de emoción.

No sé cómo explicarle que no necesito recordatorios, que cada instante que vivo a su lado se me queda grabado. Aun así, guardo el adorno con cuidado en mi bolso, sabiendo que será el primero que ponga cuando tenga mi árbol de navidad.

Cuando empieza a hacerse de noche, las luces se encienden del todo y el pueblo adquiere un aire casi mágico. El abeto de la plaza brilla con más fuerza, los escaparates iluminan las aceras y la nieve refleja los destellos como si fueran miles de diamantes esparcidos por el suelo. Nos detenemos de nuevo en el centro, rodeados de música navideña que suena desde unos altavoces ocultos.

Un grupo de niños canta villancicos, y la gente se congrega para escucharlos. Caleb me pasa un brazo por la cintura, y yo me dejo llevar por la música y por el ambiente. Si me hubiesen preguntado al llegar a Southwest Harbor si esperaba enamorarme y vivir una navidad de enseño, o mejor dicho prenavidad, me habría reído. Mi intención había sido alejarme de Hoboken, curarme las heridas e irme a otro sitio. Mi intención nunca había sido quedarme.

Pero aquí estoy. La vida, a veces, te lleva por caminos que no esperas.

—¿Eres feliz? —me pregunta de pronto, en voz baja, como si temiera mi respuesta.

Lo miro y sé que la respuesta está escrita en mi rostro. Y él puede verla.

—Mucho —digo, y siento que la palabra se queda corta.

Caleb me besa de nuevo, esta vez más larga, más profundamente, mientras la nieve sigue cayendo alrededor. Y pienso que, si la felicidad tuviera un lugar y un tiempo exacto, sería aquí y ahora, en el corazón iluminado de Southwest Harbor, con Caleb a mi lado y los copos de nieve emblanqueciendo la plaza.

Nos quedamos un rato más, caminando despacio, como si ninguno quisiera que la noche terminara. Compramos un par de regalos pequeños, una pelota para Henry y una bufanda azul de lana para Silas, y finalmente regresamos hacia el coche con las manos frías.

Sin embargo, noto el corazón caliente, lleno por los momentos que estoy compartiendo con Caleb.

Mientras subo al asiento del copiloto, observo cómo la nieve sigue cayendo y cubre poco a poco las calles del pueblo. Sé que mañana todo se verá distinto y que, si el tiempo lo permite, daremos un paseo para disfrutar de los nuevos paisajes que nos ofrece el mes de diciembre.

El coche avanza despacio por las calles de Southwest Harbor, y yo me quedo mirando por la ventanilla, hipnotizada por los copos de nieve. Las luces navideñas que cuelgan de los postes y las casas se reflejan en los copos, convirtiéndolos en diminutas chispas que parecen bailar en el aire. El asfalto empieza a cubrirse de un manto blanco, y las huellas de los neumáticos dibujan líneas que desaparecen rápido bajo la nevada.

Me siento como si estuviéramos viajando dentro de una de esas postales de invierno que de niña recortaba de las revistas y pegaba en mi diario. Solo que ahora es real. El calor del coche, el sonido bajo de la radio con alguna canción que no reconozco y la presencia de Caleb a mi lado, con las manos firmes en el volante, hacen que me sienta segura y en paz.

Apoyo la frente contra el cristal y sonrío. Pienso que, hace apenas un par de meses, nunca habría imaginado estar aquí, con él, compartiendo esta intimidad. De hecho, yo había pensado que lo nuestro no tenía futuro, que Caleb no era capaz de dejar el pasado atrás y avanzar.

Pero me había equivocado.

—¿En qué piensas? —me pregunta, sin apartar la vista de la carretera.

—En lo bonita que está la ciudad con la nieve —respondo, aunque la verdad es que pienso en él, en nosotros—. Y en lo mucho que me gusta compartirlo contigo.

Su sonrisa se curva hacia arriba un poco, pero suficiente para que la note incluso desde mi ángulo. Coge una de mis manos y la lleva hasta su boca para darle un beso. Ese gesto me provoca una miríada de sensaciones, desde el amor más absoluto hasta un deseo primitivo de querer quitarle la ropa y disfrutar de él.

Pronto, me prometo.

El paisaje cambia a medida que dejamos atrás el centro del pueblo y nos acercamos a la zona donde vivo. Las casas están más espaciadas, con jardines cubiertos por una fina capa blanca que pronto será gruesa. Los árboles, desnudos desde hace semanas, ahora parecen vestidos con un encaje delicado. Las luces de algunas ventanas iluminan la nieve del suelo con un brillo cálido. Me pregunto cómo he podido vivir tanto tiempo sin ver en persona lo bonita que es la nieve. En Hoboken nieva, pero no con tanta intensidad como aquí.

Vivir en Southwest Harbor es como vivir en un cuento de hadas.

Cuando por fin llegamos a mi casa, lo primero que noto es la luz en el interior del hogar. Parpadeo, confundida. Estoy segura de haber apagado casi todo antes de salir. Solo le dejé la luz del pasillo a Rita.

Caleb aparca frente a la puerta y me mira, también sorprendido.

—¿Esperas a alguien? —pregunta.

Niego con la cabeza, aunque una intuición cálida me golpea el pecho. Nos bajamos y nos dirigimos hacia el porche. Al abrir la puerta de casa, el misterio se resuelve: Silas y Henry están allí, esperándonos, y en el centro del salón, todavía apoyado contra la pared, hay un abeto verde y alto que huele a bosque.

—¡Sorpresa! —grita Henry, corriendo hacia mí con los brazos abiertos. Lo levanto del suelo entre risas y le doy un beso en la mejilla.

—¿Qué es todo esto? —pregunto, sin dejar de sonreír.

Silas se adelanta, con esa calma imperturbable que lo caracteriza, pero sus ojos brillan con orgullo.

—Pensamos que te vendría bien un árbol de Navidad. Henry insistió en que tu salón necesitaba uno —dice, mirando de reojo al niño, que asiente muy serio, como si estuviera ante una situación de máxima importancia.

Caleb se acerca y choca la mano con su hijo, cómplice. Yo, en cambio, siento un nudo en la garganta. Nunca he tenido un árbol tan grande. Tampoco me habían hecho antes el gesto de regalarme uno.

—Gracias —logro decir, y mi voz tiembla un poco—. Es… precioso.

Rita corre alrededor del árbol como si también le gustara la nueva adquisición. Se acerca tanto que está a punto de tirarlo, y, cuando Henry intenta detenerla, la perra le da un lametazo en la cara que le hace reír a carcajadas.

Silas acomoda el árbol en el soporte que han traído. Caleb se quita el abrigo y va a su coche. Vuelve un par de minutos más tarde con una bolsa llena de bolas. Me guiña un ojo y la pone encima de la mesa del salón. Me pregunto cuándo la ha comprado, porque yo no me he dado cuenta.

—Necesitamos música —dice Caleb, y la pone en su móvil. Un villancico clásico llena la estancia, y Henry aplaude emocionado.

Entre los cuatro empezamos a decorar. Henry se sube a un taburete para colgar las bolas en las ramas más altas, mientras Rita intenta atrapar las guirnaldas con los dientes y llevárselas. Silas, paciente, coloca las luces con precisión, asegurándose de que el cable no quede enredado y llegue al enchufe. Yo coloco el adorno en forma de velero que Caleb me ha regalado esta tarde. Encuentro un lugar especial para él, cerca del centro del árbol, y cuando lo cuelgo, me quedo un momento en silencio, conmovida.

Caleb se acerca por detrás, rodea mi cintura con los brazos y me susurra:

—Ahí está perfecto.

Me giro hacia él, con unas imperiosas ganas de besarlo. No lo hago porque no estamos solos y prefiero la intimidad, pero le acaricio la mano.

Mi salón se llena de risas, de canciones navideñas y del olor fresco a pino que lo impregna todo. En un rincón, Henry insiste en que debemos tener galletas para completar la experiencia. Yo le prometo que mañana las haremos juntos. Su cara se ilumina como si le hubiera prometido el mejor plan del mundo.

Cuando por fin colocamos la estrella en la punta del árbol, todos nos apartamos un paso para contemplar el resultado. Las luces parpadean suavemente, reflejándose en las bolas. La habitación parece otra: más cálida, más viva.

—Perfecto —dice Silas, y su voz grave retumba como un sello de aprobación.

Henry aplaude y Rita ladra, como si estuviera de acuerdo. Yo me quedo quieta, intentando grabar este momento en mi memoria. Es más que un árbol. Es una prueba de que Southwest Harbor es mi hogar, de que la vida me ha traído algo que nunca creí posible: un lugar al que pertenecer.

Nos sentamos juntos en el sofá, con un chocolate caliente que Caleb improvisa en la cocina. Henry se acurruca contra mí, ya con sueño, y Rita se tumba a nuestros pies. Silas observa la escena en silencio, pero lo conozco lo suficiente para saber que está planeando algo.

—Cuenta la leyenda… —empieza.

Henry y yo prestamos atención. Caleb, en cambio, niega con la cabeza y sonríe.

Y mientras la nieve sigue cayendo fuera, pienso que no necesito nada más. Que los caminos inesperados de la vida me han traído justo aquí, a este salón iluminado por luces navideñas, rodeada de las personas que quiero… y con Caleb, con quien me imagino pasando las siguientes navidades. Y las siguientes.

Y así durante toda mi vida.

Me dejo llevar por la leyenda de Silas mientras Henry se aprieta contra mi cuerpo. Lo abrazo y escucho con atención.

Nunca antes había sentido mi casa tan llena. Tan viva.

Agradecimientos

Siempre que acabo una novela, sé que hay una larga lista de personas a las que debo dar las gracias.

En primer lugar, a Ediciones Pàmies (sello Phoebe) por seguir apoyando mis historias y ponerles unas portadas tan preciosas (gracias, Conchi, por cuidarme tanto).

A mis lectores, por seguirme en cada pequeña aventura. Espero que os haya gustado la historia de Iris y Caleb.

A mi familia, por apoyarme y estar siempre ahí.

Gracias a todos.

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Epílogo
Agradecimientos